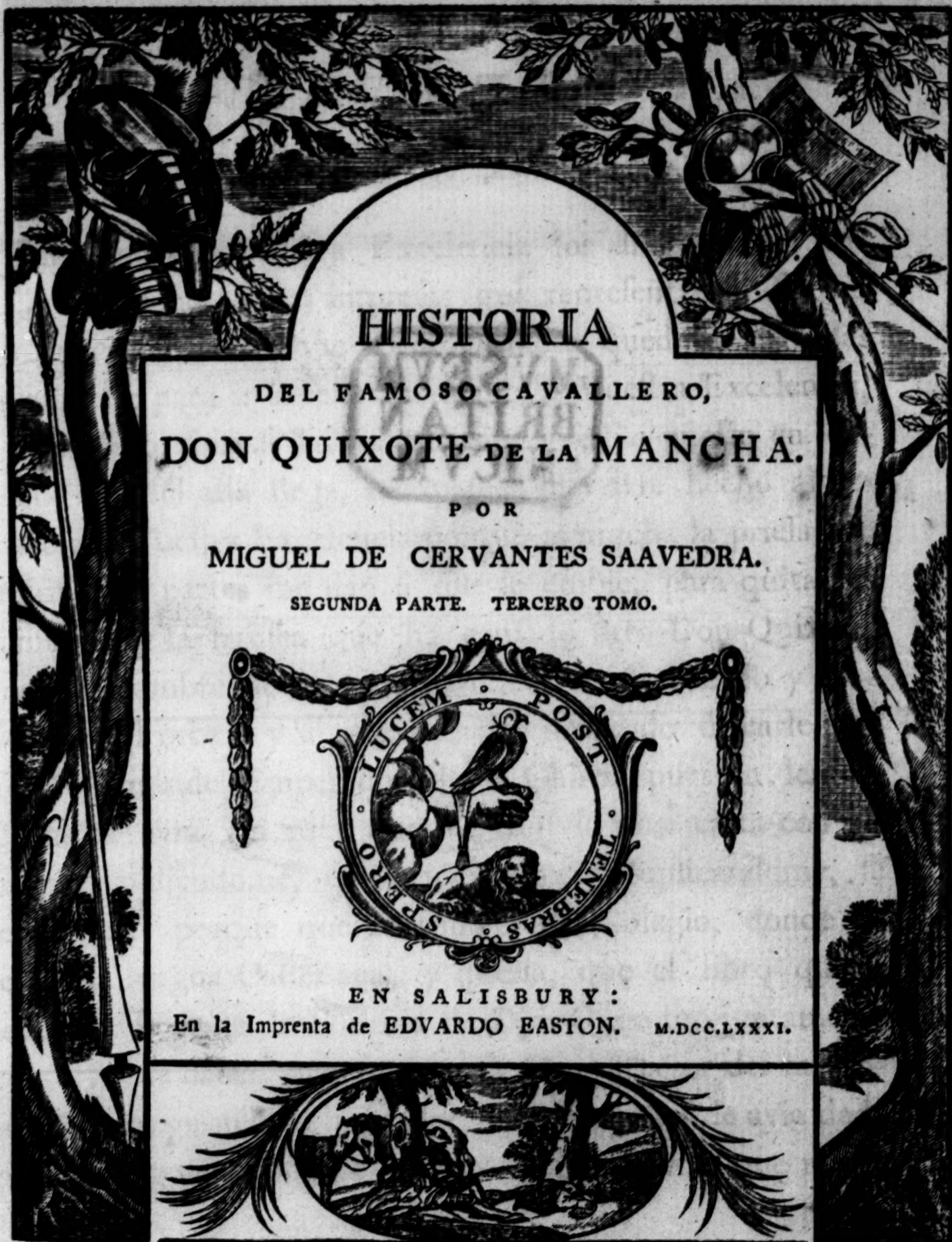


3 Nm

16



18

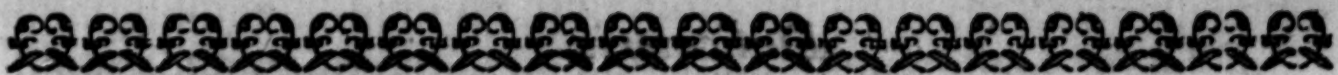


DE L'ÉCOLE
DON QUICHOTTE

MICHEL DE CERVANTES SAUTERA

ÉDITION DE 1780

PARIS
M. DE LA HARPE



DEDICATORIA

Al Conde de Lemos.

EMbiando á Vuestra Excelencia los dias pasados mis Comedias, antes impresas que representadas, si bien me acuerdo, dixé, que Don Quixote quedava calzadas las espuelas para ir á besar las manos á Vuestra Excelencia, y aora digo, que se las ha calzado, y se ha puesto en camino, y si él allá llega, me parece que avré hecho algun servicio á Vuestra Excelencia porque es mucha la priesa que de infinitas partes me dan á que le embie, para quitar el hamago, y la nausea que ha causado otro Don Quixote, que con nombre de segunda parte, se ha disfrazado y corrido por el orbe; y él que mas ha mostrado desearle, ha sido el grande Emperador de la China, pues en lengua Chinesca avrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiendome, ó por mejor decir, suplicandome, se le embiasé, porque queria fundar un Colegio, donde se leyese la lengua Castellana, y queria, que el libro que se leyese fuese el de la Historia de Don Quixote, juntamente con esto me decia, que fuese yo á ser el Rector del tal Colegio. Preguntéle al portador, si su Magestad le avia dado para mí alguna ayuda de costa. Respondióme, que ni por pensa-

Dedicatoria.

pensamiento. Pues, hermano, le respondí yo, vos os podeis bolver á vuestra China á las diez, ó á las veinte, ó á las que venis despachado, porque yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viage, ademas que sobre estar enfermo, estoy muy sin dineros, y Emperador por Emperador, y Monarca por Monarca, en Napoles tengo al grande Conde de Lemos, que sin tantos titulillos de Colegios, ni Reçtorias me sustenta, me ampara, y hace mas merced, que la que yo acierto á desear. Con esto le despedí, y con esto me despedí, ofreciendo á Vuestra Excelencia los trabajos de Perfiles, y Sigismunda, libro, á quien daré fin dentro de quatro meses, Deo volente, el qual ha de ser, ó el mas malo, ó el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, quiero decir de los de entretenimiento: y digo, que me arrepiento de aver dicho el mas malo, porque segun la opinion de mis amigos ha de llegar al estremo de bondad posible, venga Vuestra Excelencia con la salud, que es deseado, que ya estará Perfiles para besarle las manos, y yo los pies, como criado que soy de Vuestra Excelencia. De Madrid ultimo de Otubre, de mil seiscientos y quince.

Criado de Vuestra Excelencia

Miguel De Cervantes Saavedra.

PROLOGO.



PROLOGO AL LECTOR.

VAlame Dios, y con quanta gana debes de estar esperando aora, Lector illustre (ó quier plebeyo) este prologo, creyendo hallar en el venganzas, riñas, y vituperios del autor del segundo Don Quixote, digo de aquel que dicen, que se engendró en Tordefillas, y nació en Tarragona: pues en verdad que no te he de dar este contento, que puesto que los agravios despiertan la colera en los mas humildes pechos, en el mio ha de padecer excepcion esta regla: quisieras tú que lo diera del asno, del mentecato, y del atrevido: pero no me pasa por el pensamiento, castiguele su pecado, con su pan se lo coma, y allá se lo aya; lo que no he podido dexar de sentir, es, que me note de viejo, y de manco, como si huviera sido en mi mano aver detenido el tiempo, que no pasase por mí, ó si mi manquedad huviera nacido en alguna taberna, fino en la mas alta ocasion que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros: si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas alomenos en la estimacion de los que saben donde se cobraron, que el soldado mas bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga, y es esto en mí de manera, que si aora me propusieran, y facilitaran un imposible, quisiera antes averme hallado en aquella faccion prodigiosa, que sano aora de mis heridas, sin averme hallado en ella: las que el soldado muestra en el rostro, y en los pechos, estrellas son que guian á los demas al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza, y hase de advertir, que no se escribe con las canas, fino con el entendimiento, el qual suele mejorarse con los años. He sentido tambien, que me llame invidioso, y que como á ignorante me describa, que

cosa sea la invidia, que en realidad de verdad, de dos que ay, yo no conozco sino á la santa, á la noble, y bien intencionada; y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir á ningun Sacerdote, y mas si tiene por añadidura ser familiar del Santo Oficio, y si él
5 lo dixo, por quien parece que lo dixo, engañose de todo en todo, que del tal adoro el ingenio, admiro las obras, y la ocupacion continua, y virtuosa: pero en efecto le agradezco á este señor autor el decir, que mis Novelas son mas satiricas que Exemplares, pero que son buenas, y no lo pudieran ser, sino tuvieran de todo. Pa-
10 receme, que me dices, que ando muy limitado, y que me contengo mucho en los terminos de mimo destia, sabiendo, que no se ha de añadir aflicion al afligido, y que la que deve de tener este señor, sin duda es grande, pues no osa parecer á campo abierto, y al cielo claro encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si
15 huviera hecho alguna traicion de lesa Magestad: si por ventura llegares á conocerle, dile de mi parte, que no me tengo por agraviado, que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es, ponerle á un hombre en el entendimiento, que puede componer, y imprimir un libro, con que gane tanta fama
20 como dineros, y tantos dineros quanta fama, y para confirmacion desto, quiero que en tu buen donaire, y gracia le cuentes este cuento.

Avia en Sevilla un loco que dió en el mas gracioso disparate, y tema que dió loco en el mundo. Y fue, que hizo un cañuto de
25 caña puntiagudo en el fin, y en cogiendo algun perro en la calle, ó en qualquiera otra parte, con el un pie le cogia el fuyo, y el otro le alzava con la mano, y como mejor podía le acomodava el cañuto en la parte que soplandole, le ponía redondo como una pelota, y en teniendolo desta suerte, le dava dos palmaditas en la barriga, y le soltava, diciendo á los circunstantes (que siempre eran
muchos :)

muchos :) Pensarán vuestras mercedes aora, que es poco trabajo
hinhar un perro: pensará vuesa merced aora, que es poco trabajo
hacer un libro, y si este cuento no le quadrare, diras le (Lector a-
migo) este, que tambien es de loco, y de perro.

Avia en Cordova otro loco, que tenía por costumbre de traer enci- 5
ma de la cabeza un pedazo de losa de marmol, ó un canto no muy
liviano, y en topando algun perro descuidado se le ponía junto, y á
plomo dexava caer sobre él el peso, amohinavase el perro, y dando
ladridos, y aullidos, no parava en tres calles. Sucedió pues, que
entre los perros que descargó la carga, fue uno un perro de un bo- 10
netero, á quien queria mucho su dueño, baxó el canto, dióle en la
cabeza, alzó el grito el molido perro, viólo, y sintiólo su amo,
afió de una vara de medir, y salió al loco, y no le dexó hueso sano,
y cada palo que le dava, decia, perro, ladron, á mi podenco, no
viste cruel, que era podenco mi perro? y repitiéndole el nombre de 15
podenco muchas veces, embió al loco hecho una alheña: esca-
mentó el loco, y retiróse, y en mas de un mes no salió á la plaza,
al cabo del qual tiempo bolvió con su invencion, y con mas carga.
Llegavase donde estava el perro, y mirandole muy bien de hito en
hito, y sin querer, ni atreverse á descargar la piedra, decia: este es 20
podenco, guarda. En efeto todos quantos perros topava, aunque
fuesen alanos, ó gozques, decia, que eran podencos, y así, no soltó
mas el canto: quizá de esta fuerte le podrá acontecer á este his-
toriador, que no se atreverá á soltar mas la presa de su ingenio en
libros, que en siendo malos, son mas duros que las peñas. Dile 25
tambien que de la amenaza que me hace, que me ha de quitar la
ganancia con su libro, no se me da un ardite, que acomodandome
al Entremes famoso de la Perendenga, le respondo, que me viva el
Veinteyuatro mi Señor, y Christo con todos: viva el gran
Conde de Lemos (cuya Christiandad, y liberalidad bien conocida,
contra

contra todos los golpes de mi corta fortuna, me tiene en pie) y víame la suma caridad del Ilustrísimo de Toledo Don Bernardo de Sandoval y Rojas, y si quiera no aya emprentas en el mundo, y si quiera se impriman contra mí mas libros que tienen letras las coplas de Mingo Rebulgo: estos dos Principes sin que los solicite adulacion mia, ni otro genero de aplauso, por sola su bondad, han tomado á su cargo el hacerme merced, y favorecerme: en lo que me tengo por mas dichoso, y mas rico, que si la fortuna por camino ordinario me huviera puesto en su cumbre: la honra puede
5 la tener el pobre, pero no el vicioso: la pobreza puede anublar á la nobleza, pero no escurecerla del todo: pero como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes, y resquicios de la estrechez, viene á ser estimada de los altos y nobles espíritus, y por el configuiente favorecida, y no le digas mas, ni yo
15 quiero decirte mas á tí, sino advertirte, que consideres, que esta Segunda Parte de Don Quixote, que te ofrezco, es cortada del mismo artifice, y del mismo paño que la primera, y que en ella te doy á Don Quixote dilatado, y finalmente muerto, y sepultado, porque ninguno se atreva á levantarle nuevos testimonios, pues bastan los pasados, y basta tambien que un hombre honrado aya dado noticia destas discretas locuras, sin querer de nuevo entrar en ellas, que la abundancia de las cosas, aunque sean buenas, hace, que no se estimen, y la carestia (aun de las malas) se estima en algo. Olvidaseme de decirte, que esperes el Perfil, que ya estoy acabando, y la segunda parte de Galatea.



SEGUNDA



SEGUNDA PARTE

Del Ingenioso Cavallero

DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

*Capitulo primero. De lo que el Cura, y el Barbero pasaron con
Don Quixote cerca de su enfermedad.*

CUENTA Cide Hamete Benengeli en la segunda parte desta Historia, y tercera salida de Don Quixote, que el Cura, y el Barbero se estuvieron casi un mes sin verle, por no renovarle, y traerle á la memoria las cosas pasadas. Pero no por esto dexaron de visitar á su Sobrina y á su Ama, encargandolas, tuviesen cuenta con regalarle, dandole á comer cosas confortativas, y apropiadas para el corazon, y el cerebro, de donde procedia (segun buen discurso) toda su mala ventura. Las quales dixeron, que así lo hacían, y lo harían con la voluntad, y cuidado posible: porque echavan de ver, que su Señor, por momentos iba dando muestras de estar en su entero juicio; de lo qual recibieron los dos gran contento, por parecerles, que avian acertado en averle traído

A

encantado

encantado en el carro de los buyes (como se contó en la primera parte desta tan grande, como puntual historia, en su ultimo capitulo) y así determinaron de visitarle, y hacer experiencia de su mejoría, aunque tenían casi por imposible, que la tuviese; y acordaron de no tocarle en ningun punto de la andante cavalleria, por no ponerse á peligro de descofer los de la herida que tan tiernos estaban. Visitaronle en fin, y hallaronle sentado en la cama, vestida una almilla de vayeta verde, con un bonete colorado Tolédano, y estava tan seco, y amoxamado, que no parecia sino hecho de carne momia. Fueron dél muy bien recebidos, preguntaronle por su salud, y él dio cuenta de sí, y de ella con mucho juicio, y con muy elegantes palabras. Y en el discurso de su plática vinieron á tratar en esto, que llaman razon de Estado, y modos de gobierno, enmendando este abuso, y condenando aquel; reformando una costumbre, y desterrando otra, haciendose cada uno de los tres un nuevo legislador, un Licurgo moderno, ó un Solon flamante; y de tal manera renovaron la Republica, que no pareció, sino que la avian puesto en una fragua, y sacado otra de la que pusieron; y habló Don Quixote con tanta discrecion en todas las materias, que se tocaron, que los dos examinadores creyeron indubitadamente, que estava del todo bueno, y en su entero juicio. Hallaronse presentes á la plática la Sobrina, y Ama; y no se hartavan de dar gracias á Dios de ver á su Señor con tan buen entendimiento: pero el Cura mudando el proposito primero, que era de no tocarle en cosa de cavallerias, quiso hacer de todo en todo experiencia, si la sanidad de Don Quixote era falsa, ó verdadera; y así de lance en lance vino á contar algunas nuevas que avian venido de la Corte, y entre otras, dixo, que se tenía por cierto, que el Turco baxava con una poderosa armada, y que no se sabia su designio, ni adonde avia de descargar tan gran nublado,

blado, y con este temor con que casi cada año nós toca arma, estava puesta en ella toda la Christiandad : y su Magestad avia hecho proveer las costas de Napoles, y Sicilia, y la Isla de Malta. A esto respondió Don Quixote : Su Magestad ha hecho como prudentísimo guerrero en proveer sus Estados con tiempo, porque no le halle 5 desapercibido el enemigo, pero si se tomara mi consejo, aconsejarale yo, que usara de una prevencion, de la qual su Magestad la hora de agora deve estar muy ageno de pensar en ella. A penas oyó esto el Cura, quando dixo entre sí : Dios te tenga de su mano, pobre Don Quixote, que me parece, que te despeñas de la alta 10 cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad. Mas el Barbero (que ya avia dado en el mismo pensamiento que el Cura) preguntó á Don Quixote, qual era la advertencia de la prevencion, que decia, era bien se hiciese, quisa podria ser tal, que se pusiese en la lista de los muchos advertimientos impertinen- 15 tes que se suelen dar á los Principes ? El mio, señor rapador, dixo Don Quixote no será impertinente, sino perteneciente. No lo digo por tanto, replicó el Barbero, sino porque tiene mostrado la experiencia, que todos, ó los mas arbitrios que se dan á su magestad, ó son imposibles, ó disparatados, ó en daño del Rey, ó del 20 Reino. Pues el mio, respondió Don Quixote ni es imposible, ni disparatado, sino el mas facil, el mas justo, y el mas mañero, y breve que puede caber en pensamiento de arbitrate alguno. Ya tarda en decirle vuestra merced, Señor Don Quixote, dixo el Cura. No querria, dixo Don Quixote, que le dixese yo aquí agora, y 25 amaneciese mañana en los oidos de los señores Consejeros, y se llevase otro las gracias, y el premio de mi trabajo. Por mí, dixo el Barbero, doy la palabra, para aquí, y para delante de Dios, de no decir lo que vuestra merced dixere á Rey, ni á Roque, ni á hombre terrenal ; juramento que aprendí del romance del Cura,

que en el Prefacio avisó al Rey del ladron que le avia tobado las cien doblas, y la su mula la andariega. No sé Historias, dixo Don Quixote: pero sé, que es bueno ese juramento, en fee de que sé, que es hombre de bien el señor Barbero. Quando no lo
5 fuera, dixo el Cura, yo le abono, y salgo por él, que en este caso no hablará mas que un mudo, so pena de pagar lo juzgado, y sentenciado. Y á vuestra merced quien le fia, señor Cura? dixo Don Quixote. Mi profesion, respondió el Cura, que es de guardar secreto. Cuerpo de tal, dixo á esta sazón Don Quixote, ay
10 mas, sino mandar su Magestad, por publico pregon, que se junten en la Corte, para un dia señalado, todos los Cavalleros andantes, que vagan por España, que aunque no viniesen sino media docena, tal podria venir entre ellos, que solo bastase á destruir toda la potestad del Turco. Estenme vuestras mercedes atentos,
15 y vayan conmigo: Por ventura, es cosa nueva deshacer un solo Cavallero andante un exercito de docientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta, ó fueran hechos de alfenique? Sino, diganme, quantas Historias estan llenas destas maravillas? Avia, en hora mala para mí, que no quiero decir
20 para otro, de vivir oy el famoso Don Belianis: ó alguno de los del innumerable linage de Amadis de Gaula, que si alguno destos oy viviera, y con el Turco se afrontara, á fee, que no le arrendara la ganancia: pero Dios mirará por su pueblo, y deparará alguno, que sino tan bravo, como los pasados andantes Cavalleros, alo-
25 menos no les será inferior en el animo; y Dios me entiende, y no digo mas. Haí, dixo á este punto la Sobrina, que me maten sino quiere mi Señor bolver á ser Cavallero Andante: á lo que dixo Don Quixote: Cavallero Andante he de morir, y baxe, ó suba el Turco quando él quisiere, y quan poderosamente pudiere, que otra vez digo, que Dios me entiende. A esta sazón dixo el
Barbero:

Barbero : Suplico á vuestras mercedes que se me dé licencia, para contar un cuento breve, que sucedió en Sevilla, que por venir aquí como de molde, me da gana de contarle ; dió la licencia Don Quixote, y el Cura, y los demas le prestaron atencion, y él comenzó desta manera.

5

En la casa de los locos de Sevilla, estava un hombre á quien sus parientes avian puesto alli por salto de juicio, era graduado en Canones por Osuna : pero aunque lo fuera por Salamanca (segun opinion de muchos) no dexara de ser loco : este tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento, se dió á entender que estava cuerdo, y en su entero juicio, y con esta imaginacion escrivió al Arzobispo, suplicandole encarecidamente, y con muy concertadas razones, le mandase sacar de aquella miseria en que vivia, pues por la misericordia de Dios avia ya cobrado el juicio perdido : pero que sus parientes, por gozar de la parte de su hacienda, le tenían alli, y á pesar de la verdad querian, que fuese loco hasta la muerte. El Arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados, y discretos, mandó á un Capellan suyo se informase del Rector de la casa, si era verdad lo que aquel Licenciado le escribia, y que así mesmo hablase con el loco, y que si le pareciese que tenía juicio le sacase, y pusiese en libertad. Hizolo así el Capellan y el Rector le dixo, que aquel hombre aun se estava loco, que puesto que hablava muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparava con tantas necedades, que en muchas, y en grandes, igualavan á sus primeras discreciones ; como se podia hacer la experiencia hablandole : quiso hacerla el Capellan, y poniendole con el loco habló con él una hora, y mas, y en todo aquel tiempo jamas el loco dixo razon torcida, ni disparatada, antes habló tan atentadamente, que el Capellan fue forzado á creer, que el loco estava cuerdo, y entre otras cosas que el loco le dixo, fue, que el Rector le

10

15

20

25

le

le tenía ojeriza, por no perder los regalos que sus parientes le hacían, por que dixese, que aun estava loco, y con lucidos intervalos, y que el mayor contrario que en su desgracia tenía era su mucha hacienda, pues por gozar della sus enemigos, ponian dolo, y dudavan de la merced que nuestro Señor le avia hecho, en bolverle de bestia en hombre: finalmente, él habló de manera, que hizo sospechoso al Rector; codiciosos, y desfalmados á sus parientes, y á él tan discreto, que el Capellan se determinó á llevarsele consigo, á que el Arzobispo le viese, y tocáse con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fe, el buen Capellan pidió al Rector mandase dar los vestidos con que alli avia entrado el Licenciado: bolvió á decir el Rector, que mirase lo que hacía, porque sin duda alguna el Licenciado aun se estava loco: no firvieron de nada para con el Capellan las prevenciones, y advertimientos del Rector, para que dexase de llevarle; obedeció el Rector, viendo, ser orden del Arzobispo: pusieron al Licenciado sus vestidos, que eran nuevos, y decentes; y como él se vió vestido de cuerdo, y desnudo de loco, suplicó al Capellan, que por caridad le diese licencia para ir á despedirse de sus compañeros los locos: el Capellan dixo, que él le queria acompañar, y ver los locos que en la casa avia: subieron en efeto, y con ellos algunos que se hallaron presentes, y llegado el Licenciado á una jaula adonde estava un loco furioso, aunque entonces sossegado, y quieto, le dixo: Hermano mio, mire, si me manda algo, que me voy a mi casa, que ya Dios ha sido servido, por su infinita bondad, y misericordia, sin yo merecerlo, de bolverme mi juicio, ya estoy sano, y cuerdo, que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible: tenga grande esperanza, y confianza en él, que pues á mí me ha buuelto á mi primero estado, tambien le bolverá á él, si en él confia: yo tendre

dre cuidado de embiarle algunos regalos que coma, y comalos en todo caso, que le hago saber, que imagino, como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estomagos vacios, y los celebros llenos de aire: esfuercese, esfuercese, que el descaecimiento en los infortunios apoca la salud, y acarrea la muerte. Todas estas razones del Licenciado escuchó otro loco, que estava en otra javla frontero de la del furioso; y levantandose de una estera vieja, donde estava echado, y desnudo en cueros, preguntó á grandes voces, quien era él que se iba sano, y cuerdo: el Licenciado respondió: Yo soy, hermano, él que me voy, que ya no tengo necesidad de estar mas aquí, por lo que doy infinitas gracias á los cielos que tan grande merced me han hecho. Mirad lo que decis, Licenciado, no os engañe el diablo, replicó el loco, fosegad el pie, y estaos quedito en vuestra casa, y ahorrareis la buelta. Yo sé que estoy bueno, replicó el Licenciado, y no avra para que tornar á andar estaciones. Vos bueno, dixo el loco: agora bien, ello dira, andad con Dios: pero yo os voto á Jupiter, cuya Magestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado, que oy cemete Sevilla, en sacaros desta casa, y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria del por todos los siglos de los siglos, Amen. No sabes tu, Licenciadillo menguado, que lo podre hacer, pues como digo, soy Jupiter tonante, que tengo en mis manos los rayos abrafadores con que puedo, y suelo amenazar, y destruir el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar á este ignorante pueblo, y es, con no llover en el, ni en todo su distrito, y contorno por tres enteros años, que se han de contar desde el dia, y punto, en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. Tu libre, tu sano, tu cuerdo? y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? así pienso llover, como pensar ahorcarme. A las voces, y á las razones del loco estuvieron los circunstantes

cunstantes atentos: pero nuestro Licenciado, bolviendose á nuestro Capellan, y asiendole de las manos le dixo: No tenga vuestra merced pena, señor mio, ni haga caso de lo que este loco ha dicho, que si él es Jupiter, y no quisiere llover, yo que soy Neptuno, el padre, y el Dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare, y fuere menester. A lo que respondió el Capellan: Con todo esto, Señor Neptuno, no será bien enojar al Señor Jupiter; vuestra merced se quede en su casa, que otro dia, quando aya mas comodidad, y mas espacio, bolveremos por vuestra merced. Rióse el Rector, y los presentes, por cuya risa se medio corrió el Capellan: desnudaron al Licenciado, quedóse en casa, y acabóse el cuento.

Pues este es el cuento, señor Barbero, dixo Don Quixote, que por venir aquí como de molde, no podia dexar de contarle? A señor Rapiſta! Señor Rapiſta! y quan ciego es aquel que no vee por tela de cedazo? y es posible, que vuestra merced no sabe, que las comparaciones que se hacen de ingenio á ingenio, de valor á valor, de hermosura á hermosura, y de linage á linage, son siempre odiosas, y mal recebidas? Yo, señor Barbero, no soy Neptuno el Dios de las aguas; ni procuro, que nadie me tenga por discreto, no lo siendo; solo me fatigo, por dar á entender al mundo en el error en que está, en no renovar en sí el felicísimo tiempo, donde campeava la orden de la andante Cavalleria: pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien, como el que gozaron las edades, donde los andantes Cavalleros tomaron á su cargo, y echaron sobre sus espaldas la defensa de los Reinos, el amparo de las donzellas, el socorro de los huérfanos, y pupilos, el castigo de los sobervios, y el premio de los humildes. Los mas de los Cavalleros que agora se usan, antes les cruxen los damascos, los brocados, y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman: ya no ay Cavallero que duerma en los campos,

fugeto

fujeto al rigor del cielo, armado de todas armas desde los pies á la cabeza: y ya no ay quien sin sacar los pies de los estrivos, arri-
mado á su lanza, solo procure descabezar (como dicen) el sueño,
como lo hacían los Cavalleros andantes. Ya no ay ninguno, que
saliendo deste bosque, entre en aquella montaña, y de alli pise una
esteril, y desierta playa del mar, las mas veces proceloso, y alte-
rado; y hallando en ella, y en su orilla un pequeño batel, sin re-
mos, vela, mastil, ni jarcia alguna con intrepido corazon se ar-
roje en el, entregandose á las implacables olas del mar profundo,
que ya le suben al cielo, y ya le baxan al abismo, y él, puesto el
pecho á la incontrastable borrasca, quando menos se cata, se halla
tres mil, y mas leguas distante del lugar donde se embarcó: y sal-
tando en tierra remota, y no conocida le suceden cosas, dignas de
estar escritas, no en pergaminos, sino en bronces. Mas agora ya
triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio
de la virtud, la arrogancia de la valentia, y la teorica de la practica
de las armas, que solo vivieron, y resplandecieron en las edades
del oro, y en los andantes Cavalleros. Sino diganme, quien mas
honesto, y mas valiente, que el famoso Amadis de Gaula? Quien
mas discreto que Palmerin de Inglaterra? quien mas acomodado,
y manual que Tirante el Blanco? Quien mas galan que Lisuarte
de Grecia? Quien mas acuchillado, ni acuchillador que Don
Belianis? Quien mas intrepido que Perion de Gaula? O quien
mas acometedor de peligros que Felix Marte de Hircania? O quien
mas sincero que Esplandian? Quien mas arrojado que Don Ci-
rongilio de Tracia? Quien mas bravo que Rodamonte? Quien
mas prudente que el Rey Sobrino? Quien mas atrevido que Rey-
naldos? Quien mas invencible que Roldan? Y quien mas gal-
lardo, y mas cortés que Rugero? De quien decienden oy los Du-
ques de Ferrara (segun Turpin en su Cosmografia.) Todos estos

Cavalleros, y otros muchos que pudiera decir, Señor Cura, fueron Cavalleros andantes, luz, y gloria de la Cavalleria. Destos, ó tales como estos quisiera yo que fueran los de mi arbitrio, que á serlo, su Magestad se hallara bien servido, y ahorrara de mucho
5 gasto, y el Turco se quedara pelando las barbas: y con esto no quiero quedar en mi casa, pues no me saca el Capellan della, y si Jupiter (como ha dicho el Barbero) no lloviera, aquí estoy yo que llovere, quando se me antojare: digo esto, porque sepa el señor Bacia, que le entiendo. En verdad, Señor Don Quixote,
10 dixo el Barbero que no lo dixe por tanto; y así me ayude Dios, como fue buena mi intencion, y que no deve vuestra merced sentirse. Si puedo sentirme, ó no, respondió Don Quixote yo me lo sé. A esto, dixo el Cura: Aun bien, que yo casi no he hablado palabra hasta aora, y no quisiera quedar con un escrupulo,
15 pulo, que me roe, y escarva la conciencia, nacido de lo que aquí el Señor Don Quixote ha dicho. Para otras cosas mas, respondió Don Quixote, tiene licencia el Señor Cura, y así puede decir su escrupulo: porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa. Pues con ese beneplacito, respondió el Cura, digo, que
20 mi escrupulo es, que no me puedo persuadir en ninguna manera, á que toda la caterva de Cavalleros andantes que vuestra merced Señor Don Quixote ha referido, ayan sido real, y verdaderamente personas de carne, y hueso en el mundo; antes imagino, que todo es ficcion, fabula y mentira, y sueños contados por hombres des-
25 piertos, ó por mejor decir, medio dormidos. Ese es otro error, respondió Don Quixote, en que han caido muchos, que no creen que aya auido tales Cavalleros en el mundo, y yo muchas veces con diversas gentes, y ocasiones he procurado sacar á la luz de la verdad este casi comun engaño: pero algunas veces no he salido con mi intencion, y otras sí, sustentandola sobre los ombros he la ver-
dad,

dad, la qual verdad es tan cierta, que estoy por decir, que con mis propios ojos vi á Amadis de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda, y rigurosa, corto de razones, tardo en airarse, y presto en deponer la ira; y del modo que he delineado á Amadis, 5 pudiera, á mi parecer, pintar, y descubrir todos quantos Cavalleros andantes andan en las Historias en el Orbe, que por la aprehension que tengo, de que fueron como sus Historias cuentan, y por las hazañas que hicieron, y condiciones que tuvieron, se pueden sacar por buena Filosofia sus faciones, sus colores, y estaturas. 10 Que tan grande le parece á vuestra merced, mi Señor Don Quixote, preguntó el Barbero, devia de ser el Gigante Morgante? En esto de Gigantes, respondió Don Quixote, ay diferentes opiniones, si los ha avido, ó no en el mundo: pero la Santa Escritura, que no puede faltar un atomo en la verdad, nos muestra, que los hubo, 15 contandonos la Historia de aquel Filisteazo de Golias, que tenía siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. Tambien en la Isla de Sicilia se han hallado canillas, y espaldas tan grandes, que su grandeza manifiesta, que fueron Gigantes sus dueños, y tan grandes, como grandes torros, que la Geometria saca 20 esta verdad de duda. Pero con todo esto no sabre decir con certidumbre, que tamaño tuviese Morgante, aunque imagino, que no devió de ser muy alto, y mueveme á ser deste parecer, hallar en la Historia donde se hace mencion particular de sus hazañas, que muchas veces dormia debaxo de techado, y pues hallava casa donde cu- 25 piese, claro está, que no era desmesurada su grandeza. Así es, dixo el Cura, el qual, gustando de oirle decir tan grandes disparates, le preguntó, que que sentia, á cerca de los rostros de Reynaldos de Montalvan, y de Don Roldan, y de los demas doce Pares de Francia, pues todos avian sido Cavalleros andantes. De Reynaldos, res-

pondió Don Quixote, me atrevo á decir, que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bailadores, y algo saltados, puntoso, y colerico en demasia, amigo de ladrones, y de gente perdida : de Roldan, ó Rotolando, ó Orlando, que con todos estos nombres le
 5 nombran las Historias, soy de parecer, y me afirmo, que fue de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro, y barbitaheño, velloso en el cuerpo, y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido, y bien criado. Sino fue Roldan mas gentil hombre que vuestra merced ha dicho, re-
 10 plicó el Cura, no fue maravilla, que la Señora Angelica la bella le desdenase, y dexase por la gala, brio, y donaire que devia de tener el Morillo barbiponiente, á quien ella se entregó, y anduvo discreta de adamar antes la blandura de Medoro, que la aspereza de Roldan. Esa Angelica, respondió Don Quixote, señor Cura,
 15 fue una donzella distraida, andariega, y algo antojadiza, y tan lleno dexó el mundo de sus impertinencias, como de la fama de su hermosura : despreció mil señores, mil valientes, y mil discretos, y contentóse con un pagecillo barbilucio, sin otra hacienda, ni nombre, que el que le pudo dar de agradecido la amistad que
 20 guardó á su amigo, el gran cantor de su belleza, el famoso Ariosto, por no atreverse, ó por no querer cantar lo que á esta señora le sucedió despues de su ruin entrego, que no devieron ser cosas demasadamente honestas, la dexó, donde dixo :

Y como del Catay recibió el cetro,

25

Quiza otro cantará con mejor plectro.

Y sin duda, que esto fue como Profecia, que los Poetas tambien se llaman Vates, que quiere decir Adivinos ; veese esta verdad clara : porque despues acá un famoso Poeta Andaluz lloró, y cantó sus lagrimas : y otro famoso, y unico Poeta Castellano cantó su hermosura.

Digame -

Digame, Señor Don Quixote, dixo á esta sazón el Barbero, no ha auido algun Poeta, que aya hecho alguna Satirá esa Señora Angelica entre tantos como la han alabado? Bien creo yo, respondió Don Quixote, que si Sacripante, ó Roldan fueran Poetas, que ya me huvieran jabonado á la donzella: porque es propio, y natural de los Poetas desdeñados, y no admitidos de sus damas fingidas, ó fingidas en efeto de aquellos á quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos, vengarse con Satiras, y libelos; venganza por cierto indigna de pechos generosos: pero hasta agora no ha llegado á mi noticia ningun verso infamatorio contra la señora Angelica, que truxo rebuelto el mundo. Milagro, dixo el Cura: y en esto oyeron, que la Ama, y la Sobrina, que ya avian dexado la conversacion, davan grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruido.

Cap. II. Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la Sobrina, y Ama de Don Quixote, con otros sujetos graciosos.

CUENTA la Historia, que las voces que oyeron Don Quixote, el Cura, y el Barbero, eran de la Sobrina, y Ama, que las davan, diciendo a Sancho Panza, que pugnava por entrar á ver á Don Quixote, y ellas le defendian la puerta: Que quiere este mostrenco en esta casa, idos á la vuestra, hermano, que vos soys, y no otro él que distrae, y sonfaca á mi señor, y le lleva por esos andurriales: A lo que Sancho respondió: Ama de Satanas, el sonfocado, y el distraido, y el llevado por esos andurriales soy yo, que no tu Amo: él me llevo por esos mundos, y vosotras os engañays en la mitad del justo precio: él me sacó de mi casa con engañas, pro-

prometiendome una insula, que hasta agora la espero. Malas insulas te ahoguen, respondió la Sobrina, Sancho maldito, y que son insulas, es alguna cosa de comer, golosazo, comilon, que tu eres? No es de comer, replicó Sancho, sino de gobernar, y regir mejor que quatro ciudades, y que quatro Alcaldes de Corte. Con todo esto, dixo el Ama, no entrareis acá, fago de maldades, y costal de malicias, id á gobernar vuestra casa, y á labrar vuestros pegujares, y dexaos de pretender insulas, ni insulos. Grande gusto recebían el Cura, y el Barbero de oir el coloquio de los tres: 10 pero Don Quixote, temeroso que Sancho se desconfiese, y desbuchase algun monton de maliciosas necedades, y tocase en puntos, que no le estarian bien á su credito, le llamó, y hizo á las dos que callasen, y le dexasen entrar; entró Sancho; y el Cura, y el Barbero se despidieron de Don Quixote, de cuya salud desesperaron, 15 viendo, quan puesto estava en sus desvariados pensamientos, y quan embebido en la simplicidad de sus mal andantes cavallerias: y así dixo el Cura al Barbero: Vos vereis compadre, como quando menos lo pensemos, nuestro Hidalgo sale otra vez á bolar la ribera. No pongo yo duda en eso, respondió el Barbero: pero no me maravillo tanto de la locura del Cavallero, como de la simplicidad del Escudero, que tan creído tiene aquello de la insula, que creo, que no se lo facaran del casco quantos desengaños pueden imaginarse. Dios los remedie, dixo el Cura, y estemos á la mira, veremos en lo que para esta maquina de disparates de tal Cavallero, 20 y de tal Escudero, que parece que los forjaron á los dos en una mesma turquesa, y que las locuras del señor sin las necedades del criado no valian un ardite. Así es, dixo el Barbero, y holgara mucho saber, que tratarán aora los dos. Yo seguro, respondió el Cura, que la Sobrina, ó el Ama nos lo cuenta despues, que no son de condicion que dexarán de escucharlo. En tanto, Don Quixote

Quixote se encerró con Sancho en su aposento, y estando solos le dixo: Mucho me pesa, Sancho, que ayas dicho, y digas, que yo fuy él que te saqué de tus casillas, sabiendo, que yo no me quedé en mis casas: juntos salimos, juntos fuimos, y juntos peregrinamos: una misma fortuna, y una misma suerte ha corrido por los dos: si á tí te mantearon una vez, á mí me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja. Eso estava puesto en razon, respondió Sancho: porque (segun vuestra merced dice) mas anexas son á los Cavalleros andantes las desgracias, que á sus Escuderos. Engañaste Sancho, dixo Don Quixote, segun aquello, quando caput dolet, &c. No entiendo otra lengua que la mia, respondió Sancho: quiero decir, dixo Don Quixote, que quando la cabeza duele, todos los miembros duelen, y así, siendo yo tu Amo, y Señor, soy tu cabeza, y tu mi parte, pues eres mi criado, y por esta razon, el mal que á mí me toca, ó tocara, á ti te ha de doler, y á mí el tuyo. Así avia de ser, dixo Sancho: pero quando á mí me manteavan, como á miembro, se estava mi cabeza detras de las bardas, mirandome bolar por los aires, sin sentir dolor alguno, y pues los miembros estan obligados á dolerse del mal de la cabeza, avia de estar obligada ella á dolerse dellos. Querras tu decir agora Sancho, respondió Don Quixote, que no me dolia yo quando á tí te manteavan? Y si lo dices, no lo digas, ni lo pienses, pues mas dolor sentia yo entonces en mi espíritu, que tu en tu cuerpo: pero dexemos esto á parte por agora, que tiempo avra donde lo pondremos, y pongamos en su punto; y dime, Sancho amigo, que es lo que dicen de mí por este lugar, en que opinion me tiene el vulgo, en que los Hidalgos, y en que los Cavalleros? Que dicen de mi valentia? Que de mis hazañas: y que de mi cortesia? Que se platica del asumpto que he tomado de resucitar, y bolver al mundo la ya olvidada Orden Cavalleresca? Finalmente quiero, Sancho, me digas

digas lo que acerca desto ha llegado á tus oídos : y esto me has de decir, sin añadir al bien, ni quitar al mal cosa alguna, que de los vasallos leales es decir la verdad á sus señores en su ser, y figura propia, sin que la adulacion la acreciente, ó otro vano respeto
5 la disminuya ; y quiero que sepas, Sancho, que si á los oídos de los Principes llegase la verdad desnuda, sin los vestidos de lisonja, otros siglos correrían, otras edades serían tenidas por mas de hierro que la nuestra, que entiendo, que de las que aora se usan, es la dorada : sirvate este advertimiento, Sancho, para que discreta,
10 y bien intencionadamente pongas en mis oídos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado. Eso haré yo de muy buena gana, Señor mio, respondió Sancho, con condicion, que vuestra merced no se ha de enojar de lo que dixere, pues quiere que lo diga en cueros sin vestirlo de otras ropas de aquellas
15 con que llegaron á mi noticia. En ninguna manera me enojaré, respondió Don Quixote, bien puedes, Sancho, hablar libremente, y sin rodeo alguno. Pues lo primero que digo (dixo) es que el vulgo tiene á vuestra merced por grandísimo loco, y á mi por no menos mentecato. Los Hidalgos dicen, que no conteniendose vuestra
20 merced en los límites de la Hidalguia, se ha puesto Don, y se ha arremetido á Cavallero con quatro cepas, y dos yugadas de tierra, y con un trapo atras, y otro adelante. Dicen los Cavalleros, que no quieran, que los Hidalgos se opusiesen á ellos, especialmente aquellos Hidalgos Escuderiles, que dan humo á los zapatos,
25 y toman los puntos de las medias negras con seda verde. Eso, dixo Don Quixote, no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido, y jamas remendado : roto bien podria ser, y el roto mas de las armas, que del tiempo. En lo que toca, prosiguió Sancho, á la valentia, cortesia, hazañas y asumpto de vuestra merced ay diferentes opiniones : unos dicen, loco, pero gracioso : otros, valiente,

valiente, pero desgraciado: otros, cortés, pero impertinente: y por aquí van discurriendo en tantas cosas, que ni á vuestra merced ni á mí nos dexan hueso sano. Mira Sancho, dixo Don Quixote, donde quiera que está la virtud en eminente grado, es perseguida. Pocos, ó ninguno de los famosos varones que pasaron, dexó de ser calumniado de la malicia. Julio Cesar, animosísimo, prudentísimo, y valentísimo Capitan, fue notado de ambicioso, y algun tanto no limpio, ni en sus vestidos, ni en sus costumbres. Alexandro, á quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno, dicen dél, que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De Hercules, el de los muchos trabajos se cuenta, que fue lascivo, y muelle. De Don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, se murmura, que fue mas que demasíadamente rixoso; y de su hermano, que fue lloron. Así que, ó Sancho, entre las tantas calumnias de buenos, bien pueden pasar las mias, como no sean mas de las que has dicho. Ay está el toque, cuerpo de mi padre, replicó Sancho. Pues ay mas, preguntó Don Quixote? Aun la cola falta por desfollar, dixo Sancho: lo de hasta aquí son tortas, y pan pintado: mas si vuestra merced quiere saber todo lo que ay acerca de las calloñas que le ponen, yo le traere aquí luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte una meaja, que á noche llegó el hijo de Bartolome Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca hecho Bachiller, y yendole yo á dar la bien venida, me dixo, que andava ya en libros la Historia de vuestra merced con nombre del Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha; y dice, que me mientan á mí en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza, y á la Señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros á solas, que me hice cruces de espantado, como las pudo saber el Historiador que las escribió. Yo te aseguro, Sancho, dixo Don Quixote, que deve de ser algun sabio encantador el autor de nuestra

esta Historia, que á los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir. Y como, dixo Sancho, si era sabio, y encantador, pues (segun dice el Bachiller Sanson Carrasco, que así se llama él que dicho tengo) que el autor de la Historia se llama
 5 Cide Hamete Berengena. Ese nombre es de Moro, respondió Don Quixote. Así será, respondió Sancho: porque por la mayor parte he oido decir, que los Moros son amigos de berengenas. Tu debes, Sancho, dixo Don Quixote, errarte en el sobrenombre de ese Cide, que en Arabigo quiere decir Señor. Bien podria ser, re-
 10 plicó Sancho, mas si vuestra merced gusta, que yo le haga venir aquí, ire por él en bolandas. Harásme mucho placer, amigo, dixo Don Quixote, que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comere bocado, que bien me sepa, hasta ser informado de todo. Pues yo voy por él, respondió Sancho, y dexando á su Señor, se
 15 fue á buscar al Bachiller, con el qual bolvió de alli á poco espacio, y entre los tres pasaron un graciosísimo coloquio.



Cap. III. Del ridiculo razonamiento que pasó entre Don Quixote, Sancho Panza, y el Bachiller Sanson Carrasco.

20 **P**Enfativo ademas quedó Don Quixote, esperando al Bachiller Carrasco, de quien esperaba oír las nuevas de sí mismo, puestas en libro, como avia dicho Sancho, y no se podia persuadir, á que tal historia huviese, pues aun no estava enxuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que avia muerto, y ya querian, que anduviesen en estampa sus altas cavallerias: con todo
 25 eso imaginó, que algun sabio, ó ya amigo, ó enemigo por arte de encantamento las avra dado á la estampa: si amigo para engran-
 decerlas,

decerlas, y levantarlas sobre las mas señaladas de Cavallero Andante: si enemigo, para aniquilarlas, y ponerlas debaxo de las mas viles, que de algun vil escudero se huviesen escrito, puesto (decia entre sí) que nunca hazañas de escuderos se escrivieron: y quando fuese verdad, que la tal historia huviese, siendo de Cavallero Andante, por fuerza avia de ser grandiloqua, alta, insigne, magnifica, y verdadera. Con esto se consoló algun tanto, pero desconsolóle, pensar, que su autor era Moro, segun aquel nombre de Cide, y de los Moros no se podia esperar verdad alguna; porque todos son embelecadores, falsarios, y quimeristas. Temiase, no huviese tratado sus amores con alguna indecencia, que redundase en menoscabo, y perjuicio de la honestidad de su Señora Dulcinea del Toboso; deseava, que huviese declarado su fidelidad, y el decoro, que siempre la avia guardado, menospreciando Reinas, Emperatrices, y donzellas de todas calidades, teniendo á raya los impetus de los naturales movimientos: y así embuelto, y rebuelto en estas, y otras muchas imaginaciones le hallaron Sancho, y Carrasco, á quien Don Quixote recibió con mucha cortesia. Era el Bachiller, aunque se llamava Sansón, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran focarron, de color macilenta, pero de muy buen entendimiento: tendría hasta veinte y quatro años, cariredondo, de nariz chata, y de boca grande, señales todas de ser de condicion maliciosa, y amigo de donaires, y de burlas, como lo mostró en viendo á Don Quixote, poniendose delante dél de rodillas, diciendole: Déme vuestra Grandeza las manos, Señor Don Quixote de la Mancha, que por el habito de san Pedro que visto, aunque no tengo otras Ordenes que las quatro primeras, que es vuestra merced uno de los mas famosos Cavalleros Andantes, que ha auido, ni aun avra en toda la redondez de la tierra. Bien aya Cide Hamete Benengeli, que la Historia de vuestras grandezas dexó es-

critas, y rebien aya el curioso, que tuvo cuidado de hacerlas traducir de Arabigo en nuestro vulgar Castellano para universal entretenimiento de las gentes. Hizole levantar Don Quixote, y dixo: Defa manera verdad es, que ay historia mia, y que fue
5 Moro, y Sabió él que la compuso. Es tan verdad, señor, dixo Sanson, que tengo para mí, que el dia de oy estan impresos mas de doce mil libros de la tal historia, fino digalo Portugal, Barcelona, y Valencia, donde se han impreso, y aun ay fama, que se está imprimiendo en Amberes, y á mí se me trasluce, que no ha
10 de aver nacion, ni lengua, donde no se traduzga. Una de las cosas, dixo á esta sazón Don Quixote, que mas deve de dar contento á un hombre virtuoso, y eminente, es verse viviendo andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso, y en estampa, dixé con buen nombre: porque siendo al contrario ninguna muerte se
15 le igualará. Si por buena fama, y si por buen nombre va, dixo el Bachiller, solo vuestra merced lleva la palma á todos los Cavaleros Andantes: porque el Moro en su lengua, y el Christiano en la fuya tuvieron cuidado, de pintarnos muy al vivo la gallardia de vuestra merced, el animo grande en acometer los peligros, la pa-
20 ciencia en las adversidades, y el sufrimiento, así en las desgracias, como en las heridas, la honestidad y continencia en los amores tan Platonicos de vuestra merced, y de mi Señora Doña Dulcinea del Toboso. Nunca, dixo á este punto Sancho Panza, he oído llamar con Don á mi Señora Dulcinea, fino solamente la Señora Dul-
25 cinea del Toboso, y ya en esto anda errada la historia. No es objecion de importancia esa, respondió Carrasco: No por cierto, respondió Don Quixote, pero digame vuestra merced, señor Bachiller, que hazañas mias son las que mas se ponderan en esa historia? En eso, respondió el Bachiller, ay diferentes opiniones (como ay diferentes gustos) unos se atienen á la aventura de los
molinos

molinos de viento, que á vuestra merced le parecieron Briareos, y Gigantes : otros á la de los Batanes : este á la descripción de los dos exercitos, que despues parecieron ser dos manadas de carneros : aquel encarece la del muerto, que llevaban á enterrar á Segovia : uno dice, que á todas se aventaja la de la libertad de los Galeotes : 5 otro, que ninguna iguala á la de los dos gigantes Benitos, con la pendencia del valeroso Vizcayno. Digame, señor Bachiller, dixo á esta fazon Sancho, entra ay la aventura de los Yangueses, quando á nuestro buen Rozinante se le antojó, ¿pedir cotufas en el golfo ? No se le quedó nada, respondió Sancho, al sabio en el tintero, todo 10 lo dice, y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta. En la manta no hice yo cabriolas, respondió Sancho, en el aire sí, y aun mas de las que yo quisiera. A lo que yo imagino, dixo Don Quixote, no ay historia humana en el mundo, que no tenga sus altibaxos, especialmente las que tratan 15 de Cavallerias, las quales nunca pueden estar llenas de prosperos sucesos : Con todo eso, respondió el Bachiller, dicen algunos, que han leído la historia, que se holgáran, se les huviera olvidado á los autores della algunos de los infinitos palos, que en diferentes encuentros dieron al Señor Don Quixote. Ay entra la verdad de la 20 historia, dixo Sancho. Tambien pudieran callarlos por equidad, dixo Don Quixote, pues las acciones que ni mudan, ni alteran la verdad de la historia, no ay para que escribirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. A fee que no fue tan piadoso Eneas, como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises, como 25 le describe Homero. Así es, replicó Sancho, pero uno es escribir como Poeta, y otro como historiador, el Poeta puede contar, ó cantar las cosas, no como fueron, sino como devian ser : y el historiador las ha de escribir, no como devian ser, sino como fueron, sin añadir, ni quitar á la verdad cosa alguna : Pues si es, que se anda

anda á decir verdades ese señor Moro, dixo Sancho, á buen seguro que entre los palos de mi Señor se hallen los míos; porque nunca á su merced le tomaron la medida de las espaldas, que no me la tomaran á mí de todo el cuerpo: pero no ay de que maravillarme, 5 pues como dice el mismo Señor mio, del dolor de la cabeza han de participar los miembros. Socarron soys, Sancho, respondió Don Quixote, á fee que no os falta memoria, quando vos quereis tenerla. Quando yo quisiere olvidarme de los garrotazos que me han dado, dixo Sancho, no lo consentirán los cardenales, que 10 aun se estan frescos en las costillas. Callad Sancho, dixo Don Quixote, y no interrumpais al señor Bachiller, á quien suplico, pase adelante, en decirme, lo que se dice de mí en la referida historia. Y de mí, dixo Sancho, que tambien dicen, que soy yo uno de los principales personages della. Personages, que no pre- 15 sonages, Sancho amigo, dixo Sancho. Otro reprochador de voquibles tenemos, dixo Sancho, pues andense á eso, y no acabaremos en toda la vida. Mala me la dé Dios, Sancho, respondió el Bachiller, sino soys vos la segunda persona de la historia, y que ay tal, que precia mas oiros hablar á vos, que al mas pintado de toda 20 ella: puesto que tambien ay quien diga, que anduvistes demasiadamente de credulo, en creer, que podia ser verdad el gobierno de aquella insula, ofrecida por el Señor Don Quixote, que está presente. Aun ay sol en las bardas, dixo Don Quixote, y mientras mas fuere entrando en edad Sancho, con la esperiencia que dan 25 los años, estará mas idoneo, y mas habil, para ser Gobernador, que no está agora. Por Dios, señor, dixo Sancho, la isla que yo no gobername con los años que tengo, no la gobernaré con los años de Matusalen; el daño está, en que la dicha insula se entretiene, no sé donde, y no en faltarme á mí el caletre para gobernarla. Encomendadlo á Dios, Sancho, dixo Don Quixote, que
todo

todo se hará bien, y quiza mejor de lo que vos pensais, que no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios. Así es verdad, dixo Sanson, que si Dios quiere, no le faltarán á Sancho mil islas que gobernar, quanto mas una. Gobernadores he visto por ay, dixo Sancho, que á mi parecer no llegan á la suela de mi zapato, 5 y con todo eso los llaman señoria, y se firven con plata. Esos no son Gobernadores de insulas, replicó Sanson, sino de otros govier-nos mas manuales, que los que gobiernan insulas, por lo menos han de saber gramatica. Con la grama bien me avendria yo, dixo Sancho, pero con la tica, ni me tiro, ni me pago, porque no la 10 entiendo: pero dexando esto del gobierno en las manos de Dios, que me eche á las partes, donde mas de mí se sirva, digo, señor Bachiller Sanson Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto, que el autor de la historia aya hablado de mí, de manera que no enfa-dan las cosas, que de mí se cuentan, que á fé de buen escudero, 15 que si hubiera dicho de mí cosas que no fueran, muy de Christiano viejo como soy, que nos avian de oir los sordos. Eso fuera ha-cer milagros, respondió Sanson. Milagros, ó no milagros, dixo Sancho, cada uno mire, como habla, ó como escribe de las preson-as, y no ponga á troche moche lo primero, que le viene al magin. 20 Una de las tachas que ponen á la tal historia, dixo el Bachiller, es, que su autor puso en ella una novela intitulada, El Curioso Imper-tinente, no por mala, ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tiene que ver con la historia de su merced del Señor Don Quixote. Yo apostaré, replicó Sancho, que ha mezclado el hide- 25 perro berzas con capachos. Ahora digo, dixo Don Quixote, que no ha sido sabio el Autor de mi Historia, sino algun ignorante habla-dor que á tienta, y sin algun discurso se puso á escribirla: salga lo que saliere, como hacía Orbaneja el Pintor de Ubeda, al qual pre-guntandole, que pintava, respondió lo que saliere; tal vez pintava,

un

un gallo de tal suerte, y tan mal parecido, que era menester, que con letras Goticas escribiese junto á él, este es gallo: y así deve de ser de mi historia, que tendra necesidad de comento para entenderla. Eso no, respondió Sanson, porque es tan clara, que no ay cosa, que dificultar en ella, los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden, y los viejos la celebran, y finalmente es tan trillada, y tan sabida de todo genero de gentes, que á penas han visto algun rozin flaco, quando dicen, alli va Rozinante: y los
10 que mas se han dado á su letura, son los pages. No ay antecámara de señor, donde no se halle un Don Quixote, unos le toman, si otros le dexan; estos le envisten, y aquellos le piden, finalmente la tal historia es del mas gustoso, y menos perjudicial entretenimiento, que hasta agora se aya visto; porque en toda ella
15 no se descubre ni por semejas una palabra deshonesta, ni un pensamiento menos que Catolico. A escribir de otra suerte, dixo Don Quixote, no fuera escribir verdades, sino mentiras, y los historiadores, que de mentiras se valen, avian de ser quemados, como los que hacen moneda falsa, y no sé yo, que le movió al autor, á valerse de novelas, y cuentos agenos, aviendo tanto que escribir en los mios, sin duda se devió de atener al refran de paja, y de heno, &c. Pues en verdad que en solo manifestar mis pensamientos, mis suspiros, mis lagrimas, mis buenos deseos, y mis acometimientos pudiera hacer un volumen mayor, ó tan grande, que el que pueden
25 hacer todas las obras del Tostado. En efeto lo que yo alcanzo, señor Bachiller, es, que para componer historias, y libros de qualquier suerte que sean, es menester un gran juicio, y un maduro entendimiento: decir gracias, y escribir donaires es de grandes ingenios: la mas discreta figura de la comedia es la del bobo; porque no lo ha de ser él que quiere dar á entender, que es simple:
la

la historia es como cosa sagrada: porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad, está Dios en quanto á verdad, pero no obstante esto ay algunos, que así componen, y arrojan libros de sí, como si fuesen buñuelos. No ay libro tan malo, dixo el Bachiller, que no tenga algo bueno. No ay duda en eso, replicó Don Quixote; pero muchas veces acontece, que los que tenían meritamente grangeada, y alcanzada gran fama por sus escritos, en dandolos á la estampa, la perdieron del todo, ó la menoscabaron en algo. La causa de eso es, dixo Sansón, que como las obras impresas se miran despacio, facilmente se veen sus faltas, y tanto mas se escudriñan, 10 quanto es mayor la fama dél que las compuso. Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes Poetas, los ilustres historiadores siempre, ó las mas veces son embidiados de aquellos que tienen por gusto, y por particular entretenimiento, juzgar los escritos agenos, sin aver dado algunos propios á la luz del mundo. Eso 15 no es de maravillar, dixo Don Quixote, porque muchos Teólogos ay, que no son buenos para el pulpito, y son bonísimos para conocer las faltas, ó sobras de los que predicán. Todo eso es así, Señor Don Quixote, dixo Carrasco, pero quisiera yo, que los tales censuradores fueran mas misericordiosos, y menos escrupulosos, sin 20 atenderse á los atomos del sol clarísimo de la obra de que murmuran, que si aliquando bonus dormitat Homerus, consideren lo mucho, que estuvo despierto, por dar la luz de su obra con la menos sombra que pudiese: y quiza podria ser, que lo que á ellos les parece mal, fuesen lunares, que á las veces acrecientan la hermosura del 25 rostro que los tiene, y así digo, que es grandísimo el riesgo, á que se pone él que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal, que satisfaga, y contente á todos los que le leyeren. El que de mí trata, dixo Don Quixote, á pocos avra contentado. Antes es el reves, que como de stultorum infi-

nitus est numerus, infinitos son los que han gustado de la tal historia, y algunos han puesto falta, y dolo en la memoria del autor, pues se le olvida de contar, quien fue el ladron, que hurtó el Rucio á Sancho, que alli no se declara, y solo se infiere de lo escrito, 5 que se le hurtaron, y de alli á poco le vemos á cavallo sobre el mismo jumento, sin aver parecido; tambien dicen, que se le olvidó poner, lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos, que halló en la maleta en Sierra Morena, que nunca mas los nombra, y ay muchos que desean saber, que hizo dellos, ó en que los gastó, 10 que es uno de los puntos sustanciales, que faltan en la obra. Sancho respondió, yo, señor Sanson, no estoy aora para ponerme en cuentas, ni cuentos que me ha tomado un desmayo de estomago, que sino le reparo con dos tragos de lo anejo, me pondra en la espina de Santa Lucia; en casa lo tengo, mi oislo me aguarda, en acabando de comer dare 15 la buelta, y satisfare á vuestra merced y á todo el mundo de lo que preguntar quisieren, así de la perdida del jumento, como del gasto de los cien escudos, y sin esperar respuesta ni decir otra palabra, se fue á su casa. Don Quixote pidió, y rogó al Bachiller, se quedase, á hacer penitencia con el: Tuvo el Bachiller el embite, quedóse, 20 añadióse al ordinario un par de pichones, tratóse en la mesa de cavallerias, figuióle el humor Carrasco, acabóse el banquete, durmieron la fiesta, bolvió Sancho, y renovóse la platica pasada.



Cap. IV. *Donde Sancho Panza satisface al Bachiller Sanson Carrasco de sus dudas, y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse, y de contarse.*

BOlvió Sancho á casa de Don Quixote, y bolviendo al pasado razonamiento, dixo á lo que el señor Sanson dixo, que se deseava saber, quien, ó como, ó quando se me hurtó el jumento, respondiendole, digo que la noche misma que huyendo de la Santa Hermandad nos entramos en Sierra Morena, despues de la aventura sin ventura de los Galeotes, y de la del Difunto, que llevaban á Segovia, mi Señor, y yo nos metimos entre una espesura, adonde mi Señor arrimado á su lanza, y yo sobre mi Rucio, molidos y cansados de las pasadas refriegas, nos pusimos á dormir, como si fuera sobre quatro colchones de pluma; especialmente yo dormí con tan pesado sueño, que quien quiera que fue; tuvo lugar de llegar, y suspenderme sobre quatro estacas, que puso á los quatro lados de la albarda, de manera que me dexó á cavallo sobre ella, y me sacó debaxo de mí al Rucio, sin que yo lo sintiese. Eso es cosa facil, y no acontecimiento nuevo, dixo Don Quixote que lo mesmo le sucedió á Sacripante, quando estando en el cerco de Albraca, con esa misma invencion le sacó el cavallo de entre las piernas aquel famoso ladrón llamado Brunelo. Amaneció, prosiguió Sancho, y á penas me huve estremecido, quando faltando las estacas, dí conmigo en el suelo una gran caída, miré por el jumento, y no le vi, acudieronme lagrimas á los ojos, y hice una lamentacion, que si no la puso el autor de nuestra historia, puede hacer cuenta, que no puso cosa buena. Al cabo de no sé quantos dias viniendo con la Señora Princesa Micomicona, conocí mi Asno, y que venia sobre el en

habito de Gitano aquel Gines de Passamonte aquel embustero, y grandísimo maleador, que quitamos mi señor, y yo de la cadena. No está en eso el yerro, replicó Sansón, sino en que antes de aver parecido el jumento, dice el autor, que iba á cavallo Sancho en el mesmo Rucio. A eso, dixo Sancho, no sé que responder, sino que el historiador se engañó, ó ya seria descuido del Impresor. Así es sin duda, dixo Sansón: Pero que se hicieron de los cien escudos? deshiciéronse? Respondió Sancho, yo los gasté en pro de mi persona, y de la mi muger, y de mis hijos, y ellos han sido causa de que
5 mi muger lleve en paciencia los caminos, y carreras, que he andado sirviendo á mi Señor Don Quixote, que si al cabo de tanto tiempo bolviera sin blanca, y sin el jumento á mi casa, negra ventura me esperaba, y si ay mas que saber de mí, aquí estoy que respondere al mesmo Rey en persona, y nadie tiene para que meterse en si
15 truxe, ó no truxe, si gasté, ó no gasté, que si los palos que me dieron en estos viages se huvieran de pagar á dinero, aunque no se tasaran sino á quatro maravedís cada uno, en otros cien escudos no avia para pagarme la mitad, y cada uno meta la mano en su pecho, y no se ponga á juzgar lo blanco por negro, y lo negro por blanco,
20 que cada uno es, como Dios le hizo, y aun peor muchas veces. Yo tendre cuidado, dixo Carrasco, de acusar al autor de la historia, que si otra vez la imprimiere, no se le olvide esto, que el buen Sancho ha dicho, que sera realzarla un buen coto mas de lo que ella se está. Ay otra cosa que enmendar en esa leyenda, señor Bachiller? preguntó Don Quixote: Si deve de aver, respondió él, pero ninguna deve de ser de la importancia de las ya referidas. Y por ventura dixo Don Quixote, promete el autor segunda parte? Sí promete, respondió Sansón, pero dice, no ha hallado, ni sabe quien la tiene, y así estamos en duda, si saldra, ó no: y así por esto, como porque algunos dicen, nunca segundas partes fueron
buenas,

buenas, y otros, de las cosas de Don Quixote bastan las escritas; se
duda, que no ha de aver segunda parte, aunque algunos que son
mas Joviales, que Saturninos dicen: vengan mas Quixotadas envista
Don Quixote, y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere, que con
eso nos contentamos. Y á que se, atiené el autor? dixo Sancho. A que,
respondió Sancho, en hallando que halle la historia, que él va bus-
cando con extraordinarias diligencias, la dara luego á la estampa,
llevado mas del interes que de darla se le sigue, que de otra ala-
banza alguna. A lo que dixo Sancho, al dinero, y al interes mira
el autor? maravilla fera, que acierte, porque no hara sino harbar, 10
harbar, como fastre en visperas de pasquas, y las obras que se ha-
cen á priesa, nunca se acaban con la perfeccion, que requieren:
atienda ese señor Moro, á lo que es á mirar lo que hace, que yo,
y mi Señor le daremos tanto ripio á la mano en materia de aventu-
ras, y de sucesos diferentes, que pueda componer no solo segunda 15
parte, sino ciento: deve de pensar el buen hombre sin duda, que
nos dormimos aquí en las pajas, pues tenganos el pie al herrar, y
verá del que cosqueamos, lo que yo sé decir, es, que si mi Señor
tomase mi consejo, ya aviamos de estar en esas campañas deshaci-
endo agravios, y enderezando tuertos, como es uso y costumbre 20
de los buenos Andantes Cavalleros. No avia bien acabado de decir
estas razones Sancho, quando llegaron á sus oidos relinchos de Ro-
zinante, los quales relinchos tomó Don Quixote por felicísimo a-
guero, y determinó de hacer de alli á tres ó quatro dias otra salida,
y declarando su intento al Bachiller, le pidió consejo, por que 25
parte comenzaría su jornada: el qual le respondió, que era su pa-
recer, que fuese al Reino de Aragon, y á la Ciudad de Zaragoza,
adonde de alli á pocos dias se avian de hacer unas solenissimas justas
por la fiesta de San Jorge, en las quales podria ganar fama sobre to-
dos los Cavalleros Aragoneses, que sería ganarla sobre todos los
del

del mundo. Alabóle ser honradísima y valentísima su determinacion, y advirtióle, que anduviese mas atentado en acometer los peligros, á causa que su vida no era fuya, sino de todos aquellos, que le avian menester para que los amparase, y socorriese en sus des-
5 venturas. Deso es lo que yo reniego, señor Sanson, dixo á este punto Sancho, que así acomete mi señor á cien hombres armados, como un muchacho goloso á media docena de badeas ; cuerpo del mundo, señor Bachiller, sí que tiempos ay de acometer, y tiempos de retirar, sí no ha de ser todo Santiago, y cierra España,
10 y mas que yo he oido decir, y creo, que á mi Señor mismo, si mal no me acuerdo, que en los extremos de cobarde, y de temerario está el medio de la valentia, y si esto es así, no quiero, que huya, sin tener para que, ni que acometa, quando la demasia pide otra cosa: pero sobre todo aviso á mi señor, que si me ha de llevar con-
15 figo, ha de ser con condicion, que él se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estar obligado á otra cosa, que á mirar por su persona en lo que tocáre á su limpieza, y á su regalo, que en esto yo le bailare el agua delante ; pero pensar, que tengo de poner mano á la espada, aunque sea contra villanos malandrines de acha,
20 y capellina, es pensar en lo escusado. Yo, señor Sanson, no pienso grangear fama de valiente, sino del mejor, y mas leal escudero, que jamas sirvió á Cavallero Andante : y si mi Señor Don Quixote obligado de mis muchos y buenos servicios quisiere darme alguna insula de las muchas que su merced dice, que se ha de topar
25 por ay : recibire mucha merced en ello, y quando no me la diere, nacido soy, y no ha de vivir el hombre en oto de otro, sino de Dios, y mas que tan bien, y aun quiza mejor me sabra el pan desgovernado, que siendo Governador ; y sé yo por ventura, si en esos gobiernos me tiene aparejada el diablo alguna zancadilla, donde tropiece,

tropiece, y caiga, y me haga las muelas? Sancho nació, y Sancho pienso morir: pero si con todo esto de buenas á buenas sin mucha solicitud, y sin mucho riesgo me deparase el cielo alguna insula, ó otra cosa semejante, no soy tan necio, que la desechase, que tambien se dice, quando te dieren la baquilla, corre con la foguilla, y quando viene el bien, metelo en tu casa: Vos, hermano Sancho, dixo Carrasco, aveis hablado como un Cathedratico: pero con todo eso confiad en Dios, y en el Señor Don Quixote, que os ha de dar un Reino, no que una insula: Tanto es lo de mas como lo de menos, respondió Sancho, aunque sé decir al señor Carrasco, 10 que no echára mi señor el Reino, que me diera in saco roto, que yo he tomado el pulso á mí mismo, y me hallo con salud para regir Reinos, y gobernar insulas, y esto ya otras veces lo he dicho á mi señor. Mirad Sancho, dixo Sansón, que los oficios mudan las costumbres, y podria ser, que viendoos Gobernador, no conociesedes á la madre, que os parió: Eso allá se ha de entender, respondió Sancho, con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma quatro dedos de envidia de Christianos viejos, como yo los tengo: no, sino llegaos á mi condicion, que sabra usar de desagrado de ninguno. Dios lo haga, dixo 20 Don Quixote, y ello dira, quando el gobierno venga, que ya me parece, que le trayo entre los ojos: dicho esto, rogó al Bachiller, que si era Poeta, le hiciese merced, de componerle unos versos, que tratasen de la despedida, que pensava hacer de su Señora Dulcinea del Toboso, y que advirtiese, que en el principio de cada 25 verso, avia de poner una letra de su nombre, de manera que al fin de los versos juntando las primeras letras se leyese Dulcinea del Toboso. El Bachiller respondió, que puesto que él no era de los famosos Poetas que avia en España, que decian, que no eran finotres y medio, que no dexaría de componer los tales metros, aunque

que hallava una dificultad grande en su composicion, á causa que las letras que contenian el nombre, eran diez y siete, y que si hacía quatro Castellanas de á quatro versos, sobrara una letra, y si de á cinco, á quien llaman Decimas, ó Redondillas, faltavan tres letras; pero con todo eso procuraría embever una letra, lo mejor que pudiese, de manera que en las quatro Castellanas se incluyese el nombre de Dulcinea del Toboso. Ha de ser así en todo caso, dixo Don Quixote, que si alli no va el nombre patente y de manifesto, no ay muger, que crea, que para ella se hicieron los metros.

10 Quedaron en esto, y en que la partida sería de alli á ocho dias: encargó Don Quixote al Bachiller, la tuviese secreta, especialmente al Cura, y á maese Nicolas, y á su Sobrina,, y al Ama: porque no estorvasen su honrada, y valerosa determinacion: todo lo prometió Carrasco; con esto se despidió, encargando á Don Quixote,

15 que de todos sus buenos ó malos sucesos le avisase; aviendo comodidad, y así se despidieron, y Sancho fue á poner en orden lo necesario para su jornada.



Cap. V. De la discreta y graciosa platica que pasó entre Sancho Panza, y su muger Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordacion.

20

Legando á escribir el traductor desta historia este quinto capitulo, dice, que le tiene por apocrifo, porque en el habla Sancho Panza con otro estilo, del que se podia prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible,

25 que él las supiese, pero que no quiso dexar de traducirlo, por cumplir con lo que á su oficio devia, y así prosiguió, diciendo.

Llegó

Llegó Sancho á su casa tan regozijado y alegre, que su muger conoció su alegría á tiro de ballesta, tanto que la obligó á preguntarle: que traes, Sancho amigo, que tan alegre venis? á lo que él respondió: Muger mia, si Dios quisiera, bien me holgára yo de no estar tan contento, como nuestro: No os entiendo, marido, replicó ella, y no sé, que quereis decir in eso, de que os holgaredes, si Dios quisiera, de no estar contento, que maguer tonta, no sé yo, quien recibe gusto, de no tenerle: Mirad Teresa, respondió Sancho, yo estoy alegre, porque tengo determinado de bolver á servir á mi Amo Don Quixote, el qual quiere la vez tercera á salir, á buscar las aventuras, y yo buelvo á salir con él, porque lo quiere así mi necesidad junto con la esperanza que me alegra de pensar, si podré hallar otros cien escudos, como los ya gastados, puesto que me entristece el averme de apartar de tí y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer á pie enjuto, y en mi casa sin traerme por vericuetos y encrucijadas, pues lo podia hacer á poca costa, y no mas de quererlo, claro está, que mi alegría fuera mas firme y valdera, pues que la que tengo va mezclada con la tristeza del dexarte, así que dixe bien, que holgára, si Dios quisiera, de no estar contento. Mirad Sancho, replicó Teresa, despues que os hicistes miembro de Cavallero Andante, hablais de tan rodeada manera, que no ay quien os entienda: Basta que me entienda Dios, muger, respondió Sancho, que él es el entendedor de todas las cosas, y quedese esto aquí, y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta, estos tres dias con el Rucio, de manera que esté para armas tomar, dobladle los pienfos, requerid la albarda, y las demas jarcias, porque no vamos á bodas, sino á rodear el mundo, y á tener dares, y tomares con Gigantes, con Endriagos, y con Vestiglos, y á oir filvos, rugidos, bramidos, y baladros, y aun todo esto fuera flores de cantueso, sino tuvieramos que entender con Yangueses, y

con Moros encantados. Bien creo yo, marido, replicó Teresa, que los escuderos andantes no comen el pan de valde, y así quedará rogando á nuestro Señor, os saque presto de tanta mala ventura. Yo os digo, muger, respondió Sancho, que sino pensase antes de
5 mucho tiempo verme Gobernador de una insula, aquí me caería muerto. Eso no, marido mio, dixo Teresa : viva la gallina aunque sea con su pepita, vivid vos, y llevese el diablo quantos gobiernos ay en el mundo ; sin gobierno salistes del vientre de vuestra madre, sin gobierno aveis vivido hasta aora, y sin gobierno
10 os ireis, ó os llevarán á la sepultura, quando Dios fuere servido. Como esos ay en el mundo que viven sin gobierno, y no por eso dexan de vivir, y de ser contados en el numero de las gentes. La mejor salsa del mundo es la hambre, y como esta no falta á los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad Sancho, si por ventura os vieredes con algun gobierno, no os olvideys de mí y de vuestros hijos. Advertid, que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razon que vaya á la escuela, si es que su tio el Abad le ha de dexar hecho de la Iglesia. Mirad tambien, que Mari Sancha vuestra hija no se morira, si la casamos, que me va dando barruntos,
20 que desea tanto tener marido, como vos deseays veros con gobierno, y en fin en fin, mejor parece la hija mal casada, que bien abaraganada. A buena fé, respondió Sancho, que si Dios me llega á tener algo que dé gobierno, que tengo de casar, muger mia, á Mari Sancha tan altamente, que no la alcancen sino con llamarla Señora.
25 Eso no, Sancho, respondió Teresa, casadla con su igual, que es lo mas acertado, que si de los zuecos la sacays á chapines, y dé saya parda de catorzeno á verdugado, y saboyanas de seda ; y de una Marica, y un tú á una doña tal, y señoria, no se ha de hallar la mochacha, y á cada paso ha de caer en mil faltas, descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera. Calla boba, dixo Sancho, que
todo

todo sera usarlo dos, ó tres años, que despues le vendra el señorio, y la gravedad como de molde; y quando no, que importa? sea se ella señoria, y venga lo que viniere. Medios, Sancho, con vuestro estado, respondió Teresa, no os querays alzar á mayores, y advertid al refran, que dice, al hijo de tu vecino limpiele las narices, 5 y metele en tu casa. Por cierto que sería gentil cosa casar á nuestra Maria con un Condazo, ó con Cavallerote, que quando se le antojase, la pusiese como nueva, llamandola de villana, hija del destripa terrones, y de la pela ruecas; no en mis dias, marido, para eso por cierto he criado yo á mi hija: traed vos dineros, Sancho, y 10 el casarla, dexadlo á mi cargo, que ay está Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, y que le conocemos, y sé que no mira de mal ojo á la mochacha, y con este que es nuestro igual estará bien casada, y le tendremos siempre á nuestros ojos, y seremos todos unos padres y hijos, nietos, y yernos, y andara la 15 paz y la bendicion de Dios entre todos nosotros: y no casarme la vos aora en esas Cortes, y en esos palacios grandes, adonde ni á ella la entiendan, ni ella se entienda. Ven acá, bestia, y muger de Barrabas, replicó Sancho, porque quieres tu aora sin que, ni para que estorvarme que no case á mi hija con quien me dé nietos que se lla- 20 men señoria? Mira, Teresa, siempre he oido decir á mis mayores, que él que no sabe gozar de la ventura quando le viene, que no se deve quejar, si se le pasa. Y no sería bien, que aora que esta llamando á nuestra puerta, se la cerremos; dexemonos llevar deste viento favorable, que nos sopla. (Por este modo de hablar, y por lo 25 que mas abaxo dice Sancho, dixo el traductor desta Historia que tenía por apocrifo este capitulo) No te parece, animalia, profiguió Sancho, que sera bien dar con mi cuerpo en algun gobierno provechoso, que nos saque el pie del lodo: y casase á Mari Sancha con quien yo quisiere, y veras como te llaman á tí Doña Teresa

Panza, y te sientas en la Iglesia sobre alcatifa, almohadas, y arambes á pesar y despecho de las Hidasgas del pueblo. No fino estaos siempre en un ser, sin crecer ni menguar, como figura de paramento, y en esto no hablemos mas, que Sanchica ha de ser

5 Condesa, aunque tu mas me digas. Veis quanto decis, marido, respondió Teresa: pues con todo eso temo, que este Condado de mi hija ha de ser su perdicion, vos haced lo que quisiereades, ora la hagays Duquesa ó Princesa: pero sé os decir, que no sera ello con voluntad, ni consentimiento mio. Siempre, hermano, fuy amiga

10 de la igualdad, y no puedo ver entonos sin fundamentos; Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mondo, y escueto, sin añadiduras, ni cortapisas, ni arrequives de dones, ni donas, Cascajo se llamó mi padre, y á mí por ser vuestra muger me llaman Teresa Panza, que á buena razon me avian de llamar Teresa Cascajo. Pero allá

15 van Reyes, do quieren leyes, y con este nombre me contento, sin que me le pongan un Don encima que pese tanto, que no le pueda llevar, y no quiero dar que decir á los que me vieren andar vestida á lo Condesil, ó á lo de Governadora, que luego dirán, mirad que entonada va la pazpuerca, ayer no se hartava de estirar de un copo

20 de estopa, y iva á Misa cubierta la cabeza con la falda de la saya en lugar de manto, y ya oy va con verdugado, con broches y con entono, como fino la conociesemos. Si Dios me guarda mis siete, ó mis cinco sentidos, ó los que tengo, no pienso dar ocasion de verme en tal aprieto, vos hermano idos á ser gobierno, ó insulo, y

25 entonaos á vuestro gusto, que mi hija ni yo por el figlo de mi madre que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea; la muger honrada la pierna quebrada, y en casa, y la donzella honesta el hacer algo es su fiesta, idos con vuestro Don Quixote á vuestras aventuras, y dexadnos á nosotras con nuestras malas venturas, que Dios nos las mejorará, como seamos buenas, y yo no sé por cierto, quien

le

le puso á él Don, que no tuvieron sus padres ni sus aguelos. Ahora digo, replicó Sancho, que tienes algun familiar en ese cuerpo: Valate Dios la muger, y que de cosas has enfartado unas en otras, sin tener pies ni cabeza. Que tiene que ver el cascajo, los broches, los refranes, y el entono con lo que yo digo. Ven acá, mentecata, é 5 ignorante (que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones, y vas huyendo de la dicha.) Si yo diciera, que mi hija se arro- jara de una torre abaxo, ó que se fuera por esos mundos, como se quiso ir la Infanta Doña Urraca, tenías razon de no venir con mi gusto: pero si en dos paletas, y en menos de un abrir y cerrar de o- 10 jos te la chanto un Don, y una Señoría acuestas, y te la saco de los rastrojos, y te la pongo en toldo y en peana, y en un estrado de mas almohadas de velludo, que tuvieron Moros en su linage los Almohadas de Marruecos, porque no has de consentir, y querer lo que yo quiero? Sabeys porque, marido, respondió Teresa, por el 15 refran, que dice: Quien te cubre te descubre. Por el pobre todos pasan los ojos, como de corrida, y en el rico los detienen, y si el tal rico fue un tiempo pobre, alli es el murmurar, y el maldecir, y el peor perseverar de los maldicientes, que los ay por esas calles á montones, como enxambres de abejas. Mira Teresa, respondió 20 Sancho, y escucha, lo que agora quiero decirte, quiza no lo avras oido en todos los dias de tu vida, y yo agora no hablo de mio, que todo lo que pienso decir son sentencias del padre predicador, que la Quaresma pasada predicó en este puebló, el qual, si mal no me acuerdo, dixo, que todas las cosas presentes que los ojos estan mi- 25 rando, se presentan, estan, y asisten en nuestra memoria mucho mejor, y con mas vehemencia que las cosas pasadas. (Todas estas razones, que aquí va diciendo Sancho, son las segundas, por quien dice el traductor que tiene por apócrifo este capitulo, que exceden á la capacidad de Sancho, el qual prosiguió, diciendo.) De donde nace

nace, que quando vemos alguna persona bien aderezada, y con ricos vestidos compuesta, y con pompa de criados, parece, que por fuerza nos mueve y combida á que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos represente alguna baxeza en que
5 vimos á la tal persona, la qual ignominia agora sea de pobreza, ó de linage, como ya pasó, no es, y solo es lo que vemos presente. Y si este á quien la fortuna sacó del borrador de su baxeza, que por estas mesmas razones lo dexo el padre á la alteza de su prosperidad, fuera bien criado, liberal y cortés con todos, y no se pudiese en cuentos con aquellos, que por antigüedad son nobles, ten
10 por cierto, Teresa, que no avra, quien se acuerde de lo que fue, sino que reverencien lo que es, sino fueren los invidiosos, de quien ninguna prospera fortuna está segura. Yo no os entiendo, marido, replicó Teresa, haced lo que quisieredes, y no me quebreys mas
15 la cabeza con vuestras arengas y retóricas. Y si estays rebuelto en hacer lo que decis: Resuelto has de decir muger, dixo Sancho, y no rebuelto. No os pongays á disputar, marido, conmigo, respondió Teresa, yo hable como Dios es servido, y no me meto en mas dibujos; y digo, que si estays porfiando en tener gobierno, que lle-
20 veys con vos á vuestro hijo Sancho, para que desde agora le enseñeys á tener gobierno, que bien es que los hijos hereden, y aprendan los oficios de sus padres. En teniendo gobierno, dixo Sancho, embiare por él por la posta, y te embiare dineros, que no me saltarán, pues nunca falta quien se los preste á los
25 Gobernadores, quando no los tienen, y viste le de modo que disimule lo que es, y parezca lo que ha de ser. Embiad vos dinero, dixo Teresa, que yo os lo vistire como un palmito. En efecto quedamos de acuerdo, dixo Sancho, de que ha de ser Condesa nuestra hija. El día que yo la viere Condesa, respondió Teresa, ese haré cuenta que la entierro: pero otra vez os digo, que hagays lo que os diere gusto, que con
esta

esta carga nacemos las mugeres, de estar obedientes á sus maridos, aunque sean unos porros; y en esto comenzó á llorar tan de veras, como si ya viera muerta, y enterrada á Sanchica. Sancho la consoló, diciendole, que ya que la huviese de hacer Condesa, la haría todo lo mas tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su platica, y Sancho bolvió á ver á Don Quixote, para dar orden en su partida.



Cap. VI. De lo que le pasó á Don Quixote con su Sobrina, y con su Ama, y es uno de los importantes capitulos de toda la Historia.

EN tanto que Sancho Panza, y su muger Teresa Cascajo pasaron la impertinente referida platica, no estaban ociosas la Sobrina, y el Ama de Don Quixote, que por mil señales ivan coligiendo, que su Tio y Señor queria desgarrarse la vez tercera, y volver al exercicio de su, para ellas, mal Andante Cavalleria, procuravan por todas las vias posibles apartarle de tan mal pensamiento: pero todo era predicar en desierto, y majar en hierro frio. Con todo esto entre otras muchas razones que con él pasaron, le dixo el Ama, en verdad, Señor mio, que si vuestra merced no afirma el pie llano, y se está quedo en su casa, y se dexa de andar por los montes, y por los valles, como anima en pena, buscando esas, que dicen que se llaman Aventuras, á quien yo llamo desdichas, que me tengo de quejar en voz, y en grito á Dios, y al Rey, que pongan remedio en ello. A lo que respondió Don Quixote: Ama, lo que Dios responderá á tus quejas, yo no lo sé, ni lo que ha de responder su Magestad tan poco, y solo sé, que si yo fuera Rey me escusara de responder á tanta infinidad de memoriales impertinentes, como cada dia le dan, que uno de los mayores trabajos que los Reyes tienen entre otros

otros muchos, es el estar obligados á escuchar á todos, y á responder á todos, y así no querría yo que cosas mías le diesen pesadumbre. A lo que dixo el Ama, díganos, Señor, en la Corte de su Magestad no ay Cavalleros? Sí respondió Don Quixote, y muchos, y es razon que los aya para adorno de la grandeza de los Principes, y para ostentacion de la Magestad Real. Pues no sería vuesa merced, replicó ella, uno de los que á pie quedo sirviesen á su Rey, y Señor, estandose en la Corte. Mira amiga, respondió Don Quixote: no todos los Cavalleros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden, ni deven ser Cavalleros Andantes, de todos ha de aver en el mundo, y aunque todos seamos Cavalleros, va mucha diferencia de los unos á los otros: porque los cortesanos sin salir de sus aposentos, ni de los umbrales de la Corte se pasean por todo el mundo, mirando un Mapa sin costarles blanca, ni padecer calor, ni frio, hambre, ni sed. Pero nosotros los Cavalleros Andantes verdaderos, al Sol, al frio, al aire, á las inclemencias del cielo, de noche, y de dia, á pie y á cavallo, medimos toda la tierra con nuestros mismos pies. Y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo ser, y en todo trance, y en toda ocasion los acometemos, sin mirar en niñerías, ni en las leyes de los desafíos, si lleva, ó no lleva mas corta la lanza, ó la espada, si trae sobre sí reliquias, ó algun engaño encubierto, si se ha de partir y hacer tajadas el Sol, ó no, con otras ceremonias deste jaez que se usan en los desafíos particulares de persona á persona, que tu no sabes, y yo sí. Y has de saber mas, que el buen Cavallero Andante, aunque vea diez Gigantes, que con las cabezas, no solo tocan, sino pasan las nubes, y que á cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan arboles de gruesos y poderosos navios, y cada ojo como una gran rueda de molino, y mas ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna, antes

tes con gentil continente, y con intrepido corazon los ha de acometer, y envestir, y si fuere posible vencerlos, y desbaratarlos en un pequeño instante, aunque viniesen armados de unas conchas de un cierto pescado, que dicen que son mas duras, que si fuesen de diamantes, y en lugar de espadas truxesen cuchillos tajantes de Damasquino acero, ó porras ferradas con puntas así mismo de acero, como yo las he visto mas de dos veces. Todo esto he dicho, Ama mia, porque veas la diferencia que ay de unos Cavalleros á otros, y sería razon que no huviese Principe que no estimase en mas esta segunda, ó por mejor decir, primera especie de Cavalleros Andantes, que segun leemos en sus historias, tal ha ayido entre ellos, que ha sido la salud no solo de un Reino sino de muchos. A Señor mio, dixo á esta sazón la Sobrina, advierta vuestra merced, que todo eso que dice de los Cavalleros Andantes es fabula y mentira, y sus historias, ya que no las quemasen, merecían, que á cada una se le echase un Sambenito, ó alguna señal, en que fuese conocida por infame, y por gastadora de las buenas costumbres. Por el Dios que me sustenta, dixo Don Quixote, que sino fueras mi sobrina derechamente, como hija de mi misma hermana, que avia de hacer un tal castigo en tí por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo. Como, que es posible que una rapaza, que á penas sabe mènejar doce palillos de randas, se atreva á poner lengua, y a censurar las historias de los Cavalleros Andantes? Que dixerá el Señor Amadis, si lo tal oyera? Pero á buen seguro que él te perdonara, porque fue el mas humilde y cortés Cavallero de su tiempo, y demás grande lamparador de las doncellas; mas tal te pudiera aver oido que no te fuera bien dello, que (no todos son corteses ni bien mirados, algunos ay follones y descomedidos. Ni todos los que se llaman Cavalleros lo son de todo en todo, que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen

Cavalleros : pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad. Hombres baxos ay, que rebientan por parecer Cavalleros, y Cavalleros altos ay, que parece, que á posta mueren por parecer hombres baxos : aquellos se levantan ó con la ambicion, 5 ó con la virtud, estos se abaxan ó con la floxedad, ó con el vicio, y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de Cavalleros tan parecidos en los nombres, y tan distantes en las acciones : Valame Dios, dixo la Sobrina, que sepa vuestra merced tanto, Señor Tio, que si fuese menester en 10 una necesidad podría subir en un pulpito, é irse á predicar por esas calles, y que con todo esto dé en una ceguera tan grande, y en una sandez tan conocida que se dé á entender que es valiente, siendo viejo ; que tiene fuerzas, estando enfermo ; y que endereza tuertos, estando por la edad agobiado ; y sobre todo que es Cavallero, no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no 15 lo son los pobres. Tienes mucha razon, Sobrina, en lo que dices, respondió Don Quixote, y cosas te pudiera yo decir cerca de los linages que te admiraran, pero por no mezclar lo divino con lo humano no las digo. Mirad, amigas, á quatro suertes de linages (y estadme atentas) se pueden reducir todos los que ay en el 20 mundo, que son estas. Unos que tuvieron principios humildes, y se fueron estendiendo, y dilatando hasta llegar á una suma grandeza. Otros que tuvieron principios grandes, y los fueron conservando, y los conservan, y mantienen en el ser que comenzaron. 25 Otros que aunque tuvieron principios grandes acabaron en punta como piramide, aviendo diminuido, y aniquilado su principio hasta pararen nonada, como lo es la punta de la piramide, que respeto de su basa ó asiento no es nada. Otros ay (y estos son los mas) que ni tuvieron principio bueno, ni razonable medio, y así tendran el fin fin nombre, como el linage de la gente plebeya, y ordinaria.

dinaria. De los primeros que tuvieron principio humilde, y subieron á la grandeza que agora conservan, te sirva de exemplo la casa Otomana, que de un humilde y baxo pastor que le dio principio, está en la cumbre que le vemos. Del segundo linage que tuvo principio en grandeza, y la conserva sin aumentarla, seran exemplo muchos Principes, que por herencia lo son, y se conservan en ella sin aumentarla, ni disminuirla, conteniendose en los limites de sus Estados pacíficamente. De los que comenzaron grandes y acabaron en punta, ay millares de exemplos. Porque todos los Faraones, y Tolomeos de Egypto, los Cesares de Roma, con toda la caterva (si es que se le puede dar este nombre) de infinitos Principes, Monarcas, Señores, Medos, Asirios, Persas, Griegos, y Barbaros, todos estos linages y señorios han acabado en punta, y en nonada, así ellos como los que les dieron principio, pues no será posible hallar agora ninguno de sus decendientes, y si le hallásemos seria en baxo y humilde estado. Del linage plebeyo no tengo que decir, sino que sirve solo de acrecentar el numero de los que viven, sin que merezcan otra fama, ni otro elogio sus grandezas. De todo lo dicho quiero que infiráis, bobas mias, que es grande la confusion que ay entre los linages, y que solos aquellos parecen grandes y ilustres, que lo muestran en la virtud, y en la riqueza y liberalidad de sus dueños. Dixe virtudes, riquezas y liberalidades, porque el grande que fuere vicioso, sera vicioso grande, y el rico no liberal sera un avaro mendigo, que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al Cavallero pobre no le queda otro camino para mostrar que es Cavallero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, y comedido, y oficioso: no sobervio, no arrogante, no murmurador, y sobre todo caritativo, que con dos maravedís, que con animo alegre dé al po-

bre, se mostrará tan liberal como él que á campana herida da limosna, y no avra quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca, dexé de juzgarle, y tenerle por de buena casta, y el no serlo, sería milagro, y siempre la alabanza
 25 fue premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dexar de ser alabados. Dos caminos ay, hijas, por donde pueden ir los hombres á llegar á ser ricos, y honrados, el uno es el de las letras, otro el de las armas. Yo tengo mas armas que letras, y nació, segun me
 10 así que casi me es forzoso seguir por su camino, y por el tengo de ir á pesar de todo el mundo, y sera en valde cansaros en persuadirme, á que no quiera yo lo que los cielos quieren, la fortuna ordena, y la razon pide, y sobre todo mi voluntad desea. Pues con saber, como sé, los innumerables trabajos que son anexos al
 15 Andante Cavalleria, sé tambien los infinitos bienes que se alcanzan con ella. Y sé, que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho y espacioso. Y sé que sus fines y paraderos son diferentes, porque el del vicio dilatado y espacioso acaba en muerte, y el de la virtud angosto y trabajoso acaba en vida, y
 20 no en vida que se acaba, fino en la que no tendra fin. Y sé, como dice el gran Poeta Castellano nuestro, que

Por estas asperezas se camina

De la inmortalidad al alto asiento,

Do nunca arriba, quien de allí declina.

25 Ay desdichada de mí, dixo la Sobrina, que tambien mi Señor es poeta, todo lo sabe, todo lo alcanza, yo apostaré, que si quisiera ser albañil, que supiera fabricar una casa como una jaula. Yo te prometo, Sobrina, respondió Don Quixote, que si estos pensamientos cavallerescos no me llevasen tras sí todos los sentidos, que no

avria

avria cosa que yo no hiciese, ni curiosidad que no saliese de mis manos, especialmente jaulas, y palillos de dientes. A este tiempo llamaron á la puerta, y preguntando, quien llamava, respondió Sancho Panza, que él era, y á penas le hubo conocido el Ama, quando corrió á esconderse, por no verle, tanto le aborrecia. A-
brióle la Sobrina, salió á recebirle con los brazos abiertos su Señor Don Quixote, y encerraronse los dos en su aposento, donde tuvieron otro coloquio, que no le hace ventaja el pasado.

5

Cap. VII. De lo que pasó Don Quixote con su Escudero, con otros sucesos famosísimos.

10

A Penas vió el Ama que Sancho Panza se encerrava con su Señor, quando dió en la cuenta de sus tratos, y imaginando, que de aquella consulta avia de salir la resolución de su tercera salida, y tomando su manto toda llena de congoxa y pesadumbre se fue á buscar al Bachiller Sanson Carrasco, pareciendole, que por
fer bien hablado, y amigo fresco de su Señor, le podria persuadir, á que dexase tan desvariado proposito. Hallóle paseandose por el patio de su casa, y viendole se dexó caer ante sus pies trasudando, y congoxosa. Quando la vió Carrasco con muestras tan doloridas, y sobrefaltadas, le dixo: Que es esto, señora Ama? Que le ha a-
contecido, que parece, que se le quiere arrancar el alma? no es nada, señor Sanson mío, sino que mi Amo se sale, salese sin duda. Y por donde se sale, señora, preguntó Sanson? Hasele roto alguna parte de su cuerpo? No se sale, respondió ella, sino por la puerta de su locura. Quiero decir, Señor Bachiller de mi anima, que
quiere salir otra vez, que con esta será la tercera, á buscar por ese
mundo.

15

20

25

mundo lo que él llama venturas, que yo no puedo entender como les da este nombre. La vez primera nos le bolvieron atravesado sobre un jumento, molido á palos. La segunda vinó en un carro de bueyes metido, y encerrado en una jaula, adonde él se dava á
5 entender que estava encantado, y venia tal el triste, que no le conociera la madre que le parió, flaco, amarillo, los ojos hundidos en los ultimos camaranchones del cerebro, que para averle de bolver algun tanto en sí, gaste mas de seiscientos huevos, como lo sabe Dios, y todo el mundo, y mis gallinas que no me dexaran
10 mentir. Eso creo yo muy bien, respondió el Bachiller, que ellas son tan buenas, tan gordas, y tan bien criadas, que no diran una cosa por otra, si rebentasen. En efecto, señora Ama, no ay otra cosa, ni ha sucedido otro desman alguno, sino el que se teme, que quiere hacer el Señor Don Quixote? No señor, respondió ella:
15 Pues no tenga pena, respondió el Bachiller, sino vayase en hora buena á su casa, y tengame aderezado de almorzar alguna cosa caliente; y de camino vaya rezando la oracion de Santa Apolonia, si es que la sabe, que yo ire luego allá, y verá maravillas. Cuitada de mí, replicó el Ama, la oracion de santa Apolonia dice vuestra
20 merced que reze, eso fuera si mi Amo lo huviera de las muelas: pero no lo ha sino de los cascos. Yo sé lo que digo, señora Ama, vayase, y no se ponga á disputar conmigo, pues sabe que soy Bachiller por Salamanca, que no ay mas que bachillear, respondió Carrasco; y con esto se fue el Ama, y el Bachiller fue luego á
25 buscar al Cura, á comunicar con él, lo que se dira á su tiempo.

En el que estuvieron encerrados Don Quixote y Sancho pasaron las razones que con mucha puntualidad y verdadera relacion cuenta la historia. Dixo Sancho a su Amo, Señor, ya yo tengo reluzida á mi muger á que me dexe ir con vuestra merced adonde quisiere llevarme. Reducida has de decir Sancho, dixo Don Quixote,

Quixote, que no reluzida. Una ó dos veces, respondió Sancho, si mal no me acuerdo, he suplicado á vuestra merced que no me emiende los vocablos: si es que entiende lo que quiero decir en ellos, y que quando no los entienda, diga, Sancho, ó diablo, no te entiendo, y si yo no me declarare, entonces podra emendarme, 5 que yo soy tan focil. No te entiendo Sancho, dixo luego Don Quixote, pues no sé que quiere decir, soy tan focil. Tan focil quiere decir, respondió Sancho, soy tan así. Menos te entiendo agora, replicó Don Quixote. Pues fino me puede entender, respondió Sancho, no sé como lo diga, no sé mas, y Dios sea con- 10 migo. Ya, ya caigo, respondió Don Quixote, en ello. Tu quieres decir que eres tan docil, blando, y mañero, que tomarás lo que yo te dixere, y pasarás por lo que te enseñare. Apostaré yo, dixo Sancho, que desde el emprincipio me caló y me entendió, fino que quiso turbarme por oirme decir otras docientas pato- 15 chadas. Podra ser, replicó Don Quixote, y en efecto que dice Teresa? Teresa dice, dixo Sancho, que ate bien mi dedo con vuestra merced, y que hablen cartas, y callen barbas, porque quien destaja no baraja, pues mas vale un toma que dos te daré. Y yo digo que el consejo de la muger es poco, y él que no le toma es 20 loco. Y yo lo digo tambien, respondió Don Quixote: Decid, Sancho amigo, pasa adelante, que hablays oy de perlas. Es el caso, replicó Sancho, que como vuestra merced mejor sabe, todos estamos sujetos á la muerte, y que oy somos, y mañana no, y que tan presto se va el cordero como el carnero, y que nadie puede 25 prometerse en este mundo mas horas de vida de las que Dios quisiere darle, porque la muerte es sorda, y quando llega á llamar á las puertas de nuestra vida, siempre va de priesa, y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni ceptros, ni mitras, segun es publica voz, y fama, y segun nos lo dicen por esos pulpitos. Todo
cfo

eso es verdad, dixo Don Quixote. Pero no sé donde vas á parar. Voy á parar, dixo Sancho, en que vuestra merced me señale salario conocido de lo que mí ha de dar cada mes el tiempo que le sirviere, y que el tal salario se me pague de su hacienda, que no
5 quiero estar á mercedes que llegan tarde, ó mal, ó nunca, con lo mio me ayude Dios. En fin yo quiero saber lo que gano, poco, ó mucho que sea, que sobre un huevo pone la gallina, y muchos pocos hacen un mucho, y mientras se gana algo, no se pierde nada. Verdad sea, que si sucediese (lo qual ni lo creo, ni lo espero) que
10 vuestra merced me diese la Insula que me tiene prometida, no soy tan ingrato, ni llevo las cosas tan por los cabos, que no querre, que se aprecie lo que montare la renta de la tal insula, y se descuente de mi salario gata por cantidad. Sancho amigo, respondió Don Quixote: A las veces tan buena suele ser una gata como
15 una rata. Ya entiendo, dixo Sancho: Yo apostaré que avia de decir rata y no gata: pero no importa nada, pues vuestra merced me ha entendido: Y tan entendido, respondió Don Quixote, que he penetrado lo ultimo de tus pensamientos, y sé, al blanco que tiras con las innumerables saetas de tus refranes. Mira Sancho,
20 yo bien te señalaría salario, si huviera hallado en alguna de las historias de los Cavalleros Andantes exemplo que me descubriese y mostrase por algun pequeño resquicio, que es lo que solian ganar cada mes, ó cada año: pero yo he leído todas, ó las mas de sus historias, y no me acuerdo aver leído, que ningun Cavallero An-
25 dante aya señalado conocido salario á su escudero. Solo sé, que todos servian á merced, y que quando menos se lo pensavan, si á sus señores les avia corrido bien la suerte, se hallavan premiados con una insula, ó con otra cosa equivalente, y por lo menos quedavan con titulo y señoria. Si con estas esperanzas, y aditamentos vos, Sancho, gustais de bolver á servirme, sea en buena hora, que
pensar

pensar que yo he de sacar de sus terminos, y quicios la antigua usanza de la Cavalleria Andante, es pensar en lo escusado. Así que, Sancho mio, bolveos á vuestra casa, y declarad á vuestra Teresa mi intencion, y si ella gustare, y vos gustaredes de estar á merced conmigo, bené quidem, y fino tan amigos como de antes, que si al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas. Y advertid, hijo, que vale mas buena esperanza que ruin posesion, y buena quexa que mala paga. Hable de esta manera, Sancho, por daros á entender, que tambien como vos, sé yo arrojar refranes como llovidos. Y finalmente quiero decir, y os digo, que fino quereys venir á merced conmigo, y correr la suerte que yo corriere, que Dios quede con vos, y os haga un Santo, que á mí no me faltarán escuderos mas obedientes, mas solicitos, y no tan empachados, ni tan habladores como vos. Quando Sancho oyó la firme resolucion de su Amo, se le anubló el cielo, y se le cayeron las alas del corazon, porque tenía creído, que su Señor no se iría sin él por todos los averes del mundo; y así estando suspenso y pensativo entró Sanson Carrasco, y la Sobrina, y el Ama deseosas de oir con que razones persuadía á su Señor, que no tornase á buscar las aventuras. Llegó Sanson socarron famoso, y abrazandole como la vez primera, y con voz levantada le dixo: O flor de la Andante Cavalleria, O luz resplandeciente de las armas, O honor y espejo de la nacion Española! plega á Dios todo poderoso donde mas largamente se contiene, que la persona, ó personas que pusieren impedimento, y estorvaren tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos, ni jamas se les cumpla lo que mal desearan. Y bolviendose al Ama le dixo: Bien puede la señora Ama no rezar mas la oracion de Santa Apolonia, que yo sé que es determinacion precisa de las esferas, que el Señor Don Quixote vuelva á executar sus altos y nuevos pensamientos, y yo encargaría mucho mi conciencia, fino inti-

mase y persuadiese á este Cavallero, que no tenga mas tiempo encogida, y detenida la fuerza de su valeroso brazo, y la bondad de su animo valentísimo, porque defrauda con su tardanza el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas, y el arrimo de las caídas, y otras cosas deste jaez, que tocan, atañen, dependen, y son anexas á la orden de la Cavalleria Andante. Ea, Señor Don Quixote mio, hermoso, y bravo, antes oy que mañana, se ponga vuestra merced y su grandeza en camino, y si alguna cosa faltare para ponerle en
10 execucion, aquí estoy yo, para suplirla con mi persona, y hacienda; y si fuere necesidad servir á tu magnificencia de escudero, lo tendré á felicísima ventura. A esta sazón, dixo Don Quixote, bolviéndose á Sancho, no te dixé yo, Sancho, que me avian de sobrar escuderos? mira, quien se ofrece á serlo, fino el inaudito
15 Bachiller Sansón Carrasco, perpetuo Traftulo, y regozijador de los patios de las escuelas Salmanticenses, fano de su persona, agil de sus miembros, callado, sufridor así del calor, como del frio, así de la hambre, como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un Cavallero Andante: pero no per-
20 mita el cielo, que por seguir mi gusto, desjarrete, y quiebre la columna de las letras, y el vaso de las ciencias, y tronque la palma eminente de las buenas y liberales artes. Quedese el nuevo Sansón en su patria, y honrandola, honre juntamente las canas de sus ancianos padres, que yo con qualquier escudero estaré contento, ya
25 que Sancho no se digna de venir conmigo. Si digno, respondió Sancho, enternecido y llenos de lagrimas los ojos, y prosiguió. No se dira por mí, Señor mio, el pan comido, y la compañía deshecha, si que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida, que ya sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quien fueron los Panzas, de quien yo deciendo, y mas que tengo conocido, y calado
por

por muchas buenas obras, y por mas buenas palabras el deseo que vuestra merced tiene de hacerme merced, y si me he puesto en cuentas de tanto mas quanto acerca de mi salario, ha sido por complacer á mi muger, la qual quando toma la mano á persuadir una cosa, no ay mazo, que tanto apriete los aros de una cuba, como ella aprieta, á que se haga lo que quiere, pero en efecto el hombre ha de ser hombre, y la muger muger; y pues yo soy hombre donde quiera, que no lo puedo negar, tambien lo quiero ser en mi casa, pese, á quien pesare, y así no ay mas que hacer, sino que vuestra merced ordene su testamento con su codicilo, en modo que no se pueda rebolcar, y pongamonos luego en camino, porque no padezca el alma del señor Sanson, que dice, que su conciencia le lita, que persuada á vuestra merced á salir vez tercera por ese mundo, y yo de nuevo me ofrezco á servir á vuestra merced fiel y legalmente, tan bien y mejor que quantos escuderos han servido á Cavalleros Andantes en los pasados, y presentes tiempos. Admirado quedó el Bachiller, de oír el termino, y modo de hablar de Sancho Panza, que puesto que avia leído la primera Historia de su Señor, nunca creyó, que era tan gracioso, como alli le pintan, pero oyendolo decir aora testamento y codicilo, que no se pueda rebolcar, en lugar de testamento y codicilo que no se pueda revocar, creyo todo lo que dél avia leído, y confirmólo por uno de los mas solenes mentecatos de nuestros siglos, y dixo entre sí, que tales dos locos, como Amo, y mozo no se avrían visto en el mundo: finalmente Don Quixote, y Sancho se abrazaron, y quedaron amigos, y con parecer y beneplacito del gran Carrasco (que por entonces era su oráculo) se ordenó, que de alli á tres dias fuese su partida, en los quales avría lugar de aderezar lo necesario para el viage, y de buscar una celada de encaxe, que en todas maneras, dixo Don Quixote, que la avia de llevar. Ofreciólelo Sanson, porque sabia, no

se la negaría un amigo suyo, que la tenía, puesto que estava mas escura por el orín, y el moho, que clara y limpia por el terso acero. Las maldiciones, que las dos, Ama, y Sobrina echaron al Bachiller, no tuvieron cuenta: mesaron sus cabellos, arañaron
5 sus rostros, y al modo de las endechaderas, que se usavan, lamentavan la partida, como si fuera la muerte de su Señor. El designo que tuvo Sanson, para persuadirle, á que otra vez saliese, fue hacer lo que adelante cuenta la Historia, todo por consejo del Cura, y del Barbero, con quien él antes lo avia comunicado. En resolución en aquellos tres dias Don Quixote, y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles; y avendo aplacado Sancho á su Muger, y Don Quixote á su Sobrina, y á su Ama, al anocheçer, sin que nadie lo viese, sino el Bachiller, que quiso acompañarles media legua del lugar, se pusieron en camino del Toboso.
15 Don Quixote sobre su buen Rozinante, y Sancho sobre su antiguo Rucio, proveidas las alforjas de cosas tocantes á la bucolica, y la bolsa de dineros, que le dió Don Quixote, para lo que se ofreciese. Abrazóle Sanson, y suplicóle, le avisase de su buena, ó mala suerte, para alegrarse con esta, ó entristecerse con aquella,
20 como las leyes de su amistad pedian; prometióselo Don Quixote: dió Sanson la buelta á su lugar, y los dos tomaron la de la gran Ciudad del Toboso.



Cap. VIII. Donde se cuenta lo que le sucedió á Don Quixote yendo á ver á su Señora Dulcinea del Toboso.

Bendito sea Ala, Bendito sea el poderoso Ala, dice Hamete Ben-
nengeli al comienzo deste octavo capitulo, Bendito sea Ala,
repite tres veces, y dice que da estas bendiciones, por ver que tiene 5
ya en campaña á Don Quixote, y á Sancho, y que los lectores de su
agradable Historia pueden hacer cuenta, que desde este punto co-
mienzan las hazañas, y donaires de Don Quixote, y de su Escudero:
persuadeles, que se les olviden las pasadas Cavallerias del Ingenioso
Hidalgo, y pongan los ojos en las que estan por venir, que desde 10
agora en el camino del Toboso comienzan, como las otras comen-
zaron en los campos de Montiel, y no es mucho lo que pide, para
tanto como él promete, y así prosigue, diciendo:

Solos quedaron Don Quixote, y Sancho, y á penas se hubo a-
partado Sancho, quando comenzó á relinchar Rozinante, y a sus- 15
pirar el Rucio, que de entrambos Cavallero, y escudero fue tenido
á buena señal, y por felicísimo aguero; aunque si se ha de contar
la verdad, mas fueron los suspiros, y rebuznos del Rucio, que los
relinchos del rozin; de donde coligió Sancho, que su ventura avia
de sobrepujar, y ponerse encima de la de su Señor, fundandose, no 20
sé si en Astrologia judiciaria, que el se sabia, puesto que la Histo-
ria no lo declara, solo le oyeron decir, que quando tropezava, ó
caya, se holgára no aver salido de casa, porque del tropezar, ó caer,
no se sacava otra cosa, fino el zapato roto, ó las costillas quebradas,
y aunque tonto no andava en esto muy fuera de camino. Dixole 25
Don Quixote; Sancho amigo, la noche se nos va entrando á mas
andar,

andar, y con mas escuridad, de la que aviamos menester, para alcanzar á ver con el dia al Toboso, adonde tengo determinado de ir, antes que en otra aventura me ponga, y alli tomaré la bendicion, y buena licencia de la sin par Dulcinea, con la qual licencia pienso, y tengo por cierto, de acabar, y dar felice cima á toda peligrosa aventura; porque ninguna cosa desta vida hace mas valientes á los Cavalleros Andantes, que verse favorecidos de sus damas. Yo así lo creo, respondió Sancho, pero tengo por dificultoso, que vuestra merced pueda hablarla, ni verse con ella en parte alomenos, que pueda recebir su bendicion, si ya no se la echa desde las bardas del corral, por donde yo la vi la vez primera, quando le lleve la carta, donde ivan las nuevas de las sandeces, y locuras, que vuestra merced quedava haciendo en el corazon de Sierra Morena. Bardas de corral se te antojaron aquellas, Sancho, dixo Don Quixote, adonde ó por donde viste aquella jamas bastantemente alabada gentileza y hermosura? No devian de ser sino galerias, ó corredores, ó lonjas, ó como las llaman de ricos y Reales palacios. Todo pudo ser, respondió Sancho, pero á mí bardas me parecieron, sino es, que soy falto de memoria. Con todo eso vamos allá Sancho, replicó Don Quixote, que como yo la vea, eso se me da, que sea por bardas, que por ventanas, ó por resquicios, ó verjas de jardines, que qualquier rayo que del sol de su belleza llegue á mis ojos alumbrara mi entendimiento, y fortalecerá mi corazon, de modo que quede unico y sin igual en la discrecion y en la valentia. Pues en verdad, Señor, respondió Sancho, que quando yo vi ese sol de la Señora Dulcinea del Toboso, que no estava tan claro, que pudiese echar de sí rayos algunos, y devió de ser, que como su merced estava abechando aquel trigo, que dixe, el mucho polvo que sacava, se le puso como nube ante el rostro, y se le escureció. Que toda via das Sancho, dixo Don Quixote, en
decir,

decir, en pensar, en creer, y en posar, que mi Señora Dulcinea
ahéchava trigo, siendo eso un menester, y exercicio que va desviado
de todo lo que hacen, y deven hacer las personas principales, que
estan constituidas, y guardadas para otros exercicios y entreteni-
mientos, que muestran á tiro de ballesta su principalidad? Mal 5
se te acuerdan á tí, ó Sancho, aquellos versos de nuestro Poeta,
donde nos pinta las labores, que hacían allá en sus moradas de
cristal aquellas quatro Ninfas, que del Tajo amado sacaron las ca-
bezas, y se sentaron á labrar en el prado verde aquellas ricas telas,
que alli el ingenioso Poeta nos describe, que todas eran de oro, fir- 10
go, y perlas contestas, y texidas. Y desta manera devia de ser el
de mi Señora, quando tu la viste, sino que la envidia, que algun
mal encantador deve de tener á mis cosas, todas las que me han de
dar gusto, trueca, y buelve en diferentes figuras, que ellas tienen,
y así temo, que en aquella Historia, que dicen que anda impresa, 15
de mis hazañas, si por ventura ha sido su autor algun Sabio mi e-
nemigo, avrá puesto unas cosas por otras, mezclando con una
verdad mil mentiras, divirtiendose á contar otras acciones, fuera
de lo que requiere la continuacion de una verdadera historia. O en-
vidia raiz de infinitos males, y carcoma de las virtudes! Todos los 20
vicios, Sancho, traen un no sé que de deleite consigo: pero el de
la envidia no trae sino disgustos, rancores, y rabias. Eso es lo que
yo digo tambien, respondió Sancho, y pienso, que en esa leyenda,
ó historia, que nos dixo el Bachiller Carrasco que de nosotros avia
visto, deve de andar mi honra á coche acá cinchado, y como dicen, 25
al estricote aquí y alli, barriendo las calles. Pues á fé de bueno,
que no he dicho yo mal de ningun encantador, ni tengo tantas bie-
nes, que pueda ser envidiado. bien es verdad, que soy algo mali-
cioso, y que tengo mis ciertos asomos de vellaco: pero todo lo
cubre, y tapa la gran capa de la simpleza mia siempre natural, y
nunca

nunca artificiosa : y quando otra cosa no tuviese fino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios, y en todo aquello que tiene, y cree la santa Iglesia Catolica Romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los Judios, devian los historiadores
5 tener misericordia de mí, y tratarme bien en sus escritos : pero digan, lo que quisiere, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano : aunque por verme puesto en libros, y andar por ese mundo de mano en mano, no se me da un higo, que digan de mí, todo lo que quisiere. Eso me parece, Sancho, dixo Don
10 Quixote, á lo que sucedió á un famoso Poeta destos tiempos, el qual aviendo hecho una maliciosa satira contra todas las damas cortesanas, no puso, ni nombró en ella á una dama, que se podia dudar, si lo era, ó no, la qual viendo, que no estava en la lista de las demas, se quejó al Poeta, diciendole, que que avia visto en
15 ella, para no ponerla en el numero de las otras, y que alargase la satira, y la pudiese en el ensanche, fino que mirase, para lo que avia nacido : hizolo así el Poeta, y puso, qual no digan dueñas, y ella quedó satisfecha, por verse con fama, aunque infame : tambien viene con esto lo que cuentan de aquel pastor, que puso fue-
20 go, y abrasó el templo famoso de Diana, contado por una de las siete maravillas del mundo, solo porque quedase vivo su nombre en los siglos venideros ; y aunque se mandó, que nadie le nombrase, ni hiciese por palabra, ó por escrito mencion de su nombre, porque no consiguiese el fin de su deseo, todavia se supo, que se llamava
25 Erostrato. Tambien alude á esto, lo que sucedió al grande Emperador Carlos Quinto con un Cavallero en Roma : Quiso ver el Emperador aquel famoso templo de la Rotunda, que en la antigüedad se llamó el templo de todos los Dioses, y aora con mejor vocacion se llama de todos los Santos, y es el edificio, que mas entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma, y es el que mas conserva

conserva la fama de la grandiosidad y magnificencia de sus fundadores, el es de hechura de una media naranja, grandísimo en extremo, y está muy claro, sin entrarle otra luz, que la que le concede una ventana, ó por mejor decir, claraboya redonda, que está en su cima, desde la qual mirando el Emperador el edificio, estaba con él, y á su lado, un Cavallero Romano, declarandole los primores, y sutilezas de aquella gran maquina, y memorable architettura, y aviendose quitado de la claraboya, dixo al Emperador: Mil veces, sacra Magestad, me vinó deseo de abrazarme con vuestra Magestad, y arrojar me de aquella claraboya abaxo por dexar de mí fama eterna en el mundo. Yo os agradezco, respondió el Emperador, el no aver puesto tan mal pensamiento en efecto, y de aquí adelante no os pondre yo en ocasion, que bolvais á hacer prueba de vuestra lealtad, y así os mando, que jamas me habéis, ni esteis, donde yo estuviere, y tras estas palabras le hizo una gran merced. Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera: quien piensas tú, que arrojó á Horacio del puente abaxo, armado de todas armas en la profundidad del Tibre? quien abrasó el brazo, y la mano á Mucio? quien impelió á Curcio, á lanzarse en la profunda sima ardiente, que apareció en la mitad de Roma? Quien contra todos los agüeros que encontra se le avian mostrado, hizo pasar el Rubicon á Cesar? y con exemplos mas modernos, quien barrenó los navios, y dexó en seco, y aislados los valerosos Españoles, guiados por el cortésísimo Cortés en el nuevo mundo? Todas estas, y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron, y serán obras de la fama, que los mortales desean como premios, y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen: puesto que los Christianos, Catolicos, y Andantes Cavalleros mas avemos de atender á la gloria delos siglos venideros, que es eterna en las regiones etereas y celestes, que á la vanidad de la fama que en

H

este

este presente y acabable siglo se alcanza, la qual fama por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene su fin señalado : así, ó Sancho, que nuestras obras no han de salir del limite, que nos tiene puesto la Religion Christiana, que profesamos. Hemos de matar en los gigantes á la soberbia : á la envidia en la generosidad, y buen pecho : á la ira en el reposado continente, y quietud del animo : á la gula, y al sueño en el poco comer que comemos, y en el mucho velar que velamos : á la injuria, y lascivia en la lealtad que guardamos á las
10 que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos : á la pereza con andar por todas las partes del mundo, buscando las ocasiones, que nos puedan hacer, y hagan sobre Christianos famosos Cavalleros. Ves aquí, Sancho, los medios, por donde se alcanzan los estremos de alabanzas, que consigo trae la buena fama. Todo lo
15 que vuestra merced hasta aquí me ha dicho, dixo Sancho, lo he entendido muy bien, pero con todo eso querria que vuestra merced me sorbiese una duda, que agora en este punto me ha venido á la memoria. Afolviese, quieres decir, Sancho, dixo Don Quixote, dí en buenora, que yo responderé lo que supiere. Digame,
20 Señor, prosiguió Sancho, esos Julios, ó Agosto, y todes esos Cavalleros hazañosos, que ha dicho, que ya son muertos, donde estan agora ? Los Gentiles, respondió Don Quixote, sin duda estan en el infierno, los Christianos, si fueron buenos Christianos, ó estan en el Purgatorio, ó en el cielo. Está bien, dixo Sancho, pero
25 sepamos aora, esas sepulturas, donde estan los cuerpos desos señorazos, tienen delante de sí lamparas de plata, ó estan adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cabelleras, de piernas, y de ojos de cera, y si desto no, de que estan adornadas ? A lo que respondió Don Quixote, los sepulcros de los Gentiles fueron por la mayor parte suntuosos templos, las cenizas del cuerpo
de

de Julio Cesar se pusieron sobre una piramide de piedra de desme-
furada grandeza, á quien oy llaman en Roma la Aguja de san Pe-
dro. Al Emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan
grande como una buena aldea, á quien llamaron Moles Adriani,
que agora es el castillo de Santangel en Roma: la Reyna Arte- 5
misa sepultó á su marido Mausoleo en un sepulcro, que se tuvo
por una de las siete maravillas del mundo; pero ninguna destas se-
pulturas, ni otras muchas que tuvieron los Gentiles, se adornaron
con mortajas, ni con otras ofrendas, y señales que mostrasen ser
santos los que en ellas estaban sepultados. A eso voy, replicó 10
Sancho, y dígame agora, qual es mas, resucitar á un muerto, ó ma-
tar á un gigante. La respuesta está en la mano, respondió Don
Quixote, mas es resucitar á un muerto. Cogido le tengo, dixo
Sancho, luego la fama dél que resucita muertos, da vista á los cie-
gos, endereza los coxos, y da salud á los enfermos, y delante de 15
sus sepulturas arden lamparas, y estan llenas sus capillas de gentes
devotas, que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama sera para
este, y para el otro figlo, que la que dexaron, y dexaren quantos
Emperadores Gentiles, y Cavalleros Andantes ha avido en el mun-
do. Tambien confieso esa verdad, respondió Don Quixote, pues 20
esta fama, estas gracias, estas prerogativas, como llaman á esto,
respondió Sancho, tienen los cuerpos, y las reliquias de los Santos,
que con aprobacion, y licencia de nuestra santa madre Iglesia tienen
lamparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos,
piernas, con que aumentan la devocion, y engrandecen su Chris- 25
tiana fama. Los cuerpos de los Santos, ó sus reliquias, llevan los
Reyes sobre sus ombros, besan los pedazos de sus huesos, adornan,
y enriquecen con ellos sus oratorios, y sus mas preciados altares.
Que quieres, que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? dixo
Don Quixote. Quiero decir, dixo Sancho, que nos demos á ser
santos,

santos, y alcanzaremos mas brevemente la buena fama, que pretendemos: y advierta, Señor, que ayer, ó antes de ayer, que segun ha poco se puede decir desta manera, canonizaron, ó beatificaron dos frailecitos Descalzos, cuyas cadenas de hierro con que
5 ceñian, y atormentavan sus cuerpos, se tiene aora á gran ventura el besarlas, y tocarlas, y estan en mas veneracion, que está, segun dixe, la espada de Roldan en la armería del Rey nuestro Señor, que Dios guarde: así que, Señor mio, mas vale ser humilde frailecito de qualquier Orden que sea, que valiente, y Andante Cavallero:
10 mas alcanzan con Dios dos docenas de diciplinas, que dos mil lanzadas, ora las den á Gigantes, ora á Vestiglos, ó á Endriagos. Todo esto es así, respondió Don Quixote, pero no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios á los suyos al cielo; Religion es la cavalleria, Cavalleros santos ay en la
15 gloria. Si, respondió Sancho, pero yo he oido decir, que ay mas frailes en el cielo, que Cavalleros Andantes. Eso es, respondió Don Quixote, porque es mayor el numero de los Religiosos, que el de los Cavalleros. Muchos son los Andantes, dixo Sancho. Muchos, respondió Don Quixote, pero pocos los que merecen nombre
20 de Cavalleros. En estas, y otras semejantes platicas se les pasó aquella noche, y el dia siguiente, sin acontecerles cosa, que de contar fuese, de que no poco le pesó á Don Quixote: en fin otro dia al anochecer descubrieron la gran Ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus á Don Quixote, y se le entristecieron á Sancho, porque no sabia la casa de Dulcinea, ni en su vida
25 la avia visto, como no la avia visto su Señor, de modo que el uno por verla, y el otro por no averla visto, estaban alborotados, y no imaginava Sancho, que avia de hacer, quando su dueño le embiasse al Toboso: finalmente ordenó Don Quixote, entrar en la ciudad entrada la noche, y en tanto que la hora se llegava, se quedaron
entre

entre unas encinas, que cerca del Toboso estaban; y llegado el determinado punto, entraron en la ciudad, donde les sucedió cosas que á cosas llegan.



Cap. IX. Donde se cuenta lo que en el se verá.

MEdia noche era por filo poco mas á menos, quando Don Quix- 5
ote, y Sancho dexaron el monte, y entraron en el Toboso: estaba el pueblo en un tasegado silencio, porque todos sus vecinos dormían, y reposavan á pierna tendida, como suele decirse: era la noche entreclara, puesto que quisiera Sancho, que fuera del todo oscura, por hallar en su escuridad disculpa de su sandez: no se oya 10
en todo el lugar, sino ladridos de perros, que atronavan los oidos de Don Quixote, y turbavan el corazon de Sancho; de quando en quando rebuznava un jumento, gruñian puercos, mayavan gatos, cuyas voces de diferentes sonidos se aumentavan con el silencio de la noche, todo lo qual tuvo el enamorado Cavallero á mal agüero, 15
pero con todo esto dixo á Sancho: Sancho hijo, guia al palacio de Dulcinea, quiza podra ser, que la hallemos despierta. A que palacio tengo de guiar, cuerpo del sol, respondió Sancho, que en el que yo ví á su grandeza, no era sino casa muy pequeña? Devia de estar retirada entonces, respondió Don Quixote, en algun peque- 20
ño apartamiento de su Alcazar, solazandose á solas con sus doncellas, como es uso y costumbre delas altas Señoras y Princesas. Señor, dixo Sancho, ya que vuestra merced quiere á pesar mio que sea Alcazar la casa de mi señora Dulcinea, es hora esta por ventura de hallar la puerta abierta? y será bien que demos aldavazos, para 25
que nos oyan, y nos abran, metiendo en alboroto, y rumor toda

la

la gente? vamos por dicha á llamar á la casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que llegan, y llaman, y entran á qualquier hora, por tarde que sea? Hallemos primero una por una el Alcazar, replicó Don Quixote, que entonces yo te diré, 5 Sancho, lo que sera bien que hagamos; y advierte, Sancho, que yo veo poco que aquel bulto grande y sombra, que desde aquí se descubre, la deve de hacer el palacio de Dulcinea. Pues guie vuestra merced, respondió Sancho, quiza sera así, aunque yo lo vere con los ojos, y lo tocaré con las manos, y así lo creere yo, como 10 creer que es a ora de dia. Guió Don Quixote, y aviendo andado como docientos pasos, dió con el bulto que hacía la sombra, y vió una gran torre, y luego conoció, que el tal edificio no era Alcazar, sino la Iglesia principal del pueblo: y dixo, con la Iglesia hemos dado, Sancho. Ya lo veo, respondió Sancho, y plega á 15 Dios, que no demos con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los cimiterios á tales horas, y mas aviendo yo dicho á vuestra merced, si mal no me acuerdo, que la casa desta señora ha de estar en una callejuela sin salida. Maldito seas de Dios, mentecato, dixo Don Quixote, adonde has tu hallado, que los Alcazares, y Palacios Reales esten edificadas en callejuelas sin salida? Señor, respondió Sancho, en cada tierra su uso; quiza se usa aquí en 20 el Toboso, edificar en callejuelas los Palacios, y edificios grandes, y así suplico á vuestra merced me dexe buscar por estas calles, ó callejuelas que se me ofrecen, podria ser, que en algun rincon topase con 25 ese Alcazar, que le vea yo comido de perros, que así nos trae corridos y asendereados. Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi Señora, dixo Don Quixote, y tengamos la fiesta en paz, y no arrojemos la foga tras el caldero. Yo me reportaré, respondió Sancho; pero con que paciencia podre llevar, que quiera vuestra merced que de sola una vez que ví la casa de nuestra Ama, la aya de saber siempre,

pre, y hallarla á media noche, no hallandola vuestra merced, que la deve de aver visto millares de veces? Tu me harás desesperar, Sancho, dixo Don Quixote; ven aca herege, no te he dicho mil veces, que en todos los dias de mi vida no he visto á la fin par Dulcinea, ni jamas atravesé los umbrales de su palacio, y que solo 5 estoy enamorado de oidas, y de la gran fama, que tiene de hermosa y discreta? Aora lo oigo, respondió Sancho, y digo, que pues vuestra merced no la ha visto, ni yo tampoco. Eso no puede ser, replicó Don Quixote, que por lo menos ya me has dicho tú, que la viste ah chando trigo, quando me truxiste la respuesta de la carta, 10 que le embie contigo. No se atenga á eso, Señor, respondió Sancho, porque le hago saber, que tambien fue de oidas la vista, y la respuesta que le truxe: porque así sé yo quien es la Señora Dulcinea, como dar un puño en el cielo. Sancho, Sancho, respondió Don Quixote, tiempos ay de burlar, y tiempos donde caen, y parecen 15 mal las burlas. No porque yo diga, que ni he visto, ni hablado á la señora de mi alma, has tu de decir tambien, que ni la has hablado, ni visto, siendo tan al reves, como sabes. Estando los dos en estas platicas, vieron, que venia á pasar por donde estaban, uno con dos mulas, que por el ruido que hacía el arado, que arrastrava 20 por el suelo, juzgaron, que devia de ser labrador, que avría madrugado antes del dia, á ir a su labranza, y así fue la verdad: venía el labrador cantando aquel Romanee, que dice, Mala la huvistes Franceses en esa de Roncesvalles. Que me maten, Sancho, dixo en oyendole Don Quixote, si nos ha de suceder cosa buena 25 esta noche. No oyes lo que viene cantando ese villano? Si oigo, respondió Sancho, pero que hace á nuestro proposito la caza de Roncesvalles? así pudiera cantar el Romance de Calainos, que todo fuera uno, para sucedernos bien ó mal en nuestro negocio. Llegó en esto el labrador, á quien Don Quixote preguntó: sabréisme decir

decir, buen amigo, que buena ventura os dé Dios, donde son por aquí los Palacios de la fin par Princesa Doña Dulcinea del Toboso? Señor, respondió el mozo, yo soy forastero, y ha pocos dias, que estoy en este pueblo, sirviendo á un labrador rico en la labranza del
5 campo: en esa cosa frontera viven el Cura, y el Sacristan del lugar, entrambos, ó qualquier dellos sabrá dar á vuestra merced razon de esa Señora Princesa, porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso; aunque para mí tengo, que en todo el no vive Princesa alguna, muchas Señoras si principales, que cada una en su casa
10 puede ser Princesa. Pues entre esas, dixo Don Quixote, deve de estar, amigo, esta por quien te pregunto. Podría ser, respondió el mozo, y á Dios, que ya viene el alva, y dando á sus mulas, no atendió á mas preguntas. Sancho que vió suspenso a su Señor, y afaz mal contento, le dixo: Señor, ya se viene á mas andar el
15 dia, y no sera acertado dexar, que nos halle el sol en la calle, mejor será, que nos salgamos fuera de la ciudad, y que vuestra merced se embosque en alguna floresta aquí cercana, y yo bolvere de dia, y no dexaré ostugo en todo este lugar, donde no busque la casa, Alcazar, ó Palacio de mi Señora, y afaz sería de desdichado, sino
20 le hallase, y hallandole, hablaré con su merced y le dire donde, y como queda vuestra merced esperando, que le dé orden, y traza, para verla sin menoscabo de su honra y fama. Has dicho, Sancho, dixo Don Quixote, mil sentencias encerradas en el circulo de breves palabras: el consejo, que aora me has dado, le apetezco, y
25 recibo de bonísima gana: ven hijo, y vamos á buscar donde me embosque, que tu bolveras, como dices, á buscar á ver, y hablar á mi Señora, de cuya discrecion, y cortesia espero mas que milagrosos favores. Rabiava Sancho, por sacar á su Amo del pueblo, porque no averiguase la mentira de la respuesta, que de parte de Dulcinea le avia llevado á Sierra Morena, y así dió priesa á la salida, que

que fue luego, y a dos millas de lugar, hallaron una floresta, ó bosque, donde Don Quixote se emboscó, en tanto que Sancho bolvia á la Ciudad á hablar á Dulcinea, en cuya embaxada le sucedieron cosas, que piden nueva atencion, y nuevo credito.



Cap. X. Donde se cuenta la industria, que Sancho tuvo para encantar á la Señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridiculos, como verdaderos.

Legando el autor desta grande Historia á contar lo que en este capitulo cuenta, dice, que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no avia de ser creido: porque las locuras de Don Quixote llegaron aquí al termino, y raya de las mayores, que pueden imaginarse, y aun pasaron dos tiros de ballesta mas allá de las mayores. Finalmente aunque con este miedo y recelo las escribió de la misma manera, que él las hizo, sin añadir, ni quitar á la historia un atomo de la verdad, sin darsele nada por las objecciones, que podian ponerle de mentiroso, (y tuvo razon, porque la verdad adelgaza, y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira, como el azeite sobre el agua,) y así prosiguiendo su Historia, dice que así como Don Quixote se emboscó en la floresta, encinar, ó selva junto al gran Toboso, mandó a Sancho bolver á la Ciudad, y que no bolviese á su presencia, sin aver primero hablado de su parte á su Señora, pidiendola, fuese servida de dexarse ver de su cautivo Cavallero, y se dignase de echarle su bendicion, para que pudiese esperar por ella felicisimos sucesos de todos sus acometimientos, y dificultosas empresas. Encargóse Sancho de hacerlo, así como se le mandava, y de traerla tan buena respuesta, como le truxo la vez primera. Anda hijo, re-

plicó Don Quixote, y no te turbes, quando te vieres ante la luz del sol de hermosura, que vas a buscar. Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo, ten memoria, y no se te pase della, como te recibe, si muda las colores el tiempo, que la estuvieres dando mi
5 embaxada, si se desasosiega, y turba, oyendo mi nombre, fino cabe en la almohada, si á caso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad; y si está en pie, mirala, si se pone aora sobre el uno, aora sobre el otro pie, si te repite la respuesta, que te diere, dos ó tres veces: si la muda de blanda en áspera: de azeda en a-
10 morosa: si levanta la mano al cabello, para componerle, aunque no esté desordenado: finalmente, hijo, mira todas sus acciones, y movimientos: porque si tú me los relatares, como ellos fueron, sacare yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazon acerca de lo que al fecho de mis amores toca: que has de saber,
15 Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes las acciones, y movimientos exteriores que muestran, quando de sus amores se trata, son certísimos correos, que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma pasa. Ve, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mia, y buelvate otro mejor suceso del que yo quedo temi-
20 endo, y esperando en esta amarga soledad, en que me dexas. Yo ire, y bolvere presto, dixo Sancho, y ensanche vuestra merced, Señor mio, ese corazoncillo, que le deve de tener agora no mayor que una avellana, y confidere, que se suele decir, que buen corazon quebranta mala ventura, y que donde no ay tocinos, no ay ef-
25 tacas: y tambien se dice, donde no pienta, salta la liebre: digolo, porque si esta noche no hallamos los palacios, ó alcazares de mi Señora, agora que es de dia, los pienso hallar, quando menos lo piense, y hallados dextenme á mí con ella. Por cierto, Sancho, dixo Don Quixote, que siempre traes tus refranes tan á pelo de lo que tratamos, quanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo.

Esto

Esto dicho bolvió Sancho las espaldas y vareó su Rucio, y Don Quixote se quedó á cavallo descansando sobre los estrivos, y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes y confusas imaginaciones, donde le dexaremos, yendonos con Sancho Panza, que no menos confuso y pensativo se apartó de su Señor, que él quedava, y tanto que á penas hubo salido del bosque, quando bolviendo la cabeza, y viendo que Don Quixote no parecia, se apeó del jumento, y sentandose al pie de un arbol comenzó á hablar consigo mismo, y á decirse: Sepamos agora, Sancho hermano, adonde va vuestra merced? Va á buscar algun jumento que se le aya perdido? no por cierto. Pues 5 que va á buscar? Voy á buscar, como quien no dice nada, á una Princesa, y en ella al sol de la hermosura, y á todo el cielo junto. Y adonde pensays hallar eso que decis, Sancho? A donde? en la gran Ciudad del Toboso. Y bien, y de parte de quien la vays á buscar? De parte del famoso Cavallero Don Quixote de la Mancha, 15 que desfaze los tuertos, y da de comer al que ha sed, y de beber al que ha hambre. Todo eso está muy bien, y sabeys su casa, Sancho? Mi Amo dice que han de ser unos Reales Palacios, ó unos soberbios Alcazares. Yaveisla visto algun dia por ventura? Ni yo, ni mi Amo la avemos visto jamas. Y pareceos, que fuera acertado 20 y bien hecho, que si los del Toboso supiesen que estays vos aquí, con intencion de ir á sonfacarles sus Princesas, y á desasofegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas á puros palos, y no os dexasen hueso sano? En verdad que tendrían mucha razon, quando no considerasen que soy mandado, y que mensagero soys a- 25 migo, no mereceys culpa non. No os fieís en eso, Sancho, porque la gente Manchega es tan colerica como honrada, y no consiente cosquillas de nadie. Vive Dios, que si os huele, que os mando mala ventura: Oxe puto, allá daras rayo, no fino ande me yo buscando tres pies al gato por el gusto ageno, y mas que así será

buscar á Dulcinea por el Toboso, como á Marica por Rabena, ó al Bachiller en Salamanca: el diablo, el diablo me ha metido á mí en esto, que otro no. Este soliloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó del fue, que bolvió á decirse: aora bien, todas las cosas tienen remedio, fino es la muerte, debaxo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese al acabar de la vida. Este mi Amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun tambien yo no le quedo enzaga, pues soy mas mentecato que él, pues le figo, y le firvo, si es verdadero el refran que dice, dime con quien andas, 10 decirte he quien eres, y el otro, de no con quien naces, fino con quien paces. Siendo pues loco como lo es, y de locura que las mas veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció, quando dixo, que los Molinos de viento eran Gigantes, y las mulas de los Religiosos dromedarios, y las 15 manadas de carneros exercitos de enemigos, y otras muchas cosas á este tono, no sera muy dificil hacerle creer, que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la Señora Dulcinea, y quando él no lo crea, juraré yo, y si él jurare, tornaré yo á jurar, y si porfiare, porfiaré yo mas, y de manera, que tengo de tener la mia siempre 20 sobre el hito, venga lo que viniere, quiza con esta porfia acabaré con él, que no me embie otra vez á semejantes mensagerias, viendo, quan mal recado le traigo dellas, ó quiza pensara, como yo imagino, que algun mal encantador, de estos que él dice, que le quieren mal, la avra mudado la figura, por hacerle mal y daño. 25 Con esto que pensó Sancho Panza quedó sofegado su espiritu, y tuvo por bien acabado su negocio; y deteniendose alli hasta la tarde por dar lugar, á que Don Quixote pensase, que le avia tenido para ir y bolver del Toboso; y sucedióle todo tan bien, que quando se levantó para subir en el Rucio, vió que del Toboso hácia donde él estava, venian tres labradoras sobre tres pollinos, ó polli-

pollinas, que el autor no lo declara, aunque mas se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria cavalleria de las aldeanas : pero como no va mucho en esto, no ay para que deteneros en averiguarlo.

En resolucion así como Sancho vió á las labradoras, á paso tirado bolvió á buscar á su Señor Don Quixote, y hallole suspirando, y diciendo mil amorosas lamentaciones. Como Don Quixote le vió, le dixo, que ay Sancho amigo? Podre señalar este dia con piedra blanca, ó con negra? Mejor será, respondió Sancho, que vueſa merced la señale con almagre, como retulos de Catedras, porque le echen bien de ver los que le vieren. De ese modo replicó Don Quixote : Buenas nuevas traes. Tan buenas, respondió Sancho, que no tiene mas que hacer vueſa merced, fino picar á Rozinante, y salir á lo raſo á ver á la Señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas fuyas viene á ver á vueſa merced. Santo Dios ! que es lo que dices, Sancho amigo? dixo Don Quixote: Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas. Que ſacaría yo de engañar á vueſa merced, respondió Sancho, y mas estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, Señor, y venga, y verá venir á la Princesa nueſtra Ama, vestida y adornada, en fin como quien ella es. Sus doncellas, y ella todas ſon una aſcua de oro. Todas mayorcas de perlas, todas ſon diamantes, todas rubies, todas telas de brocado de mas de diez altos. Los cabellos ſueltos por las eſpaldas, que ſon otros tantos rayos del Sol, que andan jugando con el viento, y ſobre todo vienen á cavallo ſobre tres cananeas remendadas, que no ay mas que ver. Hacaneas querras decir, Sancho. Poca diferencia ay, respondió Sancho, de cananeas á hacaneas : pero vengan ſobre lo que vinieren, ellas vienen las mas galanas Señoras que ſe puedan deſear, especialmente

mente la Princesa Dulcinea mi Señora, que pasma los sentidos. Vamos, Sancho hijo, respondió Don Quixote, y en albricias destas no esperadas como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere; y si esto no te
5 contenta, te mando las crias que este año me dieren las tres yeguas mías que tu sabes, que quedan para parir en el prado concegil de nuestro pueblo. A las crias me atengo, respondió Sancho, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto.

10 Ya en esto salieron de la selva, y descubrieron cerca á las tres aldeanas. Tendió Don Quixote los ojos por todo el camino del Toboso, y, como no vió sino á las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó á Sancho, si las avia dexado fuera de la ciudad. Como fuera de la ciudad? respondió, por ventura tiene vuestra merced los
15 ojos en el colodrillo que no vee, que son estas las que aquí vienen, resplandecientes como el mismo Sol á medio día? Yo no veo, Sancho, dixo Don Quixote, sino á tres labradoras sobre tres borricos. Agora me libre Dios del diablo, respondió Sancho, y es posible, que tres hacaneas, ó como se llaman, blancas como el hampo
20 de la nieve, le parezcan á vuestra merced borricos? Vive el Señor, que me pele estas barbas, si tal fuese verdad. Pues yo te digo, Sancho amigo, dixo Don Quixote, que es tan verdad que son borricos, ó borricas, como yo soy Don Quixote, y tu Sancho Panza, alomenos á mí tales me parecen. Calle Señor, dixo Sancho, no
25 diga la tal palabra sino despavile esos ojos, y venga á hacer reverencia á la Señora de sus pensamientos, que ya llega cerca, y diciendo esto se adelantó á recebir á las tres aldeanas, y apeandose del Rucio tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras, y hincando ambas rodillas en el suelo dixo: Reina, y Princesa, y Duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida

servida de recibir en su gracia y buen talante al cautivo Cavallero vuestro que alli está hecho piedra marmol, todo turbado y sin pul-
sos de verse ante vuestra magnifica presencja. Yo soy Sancho Panza
su escudero, y él es el asendereado Cavallero Don Quixote de la
Mancha, llamado por otro nombre el Cavallero de la triste figura. 5
A esta sazón ya se avia puesto Don Quixote de hinojos junto á San-
cho, y mirava con ojos desenfajados, y vista turbada á la que San-
cho llamava Reina, y Señora, y como no descubria en ella sino
una moza aldeana, y no de muy buen rostro, porque era carire-
donda, y chata, estava suspenso y admirado sin osar desplegar los la- 10
bios. Las labradoras estavan así mismo atonitas, viendo aquellos
dos hombres tan diferentes hincados de rodillas, que no dexavan
pasar adelante á su compañera. Pero rompiendo el silencio la de-
tenida, toda desgraciada y mohina, dixo: Apartense nora en tal
del camino, y dexenmos pasar, que vamos de prisa. A lo que 15
respondió Sancho: O Princesa, y Señora universal del Toboso, co-
mo vuestro magnanimo corazón no se eternece, viendo arrodillado
ante vuestra sublimada presencja á la columna y sustento de la An-
dante Cavalleria. Oyendo lo qual otra de las dos dixo: Mas jo
que te estrego burra de mi suegro, mirad con que se vienen los se- 20
ñoritos aora á hacer burla de las aldeanas, como si aquí no supiese-
mos echar pullas como ellos, vayan su camino, é dexenmos hacer
el nuestro, y serles ha sano. Levantate Sancho, dixo á este punto
Don Quixote, que ya veó, que la fortuna, de mi mal no harta, tiene
tomados los caminos todos por donde pueda venir algun contento á 25
esta anima mezquina, que tengo en las carnes, y tú, ó estremo del
valor, que puede desearse, termino de la humana gentileza, unico
remedio deste afligido corazón que te adora, ya que el maligno
encantador me persigue, y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos,
y para solo ellos, y no para otros ha mudado y transformado tu sin
igual

igual hermosura, y rostro en el de una labradora pobre, si ya tambien el mio no le ha cambiado en el de algun vestiglo, para hacerle aborrecible á tus ojos, no dexes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumision, y arrodillamiento, que
5 á tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora. Tomá que mi aguelo, respondió la aldeana: Amiguita soy yo de oir resquebrajos: Apartense, y dextenmos ir, y agradecerfelo hemos: apartóse Sancho, y dexola ir, contentísimo de aver salido bien de su enredo. Apenas se vió libre la aldeana, que avia
10 hecho la figura de Dulcinea, quando picando á su cananea con un aguijon que en un palo traya, dió á correr por el prado adelante. Y como la borrica sentia la punta del aguijon que le fatigava mas de lo ordinario, comenzó á dar corcobos, de manera que dió con la Señora Dulcinea en tierra, lo qual visto por Don Quixote,
15 acudió á levantarla, y Sancho á componer y cinchar el albarda, que tambien vino á la barriga de la pollina. Acomodada pues la albarda, y queriendo Don Quixote levantar á su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora levantandose del suelo le quitó de aquel trabajo, porque haciendose algun tanto atras, tomó una cor-
20 rridica, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, dió con su cuerpo mas ligero que un halcon sobre la albarda, y quedó ahorcajadas como si fuera hombre: y entonces dixo Sancho: Vive Roque, que es la Señora nuestra Ama mas ligera que un acotan, y que puede enseñar á subir á la gineta al mas diestro Cordoves, ó
25 Mexicano. El arzon trasero de la silla pasó de un salto, y sin espuelas hace correr la hacanea como una cebra, y no le van en zaga sus doncellas, que todas corren como el viento, y así era la verdad, porque en viendose á cavallo Dulcinea, todas picaran tras ella, y dispararon á correr sin bolver la cabeza átras por espacio de mas de media legua. Siguiólas Don Quixote con la vista, y quando
vió,

vió, que no parecian, bolviendose á Sancho le dixo: Sancho que te parece, quan mal quisto soy de encantadores, y mira hasta donde se estiende su malicia, y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento, que pudiera darme ver en su ser á mi Señora. En efecto yo nací para exemplo de desdichados, y para ser blanco y terrero donde tomen la mira, y asiesten las flechas de la mala fortuna. Y has tambien de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traidores de aver buuelto y transformado á mi Dulcinea, sino que la transformaron, y volvieron en una figura, tan baxa y tan fea como la de aquella aldeana, y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor, por andar siempre entre ambares, y entre flores, porque te hago saber, Sancho, que quando llegue á subir á Dulcinea sobre su hacanea (segun tu dices, que á mí me pareció borrica) me dió un olor de ajos crudos que me encalabrinó, y atosigó el alma. O cavalla, gritó á esta fazon Sancho. O encantadores aciagos, y mal intencionados! y quien os viera á todos ensartados por las agallas como sardinas en lercha. Mucho sabeis, mucho podeis, y mucho mas haceis, bastaros deviera, vellacos, aver mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo; y finalmente todas sus faciones de buenas en malas, sin que le tocarades en el olor, que por el si quiera facaramos lo que estava encubierto debaxo de aquella fea corteza, aunque para decir verdad, nunca yo vi su fealdad, sino su hermosura, á la qual subia de punto y quilates un lunar, que tenía sobre el labio derecho á manera de vigote, con siete ó ocho cabellos rubios como hebras de oro, y largos de mas de un palmo. A ese lunar, dixo Don Quixote, segun la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo, que corresponde al lado donde tiene el

del rostro : pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado. Pues yo se decir á vuestra merced, respondió Sancho, que le parecían allí como nacidos. Yo lo creo amigo, replicó Don Quixote, porque ninguna cosa puso la naturaleza en
5 Dulcinea que no fuese perfecta, y bien acabada, y así si tuviera cien lunares, como el que dices en ella, no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero Dime, Sancho, aquella que á mí me pareció albarda que tu aderezaste, era filla rasa, ó fil-
lon? No era, respondió Sancho, sino filla á la gineta, con una
10 cubierta de campo, que vale la mitad de un Reino, segun es de rica. Y que no viese yo todo eso Sancho, dixo Don Quixote ! aora torno á decir, y diré mil veces, que soy el mas desdichado de los hombres. Harto tenía que hacer el focarron de Sancho en di-
simular la risa, oyendo las sandeces de su Amo tan delicadamente
15 engañado. Finalmente despues de otras muchas razones que entre los dos pasaron, bolvieron á subir en sus bestias, y siguieron el camino de Zaragoza, adonde pensavan llegar á tiempo, que pudiesen hallarse en unas solenes fiestas, que en aquella insigne Ciudad cada año suelen hacerse. Pero antes que allá llegasen, les sucedie-
20 ron cosas, que por muchas, grandes, y nuevas merecen ser escri-
tas, y leídas, como se verá adelante.



Cap. XI. De la estraña Aventura que le sucedió al valeroso Don Quixote con el Carro, ó Carreta de las Cortes de la Muerte.

PENSATIVO ademas iba Don Quixote por su camino adelante, considerando la mala burla que le avian hecho los encantadores, bolviendo á su Señora Dulcinea en la mala figura de la aldeana, y no imaginava, que remedio tendría para bolverla á su ser primero, y estos pensamientos le llevaban tan fuera de sí, que sin sentirlo, soltó las riendas á Rozinante, el qual sintiendo la libertad que se le dava, á cada paso se detenía á pacer la verde yerva, de que aquellos campos abundavan; de su embelesamiento le bolvió Sancho Panza, diciendole: Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres: pero si los hombres las sienten demasiado se buelven bestias, vuestra merced se reporte y buelva en sí, y coja las riendas á Rozinante, y avive y despierte, y muestre aquella gallardia que conviene que tengan los Cavalleros Andantes. Que diablos es esto? Que descaecimiento es este? Estamos aquí, ó en Francia? Mas que se lleve Satanas á quantas Dulcineas ay en el mundo, pues vale mas la salud de un solo Cavallero Andante, que todos los encantos y transformaciones de la tierra. Calla Sancho, respondió Don Quixote, con voz no muy desmayada, calla digo, y no digas blasfemias contra aquella encantada Señora, que de su desgracia y desventura yo solo tengo la culpa: de la invidia que me tienen los malos ha nacido su mala andanza. Así lo digo yo, respondió Sancho, quien la vido, y la vee aora, qual es el corazon que no llora? Eso puedes tu decir bien, Sancho, replicó Don Quixote, pues la viste en la entereza cabal de su hermosura,

que el encanto no se estendió á turbarte la vista, ni á encubrirte su belleza, contra mí solo, y contra mis ojos se endereza la fuerza de su veneno. Mas con todo esto he caído, Sancho, en una cosa, y es, que me pintaste mal su hermosura, porque, si mal no
5 me acuerdo, dixiste que tenía los ojos de perlas, y los ojos que parecen de perlas, antes son de besugo que de dama, y á lo que yo creo, los de Dulcinea deven ser de verdes Esmeraldas, rasgados con dos celestiales arcos que les firven de cejas. Y esas perlas quitales de los ojos, y pásalas á los dientes, que sin duda te trocaste, San-
10 cho, tomando los ojos por los dientes. Todo puede ser, respondió Sancho, porque también me turbó á mí su hermosura como á vuestra merced su fealdad: pero encomendemos lo todo á Dios, que él es el sabidor de las cosas que han de suceder en este valle de lágrimas, en este mal mundo que tenemos, donde á penas se halla
15 cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste, y vellaqueria. De una cosa me pesa, Señor mío, mas que de otras, que es pensar, que medio se ha de tener, quando vuestra merced venza á algun Gigante, ó otro Cavallero, y le mande, que se vaya á presentar ante la hermosura de la Señora Dulcinea, adonde la ha de hallar este pobre
20 Gigante, ó este pobre y misero Cavallero vencido. Pareceme que los veo andar por el Toboso hechos unos bausanes, buscando á mi Señora Dulcinea, y aunque la encuentren en mitad de la calle no la conocerán mas que á mi padre. Quiza, Sancho, respondió Don Quixote, no se estenderá el encantamento á quitar el conocimiento
25 de Dulcinea á los vencidos y presentados Gigantes y Cavalleros, y en uno, ó dos de los primeros que yo venza, y le embie, haremos la experiencia, si la ven, ó no, mandandoles que vuelvan á darme relacion de lo que acerca desto les huviere sucedido. Digo Señor, replico Sancho, que me ha parecido bien lo que vuestra merced ha dicho, y que con ese artificio vendremos en conocimiento de
lo

lo que deseamos, y si es que ella á solo vuestra merced se encubre, la desgracia mas será de vuestra merced que fuya: pero como la Señora Dulcinea tenga salud y contento, nosotros por acá nos avendremos, y lo pasaremos lo mejor que pudieremos, buscando nuestras aventuras, y dexando al tiempo que haga de las fuyas, que el es el mejor medico destas, y de otras mayores enfermedades. 5

Responder queria Don Quixote á Sancho Panza: pero estorvó-
selo una carreta que salió al traves del camino cargada de los mas
diversos y estraños personajes y figuras, que pudieron imaginarse.
El que guiava las mulas y servia de carretero era un feo Demonio. 10
Venía la carreta descubierta al cielo abierto, sin toldo ni zarzo.
La primera figura que se ofreció á los ojos de Don Quixote, fue la
de la misma Muerte con rostro humano; junto á ella venía un
Angel con unas grandes y pintadas alas. Al un lado estava un
Emperador con una corona, al parecer, de oro en la cabeza. A los 15
pies de la Muerte estava el dios que llaman Cupido, sin venda en
los ojos: pero con su arco, carcax y saetas. Venía tambien un
Cavallero armado de punta en blanco, excepto que no traya mor-
rion, ni celada, sino un sombrero lleno de plumas de diversas colo-
res, con estas venían otras personas de diferentes trages y rostros. 20
Todo lo qual visto de improvisó en alguna manera alborotó á Don
Quixote, y puso miedo en el corazon de Sancho: mas luego se
alegró Don Quixote, creyendo, que se le ofrecia alguna nueva y
peligrosa aventura, y con este pensamiento y con animo dispuesto
de acometer qualquier peligro, se puso delante de la carreta, y con 25
voz alta y amenazadora, dixo: Carretero, cochero, ó diablo, ó
lo que eres, no tardes en decirme quien eres, á do vas, y quien
es la gente que llevas en tu carricoche, que mas parece la barca
de Carón, que carreta de las que se usan. A lo qual mansamente
deteniendo el diablo la carreta, respondió: Señor, nosotros somos
reci-

recitantes de la compañía de Angulo el malo ; Hemos hecho en un lugar que está detras de aquella loma esta mañana, que es la Octava del Corpus, el auto de las Cortes de la Muerte, y hemolle de hacer esta tarde en aquel lugar que desde aquí se parece, y por estar tan cerca, y escusar el trabajo de desnudarnos, y bolvernos á vestir, nos vamos vestidos con los mismos vestidos que representamos. Aquel mancebo va de Muerte, el otro de Angel. Aquella muger que es la del autor va de Reina, el otro de Soldado, aquel de Emperador, y yo de Demonio, y soy una de las principales figuras del autor, por-
10 que haga en esta compañía los primeros papeles. Si otra cosa vuestra merced desea saber de nosotros, preguntemelo, que yo le sabre responder con toda puntualidad que como soy Demonio, todo se me alcanza. Por la fé de Cavallero Andante, respondió Don Quixote, que así como vi este carro imaginé que alguna grande
15 aventura se me ofrecia, y aora digo que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño. Andad con Dios, buena gente, y haced vuestra fiesta, y mirad, si mandais algo en que pueda seros de provecho, que lo haré con buen animo, y buen talante, porque desde mochacho fuy aficionado á la caratula, y en mi mocedad se me ivan los ojos tras la farandula. Es-
20 tando en estas platicas quiso la suerte que llegase uno de la compañía, que venia vestido de bogiganga, con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traya tres bexigas de vaca hinchadas, el qual moarracho llegando á Don Quixote comenzó a esgrimir el palo, y á sacudir el suelo con las bexigas, y á dar grandes saltos sonando los cascabeles, cuya mala vision así alborotó á Rozinante, que sin ser poderoso á detenerle Don Quixote, tomando el freno entre los dientes dió á correr por el campo con mas ligereza, que jamas prometieron los huesos de su notomia. Sancho, que consideró el peligro en que iba su Amo de ser derribado, saltó del Rucio, y á toda
priesa

prieta fue á valerle : pero quando á él llegó, ya estava en tierra, y junto á él Rozinante, que con su Amo vino al suelo : ordinario fin y paradero de las lozanas de Rozinante y de sus atrevimientos. Mas á penas hubo dexado su cavalleria Sancho por acudir á Don Quixote, quando el demonio baylador de las bexigas saltó sobre el Rucio ; y sacudiendole con ellas, el miedo, y ruido, mas que el dolor de los golpes le hizo volar por la campaña, hácia el lugar donde ivan á hacer la fiesta. Mirava Sancho la carrera de su Rucio, y la caida de su Amo, y no sabia á qual de las dos necesidades acudiría primero. Pero en efecto como buen escudero, y como buen criado, pudo mas con él el amor de su Señor, que el cariño de su jumento. Puesto que cada vez que veyá levantar las bexigas en el aire, y caer sobre las ancas de su Rucio, eran para él tartagos y gustos de muerte, y antes quisiera que aquellos golpes se los dieran á él en las niñas de los ojos, que en el mas mínimo pelo de la cola de su Asno. Con esta perplexa tribulacion llegó donde estava Don Quixote, harto mas mal trecho de lo que él quisiera, y ayudandole a subir sobre Rozinante, le dixo : Señor, el diablo se ha llevado al Rucio. Que diablo, preguntó Don Quixote ? El de las bexigas, respondió Sancho : Pues yo le cobraré, replicó Don Quixote, si bien se encerrase con él en los mas hondos y oscuros calabozos del infierno. Sigüeme Sancho, que la carreta va despacio, y con las mulas della fatisfare la perdida del Rucio. No ay para que hacer esa diligencia, Señor, respondió Sancho, vuestra merced temple su colera, que segun me parece, ya el diablo ha dexado el Rucio, y buelve á la querencia, y así era la verdad, porque aviendo caido el diablo con el Rucio, por imitar á Don Quixote, y á Rozinante, el diablo se fue á pie al pueblo, y el jumento se bolvió á su amo. Con todo eso, dixo Don Quixote, será bien castigar el descomedimiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mismo.

mo Emperador. Quitesele á vuestra merced eso de la imaginacion, replicó Sancho, y tome mi consejo, que es, que nunca se tome con farfantes, que es gente favorecida. Recitante he visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre, y sin costas. Sepa vuestra
5 merced, que como son gentes alegres y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan, y estiman, y mas siendo de aquellos de las compañías Reales, y de titulo, que todos, ó los mas en sus trages y compostura parecen unos Principes. Pues con todo, respondió Don Quixote, no se me ha de ir el demonio farfante alabando, aunque le favorezca todo el genero humano, y diciendo
10 esto bolvió á la carreta, que ya estava bien cerca del pueblo; ivadando voces, diciendo: Deteneos, esperad, turba alegre y regozijada, que os quiero dar á entender como se han de tratar los jumentos, y alimañas, que sirven de cavalleria á los escuderos de
15 los Cavalleros Andantes. Tan altos eran los gritos de Don Quixote, que los oyeron, y entendieron los de la carreta, y juzgando por las palabras la intencion dél que las decia, en un instante saltó la Muerte de la carreta, y tras ella el Emperador, el Diablo carretero, y el Angel, sin quedarse la Reina, ni el dios Cupido, y
20 todos se cargaron de piedras, y se pusieron en ala, esperando recibir á Don Quixote en las puntas de sus guijarros. Don Quixote que los vió puestos en tan gallardo esquadron, los brazos levantados con ademan de despedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas á Rozinante, y puso á pensar de que modo los acometería con menos peligro de su persona. En esto que se detuvo
25 llegó Sancho, y viendole en talle de acometer al bien formado esquadron, le dixo: Afaz de locura sería intentar tal empresa, considere vuestra merced, Señor mio, que para sopa de arroyo, y tente bonete no ay arma defensiva en el mundo, sino es embutirse y encerrarse en una campana de bronce, y tambien se ha de considerar,

fiderar, que es mas temeridad que valentia, acometer un hombre solo á un exercito donde está la Muerte, y pelean en persona Emperadores, y á quien ayudan los buenos y los malos Angeles, y si esta consideracion no le mueve á estarse quedo, muevale saber de cierto, que entre todos los que alli estan, aunque parecen Reyes, 5 Principes, y Emperadores, no ay ningun Cavallero Andante. Aora si, dixo Don Quixote, has dado Sancho en el punto que puede, y deve mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo, ni devo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuere armado Cavallero. A tí, Sancho, toca, si quie- 10 res tomar la venganza del agravio que á tu Rucio se le ha hecho, que yo desde aquí te ayudaré con voces, y advertimientos saludables. No ay para que, Señor, respondió Sancho, tomar venganza de nadie, pues no es de buenos Christianos tomarla de los agravios, quanto mas que yo acabaré con mi Asno, que ponga su ofensa en 15 las manos de mi voluntad, la qual es de vivir pacíficamente los dias que los cielos me dieren de vida. Pues esa es tu determinacion, replicó Don Quixote, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho Christiano, y Sancho sincero, dexemos estas fantasmas, y bolvamos á buscar mejores, y mas calificadas aventuras, que yo veo 20 esta tierra de talle que no han de faltar en ella muchas y muy milagrosas. Bolvió las riendas luego, Sancho fue á tomar su Rucio, la Muerte con todo su esquadron volante bolvieron á su carreta, y prosiguieron su viage, y este felice fin tuvo la temerosa aventura de la Carreta de la Muerte, gracias sean dadas al saludable consejo que 25 Sancho Panza dió á su Amo, al qual el dia siguiente le sucedió otra con un enamorado, y Andante Cavallero, de no menos suspension que la pasada.

Cap. XII. De la estraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quixote con el bravo Cavaliero de los Espejos.

LA noche que siguió al día del rencuentro de la Muerte la pasaron Don Quixote, y su escudero debaxo de unos altos y
 5 sombríos arboles, aviendo, á persuasión de Sancho, comido Don Quixote de lo que venia en el repuesto del Rucio, y entre la cena dixo Sancho á su señor: Señor, que tonto hubiera andado yo, si
 10 hubiera escogido en albricias los despojos de la primera aventura que vuestra merced acabara antes que las crias de las tres yeguas. En efecto, en efecto mas vale paxaro en mano que buytre volando. Toda via, respondió Don Quixote, si tú Sancho me dexaras acometer, como yo queria, te huvieran cabido en despojos, por lo
 15 menos la corona de oro de la Emperatriz, y las pintadas alas de Cupido, que yo se las quitara al redropelo, y te las pusiera en las manos. Nunca los cetros y coronas de los Emperadores farfantes, respondió Sancho Panza, fueron de oro puro, sino de oropel, ó
 20 hoja de lata. Así es verdad, replicó Don Quixote, porque no fuera acertado que los atavios de la comedia fueran finos, sino fingidos, y aparentes como lo es la mesma comedia, con la qual quiero, Sancho, que estés bien, teniendola en tu gracia, y por el mismo
 25 configuiente á los que las representan, y á los que las componen, porque todos son instrumentos de hacer un gran bien á la Republica, poniendonos un espejo á cada paso delante, donde se veen al vivo las acciones de la vida humana, y ninguna comparacion ay, que mas al vivo nos represente lo que somos, y lo que avemos de
 fer como la comedia, y los comediantes: sino dime, no has visto
 tú

tú representar alguna comedia, adonde se introducen Reyes, Emperadores, y Pontifices, Cavalleros, Damas, y otros diversos personajes? Uno hace el rufian, otro el embustero, este el mercader, aquel el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple. Y acabada la comedia, y desnudandose de los vestidos della, quedan todos los recitantes iguales. Si he visto, respondió Sancho, Pues lo mismo, dixo Don Quixote, acontece en la comedia y trato deste mundo, donde unos hacen los Emperadores, otros los Pontifices, y finalmente todas quantas figuras se pueden introducir en una comedia: pero en llegando al fin, que es quando se acaba la vida, á todos les quita la muerte las ropas que los diferenciavan, y quedan iguales en la sepultura. Brava comparacion, dixo Sancho, aunque no tan nueva, que yo no la aya oido muchas y diversas veces, como aquella del juego del axedrez, que mientras dura el juego, cada pieza tiene su particular oficio, y en acabandose el juego, todas se mezclan, juntan, y barajan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura. Cada dia, Sancho, dixo Don Quixote, te vas haciendo menos simple, y mas discretó. Sí, que algo se me ha de pegar de la discrecion de vuestra merced, respondió Sancho, que las tierras que de suyo son esteriles y secas, estercolandolas, y cultivandolas vienen á dar buenos frutos: quiero decir, que la conversacion de vuestra merced ha sido el estiercol que sobre la esteril tierra de mi seco ingenio ha caido; la cultivacion, el tiempo que ha que le sirvo y comunico, y con esto espero de dar frutos de mí que sean de bendicion, tales que no desdigan, ni deslicen de los senderos de la buena crianza que vuestra merced ha hecho en el agostado entendimiento mio. Rióse Don Quixote de las afectadas razones de Sancho, y parecióle ser verdad lo que decia de su emienda, porque de quando en quando hablava, de manera que le admirava, puesto que todas, ó las mas veces que Sancho queria

hablar de oposicion, y á lo cortesano acabava su razon, con des-
peñarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia,
y en lo que él se mostrava mas elegante y memorioso, era en traer
refranes, viniesen, ó no viniesen á pelo de lo que tratava, como se
5 avra visto, y se avra notado en el discurso desta Historia. En estas
y en otras platicas le les pasó gran parte de la noche, y á Sancho le
vinó en voluntad de dexar caer las compuertas de los ojos, como
él decia, quando queria dormir, y desaliñando á Rucio, le dió
pasto abundoso, y libre. No quitó la silla á Rozinante, por fer
10 expreso mandamiento de su Señor, que en el tiempo que anduvie-
sen en campaña, ó no durmiesen debaxo de techado no desaliñase á Ro-
zinante, antigua usanza establecida y guardada de los Andantes Ca-
valleros quitar el freno y colgarle del arzon de la silla: pero quitar la
silla al cavallo, guarda; y así lo hizo Sancho, y le dió la misma liber-
15 tad que al Rucio, cuya amistad del, y de Rozinante fue tan unica,
y tan travada, que ay fama por tradicion de padres á hijos, que el
autor desta verdadera Historia hizo particulares capitulos della, mas
que por guardar la decencia y decoro que á tan heroica Historia se
deve, no los puso en ella, puesto que algunas veces se descuida
20 deste su profupuesto, y escribe, que así como las dos bestias se jun-
tavan acudían á rascarse el uno al otro, y que despues de cansados y
satisfechos cruzava Rozinante el pescuezo sobre el cuello del Ru-
cio (que le sobraba de la otra parte mas de media vara) y mirando
los dos atentamente al suelo, se solian estar de aquella manera tres
25 dias, alomenos todo el tiempo que les dexavan, ó no les compelia
la hambre á buscar sustento. Digo, que dicen, que dexó el autor
escrito, que los avia comparado en la amistad, á la que tuvieron
Niso, y Eurialo, y Pilades, y Orestes, y si esto es así, se podia e-
char de ver (para universal admiracion) quan firme devió ser la
amistad destes dos pacificos animales, y para confusion de los hom-
bres

bres que tan mal saben guardarse amistad los unos á los otros. Por esto se dixo, no ay amigo para amigo, las cañas se buelven lanzas, y el otro que cantó, de amigo á amigo la chinche, &c. Y no le parezca á alguno que anduvo el autor algo fuera de camino en aver comparado la amistad destos animales á la de los hombres, que de las bestias han recebido muchos advertimientos los hombres, y aprendido muchas cosas de importancia, como son de las cigueñas el cristel, de los perros el vomito, y el agradecimiento, de las grullas la vigilancia, de las hormigas la providencia, de los elefantes la honestidad, y la lealtad del cavallo. Finalmente Sancho se quedó dormido al pie de un alcornoque, y Don Quixote dormitando al de una robusta encina. Pero poco espacio de tiempo avia pasado, quando le despertó un ruido que sintió á sus espaldas, y levantandose con sobresalto, se puso á mirar, y á escuchar de donde el ruido procedia, y vió que eran dos hombres á cavallo, y que el uno dexandose derribar de la silla, dixo al otro, apeate, amigo, y quita los trenos á los cavallos, que á mi parecer este sitio abunda de yerva para ellos, y del silencio y soledad que han menester mis amorosos pensamientos: el decir esto, y el tenderse en el suelo, todo fue á un mismo tiempo, y al arrojar se hicieron ruido las armas de que venia armado, manifesta señal, por donde conoció Don Quixote, que devia de ser Cavallero Andante; y llegandose á Sancho que dormía, le travó del brazo, y con no pequeño trabajo le bolvió en su acuerdo, y con voz baxa le dixo: Hermano Sancho, aventura tenemos: Dios nos la dé buena, respondió Sancho, y adonde está, Señor mio, su merced de esa señora aventura? Adonde Sancho? replicó Don Quixote; buelve los ojos, y mira, y verás alli tendido un Andante Cavallero, que á lo que á mí se me trasluce, no deve de estar demasiadamente alegre, porque le vi arrojar del cavallo, y tenderse en el suelo con algunas muestras de despecho, y al caer le

le cruxieron las armas. Pues en que halla vuesa merced, dixo Sancho, que esta sea aventura? No quiero yo decir, respondió Don Quixote, que esta sea aventura del todo, sino principio della, que por aquí se comienzan las aventuras. Pero escucha, que á lo
 5 que parece, templando está un laud, ó viguela, y segun escupe, y se desembaraza el pecho, deve de prepararse para cantar algo. A buena fé que es así, respondió Sancho, y que deve de ser Cavallero enamorado. No ay ninguno de los Andantes que no lo sea, dixo Don Quixote, y escuchemosle, que por el hilo sacaremos
 10 el ovillo de sus pensamientos, si es que canta, que de la abundancia del corazon habla la lengua. Replicar queria Sancho á su Amo: pero la voz del Cavallero del bosque, que no era muy mala, ñi muy buena, lo estorvó, y estando los dos atonitos, oyeron que lo que cantó fue este.

15

S O N E T O.

*Dadme, Señora, un termino que figa
 Conforme á vuestra voluntad cortado,
 Que será de la mia así estimado,
 Que por jamas un punto del desdiga.*
 20 *Si gustais, que callando mi fatiga
 Muera, contadme ya por acabado,
 Si quereys que os la cuente en desusado
 Modo, baré, que el mesmo amor la diga.
 A prueba de contrarios estoy hecho,*
 25 *De blanda cera, y de diamante duro,
 Y á las leyes de amor el alma ajusto.
 Blando qual es, ó fuerte, ofrezco el pecho
 Entallado, imprimid lo que os dé gusto,
 Que de guardarlo eternamente juro.*

Con

Con un ay arrancado, al parecer, de lo íntimo de su corazón, dió fin á su canto el Cavallero del bosque, y de allí á un poco con voz doliente y lastimada dixo: O la mas hermosa, y la mas ingrata muger del orbe, como que sera posible, Serenísima Casildea de Vandallia, que has de consentir, que se consuma, y acabe en continuas peregrinaciones, y en asperos y duros trabajos este tu cautivo Cavallero? No basta ya que he hecho, que te confiesen por la mas hermosa del mundo todos los Cavalleros de Navarra, todos los Leoneses, todos los Tartesios, todos los Castellanos, y finalmente todos los Cavalleros de la Mancha? Eso no, dixo á esta fazon Don Quixote, que yo soy de la Mancha, y nunca tal he confesado, ni podia ni devia confesar una cosa tan prejudicial á la belleza de mi Señora, y este tal Cavallero ya vees tú, Sancho, que desvaria: pero escuchemos, quiza se declarará mas. Si hará, replicó Sancho, que termino lleva de quejarse un mes á reo. Pero no fue así, porque aviendo entreoido el Cavallero del bosque que hablaban cerca dél, sin pasar adelante en su lamentacion, se puso en pie, y dixo con voz sonora y comedida: Quien va allá? que gente? es por ventura de la del numero de los contentos, ó la del de los afligidos? De los afligidos, respondió Don Quixote. Pues lleguese á mí, respondió él del bosque, y hará cuenta, que se llega á la misma tristeza, y á la aflicion misma. Don Quixote que se vió responder tan tierna y comedidamente, se llegó á él, y Sancho ni mas ni menos. El Cavallero lamentador asió á Don Quixote del brazo, diciendo: Sentaos aquí, Señor Cavallero, que para entender que lo soys, y de los que profesan la Andante Cavalleria, bastame el averos hallado en este lugar, donde la soledad y el sereno os hacen compañía, naturales lechos, y propias estancias de los Cavalleros Andantes. A lo que respondió Don Quixote, Cavallero foy, y de la profesion que decís, y aunque en mi alma tienen su propio asiento

ento las tristezas, las desgracias, y las desventuras, no por eso se ha ahuyentado della la compasion que tengo de las agenas desdichas : de lo que contaste poco ha, colegí, que las vuestras son enamoradas, quiero decir del amor que teneis á aquella hermosa ingrata que en vuestras lamentaciones nombrastes. Ya quando esto pasavan, estaban sentados juntos sobre la dura tierra en buena paz y compañía, como si al romper del dia no se huvieran de romper las cabezas. Por ventura, señor Cavallero, preguntó él del bosque á Don Quixote : Soys enamorado ? Por desventura lo soy, respondió Don Quixote, aunque los daños que nacen de los bien colocados pensamientos, antes se deven tener por gracias, que por desdichas. Así es la verdad, replicó él del bosque, sino nos turbasen la razon, y el entendimiento los desdenes, que siendo muchos, parecen venganzas. Nunca fuy desdeñado de mi Señora, respondió Don Quixote. No por cierto, dixo Sancho (que alli junto estava) porque es mi señora como una borrega mansa, es mas blanda que una manteca. Es vuestro escudero este, preguntó el del bosque ? Si es, respondió Don Quixote. Nunca he visto yo escudero, replicó él del bosque, que se atreva á hablar donde habla su señor, alomenos ay está ese mio, que es tan grande como su padre, y no se provará que aya desplegado el labio donde yo hablo. Pues á fe, dixo Sancho, que he hablado yo, y puedo hablar delante de otro tan, y aun, quedese aquí que es peor meneallo. El escudero del bosque asió por el brazo á Sancho, diciendole : Vamonos los dos donde podamos hablar escuderilmente todo quanto quisiéremos, y dexemos á estos señores amos nuestros, que se den de las hastas, contandose las historias de sus amores, que á buen seguro que les ha de coger el dia en ellas, y no las han de aver acabado. Sea en buena hora, dixo Sancho, y yo le dire á vuestra merced quien soy, para que vea, si puedo entrar en docena con los mas hablantes escuderos.

cuderos. Con esto se apartaron los dos escuderos, entre los quales pasó un tan gracioso coloquio, como fue grave el que pasó entre sus señores.



Cap. XIII. Donde se prosigue la aventura del Cavallero del bosque con el discreto, nuevo, y suave coloquio que pasó entre los dos Escuderos. 5

Divididos estavan Cavalleros y escuderos, estos contando sus vidas, y aquellos sus amores: pero la Historia cuenta primero el razonamiento de los mozos, y luego prosigue el de los amos, y así dice, que apartandose un poco dellos él del bosque 10 dixo á Sancho: Trabajosa vida es la que pasamos y vivimos, señor mío, estos que somos escuderos de Cavalleros Andantes, en verdad que comemos el pan en el sudor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones que echó Dios á nuestros primeros padres. También se puede decir, añadió Sancho, que lo comemos en el yelo de 15 nuestros cuerpos, porque quien mas calor, y mas frio que los miserables escuderos de la Andante Cavalleria, y aun menos mal si comieramos, pues los duelos con pan son menos: pero tal vez ay, que se nos pasa un dia, y dos, sin desayunarnos, fino es del viento que sopla. Todo eso se puede llevar, y conllevar, dixo él del bosque, 20 que, con la esperanza que tenemos del premio, porque si demasiadamente no es desgraciado el Cavallero Andante, á quien un escudero sirve, por lo menos á pocos lances se verá premiado con un hermoso govierño de qual que infula, ó con un Condado de buen parecer. Yo, replicó Sancho, ya he dicho á mi Amo, que me 25 contento con el govierño de alguna infula, y él es tan noble, y tan liberal,

liberal, que me le ha prometido muchas, y diversas veces. Yo, dixo él del bosque, con un Canonicato quedaré satisfecho de mis servicios, y ya me le tiene mandado mi amo. Y que tal deve de ser, dixo Sancho, su amo de vuestra merced Cavallero á lo Ecclesiastico, y podra hacer esas mercedes á sus buenos escuderos : pero el mio es meramente lego, aunque yo me acuerdo quando le querían aconsejar personas discretas, aunque á mi parecer mal intencionadas, que procurase ser Arzobispo : pero él no quiso sino ser Emperador, y yo estava entonces temblando, si le venia en voluntad de ser de la Iglesia, por no hallarme suficiente de tener beneficios por ella, porque le hago saber á vuestra merced, que aunque parezco hombre, soy una bestia para ser de la Iglesia. Pues en verdad que lo yerra vuestra merced, dixo él del bosque, á causa que los gobiernos insulanos no son todos de buena data, algunos ay torcidos, algunos pobres, algunos melancolicos, y finalmente el mas erguido y bien dispuesto trae consigo una pesada carga de pensamientos y de incomodidades, que pone sobre sus ombros el desdichado que le cupo en suerte. Harto mejor sería, que los que profesamos esta maldita servidumbre, nos retirásemos á nuestras casas, y allí nos entretuviésemos en exercicios mas suaves, como si dixésemos, cazando, ó pescando, que que escudero ay tan pobre en el mundo, á quien le falte un rozin, y un par de galgos, y una caña de pescar, con que entretenerse en su aldea ? A mi no me falta nada desto, respondió Sancho, verdad es que no tengo rozin : pero tengo un asno, que vale dos veces mas que el cavallo de mi Amo. Mala Pascua me dé Dios, y sea la primera que viniere, si le trocara por él, aunque me diesen quatro fanegas de cebada encima : á burla tendra vuestra merced el valor de mi Rucio, que rucio es el color de mi jumento. Pues galgos no me avian de faltar, aviendolos sobrados en mi pueblo, y mas que entonces es la caza mas gustosa, quando

quando se hace á costa agena. Real y verdaderamente, respondió él del bosque, señor escudero, que tengo propuesto y determinado de dexar estas borracherias destos Cavalleros, y retirarme á mi aldea, y criar mis hijitos, que tengo tres, como tres Orientales perlas. Dos tengo yo, dixo Sancho, que se pueden presentar al Papa en persona, especialmente una muchacha, á quien crio para Condesa, si Dios fuere servido, aunque á pesar de su madre. Y que edad tiene esa señora, que se cria para Condesa? preguntó él del bosque. Quince años dos mas á menos, respondió Sancho: pero es tan grande como una lanza, y tan fresca como una mañana de Abril, y tiene una fuerza de un ganapan. Partes son esas respondió él del bosque, no solo para ser Condesa, sino para ser ninfa del verde bosque. O hideputa puta, y que rejo deve de tener la vellaca! A lo que respondió Sancho (algo mohino) ni ella es puta, ni lo fue su madre, ni lo sera ninguna de las dos, Dios queriendo, mientras yo viviere. Y hablese mas comedidamente; que para averse criado vuestra merced entre Cavalleros Andantes, que son la misma cortesía, no me parecen muy concertadas esas palabras. O que mal se le entiende á vuestra merced, replicó él del bosque, de achaque de alabanzas, señor escudero! Como, y no sabe que quando algun Cavallero da una buena lanzada al toro en la plaza, ó quando alguna persona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vulgo, ó hideputa puto, y que bien que lo ha hecho? y aquello que parece vituperio en aquel termino, es alabanza notable, y renegad vos, señor, de los hijos, ó hijas, que no hacen obras, que merezcan se les den á sus padres loores semejantes. Si reniego, respondió Sancho, y dese modo, y por esa misma razon podia echar vuestra merced á mí, y á mis hijos, y á mi muger toda una putería encima, porque todo quanto hacen y dicen son estremos dignos de semejantes alabanzas, y para bolverlos á ver, ruego yo á Dios me saque de pecado mortal,

que lo mesmo sera, si me saca deste peligroso oficio de escudero, en el qual he incurrido segunda vez, cebado y engañado de una bolsa con cien ducados, que me hallé un dia en el corazon de Sierra Morena, y el diablo me pone ante los ojos, aquí, allí, acá no, 5 fino acullá, un talego lleno de doblones, que me parece, que á cada paso le toco con la mano, y me abrazo con el, y lo llevo á mi casa, y echo censos, y fundo rentas, y vivo como un Principe, y el rato que en esto pienso se me hacen faciles, y llevaderos quantos trabajos padezco con este mentecato de mi Amo, de quien sé, que 10 tiene mas de loco que de Cavallero. Por eso, respondió él del bosque, dicen, que la codicia rompe el saco, y si va á tratar dellos, no ay otro mayor en el mundo que mi amo, porque es de aquellos que dicen, cuidados agenos matan al asno, pues porque cobre otro Cavallero el juicio, que ha perdido, se hace el loco, y anda buf- 15 cando lo que no sé si despues de hallado le ha de salir á los horizonticos. Y es enamorado por dicha? Si, dixo él del bosque, de una tal Casildea de Vandalia, la mas cruda, y la mas asada señora que en todo el orbe puede hallarse: pero no coxea del pie de la crudeza, que otros mayores embustes le gruñen en las entrañas, y él lo dira 20 antes de muchas horas. No ay camino tan llano, replicó Sancho, que no tenga algun tropezon, ó barranco, en otras casas cuecen habas, y en la mia á calderadas; mas acompañados, y paniaguados deve de tener la locura que la discrecion. Mas si es verdad lo que comunmente se dice, que el tener compañeros en los trabajos, 25 fuele servir de alivio en ellos, con vuestra merced podre consolarme, pues sirve á otro amo tan tonto como el mio. Tonto, pero valiente, respondió él del bosque, y mas vellaco que tonto, y que valiente. Eso no es el mio, respondió Sancho, digo que no tiene nada de vellaco, antes tiene una alma como un cantaro, no sabe hacer mal á nadie, sino bien á todos, ni tiene malicia alguna, un niño

niño le hará entender, que es de noche en la mitad del día, y por esta sencillez le quiero como á las telas de mi corazón, y no me amaño á dexasle por mas disparates que haga. Con todo eso, hermano y señor, dixo él del bosque, si el ciego guía al ciego, ambos van á peligro de caer en el hoyo. Mejor es retirarnos con buen compas de pies, y bolvernós á nuestras querencias, que los que buscan aventuras, no siempre las hallan buenas. 5

Escupia Sancho á menudo, al parecer, un cierto genero de saliva pegajosa, y algo seca, lo qual visto, y notado por el caritativo bosqueñil escudero, dixo: Pareceme, que de lo que hemos hablado se nos pegan al paladar las lenguas: pero yo traigo un despegador pendiente del arzon de mi cavallo, que es tal como bueno, y levantandose, bolvió desde allí á un poco con una gran bota de vino, y una empanada de media vara, y no es encarecimiento, porque era de un conejo albar tan grande, que Sancho al tocarla entendió ser de algun cabron, no que de cabrito, lo qual visto por Sancho, dixo. Y esto trae vuestra merced consigo, señor? Pues que se pensava? respondió el otro: soy yo por ventura algun escudero de agua y lana? Mejor repuesto traigo yo en las ancas de mi cavallo que lleva consigo quando va de camino un General. Comió Sancho, sin hacerse de rogar, y tragava á escuras bocados de nudos de fuelta, y dixo: Vuestra merced si que es escudero fiel, y legal, moliente, y corriente, magnifico, y grande, como lo muestra este banquete, que fino ha venido aquí por arte de encantamento, parecelo alomenos, y no como yo mezquino, y malaventurado, que solo traigo en mis alforjas un poco de queso, tan duro, que pueden descalabrar con ello á un gigante, á quien hacen compañía quatro docenas de algarrobas, y otras tantas de avellanas, y nueces, mercedes á la estrechez de mi dueño, y á la opinion que tiene, y orden que guarda, de que los Cavalleros Andantes no se han de mantener, y 15 20 25
sustentar

sustentar sino con frutas secas, y con las yervas del campo. Por mi te, hermano, replicó él del bosque, que yo no tengo hecho el estomago á tagarninas, ni á piruetanos, ni á raíces de los montes, allá se lo ayan con sus opiniones y leyes cavallerescas nuestros amos, y coman lo que ellos mandaren, fiambreras traigo, y esta bota colgando del arzon de la silla, por si, ó por no, y es tan devota mia, y quiero la tanto, que pocos ratos se pasan, sin que la dé mil besos, y mil abrazos, y diciendo esto se la puso en las manos á Sancho, el qual empinandola puesta á la boca, estuvo mirando las estrellas un quarto de hora, y en acabando de beber dexó caer la cabeza á un lado, y dando un gran suspiro, dixo: O hideputa, vellaco, y como es Catolico! Veis ay, dixo él del bosque, en oyendo el hideputa de Sancho, como aveis alabado este vino, llamandole hideputa? Digo, respondió Sancho, que confieso, que conozco que no es deshonra llamar hijo de puta á nadie, quando cae debaxo del entendimiento de alabarle. Pero digame, señor, por el figlo de lo que mas quiere, este vino es de Ciudad Real. Bravo moxon, respondió él del bosque, en verdad que no es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidad. A mí con eso, dixo Sancho, no tomeis menos, sino que se me fuera á mí por alto dar alcance á su conocimiento. No será bueno, señor escudero, que tenga yo un instinto tan grande, y tan natural en esto de conocer vinos, que en dandome á oler qualquiera, acierto la patria, el linage, el sabor, y la dura, y las bueltas que ha de dar, con todas las circunstancias al vino atañederas. Pero no ay de que maravillarse, si tuve en mi linage por parte de mi padre los dos mas excelentes moxones que en luengos años conoció la Mancha, para prueba de lo qual les sucedió, lo que aora dire. Dieronles á los dos á provar del vino de una cuba, pidiendoles su parecer del estado, qualidad, bondad, ó malicia del vino: el uno lo provó con la punta de

de la lengua, el otro no hizo mas de llegarlo á las narices. El primero dixo, que aquel vino sabia á hierro, el segundo dixo, que mas sabia á cordovan, el dueño dixo, que la cuba estava limpia, y que el tal vino no tenía adobo alguno, por donde huviese tomado fabor de hierro, ni de cordovan. Con todo eso los dos famosos moxones se afirmaron en lo que avian dicho. Anduvo el tiempo, vendióse el vino, y al limpiar de la cuba hallaron en ella una llave pequeña, pendiente de una correa de cordovan. Porque vea vuestra merced si quien viene desta ralea podra dar fin parecer en semejantes causas. Por eso digo, dixo él del bosque, que nos dexemos de andar buscando aventuras, y pues tenemos hogazas, no busquemos tortas, y bolvamonos á nuestras chozas, que alli nos hallará Dios, si él quiere. Hasta que mi Amo llegue á Zaragoza le servire, que despues todos nos entenderemos.

Finalmente tanto hablaron, y tanto bevieron los dos buenos escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas, y templanles la sed, que quitarsela fuera imposible, y así asidos entrambos de la ya casi vacia bota, con los bocados á medio mascar en la boca, se quedaron dormidos, donde los dexaremos por aora, por contar lo que el Cavallero del bosque pasó con él de la triste figura.



Cap. XIV. Donde se prosigue la aventura del Cavallero del bosque.

Entre muchas razones que pasaron Don Quixote y el Cavallero de la selva, dice la Historia, que él del bosque dixo á Don Quixote: Finalmente, señor Cavallero, quiero que sepais, que mi destino, ó por mejor decir mi eleccion, me truxo á ena-
morar de la sin par Casildea de Vandalia; llamola sin par, porque

no le tiene, así en la grandeza del cuerpo, como en el estremo del estado, y de la hermosura... Esta tal Casildea pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos, y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su madrina á Hércules, en muchos y diversos
5 peligros, prometendome al fin de cada uno, que en el fin del otro llegaría el de mi esperanza: pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé qual ha de ser el ultimo, que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó, que fuese á desafiar á aquella famosa Giganta de Sevilla,
10 llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte, como hecha de bronce, y sin mudarse de un lugar es la mas movible, y voltaria muger del mundo. Llegué, vila, y vencila, y hiciela estar queda, y á raya, porque en mas de una semana no soplaron sino vientos Nortes. Vez tambien hubo, que me mandó fuese á tomar en peso
15 las antiguas piedras de los valientes Toros de Guisando, empresa mas para encomendarse á ganapanes, que á Cavalleros: otra vez me mandó, que me precipitase y sumiese en la Sima de Cabra, peligro inaudito y temeroso, y que le truxese particular relacion de lo que en aquella escura profundidad se encierra. Detuve el movimiento á la Giralda, pese los Toros de Guisando, despenme en
20 la Sima, y saque á luz lo escondido de su abismo, y mis esperanzas muertas, que muertas! y sus mandamientos, y desdenes vivos, que vivos! En resolucion, ultimamente me ha mandado, que discurra por todas las Provincias de España, y haga confesar á todos
25 los Andantes Cavalleros que por ellos vagaren, que ella sola es la mas aventajada en hermosura de quantas oy viven, y que yo soy el mas valiente, y el mas bien enamorado Cavallero del orbe, en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos Cavalleros, que se han atrevido á contradecirme. Pero de lo qua yo mas me precio y ufano, es de aver vencido en
singular

singular batalla á aquel tan famoso Cavallero Don Quixote de la Mancha, y hechole confesar, que es mas hermosa mi Casildea que su Dulcinea, y en solo este vencimiento hago cuenta, que he vencido todos los Cavalleros del mundo, porque el tal Don Quixote, que digo, los ha vencido á todos, y aviendole yo vencido á él, su gloria, su fama, y su honra se ha transferido y pasado á mi persona, y tanto el vencedor es mas honrado, quanto mas el vencido es reputado, así que ya corren por mi cuenta, y son mias las innumerables hazañas del ya referido Don Quixote. Admirado quedó Don Quixote de oir al Cavallero del bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentia, y ya tuvo el mentis en el pico de la lengua : pero reportóse lo mejor que pudo, por hacerle confesar por su propia boca su mentira, y así sossegadamente le dixo. De que vuesa merced, señor Cavallero, aya vencido á los mas Cavalleros Andantes de España, y aun de todo el mundo, no digo nada : pero de que aya vencido á Don Quixote de la Mancha, pongolo en duda, podría ser, que fuese otro que le pareciese, aunque ay pocos que le parezcan. Comó no ? replicó él del bosque, por el cielo que nos cubre, que pelee con Don Quixote, y le vencí, y rendí, y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado, y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña, y algo cerba, de vigotes grandes negros, y caidos. Campea debaxo del nombre del Cavallero de la triste figura, y trae por escudero á un labrador, llamado Sancho Panza ; oprime el lomo, y rige el freno de un famoso cavallo, llamado Rozinante, y finalmente tiene por señora de su voluntad á una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo, como la mia que por llamarse Casilda, y ser de la Andalucia, yo la llamo Casildea de Vandalia : si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aquí está mi espada que la hará dar credito á la mesma incrudelidad. Sossegaos, señor Cavallero,

vallero, dixo Don Quixote, y escuchad lo que decir os quiero. A-
veis de saber, que ese Don Quixote que decís, es el mayor amigo
que en este mundo tengo, y tanto que podre decir, que le tengo
en lugar de mi misma persona, y que por las señas que dél me a-
5 veis dado, tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el
mismo que aveis vencido; por otra parte uco con los ojos, y toco
con las manos no ser posible ser él mismo, si ya no fuese, que como
él tiene muchos enemigos encantadores (especialmente uno que de
ordinario le persigue) no aya alguno dellos tomado su figura, para
10 dexarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas cavallerias
le tienen grangeada y adquirida por todo lo descubierto de la ti-
erra. Y para confirmacion desto quiero tambien que sepais, que
los tales encantadores, sus contrarios, no ha mas de dos dias que
transformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del To-
15 bofo en una aldeana soez y baxa, y desta manera avran transfor-
mado á Don Quixote, y si todo esto no basta para enteraros en
esta verdad que digo, aquí está el mismo Don Quixote que la sus-
tentará con sus armas á pie, ó á cavallo, ó de qualquiera suerte
que os agradare; y diciendo esto se levantó en pie, y se empuñó la
20 espada, esperando, que resolucion tomaría el Cavallero del bos-
que, el qual con voz así mismo sossegada, respondió, y dixo: Al
buen pagador no le duelen prendas, él que una vez, señor Don
Quixote, pudo venceros transformado, bien podra tener esperanza
de rendiros en vuestro propio ser. Mas porque no es bien que
25 los Cavallerôs hagan sus fechos de armas ascuras como los saltea-
dores, y rufianes, esperemos el dia, para que el Sol vea nuestras o-
bras; y ha de ser condicion de nuestra batalla, que el vencido ha
de quedar á la voluntad del vencedor, para que haga dél, todo lo
que quisiere, con tal que sea decente á Cavallero lo que se le or-
denare. Soy mas que contento desta condicion y convenencia, res-
pondió

pondió Don Quixote, y en diciendo esto se fueron donde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando, y en la misma forma que estaban quando les saltó el sueño. Despertaronlos, y mandaronles que tuviesen á punto los cavallos, porque en saliendo el Sol avían de hacer los dos una sangrienta, singular, y desigual batalla, á cuyas 5 nuevas quedó Sancho atonito, y pasmado, temeroso de la salud de su Amo, por las valentias que avia oido decir del suyo al escudero del bosque : pero sin hablar palabra se fueron los dos escuderos á buscar su ganado, que ya todos tres cavallos, y el Rucio se avian olido, y estaban todos juntos. 10

En el camino dixo él del bosque á Sancho : Ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucia, quando son padrinos de alguna pendencia no estar se ociosos mano sobre mano, en tanto que sus ahijados riñen, digolo. porque esté advertido, que mientras nuestros dueños riñeren, nosotros tam- 15 bien hemos de pelear, y hacernos astillas. Esa costumbre, señor escudero, respondió Sancho, allá puede correr, y pasar, con los rufianes, y peleantes que dice : pero con los escuderos de los Cavalleros Andantes ni por pienso. Alomenos yo no he oido decir á mi Amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las orde- 20 nanzas de la Andante Cavalleria. Quanto mas que yo quiero que sea verdad, y ordenanza expresa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean : pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena, que estuviera puesta á los tales pacíficos escuderos que yo aseguro, que no pase de dos libras de cera, y mas quiero pagar las ta- 25 les libras, que sé que me costarán menos, que las hilas que podre gastar en curarme la cabeza, que ya me la cuento por partida, y dividida en dos partes : ay mas que me imposibilita el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse. Para esto sé yo un buen remedio, dixo el del bosque, yo traigo aquí dos talegas de lienzo, de

un mismo tamaño, tomareys vos la una, y yo la otra, y riñiremos á talegazos con armas iguales. Desta manera sea en buena hora, respondió Sancho, porque antes servirá la tal pelea de despolvorearnos, que de herirnos. No ha de ser así, replicó el otro, porque se han de echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el aire, media docena de guijarros lindos, y pelados, que pesen tanto los unos como los otros y desta manera nos podremos atalegar sin hacernos mal ni daño. Mirad, cuerpo de mi padre, respondió Sancho, que martas cebollinas, ó que copos de algodón cardado pone en las talegas, para no quedar molidos los cascós, y hechos alheña los huesos: pero aunque se llenaran de capullos de seda, sepa señor mio, que no he de pelear, peleen nuestros amos, y allá se lo ayan, y bevamos y vivamos nosotros, que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas, sin que andemos buscando appetites, para que se acaben antes de llegar su fazon y termino, y que se cayan de maduras. Con todo, replicó él del bosque, hemos de pelear si quiera media hora. Eso no, respondió Sancho, no fere yo tan descortés, ni tan desagradecido, que con quien he comido y he bevido trabe question alguna, por minima que sea, quanto mas que estando sin colera, y sin enojo, quien diablos se ha de amañar á reñir á secas? Para eso, dixo él del bosque, yo daré un suficiente remedio, y es, que antes que comencemos la pelea, yo me llegaré bonitamente á vuestra merced y le dare tres, ó quatro bofetadas que dé con él á mis pies, con las quales le haré despertar la colera, aunque esté con mas sueño que uh liron. Contra ese corte sé yo otro, respondió Sancho, que no le va en zaga, cogere yo un garrote, y antes que vuestra merced llegue á despertarme la colera, haré yo dormir á garrotazos de tal fuerza la fuya, que no despierte, sino fuere en el otro mundo, en el qual se sabe, que no soy yo hombre que me dexo manosear el rostro de nadie, y cada uno mire

mire por el virote. Aunque lo mas acertado sería dexar dormir
fu colera á cada uno, que no sabe nadie el alma de nadie, y tal
fuele venir por lana, que buelve tresquilado, y Dios bendixo la
paz, y maldixo las riñas, porque si un gato acosado encerrado, y
apretado se buelve en leon, yo, que soy hombre, Dios sabe en 5
lo que podré volverme, y así desde aora intimo á vuestra merced,
señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal y daño que
de nuestra pendencia resultare. Está bien, replicó él del bosque,
amanecera Dios, y medraremos en esto.

Ya comenzavan á gorgear en los arboles mil fuertes de pintados 10
paxarillos, y en sus diversos y alegres cantos, parecia quo davan la
norabuena, y saludavan á la fresca Aurora, que ya por las puertas
y balcones del Oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro,
facudiendo de sus cabellos un numero infinito de liquidas perlas, en
cuyo suave licor bañandose las yervas, parecia así mismo ellas bro- 15
tavan y llovían blanco y menudo aljo ofar: los sauces destilavan ma-
ná sabroso, reyanse las fuentes, murmuravan los arroyos, alegra-
vanse las selvas, y enriquecianse los prados con su venida. Mas á
penas dió lugar la claridad del dia, para ver y diferenciar las cosas,
quando la primera, que se ofreció á los ojos de Sancho Panza, fue 20
la nariz del escudero del bosque, que era tan grande, que casi le
hacía sombra á todo el cuerpo. Cuéntase en efecto, que era de
demasiada grandeza, corba en la mitad, y toda llena de berrugas,
de color amoratado, como de Berengena, baxavale dos dedos mas
abaxo de la boca; cuya grandeza, color, berrugas, y encorbamiento, 25
así le aseavan el rostro, que en viendole Sancho, comenzó á herir
de pie, y de mano, como niño con alferecía, y propuso en su cora-
zon de dexarse dar docientas bofetadas, antes que despertar la co-
lera para reñir con aquel vestiglo. Don Quixote miró á su con-
tendor, y hallóle ya puesta, y calada la celada, de modo que no le
puso

pudo ver él rostro: pero notó que era hombre membrudo, y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traya una sobrevista, ó casaca de una tela, al parecer, de oro finísimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandientes espejos, que le hacían en
5 grandísima manera galan y vistoso, volavanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas, y blancas, la lanza que tenía arrimada á un árbol, era grandísima y gruesa, y de un hierro acerado de mas de un palmo, todo lo miró, y todo lo notó Don Quixote, y juzgó de lo visto, y mirado, que el ya dicho Caval-
10 lero devia de ser de grandes fuerzas: pero no por eso temió como Sancho Panza, antes con gentil denuedo dixo al Cavallero de los espejos: Si la mucha gana de pelear, señor Cavallero, no os gasta la cortesía, por ella os pido, que alceys la visera un poco, porque yo vea, si la gallardía de vuestro rostro responde á la de vuestra dis-
15 posición, ó vencido, ó vencedor que salgays desta empresa. Señor Cavallero, respondió él de los espejos, os quedará tiempo y espacio demasíado para verme, y si agora no satisfago á vuestro deseo, es por parecerme que hago notable agravio á la hermosa Casildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tardare en alzarne la visera sin
20 haceros confesar lo que ya sabeys que pretendo. Pues en tanto que subimos á cavallo, dixo Don Quixote, bien podeys decirme, si soy yo aquel Don Quixote, que dixistes aver vencido. A eso vos respondemos, dixo él de los espejos, que pareceys, como se parece un huevo á otro, al mismo Cavallero, que yo vencí: pero se-
25 gun vos decis que le persiguen encantadores no osare afirmar, si soys el contenido, ó no. Eso me basta á mí, respondió Don Quixote, para que crea vuestro engaño: empero para sacaros del de todo punto vengan nuestros cavallos, que en menos tiempo que el que tardaredes en alzaros la visera, si Dios, si mi señora, y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro, y vos vereis que no soy yo el ven-
cido

cido Don Quixote que pensais. Con esto acortando razones subieron á cavallo, y Don Quixote bolvió las riendas á Rozinante para tomar lo que convenia del campo para bolver á encontrar á su contrario, y lo mismo hizo él de los espejos: pero no se avia apartado Don Quixote veinte pasos quando se oyó llamar del de los espejos, 5 y partiendo los dos el camino, él de los espejos le dixo: Advertid, señor Cavallero, que la condicion de nuestra batalla es, que el vencido, como otra vez he dicho ha de quedar á discrecion del vencedor. Ya la sé, respondió Don Quixote, con tal, que lo que se le impusiere, y mandare al vencido, han de ser cosas que no salgan de 10 los limites de la Cavalleria. Así se entiende, respondió el de los espejos. Ofrecieronsele en esto a la vista de Don Quixote las extrañas narices del escudero, y no se admiró menos de verlas que Sancho, tanto que le juzgo por algun monstro, ó por hombre nuevo, y de aquellos que no se usan en el mundo. Sancho que vió 15 partir á su Amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo, que con solo un pasagonzalo con aquellas narices en las fuyas sería acabada la pendencia fuya, quedando del golpe, ó del miedo tendido en el suelo, y fuese tras su Amo asido á una acción de Rozinante, y quando le pareció, que ya era tiempo que 20 boviese, le dixo: Suplico á vuestra merced, Señor mio, que antes que vuelva á encontrarse me ayude á subir sobre aquel Alcornoque, de donde podré ver mas á mi sabor, mejor que desde el suelo, el galardo encuentro que vuestra merced ha de hacer con este Cavallero. Antes creo, Sancho, dixo Don Quixote, que te quieres encaramar y 25 subir en andamio por ver sin peligro los toros. La verdad que diga, respondió Sancho, las desaforadas narices de aquel escudero me tienen atonito, y lleno de espanto, y no me atrevo á estar junto á él. Ellas son tales, dixo Don Quixote, que á no ser yo quien soy, tambien me asombraran, y así ven, ayudarte he á subir donde dices.

En

En lo que se detuvo Don Quixote en que Sancho subiese en el alcornoque, tomó él de los espejos del campo lo que le pareció necesario, y creyendo, que lo mismo avría hecho Don Quixote, sin esperar son de trompeta, ni otra señal que los avisase, bolvió
5 las riendas á su cavallo (que no era mas ligero, ni de mejor parecer que Rozinante) y á todo su correr (que era un mediano trote) iba á encontrar á su enemigo: pero viendole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas, y paróse en la mitad de la carrera, de lo que el cavallo quedó agradecidísimo, á causa que ya no podia
10 moverse. Don Quixote que le pareció, que ya su enemigo venia volando, arrimó reciamente las espuelas á las trashijadas hijadas de Rozinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la Historia, que esta sola vez se conoció aver corrido algo, porque todas las demas siempre fueron trotes declarados, y con esta no vista furia llegó
15 donde él de los espejos estava hincando á su cavallo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde avia hecho estanco de su carrera. En esta buena sazón y coyuntura halló Don Quixote á su contrario embarazado con su cavallo, y ocupado con su lanza, que nunca, ó no acertó, ó no tuvo
20 lugar de ponerla en ristre. Don Quixote que no mirava en estos inconvenientes, á salvamano, y sin peligro alguno encontró al de los espejos con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo, por las ancas del cavallo, dando tal caída, que sin mover pie ni mano dio señales de que estava muerto.

25 A penas le vió caído Sancho, quando se deslizó del alcornoque, y á toda priesa vino donde su Señor estava, el qual apeandose de Rozinante fue sobre él de los espejos, quitandole las lazadas del yelmo, para ver si era muerto, y para que le diese el aire, si á caso estava vivo; y vió: quien podra decir lo que vió, sin causar admiracion, maravilla, y espanto á los que lo oyeren? Vió, dice la
Historia,

Historia, el rostro mismo, la misma figura, el mismo aspecto, la misma fisonomia, la misma esfigie, la perspectiva misma del Bachiller Sanson Carrasco, y así como la vió en altas voces dixo: Acude, Sancho, y mira lo que has de ver, y no lo has de creer, agüja hijo, y advierte lo que puede la Magia, lo que pueden los hechizeros y los encantadores. Llegó Sancho, y como vió el rostro del Bachiller Carrasco, comenzó á hacerse mil Cruces, y a santiguarse otras tantas: en todo esto no dava muestras de estar vivo el derribado Cavallero, y Sancho dixo á Don Quixote: Soy de parecer, Señor mio, que por si, ó por no, vuelva merced hincue, y meta la espada por la boca á este que parece el Bachiller Sanson Carrasco, quiza matará en él á alguno de sus enemigos los encantadores. No dices mal, dixo Don Quixote, porque de los enemigos los menos, y sacando la espada para poner en efecto el aviso, y consejo de Sancho, llegó el escudero dél de los espejos, ya sin las narices, que tan feo le avian hecho, y á grandes voces, dixo: Mire vuestra merced lo que hace, Señor Don Quixote, que ese que tiene á los pies es el Bachiller Sanson Carrasco su amigo, y yo soy su escudero. Y viendole Sancho sin aquella fealdad primera, le dixo: Y las narices? A lo que él respondió: Aquí las tengo en la faldriquera, y echando mano á la derecha sacó unas narices de pasta, y barniz de mascara, de la manufactura que quedan delineadas, y mirandole mas y mas Sancho, con voz admirativa y grande dixo: Santa Maria, y valme, este no es Tomé Cecial mi vecino, y mi compadre! Y como si lo foy, respondió el ya desnarigado escudero, Tomé Cecial soy, compadre y amigo Sancho Panza, y luego os dire los arcaduces, embustes, y caretos, por donde soy aquí venido, y en tanto pedid, y suplicad al Señor vuestro Amo que no toque, maltrate, hiera, ni mate al Cavallero de los espejos, que á sus pies tiene, porque sin duda alguna es el atrevido, y mal aconsejado

O

sejado el Bachiller Sanson Carrasco nuestro compatrioto. En esto bolvió en sí el de los espejos, lo qual visto por Don Quixote, le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro, y le dixo: Muerto sois, Cavallero, fino confesays, que la fin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza á vuestra Casildea de Vandalia, y de-
5 mas de esto aveis de prometer (si de esta contienda, y caida, quedaredes con vida) de ir á la Ciudad del Toboso, y presentaros en su presen-
cia de mi parte, para que haga de vos lo que mas en voluntad le viniere; y si os dexare en la vuestra, así mismo aveis de
10 bolver á buscarme: que el rastro de mis hazañas os servirá de guia, que os traiga donde yo estuviere, y á decirme lo que con ella huvieredes pasado, condiciones, que conforme á las que pusimos antes de nuestra batalla, no salen de los terminos de la Andante Cavalleria. Confieso, dixo el caido Cavallero, que vale mas el zapato
15 descofido y fucio de la Señora Dulcinea del Toboso, que las barbas mal peinadas, aunque limpias, de Casildea, y prometo de ir, y bolver de su presen-
cia á la vuestra, y daros entera y particular cuenta de lo que me pedis. Tambien aveis de confesar, y creer, añadió Don Quixote, que aquel Cavallero que vencistes, no fue,
20 ni pudo ser Don Quixote de la Mancha, fino otro que se le parecia, como yo confieso, y creo que vos, aunque pareceis el Bachiller Sanson Carrasco, no lo soys, fino otro que le parece, y que en su figura á que me le han puesto mis enemigos para que detenga y temple el impetu de mi colera, y para que use blandamente de
25 la gloria del vencimiento. Todo lo confieso, juzgo, y siento, como vos lo creeys, juzgais, y sentis, respondió el derrengado Cavallero. Dexad me levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caida, que afaz mal trecho me tiene. Ayudóle á levantar Don Quixote, y Tomé Cecial su escudero, del qual no apartava los ojos Sancho, preguntandole cosas, cuyas respuestas le davan manifiestas

tas señales, de que verdaderamente era el Tomé Cecial, que decia, mas la aprehension que en Sancho avia hecho lo que su Amo dixo, de que los encantadores avian mudado la figura del Cavallero de los Espejos en la del Bachiller Carrasco, no le dexava dar credito á la verdad, que con los ojos estava mirando. Finalmente se queda-
ron con este engaño, Amo, y mozo: y él de los espejos, y su escudero mohinos, y mal andantes, se apartaron de Don Quixote, y Sancho, con intencion de buscar algun lugar donde bizmarle, y entablarle las costillas. Don Quixote y Sancho bolvieron á proseguir su camino de Zaragoza, donde los dexa la Historia, por dar cuenta de quien era el Cavallero de los Espejos, y su narigante Escudero.



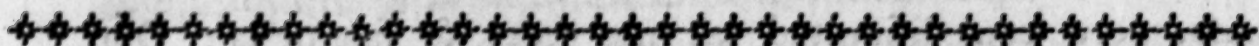
Cap. XV. Donde se cuenta, y da noticia de quien era el Cavallero de los Espejos, y su Escudero.

EN estremo contento, ufano, y vanaglorioso iba Don Quixote, por aver alcanzado vitoria de tan valiente Cavallero como él se imaginava, que era él de los Espejos, de cuya cavalleresca palabra esperaba saber, si el encantamento de su Señora pasava adelante, pues era forzoso, que el tal vencido Cavallero bolviese, so pena de no serlo, á darle razon de lo que con ella le huviese sucedido: pero uno pensava Don Quixote, y otro él de los espejos. Puesto que por entonces no era otro su pensamiento, sino buscar donde bizmarle, como se ha dicho. Dice pues la Historia, que quando el Bachiller Sanson Carrasco aconsejó á Don Quixote que bolviese á proseguir sus dexadas Cavallerias, fue, por aver entrado primero en buceo con el Cura, y el Barbero, sobre que medio se

podría tomar, para reducir á Don Quixote, á que se estuviese en su casa quieto y sossegado, sin que le alborotasen sus mal buscadas aventuras, de cuyo consejo salió por voto comun de todos, y parecer particular de Carrasco, que dexasen salir á Don Quixote, 5 pues el detenerle parecia imposible, y que Sanson le saliese al camino como Cavallero andante, y travase batalla con él, pues no faltaría sobre que, y le venciese, teniendolo por cosa facil, y que fuese pacto y concierto, que el vencido quedase á merced del vencedor, y así vencido Don Quixote le avia de mandar él Bachiller 10 Cavallero se bolviese á su pueblo y casa, y no saliese della en dos años, ó hasta tanto que por él le fuese mandado otra cosa, lo qual era claro que Don Quixote vencido cumpliría indubitablemente, por no contravenir y faltar á las leyes de la Cavalleria, y podría ser, que en el tiempo de su reclusion se le olvidasen sus vanidades, ó 15 se diese lugar de buscar á su locura algun conveniente remedio. Aceptólo Carrasco, y ofreciósele por escudero Tomé Cecial compadre, y vecino de Sancho Panza, hombre alegre, y de lucios cascos. Armóse Sanson, como queda referido, y Tomé Cecial acomodó sobre sus naturales narices las falsas, y de mascara ya dichas, porque no fuese conocido de su compadre, quando se viesen : 20 y así figuieron el mismo viage que llevaba Don Quixote, y llegaron casi á hallarse en la aventura del carro de la Muerte. Y finalmente dieron con ellos en el bosque donde les sucedió todo lo que el prudente ha leído, y fino fuera por los pensamientos extraordinarios de Don Quixote, que se dió á entender que el Bachiller no era 25 el Bachiller, el señor Bachiller quedará imposibilitado para siempre de graduarse de Licenciado, por no aver hallado nidos donde pensó hallar paxaros. Tomé Cecial que vió, quan mal avia logrado sus deseos, y el mal paradero que avia tenido su camino, dixo al Bachiller : Por cierto, Señor Sanson Carrasco, que tenemos

mos nuestro merecido : con facilidad se piensa, y se acomete una empresa, pero con dificultad las mas veces se sale della : Don Quixote loco, nosotros cuerdos, él se va sano y riendo, vuesa merced queda molido y triste. Sepamos pues aora qual es mas loco él que lo es por no poder menos, ó él que lo es por su voluntad ? 5 A lo que respondió Sanson, la diferencia que ay entre esos dos locos es, que él que lo es por fuerza, lo sera siempre, y el que lo es de grado lo dexará de ser quando quisiere. Pues así es, dixo Tomé Cecial, yo fuy por mi voluntad loco, quando quise hacerme escudero de vuestra merced, y por la misma quiero dexar de serlo, y 10 bolverme á mi casa. Eso os cumple, respondió Sanson, porque pensar que yo he de bolver á la mia, hasta aver molido á palos á Don Quixote, es pensar en lo escusado, y no me llevará aora á buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza, que el dolor grande de mis costillas no me dexa hacer mas piadosos discursos. En esto fueron razonando los dos, hasta que llegaron á un pueblo donde fue ventura hallar un Algebrista con quien se curó el Sanson desgraciado : Tomé Cecial se bolvió, y le dexó, y él quedó imaginando su venganza, y la Historia bu- 15 elve á hablar dél á su tiempo, por no dexar de regozijarse aora con 2 Don Quixote.





*Cap. XVI. De lo que sucedió á Don Quixote con un discreto
Cavallero de la Mancha.*

CON la alegría, contento, y ufanidad, que se ha dicho, seguía Don Quixote su jornada, imaginandose por la pasada
5 vitoria ser el Cavallero Andante mas valiente que tenía en aquella
edad el mundo: dava por acabadas, y á felice fin conducidas,
quantas aventuras pudiese sucederle de alli adelante: tenía en poco
á los encantos y á los encantadores, no se acordava de los innume-
rables palos que en el discurso de sus Cavallerias le avian dado, ni
10 de la pedrada que le derribó la mitad de los dientes, ni del des-
gradecimiento de los Galeotes, ni del atrevimiento y lluvia de esta-
cas de los Yangueses. Finalmente decia entre sí, que si el hal-
lara arte, modo, ó manera, como desencantar á su Señora Dulci-
nea no envidiara á la mayor ventura que alcanzó, ó pudo alcanzar el
15 mas venturoso Cavallero Andante de los pasados siglos. En estas
imaginaciones iba todo ocupado, quando Sancho le dixo: No es
bueno, Señor, que aun toda via traigo entre los ojos las desafora-
das narices, y mayores de marca, de mi compadre Tomé Cecial.
Y crees tu, Sancho, por ventura, que el Cavallero de los espejos
20 era el Bachiller Carrasco, y su escudero Tomé Cecial tu compadre?
No sé que me diga á eso, respondió Sancho, solo sé, que las señas
que me dió de mi casa, muger, y hijos, no me las podría dar
otro que el mismo, y la cara, quitadas las narices, era la misma
de Tomé Cecial, como yo se la he visto muchas veces en mi pue-
35 blo, y pared en medio de mi misma casa, y el tono de la habla era
todo uno. Estemos á razon, Sancho, replicó Don Quixote: Ven
acá,

acá, en que confideracion puede caber, que el Bachiller Sanfon Carrasco viniese como Cavallero Andante, armado de armas ofensivas, y defensivas á pelear conmigo? He sido yo su enemigo por ventura? He le dado yo jamas ocasion para tenerme ojeriza? Soy yo su rival, ó hace él profesion de las armas para tener invidia á la fama, que yo por ellas he ganado? Pues que diremos, Señor, respondió Sancho, á esto de parecerse tanto aquel Cavallero, sea él que se fuere, al Bachiller Carrasco, y su escudero á Tomé Cecial mi compadre? y si ello es encantamento, como vuestra merced ha dicho, no avia en el mundo otros dos á quien se parecieran? Todo es artificio y traza, respondió Don Quixote, de los malignos Magos, que me perfiguen, los quales anteviendo que yo avia de quedar vencedor en la contienda, se previnieron, de que el Cavallero vencido mostrase el rostro de mi amigo el Bachiller, porque la amistad que le tengo se pudiese entre los filos de mi espada, y el rigor de mi brazo, y templase la justa ira de mi corazon, y desta manera quedase con vida el, que con embelecocos y falsias procurava quitarme la mia. Para prueba de lo qual ya sabes, ó Sancho, por experiencia, que no te dexará mentir, ni engañar, quan facil sea á los encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso feo, y de lo feo hermoso, pues no ha dos dias que viste por tus mismos ojos la hermosura y gallardia de la sin par Dulcinea en toda su entereza, y natural conformidad; y yo la vi en la fealdad y baxeza de una zafia labradora con cataratas en los ojos, y con mal olor en la boca, y mas que el perverso encantador, que se atrevió á hacer una transformacion tan mala, no es mucho, que aya hecho la de Sanfon Carrasco, y la de tu compadre, por quitarme la gloria del vencimiento de las manos. Pero con todo esto me consuelo, porque en fin en qualquiera figura que aya sido, he quedado vencedor de mi enemigo. Dios sabe la verdad de todo, respondió Sancho, y como

y como él sabía que la transformación de Dulcinea avia sido traza, y embeleco suyo, no le satisfacian las quimeras de su Amo: pero no le quiso replicar, por no decir alguna palabra que descubriese su embuste.

5 En estas razones estaban, quando los alcanzó un hombre, que detras dellos por el mismo camino venía sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gavan de paño fino verde, gironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo, el aderezo de la yegua era de campo, y de la gineta, así
10 mismo de morado y verde, traya un alfange Morisco, pendiente de un ancho tahali de verde, y oro, y los borzeguies eran de la labor del tahali, las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas y bruñidas, que por hacer labor con todo el vestido parecian mejor, que si fuera de oro puro. Quando llegó á
15 ellos el caminante, los saludó cortésmente, y picando á la yegua se pasava de largo: pero Don Quixote le dixo: Señor galan, si es que vuestra merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darse prisa, merced recibiría en que nos fuesemos juntos. En verdad, respondió él de la yegua, que no me pasara tan de largo,
20 sino fuera por temor, que con la compañía de mi yegua no se alborotara ese cavallo. Bien puede, Señor, respondió á esta sazón Sancho, bien puede tener las riendas á su yegua, porque nuestro cavallo es el mas honesto y bien mirado del mundo, jamas en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna, y una vez que se des-
25 mandó á hacerla, la lastamos mi Señor y yo con las setenas. Digo otra vez, que puede vuestra merced detenerse si quisiere, que aunque se la den entre dos platos, á buen seguro que el cavallo no la arrostre. Detuvo la rienda el caminante, admirandose de la apostura y rostro de Don Quixote, el qual iba sin celada, que la llevaba Sancho como maleta en el arzon delantero de la albarda del Rucio: y si mucho mirava él de lo verde á Don Quixote, mucho
mas

mas mirava Don Quixote al de lo verde, pareciendole hombre de chapa: la edad mostrava ser de cincuenta años, las canas potas, y el rostro aguileño, la vista entre alegre y grave, finalmente en el trage y apostura dava á entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de Don Quixote de la Mancha él de lo verde fue, 5 que semejante manera, ni parecer de hombre no le avia visto jamas, admiróle la longura de su cavallo, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademan y compostura, figura y retrato no visto por luengos tiempos atras en aquella tierra. Notó bien Don Quixote la atencion, con que el ca- 10 minante le mirava, y leyóle en la suspension su deseo, y como era tan cortés, y tan amigo de dar gusto á todos, antes que le preguntase nada le salió al camino, diciendole: Esta figura que vuestra merced en mí ha visto, por ser tan nueva, y tan fuera de las que comunmente se usan, no me maravillaría yo de que le huviese maravil- 15 lado: pero dexara vuestra merced de estarlo, quando le diga, como le digo, que soy Cavallero, destos, que dicen las gentes, que á sus aventuras van. Salí de mi patria, empené mi hacienda, dexé mi regalo, y entregueme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde mas fuese servida. Quise resucitar la ya muerta Andante 20 Cavalleria, y ha muchos dias que tropezando aqui, cayendo alli, despenándome acá, y levantandome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas, y favoreciendo casadas, huerfanos, y pupilos, propio y natural oficio de Cavalleros Andantes, y así por mis valerosas muchas y Christia- 25 nas hazañas, he merecido andar ya en estampa en casi todas, ó las mas naciones del mundo: treinta mil volumenes se han impreso de mi Historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia. Finalmente por encerrarlo todo en breves palabras, ó en una sola, digo, que yo soy Don Quix-

ote de la Mancha, por otro nombre llamado el Cavallero de la triste figura; y puesto que las propias alabanzas envilecen, es me forzoso decir yo tal vez las mías, y esto se entiende, quando no se halla presente, quien las diga: así que, señor gentilhombre, ni
5 este cavallo, esta lanza, ni este escudo, ni escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenu da flaqueza os podrá admirar de aquí adelante, aviendo ya sabido quien soy, y la profesion que hago. Calló en diciendo esto Don Quixote, y él de lo verde, segun se tardava en responderle, parecia, que
10 no acertava á hacerlo: pero de allí á buen espacio le dixo: Acertastes, señor Cavallero, á conocer por mi suspension mi deseo: pero no aveis acertado á quitarme la maravilla que en mí causa el averos visto, que puesto, que como vos, señor, decis, que el saber ya quien soys, me lo podría quitar, no ha sido así, antes agora que
15 lo sé, quedo mas suspenso, y maravillado. Como, y es posible, que ay oy Cavalleros Andantes en el mundo? y que ay historias impresas de verdaderas Cavallerias? No me puedo persuadir, que aya oy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni honre casadas, ni socorra huerfanos, y no lo creyera si en vuestra
20 merced no lo huviera visto con mis ojos. Bendito sea el cielo, que con esa historia que vuestra merced dice, que está impresa de sus altas y verdaderas Cavallerias se avran puesto en olvido las innumerables de los fingidos Cavalleros Andantes, de que estava lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres, y tan en perjuicio
25 y descredito de las buenas historias. Ay mucho que decir, respondió Don Quixote, en razon de si son fingidas, ó no las historias de los Andantes Cavalleros. Pues ay quien dude, respondió el verde, que no son falsas las tales historias? Yo lo dudo, respondió Don Quixote, y quedese esto aquí, que si nuestra jornada dura, espero en Dios, de dar á entender á vuestra merced, que ha hecho
mal

mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto, que no son verdaderas. Desta ultima razon de Don Quixote, tomó bar-
runtos el caminante, de que Don Quixote devia de ser algun men-
tecató, y aguardava que con otras lo confirmase: pero antes que
se divertiesen en otros razonamientos, Don Quixote le rogó, le
dixese, quien era, pues él le avia dado parte de su condicion, y de
su vida; á lo que respondió él del verde gavan: Yo, señor Caval-
lero de la triste figura, soy un Hidalgo, natural de un lugar donde
iremos á comer oy, si Dios fuere servido: soy mas que mediana-
mente rico, y es mi nombre Don Diego de Miranda, paso la vida
con mi muger, y con mis hijos, y con mis amigos: mis exerci-
cios son el de la caza, y pesca: pero no mantengo ni halcon, ni
galgos, sino algun perdigon manso, ó algun huron atrevido, tengo
hasta seys docenas de libros, quales de Romance, y quales de La-
tin, de historia algunos, y de devocion otros: los de Cavallerias
aun no han entrado por los umbrales de mis puertas, hojeo mas
los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entre-
tenimiento, que deleiten con el language, y admiren, y suspendan
con la invencion, puesto que destos ay muy pocos en España. Al-
guna vez como con mis vecinos, y amigos, y muchas veces los
combido: son mis combites limpios, y aseados, y no nada escasos:
ni gusto de murmurar, ni consiento, que delante de mí se mur-
mure: no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de
los otros, oigo Misa cada dia, reparto de mis bienes con los pobres,
sin hacer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi co-
razon á la hipocresia, y vanagloria, enemigos que blandamente se
apoderan del corazon mas recatado: procuro poner en paz los que
sé, que estan desavenidos. Soy devoto de nuestra Señora, y con-
fio siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor. A-
tentísimo estuvo Sancho á la relacion de la vida, y entretenimi-

entos del Hidalgo, y pareciendole buena y santa, y que quien la hacía, devia de hacer milagros, se arrojó del Rucio, y con gran priesa le fue á asir del estrivo derecho, y con devoto corazon, y casi lagrimas le besó los pies una y muchas veces. Visto lo qual
5 por el Hidalgo, le preguntó, que haceis, hermano? que besos son estos? Dexenme besar, respondió Sancho, porque me parece vuesa merced el primer santo á la gineta que he visto en todos los dias de mi vida. No soy santo, respondió el Hidalgo, sino gran pecador, vos si, hermano, que deveys de ser bueno, como vuestra
10 simplicidad lo muestra. Bolvió Sancho á cobrar la albarda, aviendo sacado á plaza la rifa de la profunda melancolia de su Amo, y causado nueva admiracion á Don Diego. Preguntóle Don Quixote, que quantos hijos tenía, y dixole, que una de las cosas en que ponian el sumo bien los antiguos Filósofos, que carecieron del
15 verdadero conocimiento de Dios, fue en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos y buenos hijos. Yo, señor Don Quixote, respondió el Hidalgo tengo un hijo que á no tenerle, quiza me juzgara por mas dichoso de lo que soy, y no porque él sea malo, sino porque no
20 es tan bueno como yo quisiera, será de edad de diez y ocho años, los seys ha estado en Salamanca, aprendiendo las lenguas Latina, y Griega, y quando quise que pasase á estudiar otras ciencias, hal-lele tan embevido en la de la poesia (si es, que se puede llamar ciencia) que no es posible hacerle arrostrar la de las leyes (que yo qu-
25 fiera que estudiara) ni de la Reina de todas la Theologia: quisiera yo, que fuera corona de su linage, pues vivimos en siglo, donde nuestros Reyes premian altamente las virtuosas y buenas letras: porque letras sin virtud son perlas en el muladar; todo el dia se le pasa en averiguar, si dixo bien, ó mal Homero en tal verso de la Iliada, si Marcial anduvo deshonesto, ó no, en tal Epigrama, si
fe

se han de entender de una manera, ó otra, tales, y tales versos de Virgilio. En fin todas sus conversaciones son con los libros de los referidos Poetas, y con los de Horacio, Persio, Juvenal, y Tibulo, que de los modernos Romancistas no hace mucha cuenta, y con todo el mal cariño que muestra tener á la poesia de Romance, le 5 tiene agora desvanecidos los pensamientos, el hacer una glosa á quatro versos, que le han embiado de Salamanca, y pienso, que son de justa literaria. A todo lo qual respondió Don Quixote : Los hijos señor son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer, ó buenos, ó malos, que sean, como se quieren las 10 almas que nos dan vida : á los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza, y de las buenas y Christianas costumbres, para que quando grandes sean báculo de la vejez de sus padres, y gloria de su posteridad, y en lo de forzarles que estudien esta, ó aquella ciencia no lo tengo por a- 15 certado, aunque el persuadirles no sera dañoso, y quando no sea de estudiar para pane lucrando, siendo tan venturoso el estudiante, que le dió el cielo padres que se lo dexen, sería yo de parecer, que le dexen seguir aquella ciencia, á que mas le vieren inclinado, y aunque la de la poesia es menos util que deleitable, no es de a- 20 quellas que suelen deshonorar á quien las posee. La poesia, Señor Hidalgo, á mi parecer, es como una doncella tierna, y de poca edad, y en todo extremo hermosa ; á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir, y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de au- 25 torizar con ella : pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la bolverá en oro purísimo de inestimable precio, ha la de tener él que la tuviere á raya, no dexandola

dexandola correr en torpes fatiras, ni en desfalmados sonetos: no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heroicas, en lamentables tragedias, ó en comedias alegres y artificiosas: no se ha de dexar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo incapaz de conocer, ni estimar los tesoros que en ella se encierran: y no penseys, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente á la gente plebeya, y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea Señor y Principe, puede, y deve entrar en numero de vulgo, y así él que con los requisitos que he dicho tratare, y tuviere á la poesia, sera famoso y estimado su nombre en todas las naciones politicas del mundo. Y á lo que decis, Señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesia de Romance, doyme á entender, que no anda muy acertado en ello, y la razon es esta. El grande Homero no escribió en Latin, porque era Griego, ni Virgilio no escribió en Griego, porque era Latino. En resolucion todos los Poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron á buscar las estrangeras para declarar la alteza de sus conceptos. Y siendo esto así, razon sería, se estendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el Poeta Aleman, porque escribe en su lengua, ni el Castellano, ni aun el Vizcayno que escribe en la suya. Pero vuestro hijo (á lo que yo, Señor, imagino) no deve de estar mal con la poesia de Romance, sino con los Poetas que son meros Romancistas, sin saber otras lenguas, ni otras ciencias, que adornen, y despierten, y ayuden á su natural impulso, y aun en esto puede aver yerro. Porque segun es opinion verdadera, el Poeta nace, quieren decir, que del vientre de su madre el Poeta natural sale Poeta, y con aquella inclinacion que le dió el cielo, sin mas estudio, ni artificio compone cosas, que hace verdadero al que dixo, *Est Deus in nobis, &c.* Tambien digo, que el natural Poeta que se ayudare del arte, será mucho mejor, y se aventajará al Poeta,

Poeta, que sólo por saber el arte quisiere serlo: la razon es, porque el arte no se aventaja á la naturaleza, sino perficionala, así que mezcladas la naturaleza y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfectísimo Poeta. Sea pues la conclusion de mi platica, Señor Hidalgo, que vuestra merced dexé caminar á su hijo por donde su estrella le llama, que siendo él tan buen estudiante, como deve de ser, y aviendo ya subido felicemente el primer escalon de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas por sí mismo subirá á la cumbre de las letras humanas, las quales tan bien parecen en un Cavallero de capa y espada, y así le adornan, honran, y engrandecen, como las mitras á los Obispos, ó como las garnachas á los peritos Jurisconsultos. Riña vuestra merced á su hijo, si hiciere sátiras, que perjudiquen las honras ajenas, y castiguele, y rompaselas: pero si hiciere sermones al modo de Horacio, donde reprehenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo, alabele, porque licito es al Poeta escribir contra la invidia, y decir en sus versos mal de los invidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna: pero ay Poetas que á trueco de decir una malicia, se pondrán á peligro que los destierren á las Islas de Ponto. Si el Poeta fuere casto en sus costumbres, lo será tambien en sus versos; la pluma es lengua del alma: quales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos; y quando los Reyes y Principes veen la milagrosa ciencia de la poesia en sujetos prudentes, virtuosos, y graves, los honran, los estiman, y los enriquecen, y aun los coronan con las hojas del arbol, á quien no ofende el rayo, como en señal, que no han de ser ofendidos de nadie los, que con tales coronas veen honrados, y adornadas sus sienes. Admirado quedó él del Verde Gavan del razonamiento de Don Quixote, y tanto, que fue perdiendo de la opinion que con él tenía de ser mentecato. Pero á la mitad desta

desta platica Sancho, por no ser muy de su gusto, se avia desviado del camino, á pedir un poco de leche á unos pastores que alli junto estaban, ordenando unas ovejas, y en esto ya bolvia á renovar la platica el Hidalgo, satisfecho en estremo de la discrecion y buen
5 discurso de Don Quixote, quando alzando Don Quixote la cabeza, vió que por el camino por donde ellos iban venia un carro lleno de vanderas Reales, y creyendo que devia de ser alguna nueva aventura, á grandes voces llamó á Sancho que viniese á darle la celada. El qual Sancho oyendose llamar, dexo á los pastores, y á toda priesa
10 picó al Rucio, y llegó donde su Amo estaba, á quien sucedió una espantosa y desatinada aventura.



Cap. XVII. De donde se declaró el ultimo punto y estremo adonde llegó, y pudo llegar el inaudito animo de Don Quixote con la felicemente acabada Aventura de los Leones.

15 CUenta la historia, que quando Don Quixote dava voces á Sancho, que le truxese el yelmo, estava él comprando unos quesones que los pastores le vendian, y acosado de la mucha priesa de su Amo, no supo que hacer dellos, ni en que traerlos, y por no perderlos, que ya los tenía pagados, acordó de echarlos en la
20 celada de su Señor, y con este buen recado bolvió á ver lo que le queria, el qual en llegando le dixo: Dame, amigo, esa celada, que yo sé poco de aventuras, ó lo que alli descubro es alguna, que me ha de necesitar, y me necesita á tomar mis armas; él del Verde Gavan, que esto oyó, tendió la vista por todas partes, y no descubrió otra cosa que un carro que hacía ellos venia con dos ó tres
25 vanderas pequeñas, que le dieron á entender, que el tal carro devia de

de traer moneda de su Magestad, y así se lo dixo á Don Quixote : pero él no le dió credito, siempre creyendo, y pensando, que todo lo que le sucediese avian de ser aventuras, y mas aventuras, y así respondió al Hidalgo : Hombre apercebido medio combatido ; no se pierde nada en que yo me aperciba, que sé por experiencia, que 5 tengo enemigos visibiles é invisibiles, y no sé quando, ni adonde, ni en que tiempo, ni en que figuras me han de acometer, y bolviendose á Sancho, le pidió la celada, el qual como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fue forzoso dársela como estava. Tomóla Don Quixote, y sin que echase de ver lo que dentro venia, con 10 toda priesa se la encaxó en la cabeza, y como los requesones se apretaron y exprimieron, comenzó á correr el suero por todo el rostro y barbas de Don Quixote, de lo que recibió tal susto, que dixo á Sancho, que será esto, Sancho ? que parece que se me ablandan los cascos, ó se me derriten los sesos, ó que sudo de los pies á la 15 cabeza, y si es que sudo, en verdad, que no es de miedo, sin duda creo, que es terrible la aventura que agora quiere sucederme, dame, si tienes, con que me limpie, que el copioso sudor me ciega los ojos. Calló Sancho, y dióle un paño, y dió con el gracias á Dios, de que su Señor no huviese caído en el caso. Limpióse Don 20 Quixote, y quitose la celada, por ver que cosa era la que á su parecer le enfriava la cabeza, y viendo aquellas gachas blancas dentro de la celada, las llegó á las narices, y en oliendo las dixo : por vida de mi Señora Dulcinea del Toboso, que son requesones los que aquí me has puesto, traidor vergante, y mal mirado escudero, 25 á lo que con gran flemma, y disimulacion respondió Sancho : Si son requesones, deme los vuestra merced, que yo me los comere : pero comalos el diablo, que devió de ser él que ay los puso. Yo avia de tener atrevimiento de enfuciar el yelmo de vuestra merced ! halladole aveis el atrevido. A la fé, Señor, á lo que Dios me da á

entender, tambien devo yo de tener encantadores que me persi-
guen, como á hechura y miembro de vuestra merced, y avran pu-
esto ay esa inmundicia, para mover á colera su paciencia, y hacer,
que me muela como suele las costillas. Pues en verdad que esta
5 vez han dado salto en vago, que yo confio en el buen discurso de
mi señor, que avra considerado, que ni yo tengo requesones, ni
leche, ni otra cosa que lo valga, y que si la tuviera, antes la pu-
siera en mi estomago, que en la celada. Todo puede ser, dixo
Don Quixote, y todo lo mirava el Hidalgo, y de todo se admirava,
10 especialmente quando, despues de averse limpiado Don Quixote
cabeza, rostro, y barbas, y celada se la encaxó, y afirmandose
bien en los estrivos requiriendo la espada, y asiendo la lanza, dixo:
Aora venga lo que viniere, que aquí estoy con animo de tomarme
con el mismo Satanas en persona.

15 Llegó en esto el Carro de las vanderas, en el qual no venia otra
gente que el Carretero en las mulas, y un hombre sentado en la
delantera. Púsose Don Quixote delante, y dixo: Adonde vays,
hermanos, que carro es este, que llevays en el, y que vanderas
son aqueſtas? A lo que respondió el Carretero, el carro es mio,
20 lo que va en el son dos bravos Leones enjaulados, que el General de
Oran embia á la Corte presentados á su Mageſtad, las vanderas son
del Rey nuestro Señor, en ſeñal que aquí va cosa ſuya. Y ſon gran-
des los Leones? preguntó Don Quixote: Tan grandes, respondió
el hombre, que iba á la puerta del carro, que no han paſado mayo-
25 res, ni tan grandes de Africa á España jamas, y yo ſoy el Leonero,
y he paſado otros, pero como eſtos ninguno: ſon hembra y ma-
cho; el macho va en eſta jaula primera, y la hembra en la de atras,
y aora van hambrientos, porque no han comido oy, y así vuestra
merced ſe deſvie, que es menester llegar preſto donde les demos
de comer. A lo que dixo Don Quixote (ſonriendose un poco)
leon-

Leoncitos á mí, á mí Leoncitos? y á tales horas? pues por Dios que han de ver esos señores que acá los embian, si soy yo hombre que se espanta de Leones. Apeaos, buen hombre, y pues sois el Leonero, abrid esas jaulas, y echadme esas bestias fuera, que en mitad desta campaña les daré á conocer, quien es Don Quixote de la Mancha, á despecho y pesar de los encantadores, que á mí los embian. Ta, ta, dixo á esta fazon entre si el Hidalgo, dado ha señal de quien es nuestro buen Cavallero, los requesones sin duda le han ablandado los cascos, y madurado los sesos. Llegóse en esto á él Sancho, y dixole: Señor, por quien Dios es que vuestra merced haga de manera, que mi Señor Don Quixote, no se tome con estos Leones, que si se toma, aquí nos han de hacer pedazos á todos. Pues tan loco es vuestro Amo, respondió el Hidalgo, que temeis, y creéis, que se ha de tomar con tan fieras animales? No es loco, respondió Sancho, sino atrevido. Yo haré, que no lo sea, replicó el Hidalgo, y llegandose á Don Quixote, que estava dando priesa al Leonero que abriese las jaulas, le dixo: Señor Cavallero, los Cavalleros Andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien dellas, y no aquellas que de en todo la quitan: porque la valentia que se entra en la jurisdiccion de la temeridad, mas tiene de locura que de fortaleza: Quanto mas que estos Leones no vienen contra vuestra merced, ni lo sueñan, van presentados á su Magestad, y no será bien detenerlos, ni impedirles su viage. Vayase, vuestra merced, señor Hidalgo, respondió Don Quixote, á entender con su perdigon manso, y con su huron atrevido, y dexé á cada uno hacer su oficio, este es el mio, y yo sé, si vienen á mí, ó no, estos señores Leones: y bolviendose al Leonero, le dixo: Voto á tal, Don Vellaco, que sino abris luego, luego las jaulas, que con esta lanza os he de cozer con el carro. El Carretero que vió la determinacion de aquella armada fantasma, le

dixo: Señor mio, vuestra merced sea servido por caridad dexarme desuncir las mulas, y ponerme en salvo con ellas, antes que se desenvainen los Leones, porque si me las matan quedare rematado para toda mi vida, que no tengo otra hacienda sino este carro y
5 estas mulas. O hombre de poca fé, respondió Don Quixote, apeate, y desunce, y haz lo que quisieres, que presto verás, que trabajaste en vano, y que pudieras ahorrar esta diligencia. Apeóse el Carretero, y desunció á gran priesa, y el Leonero dixo á grandes voces, seanme testigos quantos aquí estan, como contra
10 mi voluntad, y forzado, abro las jaulas, y fuelto los Leones, y de que protesto á este señor, que todo el mal y daño que estas bestias hicieren, corra, y vaya por su cuenta con mas mis salarios y derechos: vuestras mercedes, señores, se pongan en cobro antes que abra, que yo seguro estoy, que no me han de hacer daño. Otra vez le
15 persuadió el Hidalgo, que no hiciese locura semejante, que era tentar á Dios acometer tal disparate. A lo que respondió Don Quixote, que él sabia lo que hacía: Respondióle el Hidalgo, que lo mirase bien, que el entendia, que se engañava. Aora, Señor, replicó Don Quixote, si vuestra merced no quiere ser oyente desta,
20 que á su parecer ha de ser tragedia, pique la tordilla, y pongase en salvo. Oido lo qual por Sancho con lagrimas en los ojos le suplicó desistiese de tal empresa, en cuya comparacion avian sido tortas, y pan pintado la de los Molinos de viento, y la temerosa de los Batanes: y finalmente todas las hazañas que avia acometido en
25 todo el discurso de su vida. Mire, Señor, decia Sancho, que aquí no ay encanto, ni cosa que lo valga, que yo he visto por entre las verjas y resquicios de la jaula una uña de Leon verdadero, y faco por ella, que el tal Leon, cuya deve de ser la tal uña, es mayor que una montaña. El miedoalomenos, respondió Don Quixote, te le hará parecer mayor que la mitad del mundo. Retirate Sancho, y
dexame,

dexame, y si aquí muriere, ya sabes nuestro antiguo concierto, acudirás á Dulcinea, y no te digo mas. A estas añadió otras razones con que quitó las esperanzas de que no avia de dexar de proseguir su desvariado intento. Quisiera él del Verde Gavan oponerle, pero vióse desigual en las armas, y no le pareció cordura tomarse con un loco, que ya se lo avia parecido de todo punto Don Quixote: el qual bolviendo á dar priesa al Leonero, y á reiterar las amenazas dió ocasion al Hidalgo á que picase la yegua, y Sancho al Rucio, y el Carretero á sus mulas, procurando todos apartarse del Carro lo mas que pudiesen, antes que los Leones se desembanasen. Llorava Sancho la muerte de su señor, que aquella vez sin duda creya, que llegava en las garras de los Leones, maldecia su ventura, y llamava menguada la hora en que le vino al pensamiento bolver á servirle: pero no por llorar y lamentarse, dexava de aporrear al Rucio, para que se alexase del carro. Viendo pues el Leonero que ya los que ivan huyendo estaban bien desviados, tornó á requerir y á intimar á Don Quixote lo que ya le avia requerido é intimado; el qual respondió, que lo oya, y que no se curase de mas intimaciones, y requirimientos, que todo sería de poco fruto, y que se diese priesa. En el espacio que tardó el Leonero en abrir la jaula primera, estuvo considerando Don Quixote, si sería bien hacer la batalla antes á pie que á cavallo. Y en fin se determinó de hacerla á pie, temiendo, que Rozinante se espantaría con la vista de los Leones; por esto saltó del cavallo, arrojó la lanza, y embrazó el escudo, y desenvainando la espada, pasó ante paso, con maravilloso denuedo, y corazon valiente, se fue á poner delante del carro, encomendandose a Dios de todo corazon, y luego á su Señora Dulcinea. Y es de saber, que llegando á este paso el autor de esta verdadera Historia, exclama, y dice: O fuerte, y sobre todo encarecimiento animoso Don Quixote de la Mancha, espejo donde
se

se pueden mirar todos los valientes del mundo, segundo y nuevo Don Manuel de Leon, que fue gloria y honra de los Españoles Cavalleros! Con que palabras contaré esta tan espantosa hazaña? O con que razones la haré creible á los siglos venideros? ó que
5 alabanzas avra que no te convengan y quadren, aunque sean hiperboles sobre todos los hiperboles? Tú á pie, tú solo, tú intrepido, tú magnanimo, con sola una espada, y no de las del Perrillo cortadoras, con un escudo no de muy luciente y limpio acero, estás aguardando y atendiendo los dos mas fieros Leones que jamas
10 criaron las Africanas selvas! Tus mismos hechos sean los que te alaben, valeroso Manchego, que yo los dexo aquí en su punto, por faltarme palabras, con que encarecerlos. Aquí cesó la referida exclamacion del Autor, y pasó adelante, anudando el hilo de la Historia, diciendo:

15 Que visto el Leonero ya puesto en postura á Don Quixote, y que no podia dexar de soltar al Leon macho, so pena de caer en la desgracia del indignado, y atrevido Cavallero, abrió de par en par la primera jaula donde estava, como se ha dicho, el Leon, el qual pareció de grandeza extraordinaria, y de espantable y fea catadura.
20 Lo primero que hizo, fue rebolverse en la jaula donde venia echado, y tender la garra, y desperezarse todo, abrió luego la boca, y bostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua, que sacó fuera, se despolvoreó los ojos, y se lavó el rostro; hecho esto, sacó la cabeza fuera de la jaula, y miró á todas partes, con los
25 ojos hechos brasas; vista y ademan para poner espanto á la misma temeridad. Solo Don Quixote lo mirava atentamente, deseando que saltase ya del Carro, y viniese con él á las manos, entre las quales pensava hacerle pedazos.

Hasta aquí llegó el estremo de su jamas vista locura: Pero el generoso Leon mas comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías,

niñerías, ni de bravatas, despues de aver mirado á una y otra parte, como se ha dicho, bolvió las espaldas, y enseñó sus traseras partes á Don Quixote, y con gran flema y remanso se bolvió á echar en la jaula. Viendo lo qual Don Quixote mandó al Leonero que le diese de palos, y le irritase para echarle fuera. Eso no haré yo, 5 respondió el Leonero, porque si yo le instigo, el primero á quien hará pedazos sera á mí mismo. Vuesa merced, señor Cavallero, se contente con lo hecho, que es tódo lo que puede decirse en genero de valentia, y no quiera tentar segunda fortuna. El Leon tiene abierta la puerta, en su mano está salir, ó no salir: pero pues no 10 ha salido hasta aora, no saldrá en todo el dia. La grandeza del corazon de vuesa merced ya está bien declarada, ningun bravo peleante (segun á mí se me alcanza) está obligado a mas, que á desafiar á su enemigo, y esperarle en campaña, y si el contrario no acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona del 15 vencimiento. Así es verdad, respondió Don Quixote, cierra amigo la puerta, y dame por testimonio en la mejor forma que pudieres, lo que aquí me has visto hacer. Conviene á saber, como tu abriste al Leon, yo le esperé, él no salió, bolvíle á esperar, bolvió á no salir, y bolvióle acostar. No devo mas, y encantos á fuera, y 20 Dios ayude á la razon, y á la verdad, y á la verdadera Cavalleria, y cierra, como he dicho, en tanto que hago señas á los huidos y ausentes, para que sepan de tu boca esta hazaña. Hizolo así el Leonero, y Don Quixote, poniendo en la punta de la lanza el lienzo con que se avia limpiado el rostro de la lluvia de los reque- 25 nes, comenzó á llamar á los que no dexavan de huir, ni de bolver la cabeza á cada paso, todos en tropa, y antecogidos del Hidalgo: pero alcanzando Sancho á ver la señal del blanco paño, dixo: Que me maten, si mi Señor no ha vencido á las fieras bestias, pue, nos llama. Detuvieronse todos, y conocieron, que él que

que hacía las señas era Don Quixote, y perdiendo alguna parte del miedo, poco á poco se vinieron acercando, hasta donde claramente oyeron las voces de Don Quixote, que las llamava. Finalmente bolvieron al carro, y en llegando dixo Don Quixote al
5 Carretero: Bolved, hermano, á uncir vuestras mulas, y á proseguir vuestro viage, y tú, Sancho, dale dos escudos de oro para él, y para el Leonero, en recompensa de lo que por mí se han detenido. Esos dare yo de muy buena gana, respondió Sancho: pero que se han hecho los Leones? son muertos, ó vivos? Entonces el Leo-
10 nero menudamente, y por sus pausas contó el fin de la contienda, exagerando, como él mejor pudo, y supo, el valor de Don Quixote, de cuya vista el Leon acobardado no quiso, ni osó salir de la jaula, puesto que avia tenido un buen espacio abierta la puerta de la jaula, y que por aver él dicho á aquel Cavallero, que era tentar
15 á Dios irritar al Leon, para que por fuerza saliese, como él queria, que se irritase mal de su grado, y contra toda su voluntad avia permitido que la puerta se cerrase. Que te parece desto, Sancho? dixo Don Quixote: ay encantos que valgan contra la verdadera valentia? Bien podran los encantadores quitarme la ventura: pero el esfu-
20 erzo y el animo será imposible. Dió los escudos Sancho, unció el Carretero, besó las manos el Leonero á Don Quixote por la merced recebida, y prometióle de contar aquella valerosa hazaña al mismo Rey, quando en la Corte se viesse. Pues si á caso su Magestad preguntare quien la hizo, direisle que el Cavallero de los
25 Leones; que de aquí adelante quiero que en este se trueque, cambie, buelva, y mude el que hasta aquí he tenido del Cavallero de la Triste Figura, y en esto figo la antigua usanza de los Andantes Cavalleros, que se mudavan los nombres, quando querian, ó quando les venia á cuento. Siguió su camino el carro, y Don Quixote, Sancho, y el del Verde Gavan prosiguieron el fuyo: en todo este
ti-

tiempo no avia hablado palabra Don Diego de Miranda, todo atento á mirar, y á notar los hechos y palabras de Don Quixote, pareciendole, que era un cuerdo loco, y un loco que tirava á cuerdo. No avia aun llegado á su noticia la primera parte de su Historia, que si la huviera leído cesara la admiracion, en que lo ponian sus hechos, y sus palabras, pues ya supiera el genero de su locura: pero como no la sabia, ya le tenía por cuerdo, y ya por loco, porque lo que hablava era concertado, elegante, y bien dicho, y lo que hacia disparatado, temerario y tonto, y decia entre sí, que mas locura puede ser que ponerse la celada llena de requesones, y darse á entender, que le ablandava los cascos los encatadores? y que mayor temeridad y disparate, que querer pelear por fuerza con Leones. Destas imaginaciones, y deste soliloquio le sacó Don Quixote, diciendole, quien duda, Señor Don Diego de Miranda, que vuestra merced no me tenga en su opinion por un hombre disparatado y loco? y no sería mucho, que así fuese, porque mis obras no pueden dar testimonio de otra cosa, pues con todo esto quiero que vuestra merced advierta, que no soy tan loco, ni tan menguado, como devo de averle parecido. Bien parece un gallardo Cavallero á los ojos de su Rey, en la mitad de una gran plaza, dar una lanzada con felice suceso á un bravo toro. Bien parece un Cavallero armado de resplandecientes armas pasar la tela en alegres justas delante de las damas, y bien parecen todos aquellos Cavalleros, que en ejercicios militares (ó que lo parezcan) entretienen, y alegran, y (si se puede decir) honran las Cortes de sus Principes: pero sobre todos estos parece mejor un Cavallero Andante, que por los desiertos, por las soledades, por las encrucijadas, por las selvas, y por los montes anda buscando peligrosas aventuras, con intencion de darles dichosa y bien afortunada cima, solo por alcanzar gloriosa fama, y duradera. Mejor parece, digo, un Cavallero Andante

socorriendo á una viuda en algun despoblado, que un cortesano Cavallero requebrando á una doncella en las ciudades: todos los Cavalleros tienen sus particulares exercicios, sirva á las damas el cortesano, autorice la Corte de su Rey con libreas, sustente los
5 Cavalleros pobres con el esplendido plato de su mesa, concierte justas, mantenga torneos, y muéstrese grande, liberal, y magnifico, y buen Christiano sobre todo, y desta manera cumplirá con sus precisas obligaciones. Pero el Andante Cavallero busque los rincones del mundo, entrese en los mas intrincados laberintos, acometa á cada paso lo imposible, resista en los paramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inclemencia de los vientos, y de los yelos: no le asombren Leones, ni le espanten Vestiglos, ni atemorizen Endriagos, que buscar estos, acometer aquellos, y vencerlos á todos son sus principales
15 y verdaderos exercicios. Yo pues, como me cupo en suerte ser uno del numero de la Andante Cavalleria, no puedo dexar de acometer todo aquello que á mí me pareciere, que cae debaxo de la jurisdiccion de mis exercicios, y así el acometer los Leones, que ahora acometí, derechamente me tocava, puesto que conocí ser temeridad esorbitante, porque, bien sé lo que es valentia, que es una virtud que está puesta entre dos extremos viciosos, como son la covardia, y la temeridad: pero menos mal será, que él que es valiente toque, y suba al punto de temerario, que no que baxe, y toque en el punto de covarde, que así como es mas facil venir el
25 prodigo á ser liberal que al avaro, así es mas facil dar el temerario en verdadero valiente, que no el covarde subir á la verdadera valentia: y en esto de acometer aventuras creame vuestra merced, Señor Don Diego, que antes sea de perder por carta de mas que de menos, porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen, el tal Cavallero es temerario y atrevido, que no el tal Cavallero es timido y covarde.

Digo,

Digo, Señor Don Quixote, respondió Don Diego, que todo lo que vuestra merced ha dicho, y hecho, va nivelado con el fiel de la misma razon, y que entiendo, que si las ordenanzas, y leyes de la Cavalleria Andante se perdiesen, se hallarian en el pecho de vuestra merced, como en su mismo deposito y archivo; y demonos 5
priesa, que se hace tarde, y lleguemos á mi aldea, y casa, donde descansará vuestra merced del pasado trabajo, que fino ha sido del cuerpo, ha sido del espiritu, que suele tal vez redundar en cansancio del cuerpo. Tengo el ofrecimiento á gran favor y merced, Señor Don Diego, respondió Don Quixote, y picando mas de lo 10
que hasta entonces, serían como las dos de la tarde, quando llegaron á la aldea, y á la casa de Don Diego, á quien Don Quixote llamava el Cavallero del Verde Gavan.

Cap. XVIII. De lo que sucedió á Don Quixote en el castillo, ó casa del Cavallero del Verde Gavan, con otras cosas extravagantes. 15

HALLO Don Quixote ser la casa de Don Diego de Miranda ancha como de aldea: las armas empero aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle, la bodega en el patio, la cueva en el portal, y muchas tinajas á la redonda, que por ser del Toboso le renovaron las memorias de su encantada y transformada 20
Dulcinea, y suspirando, y sin mirar lo que decia, ni delante de quien estava, dixo: O dulces prendas por mi mal halladas, dulces y alegres, quando Dios quería: ó Tobosescas tinajas, que me aveis traído á la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura. Oyóle decir esto el estudiante Poeta, hijo de Don Diego, que con su 25
madre avia salido á recebirle, y madre y hijo quedaron suspensos

de ver la estraña figura de Don Quixote, el qual apeándose de Rozinante fue con mucha cortesía á pedirle las manos para besarlas, y Don Diego dixo: Recebid, Señora, con vuestro solito agrado al Señor Don Quixote de la Mancha, que es él que teneis delante,
5 Andante Cavallero, y el mas valiente, y el mas discreto que tiene el mundo. La Señora, que doña Cristina se llamava, le recibió con muestras de mucho amor, y de mucha cortesía, y Don Quixote se le ofreció con afaz de discretas, y comedidas razones: casi los mismos comedimientos pasó con el estudiante, que en oyendole ha-
10 blar Don Quixote le tuvo por discreto y agudo. Aquí pinta el Autor todas las circunstancias de la casa de Don Diego, pintándonos en ellas lo que contiene una casa de un Cavallero labrador, y rico: pero al Traductor desta Historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venian bien con el
15 proposito principal de la Historia, la qual mas tiene su fuerza en la verdad, que en las frias digresiones. Entraron á Don Quixote en una sala, desarmóle Sancho, quedó en valones, y en jubon de camuza, todo visunto con la mugre de las armas, el cuello era valona á lo estudiantil sin almidon, y sin randas: los borceguies
20 eran datilados, y encerados los zapatos, ciñóse su buena espada, que pendia de un tahalí de lobos marinos, que es opinion que muchos años fue enfermo de los riñones, cubrióse un herreruelo de buen paño pardo: pero antes de todo con cinco calderos, ó seis de agua, que en la cantidad de los calderos ay alguna diferencia,
25 se lavó la cabeza, y rostro, y toda via se quedó el agua de color de fuero, merced á la golosina de Sancho, y á la compra de sus negros requesones, que tan blanco pusieron á su Amo. Con los referidos atavios, y con gentil donaire, y gallardia salió Don Quixote á otra sala, donde el estudiante le estava esperando, para entretenerle en tanto que las mesas se ponian, que por la venida de tan noble huésped

esped queria la Señora Doña Christina mostrar, que sabia y podia regalar á los que á su casa llegasen. En tanto que Don Quixote se estuvo desarmando, tuvo lugar Don Lorenzo, que así se llamava el hijo de Don Diego, de decir á su padre: Quien diremos, Señor, que es este Cavallero que vuestra merced nos ha traído á casa? 5 que el nombre, la figura, y el decir que es Cavallero Andante, á mí, y á mi madre nos tiene suspensos. No sé lo que te diga, hijo, respondió Don Diego, solo te sabre decir, que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo, y decir razones tan discretas, que borran, y deshacen sus hechos: hablale tú, y toma el pulso á lo 10 que sabe, y pues eres discreto, juzga de su discrecion, ó tonteria lo que mas puesto en razon estuviere; aunque para decir verdad, antes le tengo por loco, que por cuerdo. Con esto se fue Don Lorenzo á entretener á Don Quixote, como queda dicho, y entre otras platicas que los dos pasaron, dixo Don Quixote á Don Lorenzo, 15 el Señor Don Diego de Miranda, padre de vuestra merced, me ha dado noticia de la rara habilidad, y sutil ingenio, que vuestra merced tiene, y sobre todo, que es vuestra merced un gran Poeta. Poeta bien podra ser, respondió Don Lorenzo: pero grande, ni por pensamiento, verdad es, que yo soy algun tanto aficionado á la poesia, 20 y á leer los buenos Poetas: pero no de manera, que se me pueda dar el nombre de grande que mi padre dice. No me parece mal esa humildad, respondió Don Quixote, porque no ay Poeta que no sea arrogante, y piense de sí, que es el mayor Poeta del mundo. No ay regla sin excepcion, respondió Don Lorenzo, y alguno avra 25 que lo sea, y no lo piense. Pocos, respondió Don Quixote: pero digame vuestra merced, que versos son los que agora trae entre manos, que me ha dicho el señor su padre que le traen algo inquieto y pensativo, y si es alguna glosa, á mí se me entiende algo de achaque de glosas, y holgaría saberlos, y si es que son de Justa literaria, 30 procure

procuré vuestra merced llevar el segundo premio, que el primero siempre se lleva el favor, ó la gran calidad de la persona: el segundo se lo lleva la mera justicia, y el tercero viene á ser segundo, y el primero á esta cuenta será el tercero al modo de las licencias que se dan en las Universidades: pero con todo esto gran personaje es el nombre de primero. Hasta ahora, dixo entre sí Don Lorenzo, no os podre yo juzgar por loco, vamos adelante, y dixole: Pareceme, que vuestra merced ha cursado las escuelas, que ciencias ha oído? la de la Cavalleria Andante, respondió Don Quixote, que es tan buena como la de la poesia, y aun dos deditos mas. No sé que ciencia sea esa, replicó Don Lorenzo, y hasta ahora no ha llegado á mi noticia. Es una ciencia, replicó Don Quixote, que encierra en sí todas, ó las mas ciencias del mundo, á causa que él que la profesa ha de ser Jurisperito, y saber las leyes de la justicia distributiva y comutativa, para dar á cada uno lo que es suyo, y lo que le conviene: ha de ser Theologo, para saber dar razon de la Christiana ley que profesa, clara y distintamente, adonde quiera que le fuere pedido: ha de ser medico, y principalmente hervolario para conocer en mitad de los despoblados, y desiertos las yerbas, que tienen virtud de sanar las heridas, que no ha de andar el Cavallero Andante á cada triquete, buscando quien se las cure: ha de ser Astrologo, para conocer por las estrellas, quantas horas son pasadas de la noche, y en que parte, y en que clima del mundo se halla: ha de saber las Matematicas, porque á cada paso se le ofrecerá tener necesidad dellas, y dexando á parte que ha de estar adornado de todas las virtudes Theologales, y Cardinales, decendiendo á otras menudencias, digo, que ha de saber nadar como dicen, que nadava el pexe Nicolas, ó Nicolao: ha de saber herrar un cavallo, y aderezar la filla, y el freno, y bolviendo á lo de arriba, ha de guardar la fé á Dios, y á su Dama: ha de ser casto en los

los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y finalmente mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla. De todas estas grandes y minimas partes se compone un buen Cavallero Andante, porque vea vuestra merced, señor Don Lorenzo, si es ciencia mocosa lo que aprende el Cavallero que la estudia y la profesa, y si se puede igualar á las mas estiradas que en los ginacios y escuelas se enseñan. Si eso es así, replicó Don Lorenzo, yo digo que se aventaja esa ciencia á todas. Como si es así? respondió Don Quixote. Lo que yo quiero decir, dixo Don Lorenzo, es, que dudo que aya auido, ni que los ay aora Cavalleros Andantes, y adornados de virtudes tantas. Muchas veces he dicho lo que buelvo á decir aora, respondió Don Quixote, que la mayor parte de la gente del mundo está de parecer de que no ha auido en el Cavalleros Andantes, y por parecerme á mí, que si el cielo milagrosamente no les da á entender la verdad de que los huvo, y de que los ay, qualquier trabajo que se tome ha de ser en vano (como muchas veces me lo ha mostrado la experiencia) No quiero detenerme agora en sacar á vuestra merced del error, que con los muchos tiene, lo que pienso hacer es el rogar al cielo le faque del, y le dé á entender quan provechosos, y quan necesarios fueron al mundo los Cavalleros Andantes en los pasados siglos, y quan utiles fueran en el presente, si se usaran: pero triunfan aora por pecados de las gentes la pereza, la ociosidad, la gula, y el regalo. Escapado se nos ha nuestro huesped (dixo á esta fazon entre sí Don Lorenzo): pero con todo eso él es loco bizarro, y yo sería mentecato floxo, si así no lo creyese. Aquí dieron fin á su platica, porque los llamaron á comer: Preguntó Don Diego á su hijo, que avia sacado en limpio del ingenio del huesped: á lo que él respondió: No le sacaran del borrador de su locura, quantos

tos medicos y buenos escrivanos tiene el mundo; él es un entreverado loco, lleno de lucidos intervalos. Fueronse á comer, y la comida fue tal, como Don Diego avia dicho en el camino, que la solia dar á sus combidados, limpia, abundante, y sabrosa: pero
5 de lo que mas se contentó Don Quixote fue del maravilloso silencio, que en toda la casa avia, que semejaba un monasterio de Cartuxos.

Levantados pues los manteles, y dadas gracias á Dios, y agua á las manos, Don Quixote pidió ahincadamente á Don Lorenzo,
10 dixese los versos de la Justa literaria. A lo que él respondió, que por no parecer de aquellos Poetas, que quando les ruegan, digan sus versos, los niegan, y quando no se los piden, los vomitan, yo dire mi glosa de la qual no espero premio alguno, que solo por exercitar el ingenio la he hecho. Un amigo y discreto, respondió
15 Don Quixote, era de parecer, que no se avia de cansar nadie en glosar versos, y la razon decia él, era, que jamas la glosa podia llegar al texto, y que muchas, ó las mas veces iba la glosa fuera de la intencion y proposito de lo que pedia lo que se glosava, y mas que las leyes de la glosa eran demasidamente estrechas, que no su-
20 frían interrogantes, ni dixo, ni dire, ni hacer nombres de verbos, ni mudar el sentido, con otras ataduras, y estrechezas, con que van atados los que glosan, como vuestra merced deve de saber. Verdaderamente, Señor Don Quixote, dixo Don Lorenzo, que deseo coger á vuestra merced en un mal Latin continuado, y no
25 puedo, porque se me desliza de entre las manos como anguila. No entiendo, respondió Don Quixote, lo que vuestra merced dice, ni quiere decir en eso del deslizarme. Yo me daré á entender, respondió Don Lorenzo, y por aora este vuestra merced atento á los versos glosados, y á la glosa, que dicen desta manera.

Si

Si mi fue tornase á es,
Sin esperar mas será,
O viniese el tiempo ya,
De lo que será despues.

G L O S A.

AL fin como todo pasa,
Se pasó el bien que me dió
Fortuna un tiempo no escasa,
Y nunca me le bolvió,
Ni abundante ni por tasa.
Siglos ha ya que me vees,
Fortuna, puesto á tus pies,
Buelveme á ser venturoso,
Que será mi ser dichoso,
Si mi fue tornase á es.

No quiero otro gusto, ó gloria,
Otra palma, ó vencimiento,
Otro triunfo, otra vitoria,
Sino bolver al contento,
Que es pesar en mi memoria.
Si tu me buelves allá,
Fortuna, templado está
Todo el rigor de mi fuego,
Y mas si este bien es luego,
Sin esperar mas será.

Cosas imposibles pido,
Pues bolver el tiempo á ser,
Despues que una vez ha sido,
No ay en la tierra poder,
Que á tanto se aya estendido. 10
Corre el tiempo, buela y va
Ligero, y no bolverá,
Y erraría él que pidiese,
O que el tiempo ya se fuese.
O bolviese el tiempo ya. 15

Vivo en perplexa vida,
Ya esperando, ya temiendo,
Es muerte muy conocida,
Y es mucho mejor muriendo,
Buscar al dolor salida. 20
A mí me fuera interes
Acabar, mas no lo es,
Pues con discurso mejor,
Me da la vida el temor,
De lo que será despues. 25

En en acabando de decir su glosa Don Lorenzo, se levantó en pie
Don Quixote, y en voz levantada, que parecia gritó, asiendo

S

con

con su mano la derecha de Don Lorenzo, dixo: Viven los cielos donde mas altos estan, mancebo generoso, que sois el mejor Poeta del orbe, y que mereceis estar laureado, no por Chipre, ni por Gaeta, como dixo un Poeta, que Dios perdone, sino por las A-

5 cademias de Atenas, si oy vivieran, y por las que oy viven de Paris, Bolonia y Salamanca: plega al cielo que los jueces que os quitaren el premio primero, Febo los asietee, y las Musas jamas atraviesen los umbrales de sus casas. Decidme, Señor, si sois ser-

10 vido, algunos versos mayores, que quiero tomar de todo en todo el pulso á vuestro admirable ingenio. No es bueno que dicen, que se holgó Don Lorenzo de verse alabar de Don Quixote, aunque le tenía por loco? O fuerza de la Adulacion! A quanto te estiendes, y quan dilatados limites son los de tu jurisdiccion agradable! Esta verdad acreditó Don Lorenzo, pues concedió con la demanda y

15 deseo de Don Quixote, diciendole este Soneto á la fabula, ó historia de Piramo, y Tisbe.

S O N E T O.

*EL muro rompe la doncella hermosa,
Que de Piramo abrió el gallardo pecho,
20 Parte el amor de Chipre, y va derecho,
A ver la quiebra estrecha y prodigiosa.
Habla el Silencio alli, porque no osa
La voz entrar por tan estrecho estrecho,
Las almas sí, que amor suele de hecho
25 Facilitar la mas difícil cosa.
Salió el deseo de compas, y el paso
De la imprudente virgen solícita
Por su gusto su muerte: Ved que historia!
Que á entrambos en un punto (ó extraño caso)
Los mata, los encubre, y resucita
Una espada, un sepulcro, una memoria. Benedito*

Bendito sea Dios, dixo Don Quixote, aviendo oido el soneto á Don Lorenzo, que entre los infinitos Poetas consumidos que ay, he visto un consumado Poeta, como lo es vuestra merced, Señor mio, que así me lo da á entender el artificio deste soneto. Quatro dias estuvo Don Quixote, regaladísimo en la casa de Don Diego, al cabo de los quales le pidió licencia, para irse, diciendole, que le agradecia la merced y buen tratamiento, que en su casa avia recibido: pero que por no parecer bien que los Cavalleros Andantes, se den muchas horas al ocio, y al regalo, se queria ir a cumplir con su oficio, buscando las aventuras de quien tenia noticia, que aquella tierra abundava, donde esperaba entretener el tiempo, hasta que llegase el dia de las Justas de Zaragoza, que era el de su derecha derrota, y que primero avia de entrar en la Cueva de Montesinos, de quien tantas, y tan admirables cosas en aquellos contornos se contavan; sabiendo é inquiriendo así mismo el nacimiento y verdaderos manantiales de las siete Lagunas, llamadas comunmente de Ruidera. Don Diego y su Hijo le alabaron su honrosa determinacion, y le dixeron, que tomase de su casa, y de su hacienda todo lo que en grado le viniese, que le servirían con la voluntad posible, que á ello les obligava el valor de su persona, y la honrosa profesion suya. Llegóse en fin el dia de su partida, tan alegre para Don Quixote, como triste y aciago para Sancho Panza, que se hallava muy bien con la abundancia de la casa de Don Diego, y rehusava de bolver á la hambre que se usa en las florestas, despoblados, y á la estrechez de sus mal proveidas alforjas: con todo esto las llenó, y colmó de lo mas necesario, que le pareció. Y al despedirse dixo Don Quixote á Don Lorenzo, no sé si he dicho á vuestra merced otra vez, y si lo he dicho, lo buelvo á decir, que quando vuestra merced quisiere ahorrar caminos y trabajos, para llegar á la inaccesible cumbre del Templo de la Fama, no tiene que hacer otra cosa,

fino dexar á una parte la senda de la poesia algo estrecha, y tomar la estrechísima de la Andante Cavalleria, bastante para hacerle Emperador en daca las pajas. Con estas razones acabo Don Quixote de cerrar el proceso de su locura, y mas con las que añadió, diciendo: Sabe Dios, si quisiera llevar conmigo al señor Don Lorenzo, para enseñarle como se han de perdonar los sujetos, y supeditar, y acocear los sobervios, virtudes anexas á la profesion que yo profeso: pero pues no lo pide su poca edad, ni lo querran consentir sus loables exercicios, solo me contento con advertirle á vuestra merced, que siendo Poeta podrá ser famoso, si se guia mas por el parecer ageno, que por el propio, porque no ay padre ni madre, á quien sus hijos le parezcan feos, y en los que lo son del entendimiento, corre mas este engaño. De nuevo se admiraron padre y hijo de las entremetidas razones de Don Quixote, ya discretas, y ya disparatadas, y del tema y tesson que llevaba de acudir de todo en todo á la busca de sus desventuradas aventuras, que las tenía por fin y blanco de sus deseos: reiteraronse los ofrecimientos, y comedimientos, y con la buena licencia de la Señora del Castillo, Don Quixote y Sancho sobre Rozinante, y el Rucio se partieron.





Cap. XIX. Donde se cuenta la Aventura del Pastor Enamorado con otros, en verdad graciosos sucesos.

POCO trecho se avia alongado Don Quixote del lugar de Don Diego, quando encontró con dos como Clerigos, ó como estudiantes, y con dos labradores que sobre quatro bestias asnales venian cavalleros, el uno de los estudiantes traya como en portamanteo, en un lienzo de bocaci verde embuelto, al parecer, un poco de grana blanca, y dos pares de medias de cordellate : el otro no traya otra cosa que dos espadas negras de esgrima nuevas, y con sus zapatillas. Los labradores trayan otras cosas, que davan indicio y señal que venian de alguna villa grande, donde las avian comprado, y las llevaban á su aldea : y así estudiantes como labradores cayeron en la misma admiracion en que cayan todos aquellos que la vez primera, veyan á Don Quixote, y morian por saber, que hombre fuese aquel tan fuera del uso de los otros hombres. Saludóles Don Quixote, y despues de saber el camino que llevaban, que era el mismo que él hacía, les ofreció su compañía, y les pidió detuviesen el paso, porque caminavan mas sus pollinas que su cavallo, y para obligarlos, en breves razones les dixo quien era, y su oficio, y profesion, que era de Cavallero Andante, que iva á buscar las aventuras por todas las partes del mundo. Dixoles que se llamava de nombre propio Don Quixote de la Mancha, y por el apelativo el Cavallero de los Leones. Todo esto para los labradores era hablarles en Griego, ó en Gerigonza : pero no para los estudiantes, que luego entendieron la flaqueza del cerebro de Don Quixote : pero con todo eso le miravan con admiracion, y con respecto, y uno

y uno dellos le dixo, si vuestra merced, Señor Cavallero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que buscan las aventuras, vuestra merced se venga con nosotros, verá una de las mejores bodas, y mas ricas que hasta el dia de oy se avran celebrado
5 en la Mancha, ni en otras muchas leguas á la redonda. Preguntóle Don Quixote, si eran de algun Principe que así las ponderava. No son, respondió el estudiante, sino de un labrador, y una labradora, él el mas rico de toda esta tierra, y ella la mas hermosa que han visto los hombres. El aparato con que se han de hacer, es es-
10 traordinario, y nuevo, porque se han de celebrar en un prado, que está junto al pueblo de la novia, á quien por excelencia llaman Quiteria la hermosa, y el desposado se llama Camacho el rico, ella de edad de diez y ocho años, y él de veinte y dos, ambos para en uno, aunque algunos curiosos, que tienen de memoria los linages
15 de todo el mundo, quieren decir, que el de la hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho: pero ya no se mira en esto, que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras. En efecto el tal Camacho es liberal, y hasele antojado de enramar y cubrir todo el prado por arriba, de tal suerte que el sol se ha de ver en trabajo si
20 quiere entrar á visitar las yervas verdes, de que está cubierto el suelo. Tiene así mismo maheridas danzas, así de espadas como de cascabel menudo, que ay en su pueblo quien los repique, y sacuda por estremo; de zapateadores no digo nada, que es un juicio los que tiene muñidos: pero ninguna de las cosas referidas, ni otras muchas
25 que he dexado de referir, ha de hacer mas memorables estas bodas, sino las que imagino, que hará en ellas el despechado Basilio. Es este Basilio un zagal vecino del mismo lugar de Quiteria, el qual tenía su casa pared y medio de la de los padres de Quiteria, de donde tomó ocasión el amor de renovar al mundo los ya olvidados amores de Piramo y Tisbe, porque Basilio se enamoró de Quiteria desde

desde sus tiernos y primeros años, y ella fue correspondiendo á su deseo con mil honestos favores : tanto que se contaban por entretenimiento en el pueblo los amores de los dos niños Basilio y Quiteria. Fue creciendo la edad, y acordó el padre de Quiteria de estorvar á Basilio la ordinaria entrada que en su casa tenía, y por quitarse de andar rezeloso, y lleno de sospechas, ordenó de casar á su hija con el rico Camacho, no pareciendole ser bien casarla con Basilio, que no tenía tantos bienes de fortuna, como de naturaleza ; pues si va á decir las verdades sin invidia, él es el mas agil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador estremado, y gran jugador de pelota, corre como un gamo, salta mas que una cabra, y birla á los bolos como por encantamento, canta como una calandria, y toca una guitarra que la hace hablar, y sobre todo juega una espada como el mas pintado. Por esa sola gracia, dixo á esta sazón Don Quixote, merecia ese mancebo, no solo casarse con la hermosa Quiteria, sino con la misma Reina Ginebra, si fuera oy viva, á pesar de Lanzarote, y de todos aquellos que estorvar lo quifieran. A mi muger con eso, dixo Sancho Panza (que hasta entonces avia ido callando, y escuchando) la qual no quiere sino que cada uno case con su igual, ateniendose al refran que dicen : Cada oveja con su pareja, lo que yo quisiera es, que ese buen Basilio (que ya me le voy aficionando) se casara con esa señora Quiteria, que buen figlo ayan, y buen poso (iva á decir al rebes) los que estorvan que se casen los que bien se quieren. Si todos los que bien se quieren se huviesen de casar, dixo Don Quixote, quitariase la eleccion y jurisdiccion á los padres de casar sus hijos con quien, y quando deven, y si á la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos, tal avria que escogiese al criado de su padre, y tal al que vió pasar por la calle, á su parecer bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachin ; que el amor y la aficion con facilidad ciegan los

los ojos del entendimiento, tan necesarios para escoger estado; y el del matrimonio está muy á peligro de errarse, y es menester gran tie to, y particular favor del cielo para acertarle. Quiere hacer uno un viage largo, y si es prudente, antes de ponerse en camino, 5 busca alguna compañía segura y apacible con quien acompañarse. Pues porque no hará lo mismo él que ha de caminar toda la vida hasta el paradero de la muerte? Y mas si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la mesa, y en todas partes, como es la de la muger con su marido? La de la propia muger no es mercaduria, 10 que una vez comprada se buelve, ó se trueca, ó cambia, porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida. Es un lazo, que si una vez le echais al cuello, se buelve en el nudo Gordiano, que sino le corta la guadaña de la muerte, no ay desatarle. Muchas mas cosas pudiera decir en esta materia, sino lo estorvara 15 el deseo que tengo de saber, si le queda mas que decir al señor Licenciado acerca de la historia de Basilio. A lo que respondió el estudiante Bachiller, ó Licenciado, como le llamó Don Quixote, que de todo no me queda mas que decir, sino que desde el punto que Basilio supo que la hermosa Quiteria se casava con Camacho el 20 rico, nunca mas le han visto reir, ni hablar razon concertada, y siempre anda pensativo y triste, hablando entre sí mismo, con que da ciertas y claras señales de que se le ha buuelto el juicio; come poco, y duerme poco, y lo que come son frutas, y en lo que duerme, si duerme, es en el campo sobre la dura tierra como animal bruto, 25 mira de quando en quando al cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra, con tal embelesamiento, que no parece sino estatua vestida, que el aire le mueve la ropa. En fin él da tales muestras de tener apasionado el corazon, que tememos todos los que le conocemos que el dar el sí mañana la hermosa Quiteria ha de ser la sentencia de su muerte. Dios lo hará mejor, dixo Sancho, que Dios que

que da la llaga, da la medicina, nadie sabe lo que esta por venir, de aquí á mañana muchas horas ay, y en una, y aun en un momento se cae la casa; yo he visto llover y hacer sol, todo á un mismo punto, tal se acuesta sano la noche, que no sepuede mover otro dia, y digan me por ventura avrá quien se alabe, que tiene echado un 5
clavo á la rodaja de la fortuna? no por cierto, y entre el sí y el no de la muger no me atrevería yo á poner una punta de alfiler, porque no cabría: denme á mí que Quiteria quiera de buen corazon, y de buena voluntad á Basilio, que yo le daré á él un saco de buena ventura, que el amor (segun yo he oido decir) mira con unos antojos, 10
que hacen parecer oro al cobre, á la pobreza riqueza, y á las lagañas perlas. Adonde vas á parar, Sancho, que seas maldito, dixo Don Quixote, que quando comienzas á ensartar refranes, y cuentos, no te puede esperar, sino el mismo Judas que te lleve. Dime animal, que sabes tu de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa nin- 15
guna? O pues sino me entienden, respondió Sancho, no es maravilla, que mis sentencias sean tenidas por disparates: pero no importa, yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho, sino que vuestra merced, Señor mio, siempre es friscal de mis dichos, y aun de mis hechos. Fiscal has de decir, 20
dixo Don Quixote, que no friscal, prevaricador del buen language, que Dios te confunda. No se apunte vuestra merced conmigo, respondió Sancho, pues sabe, que no me he criado en la Corte, ni he estudiado en Salamanca, para saber si añado, ó quito alguna letra á mis vocablos. Sí, que valgame Dios, no ay para que obligar 25
al Sayagues, á que hable como el Toledano, y Toledanos puede aver que no las corten en el aire. En esto del hablar polido así es, dixo el Licenciado, porque no pueden hablar tambien los que se erian en las Tenerías, y en Zocodover, como los que se pasean casi todo el dia por el claustro de la Iglesia mayor, y todos son Toleda-

nos : el language puro, el propio, el elegante, y claro esta en los discretos cortesanos, aunque ayan nacido en Majalahonda : dixe discretos, porque ay muchos que no lo son, y la discrecion es la gramatica del buen language que se acompaña con el uso. Yo, señores, por mis pecados he estudiado Canones en Salamanca, y pique algun tanto de decir mi razon con palabras claras, llanas, y significantes. Sino os picaredes mas de saber mas menear las negras que llevais, que la lengua (dixo el otro estudiante) vos llevarades el primero en licencias, como llevastes cola. Mirad Bacher, respondió el Licenciado, vos estais en la mas errada opinion del mundo, acerca de la destreza de la espada, teniendola por vana. Para mí no es opinion, sino verdad asentada, replicó Corchuelo, y si quereis que os lo muestre con la experiencia, espadas traeis, comodidad ay, yo pulsos, y fuerzas tengo, que acompañadas de mi animo, que no es poco, os haran confesar que yo no me engaño, apeaos y usad de vuestro compas de pies, de vuestros circulos, y vuestros angulos y ciencia, que yo espero de haceros ver estrellas á medio dia con mi destreza moderna, y zafia, en quien espero despues de Dios, que está por nacer hombre que me haga bolver las espaldas, y que no le ay en el mundo á quien yo no le haga perder tierra. En eso de bolver, ó no las espaldas, no me meto, replicó el diestro, aunque podría ser que en la parte donde la vez primera clavasdes el pie, alli os abriesen la sepultura, quiero decir, que alli quedasdes muerto por la despreciada destreza. Ahora se vera, respondió Corchuelo, y apeandose con gran presteza de su jumento, tiró con furia de una de las espadas que llevaba el Licenciado en el fuyo. No ha de ser así, dixo á este instante Don Quixote, que yo quiero ser el maestro desta esgrima, y el juez desta muchas veces no averiguada question, y apeandose de Rozinante, y afiando de su lanza se puso en la mitad del camino, á tiempo que ya el

el Licenciado con gentil donaire de cuerpo y compas de pies se iba contra Corchuelo, que contra él se vino lanzando (como decirse suele) fuego por los ojos: los otros dos labradores del acompañamiento sin apearse de sus pollinas sirvieron de aspetadores en la mortal tragedia: las cuchilladas, estocadas, altibaxos, reveses, y mandobles que tirava Corchuelo, eran sin numero, mas espesas que higado, y mas menudas que granizo; arremetia como un leon irritado: pero saliale al encuentro un tapaboca de la zapatilla de la espada del Licenciado, que en mitad de su furia le detenia, y se la hacia besar, como si fuera reliquia, aunque no con tanta devocion como las reliquias deven, y suelen besar. Finalmenté el Licenciado le contó á estocadas todos los botones de una media sotanilla, que traya vestida, haciendole tiras los faldamentos como colas de pulpo; derribóle el sombrero dos veces, y cansóle de manera que de despecho, colera, y rabia asió la espada por la empuñadura, y arrojóla por el aire con tanta fuerza, que uno de los labradores asistentes, que era escrivano, que fue por ella, dió despues por testimonio, que la alongó de sí casi tres quartos de legua, el qual testimonio sirve y ha servido, para que se conozca, y vea con toda verdad, como la fuerza es vencida del arte. Sentóse cansado Corchuelo, y llegando á él Sancho le dixo, mia fe, Señor Bachiller, si vuestra merced toma mi consejo, de aquí adelante no ha de desafiarse á nadie á esgrimir, sino á luchar, ó á tirar la barra, pues tiene edad, y fuerzas para ello, que destos á quien llaman diestros, he oido decir, que meten una punta de una espada por el ojo de una aguja. Yo me contento, respondió Corchuelo, de aver caido de mi burra, y de que me aya mostrado la experiencia la verdad de quien tan lexos estava, y levantandose abrazó al Licenciado, y quedaron mas amigos que de antes, y no queriendo esperar al escrivano, que avia ido por la espada, por parecerle, que tardaría mucho, y así

determinaron seguir por llegar temprano á la aldea de Quiteria, de donde todos eran : en lo que faltava del camino, les fue contando el Licenciado las excelencias de la espada, con tantas razones demonstrativas, y con tantas figuras, y demonstraciones Matematicas, 5 que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y Corchuelo reducido de su pertinacia. Era anohecido, pero antes que llegasen les pareció á todos que estava delante del pueblo un cielo lleno de innumerables y resplandecientes estrellas. Oyeron así mismo confusos y suaves sonidos de diversos instrumentos, como de flautas, 10 tamborinos, salterios, albogues, panderos, y sonajas, y quando llegaron cerca, vieron que los arboles de una enramada, que á mano avian puesto á la entrada del pueblo, estavan todos llenos de luminarias á quien no ofendia el viento, que entonces no sopla, sino tan manso que no tenía fuerza para mover las hojas de 15 los arboles : los musicos eran los regozijadores de la boda que en diversas quadrillas por aquel agradable sitio andavan, unos bailando, y otros cantando, y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos, en efecto no parecia sino que por todo aquel prado andava corriendo la alegria, y saltando el contento, otros muchos 20 andavan ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudiesen ver otro dia las representaciones, y danzas que se avian de hacer en aquel lugar dedicado para solenizar las bodas del rico Camacho, y las exequias de Basilio. No quiso entrar en el lugar Don Quixote, aunque se lo pidieron así el labrador como el Bachiller : 25 pero el dió por disculpa, bastantísima á su parecer, ser costumbre de los Cavalleros Andantes dormir por los campos, y florestas, antes que en los poblados, aunque fuese debaxo de dorados techos, y con esto se desvió un poco del camino bien contra la voluntad de Sancho, viniendosele á la memoria el buen alojamiento que avia tenido en el castillo, ó casa de Don Diego.

*Cap. XX. Donde se cuentan las Bodas de Camacho el rico con
el suceso de Basilio el pobre.*

A Penas la blanca Aurora avia dado lugar á que el luciente Febo con el ardor de sus calientes rayos las liquidas perlas de sus cabellos de oro enxugase, quando Don Quixote sacudiendo la pereza de sus miembros se puso en pie, y llamó á su escudero Sancho, que aun toda via roncava; lo qual visto por Don Quixote, antes que le despertase, le dixo: O tú bienaventurado sobre quantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener invidia, ni ser invidiado, duermes con sossegado espiritu, ni te persiguen encantadores, ni sobrefaltan encantamientos. Duerme, digo otra vez, y lo dire otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia zelos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que devas, ni de lo que has de hacer para comer otro dia, tú, y tu pequeña y angustiada familia, ni la ambicion te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los limites de tus deseos no se estienden á mas que á pensar tu jumento, que el de tu persona sobre mis ombros le tienes puesto, contrapeso y carga que puso la naturaleza, y la costumbre á los señores: duerme el criado, y está velando el señor, pensando como le ha de sustentar, mejorar, y hacer mercedes; la congoxa de ver que el cielo se hace de bronce sin acudir á la tierra con el conveniente rocío no aflige al criado, sino al señor que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia. A todo esto no respondió Sancho, porque dormia; ni despertara tan presto, si Don Quidote con el cuento de la lanza no le hiciere bolver en sí. Despertó en fin soñoliento,

liento, y perezoso, y bolviendo el rostro á todas partes, dixo : de la parte desta enramada (*sino me engaño*) sale un rufio, y olor hartomas de torreznos asados, que de juncos, y tomillos ; bodas que por tales olores comienzan para mi santiguada, que deven de ser abundantes, y generosas. Acaba, gloton, dixo Don Quixote, ven iremos á ver estos desposorios, por ver lo que hace el desdenado Basilio. Mas que haga lo que quisiere, respondió Sancho, no fuera el pobre, y casarase con Quiteria : no ay mas, sino no tener un quarto, y querer casarse por las nubes ? A la fe, señor, yo soy de
10 parecer, que el pobre deve de contentarse con lo que hallare, y no pedir cotufas en el golfo : yo apostaré un brazo que puede Camacho embolver en reales á Basilio, y si esto es así, como deve de ser, bien boba fuera Quiteria en desechar las galas, y las joyas, que le deve de aver dado, y le puede dar Camacho, por escoger el
15 tirar de la barra, y el jugar de la negra de Basilio : sobre un buen tiro de barra, ó sobre una gentil treta de espada no dan un quartillo de vino en la taberna ; habilidades y gracias que no son vendibles, mas que las tenga el Conde Dirlos : pero quando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida como
20 ellas parecen : sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento y zanja del mundo es el dinero. Por quien Dios es, Sancho, dixo á esta sazón Don Quixote, que concluyas con tu arenga, que tengo para mí, que si te dexasen seguir en las que á cada paso comienzas, no te quedaría tiempo para comer, ni para dormir, que todo le gastarías en hablar. Si vuestra
25 merced tuviera buena memoria, replicó Sancho, devierase acordar de los capitulos de nuestro concierto antes que esta ultima vez saliesemos de casa, uno dellos fue, que me avia de dexar hablar todo aquello que quisiere, con que no fuese contra el proximo, ni contra la autoridad de vuestra merced, y hasta agora me parece, que no
he

he contravenido contra el tal capitulo. Yo no me acuerdo, Sancho, respondió Don Quixote, del tal capitulo, y puesto que sea así, quiero que calles, y vengas, que ya los instrumentos que á noche oímos buelvan á alegrar los valles, y sin duda los desposorios se celebrarán en el frescor de la mañana, y no en el calor de la tarde. Hizo Sancho lo que su Señor le mandava, y poniendo la filla á Rozinante, y la albarda al Rucio subieron los dos, y paso ante paso se fueron entrando por la enramada. Lo primero que se le ofreció á la vista de Sancho, fue espetado en un asador de un olmo entero un entero novillo, y en el fuego donde se avia de asar ardía un mediano monte de leña, y seis ollas, que al rededor de la hoguera estaban, no se avian hecho en la comun turquesa de las demas ollas, porque eran seis medias tinajas, que cada una cabia un rastro de carne, así embebian, y encerravan en sí carneros enteros, sin echarse de ver, como si fueran palominos; las liebres ya sin pellejo, y las gallinas sin pluma, que estaban colgadas por los arboles para sepultarlas en las ollas, no tenían numero; los paxaros y caza de diversos generos eran infinitos, colgados de los arboles para que el aire los enfriase: contó Sancho mas de sesenta zaqueques de mas de á dos arrobas cada uno, y todos llenos (segun despues pareció) de generosos vinos, así avia rimeros de pan blanquísimo, como los suele aver de montones de trigo en las heras; los quesos puestos como ladrillos enrejados formavan una muralla, y dos calderas de aceyte mayores que las de un tinte, sirvian de freir cosas de masa, que con dos valientes palas las sacavan fritas, y las zambullian en otra caldera de preparada miel que alli junto estava: los cocineros y cocineras pasavan de cincuenta, todos limpios, todos diligentes, y todos contentos: en el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones, que cosidos por encima servian de darle sabor, y enternecerle: las especias de diversas suertes, no pare-

parecia averlas comprado por libras, sino por arrobas, y todas estavan de manifesto en una grande arca. Finalmente el aparato de la boda era rustico : pero tan abundante, que podia sustentar á un exercito. Todo lo mirava Sancho Panza, y todo lo contemplava, y de todo se aficionava : primero le cautivaron, y rindieron el deseo las ollas de quien él tomara de bonissima gana un mediano puchero, luego le aficionaron la voluntad los zaques, y ultimamente las frutas de sarten, si es que se podian llamar sartenes las tan orondas calderas, y así sin poderlo sufrir, ni ser en su mano hacer otra cosa, se llegó á uno de los solicitos cocineros, y con cortesés, y hambrientas razones, le rogó, le dexase mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas. A lo que el cocinero respondió, hermano, este dia no es de aquellos sobre quien tiene jurisdiccion la hambre (merced al rico Camacho) apeaos, y mirad si ay por ay un cucharon, y espumad una galjina, ó dos, y buen provecho os hagan. No veo ninguno, respondió Sancho. Esperad, dixo el cocinero, pecador de mí, y que melindroso, y para poco deveis de ser ! y diciendo esto asió de un caldero, y encaxandole en una de las medias tinajas sacó en el tres gallinas y dos ganfos, y dixo á Sancho : Comed, Amigo, y desayunaos con esta espuma, en tanto que se llega la hora del yantar. No tengo en que echarla, respondió Sancho, pues llevaos, dixo el cocinero, la cuchara y todo, que la riqueza y el contento de Camacho todo lo suple. En tanto pues que esto pasava Sancho, estava Don Quixote mirando como por una parte de la enramada entravan hasta doce labradores, sobre doce hermosísimas yeguas con ricos y vistosos jaeces de campo, y con muchos casca- beles en los petrales, y todos vestidos de regozijo, y fiestas, los quales en concertado tropel corrieron, no una, sino muchas carreras por el prado, con regozijada algazara y grita, diciendo : Vivan Camacho, y Quiteria, el tan rico, como ella hermosa, y ella la

la mas hermosa del mundo. Oyendo lo qual Don Quixote, dixo entre sí: bien parece, que estos no han visto á mi Dulcinea del Toboso, que si la huvieran visto, ellos se fueran á la mano en las alabanzas desta su Quiteria. De alli a poco comenzaron á entrar por diversas partes de la enramada muchas y diferentes danzas, 5 entre las quales venia una de espadas, de hasta veinte y quatro zagales de gallardo parecer, y brio, todos vestidos de delgado y blanquísimo lienzo, con sus paños de tocar, labrados de varias colores de fina seda, y al que los guiava, que era un ligero mancebo, preguntó uno de los de las yeguas, si se avia herido alguno de los 10 danzantes. Por aora, bendito sea Dios, no se ha herido nadie, todos vamos sanos: y luego comenzó á enredarse con los demas compañeros, con tantas bueltas, y con tanta destreza, que aunque Don Quixote estava hecho á ver semejantes danzas, ninguna le avia parecido tan bien como aquella. Tambien le pareció bien o- 15 tra, que entró, de doncellas hermosísimas, tan mozas, que al parecer ninguna baxava de catorze, ni llegava á diez y ocho años, vestidas todas de palmilla verde, los cabellos parte tranzados, y parte sueltos: pero todos tan rubios, que con los del sol podían tener competencia, sobre los quales trayan guirnaldas de jazmines, 20 rosas, amaranto, y madre selva compuestas; guiavalas un venerable viejo, y una anciana matrona: pero mas ligeros y sueltos que sus años prometian. Hacía les el son una gayta Zamorana, y ellas llevando en los rostros, y en los ojos á la honestidad, y en los pies á la ligereza, se mostravan las mejores bayladores del mundo. Tras 25 esta entró otra danza de artificio, y de las que llaman habladas: era de ocho Ninfas, repartidas en dos hileras, de la una hilera era guia el Dios Cupido, y de la otra el Interes, aquel adornado de alas, arco, aljava, y saetas: este vestido de ricas y diversas colores de oro y seda, las Ninfas que al Amor seguyan trayan á las espaldas

en pergamino blanco, y letras grandes escritos sus nombres: Poesía era el título de la primera, el de la segunda Discreción, el de la tercera Buen Linage, el de la quarta Valentía; del modo mismo venían señaladas las que al Interés seguyan, decía Liberalidad el título de la primera, Dávila el de la segunda, Tesoro el de la tercera, y el de la quarta Posesión pacífica: delante de todos venía un castillo de madera, á quien tiraban quatro salvages todos vestidos de yedra, y de cañamo, teñido de verde, tan al natural, que por poco espantaran á Sancho; en la frontera del castillo y en todas
 10 quatro partes de sus quadros traya escrito, Castillo del buen recato: hacían les el son quatro diestros tañedores de tamboril y flauta; comenzava la danza Cupido, y aviendo hecho dos mudanzas, alzava los ojos y flechava el arco contra una doncella, que se ponía entre las almenas del castillo, á la qual desta fuerte dixo.

15 *Yo soy el Dios poderoso,
 En el aire, y en la tierra,
 Y en el ancho mar undoso,
 Y en quanto el abismo encierra
 En su baratro espantoso.*

*Nunca conocí que es miedo,
 Todo quanto quiero puedo,
 Aunque quiera lo imposible,
 Y en todo lo que es posible
 Mando, quito, pongo, y vedo.*

20 Acabó la copla, disparó una flecha por lo alto del castillo, y retiróse á su puesto. Salió luego el Interés, y hizo otras dos mudanzas, callaron los tamborinos, y el dixo.

*Soy quien puede mas que amor,
 Y es amor él que me guía,
 25 Soy de la estirpe mejor,
 Que el cielo en la tierra cria,
 Mas conocida y mayor.*

*Soy el Interés en quien
 Pocos suelen obrar bien,
 Y obrar sin mí es gran milagro,
 Y qual soy te me consagro
 Por siempre jamas, Amen.*

Retiróse

Retiróse el Interes, y hizóse adelante la Poesia, la qual despues de aver hecho sus mudanzas como los demas, puestos los ojos en la doncella del castillo dixo,

*En dulcifimos conceptos
La dulcissima Poesia,
Altos, graves y discretos,
Señora, el alma te embia,
Embuelta entre mil sonetos.*

*Si á caso no te importuna
Mi perfia, tu fortuna,
De otras muchas invidiada,
Será por mi levantada,
Sobre el cerco de la Luna.*

5

Desvióse la Poesia, y de la parte del Interes salió la Liberalidad, y despues de hechas sus mudanzas dixo.

10

*Lllaman liberalidad
Al dar, que el extremo buye
De la prodigalidad,
Y del contrario que arguye,
Tibia y floxa voluntad.*

*Mas yo por te engrandecer,
De oy mas prodiga he de ser,
Que aunque es vicio, es vicio bonrado,
Y de pecho enamorado,
Que en el dar se echa de ver.*

15

Deste modo salieron, y se retiraron todas las dos figuras de las dos esquadras, y cada uno hizo sus mudanzas, y dixo sus versos, algunos elegantes, y algunos ridiculos, y solo tomó de memoria Don Quixote (que la tenía grande) los ya referidos, y luego se mezclaron todos haciendo, y desha ciendo lazos con gentil donaire, y des- 20
semboltura, y quando pasava el Amor por delante del castillo, disparava por alto sus flechas: pero el Interes quebrava en el alcan-
cias doradas. Finalmente despues de aver baylado un buen espacio el Interes sacó un bolsón que le formava el pellejo de un gran gato Romano, que parecia estar lleno de dineros, y arrojandole al castillo 25
con el golpe se desencaxaron las tablas, y se cayeron, dexando á la

doncella descubierta, y sin defensa alguna: llegó el Interes con las figuras de su valia, y echandola una gran cadena de oro al cuello, mostraron prenderla, rendirla, y cautivarla: lo qual visto por el Amor y sus valedores, hicieron ademan de quitarsela, y todas
5 las demonstraciones que hacían eran al son de los tamborinos, baylando y danzando concertadamente: pusieronlos en paz los salvages, los quales con mucha presteza bolvieron á armar y á encaxar las tablas del castillo, y la doncella se encerró en el como de nuevo, y con esto se acabó la danza con gran contento de los que la miravan.
10 Preguntó Don Quixote á una de las Ninfas, que quien la avia compuesto y ordenado? Respondióle, que un beneficiado de aquel pueblo, que tenía gentil caletre para semejantes invenciones. Yo apostaré, dixo Don Quixote, que deve de ser mas amigo de Camacho que de Basilio el tal Bachiller, ó beneficiado, y que deve
15 de tener mas de satirico que de visperas; bien ha encaxado en la danza las habilidades de Basilio, y las riquezas de Camacho. Sancho Panza, que lo escuchava todo, dixo: El Rey es mi gallo, á Camacho me atengo. En fin, dixo Don Quixote, bien se parece, Sancho, que eres villano, y de aquellos que dicen, viva quien
20 vence. No sé de los que soy, respondió Sancho: pero bien sé que nunca de ollas de Basilio sacaré yo tan elegante espuma como es esta que he sacado de las de Camacho, y enseñole el caldero lleno de ganfos, y de gallinas, y asiendo de una comenzó á comer con mucho donaire y gana, y dixo: á la barba de las habilidades de
25 Basilio: Que tanto vales, quanto tienes, y tanto tienes, quanto vales. Dos linages solos ay en el mundo, como decia una aguella mia, que son el tener, y el no tener, aunque ella al del tener se atenía, y el dia de oy mi señor Don Quixote, antes se toma el pulso al aver que al saber; un asno cubierto de oro parece mejor que un cavallo enalbardado. Así que buelvo á decir, que á Camacho
me

me atengo, de cuyas ollas son abundantes espumas, ganfos, y gal-
linas, liebres, y conejos, y de las de Basilio serán, si viene á mano,
y aunque no venga sino al pie, aguachirle. Has acabado tu arenga
Sancho? dixo Don Quixote. Avrela acabado, respondió, porque
veo que vuestra merced recibe pesadumbre con ella, que si esto no
se pufiera de por medio, obra avia cortada para tres dias. Plega á
Dios, Sancho, replicó Don Quixote, que yo te vea mudo antes que
me muera. Al paso que llevamos, respondió Sancho, antes que
vuestra merced se muera estare yo mascando barro, y entonces po-
drá ser que esté tan mudo, que no hable palabra hasta la fin del
mundo, ó por lo menos hasta el dia del juicio. Aunque eso así su-
ceda, ó Sancho, respondió Don Quixote, nunca llegará tu silencio,
á do ha llegado lo que has hablado, hablas, y tienes de hablar en
tu vida, y mas, que está muy puesto en razon natural, que pri-
mero llegue el dia de mi muerte que el de la tuya, y así jamas pi-
enso verte mudo, ni aun quando estes beviendo, ó durmiendo, que es
lo que puedo encarecer. A buena fe, Señor, respondió Sancho, que
no ay que fiar en la descarnada, digo en la muerte, la qual tambien
come cordero como carnero, y á nuestro Cura he oido decir, que
con igual pie pisava las altas torres de los Reyes como las humildes
chozas de los pobres: tiene esta señora mas de poder que de me-
lindre, no es nada asquerosa, de todo come, y á todo hace, y de
toda fuerte de gentes, edades y preeminencias hinche sus alforjas:
no es segador que duerme las fiestas, que á todas horas siega, y
corta así la seca como la verde yerva, y no parece que masca, sino
que engulle, y traga quanto se le pone delante, porque tiene ham-
bre canina, que nunca se harta, y aunque no tiene barriga, da á
entender que está hidropica, y sedienta de beber solas las vidas de
quantos viven, como quien se bebe un jarro de agua fria. No mas,
Sancho, dixo á este punto Don Quixote, tente en buenas, y no te
dexes

dexes caer, que en verdad que lo que has dicho de la muerte por tus rusticos terminos, es lo que pudiera decir un buen predicador. Digote, Sancho, que si como tienes buen natural y discrecion, pudieras tomar un pulpito en la mano, y irte por ese mundo predicando lindezas. Bien predica quien bien vive, respondió Sancho, y yo no sé otras Thologias. Ni las has menester, dixo Don Quixote: pero yo no acabo de entender, ni alcanzar, como siendo el principio de la sabiduria el temor de Dios, tu que temes mas á un lagarto que á él, sabes tanto. Juzgue vuestra merced, Señor, de sus Cavallerias, respondió Sancho, y no se meta en juzgar de los temores, ó valentias ajenas, que tan gentil temeroso soy yo de Dios, como cada hijo de vecino; y dexeme vuestra merced despavilar esta espuma, que lo demas todas son palabras ociosas, de que nos han de pedir cuenta en la otra vida. Y diciendo esto, comenzó de nuevo á dar asalto á su caldero con tan buenos alientos, que despertó los de Don Quixote, y sin duda le ayudara, fino lo impidiera lo que es fuerza se diga adelante.

Cap. XXI. Donde se prosiguen las Bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos.

20 **Q**Uando estaban Don Quixote, y Sancho en las razones referidas en el capitulo antecedente, se oyeron grandes voces, y gran ruido; y davanlas, y causavanle los de las yeguas, que con larga carrera y grito, ivan á recibir á los novios, que rodeados de mil generos de instrumentos, y de invenciones, venian acompañados
25 del Cura, y de la parentela de entrambos, y de toda la gente mas lucida de los lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y
como

como Sancho vió á la novia, dixo : A buena fe que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega : Par diez, que segun

5

diviso, que las patenas que avia de traer son ricos corales, y la palmilla verde de Cuenca es terciopelo de treinta pelos : y montas que la guarnicion es de tiras de lienzo blanca, voto á mí que es de rafo, pues tomadme las manos adornadas con fortijas de azavache, no medre yo, sino son anillos de oro, y muy de oro, y empedrados con perlas blancas, como una quajada que cada una deve de valer un ojo de la cara. O hideputa, y que cabellos ! que fino son pos-

10

tizos, no los he visto mas luengos, ni mas rubios en toda mi vida. No fino ponedla tacha en el brio, y en el talle, y no la compareis á una palma, que se mueve cargada de racimos de datiles ; que lo mismo parecen los dices que trae pendientes de los cabellos, y de la garganta : juro en mi anima que ella es una chapada moza, y que puede pasar por los bancos le Flandes. Rióse Don Quixote de las

15

rusticas alabanzas de Sancho Panza, parecióle, que fuera de su Señora Dulcinea del Toboso no avia visto muger mas hermosa jamas : venia la hermosa Quiteria algo descolorida, y devia de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el dia venidero de sus bodas : ivanse acercando á un teatro, que á un

20

lado del prado estava adornado de alfombras, y ramos, adonde se avian de hacer los desposorios, y de donde avian de mirar las danzas, y las invenciones.

Y á la fazon que llegavan al puesto, oyeron á sus espaldas grandes voces, y una que decia : Esperaos un poco, gente tan inconfi-

25

derada, como presurosa : á cuyas voces y palabras todos volvieron la cabeza, y vieron que las dava un hombre, vestido, al parecer, de un sayo negro gironado de carmesí á llamas ; venia coronado (como se vió luego) con una corona de funesto Cipres : en las manos traya un baston grande : en llegando mas cerca fue conocido de todos por el gallardo

gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos, esperando en que avian de parar sus voces, y sus palabras, temiendo algun mal suceso de su venida en fazon semejante. Llegó en fin cansado, y fin aliento, y puesto delante de los desposados, hincando el baston
5 en el suelo, que tenía el cuento de una punta de acero, mudada la color, puestos los ojos en Quiteria, con voz tremente y ronca ellas razones dixo: Bien sabes, desconocida Quiteria, que conforme á la santa ley que profesamos, que viviendo yo tu no puedes tomar esposo: y juntamente no ignoras, que por esperar yo, que el tiempo
10 empo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dexar de guardar el decoro que á tu honra convenia: pero tu echando á las espaldas todas las obligaciones que debes á mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mio á otro, cuyas riquezas le sirven no solo de buena fortuna, sino de bonísima ventura,
15 y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los cielos) yo por mis manos desharé el imposible, ó el inconveniente, que puede estorvarfela, quitandome á mí de por medio. Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos, y muera, muera el pobre
20 Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha, y le puso en la sepultura, y diciendo esto, asió del baston que tenía hincado en el suelo, y quedandose la mitad del en la tierra, mostró que servia de vaina á un mediano estoque que en el se ocultava, y puesta la que se podia llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado, y de
25 terminado proposito se arrojó sobre el, y en un punto mostró la punta sangrienta á las espaldas, con la mitad del acerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre, y tendido en el suelo de sus mismas armas traspasado. Acudieron luego sus amigos á favorecerle, con dolidos de su miseria y lastimosa desgracia, y dexando Don Quixote á Rozinante acudió á favorecerle, y le tomó en sus brazos,

brazos, y halló que aun no avia espirado: quisieronle sacar el estoque, pero el Cura, que estava presente, fue de parecer que no se le sacasen antes de confesarle, porque el sacarsele y el espirar sería todo á un tiempo, pero bolviendo un poco en sí Basilio con voz doliente y desmayada dixo: Si quisieses, cruel Quiteria, darme en este ultimo y forzoso trance la mano de esposa, aun pensaría que mi temeridad tendría disculpa, pues en ella alcancé el bien de ser tuyo. El Cura oyendo lo qual le dixo: que atendiese á la salud del alma, antes que á los gustos del cuerpo, y que pidiese muy de veras á Dios perdon de sus pecados, y de su desesperada determinacion. A lo qual replicó Basilio, que en ninguna manera se confesaría, si primero Quiteria no le dava la mano de ser su esposa, que aquel contento le adobaría la voluntad, y le daría aliento para confesarse. En oyendo Don Quixote la petition del herido, en altas voces dixo, que Basilio pedía una cosa muy justa y puesta en razon, y á demas muy hacedera, y que el señor Camacho quedaría tan honrado recibiendo á la Señora Quiteria viuda del valeroso Basilio, como si la recibiera del lado de su padre: aquí no ha de aver mas de un sí, que no tenga otro efecto, que el pronunciarle, pues el talamo de estas bodas ha de ser la sepultura. Todo lo oya Camacho, y todo le tenía suspenso y confuso, sin saber que hacer, ni que decir: pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiendole, que consintiese que Quiteria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perdiese, partiendo desesperado desta vida, que le movieron, y aun forzaron á decir, que si Quiteria quería dársela, que él se contentava, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos. Luego acudieron todos á Quiteria, y unos con ruegos, y otros con lagrimas, y otros con eficaces razones la persuadian que diese la mano al pobre Basilio, y ella mas dura que un marmol, y mas ielga que una estatua, mostrava,

trava, que ni sabía, ni podía, ni quería responder palabra: ni la respondiera, si el Cura no la diera, que se determinase presto en lo que avia de hacer, porque tenía Basilio ya el alma en los dientes, y no dava lugar á esperar irresolutas determinaciones. Entonces
5 la hermosa Quiteria, sin responder palabra alguna, turbada, al parecer triste y pesarosa, llegó donde Basilio estaba, ya los ojos bueltos, el aliento corto, y apesadumado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como Gentil, y no como Cristiano. Llegó en fin Quiteria, y puesta de rodillas le pidió la mano por señas, y no por palabras. Desencaxó
10 los ojos Basilio, y mirandola atentamente le dixo: O Quiteria, que has venido á ser piadosa, á tiempo, quando tu piedad ha de servir de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogermene por tuyo, ni para
15 suspender el dolor que tan apriesa me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte: Lo que te suplico es (ó fatal estrella mia) que la mano que me pides, y quieres darme, no sea por cumplimiento, ni para engañar me de nuevo, sino que confieses, y digas que sin hacer fuerza á tu voluntad me la entregas, y me la
20 das, como á tu legitimo esposo, pues no es razon que en un trance come este me engañes, ni uses de fingimientos, con quien tantas verdades ha tratado contigo: entre estas razones se desmayava, de modo que todos los presentes pensavan, que cada desmayo se avia de llevar el alma consigo. Quiteria toda honesta, y toda vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dixo: Ninguna
25 fuerza fuera bastante á torcer mi voluntad, y así con la mas libre que tengo te doy la mano de legitima esposa, y recibo la tuya, si es que me la das de tu libre alvedrio, sin que la turbe ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto. Si doy, respondió

pondió Basilio, no turbado, ni confuso, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme, y así me doy, y me entrego por tu esposo. Y yo por tu esposa, respondió Quiteria, aora vivas largos años, aora te lleven de mis brazos á la sepultura. Para estar tan herido este mancebo, dixo á este punto Sancho Panza, mucho habla, haganle que se dexé de requiebros, y que atienda á su alma, que á mi parecer mas la tiene en la lengua, que en los dientes. Estando pues asidos de las manos Basilio, y Quiteria, el Cura tierno y lloroso los echó la bendicion, y pidió al cielo diese buen pofo al alma del nuevo desposado; el qual así como recibió la bendicion con presta ligereza se levantó en pie, y con no vista desemboltura se sacó el estoque á quien servia de vaina su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos mas simples que curiosos en altas voces comenzaron á decir, milagro, milagro! pero Basilio replicó, no milagro, milagro, sino industria, industria. El Cura desatentado, y atonito, acudió con ambas manos á tentar la herida, y halló que la cuchilla avia pasado no por la carne y costillas de Basilio, sino por un cañon hueco de hierro que lleno de sangre, en aquel lugar bien acomodado tenía, preparada la sangre (segun despues se supo) de modo que no se elase. Finalmente el Cura y Camacho con todos los mas circunstantes se tuvieron por burlados y escarnidos. La esposa no dió muestras de pesarle de la burla, antes oyendo decir, que aquel casamiento por aver sido engañoso, no avia de ser valedero, dixo, que ella le confirmava de nuevo, de lo qual coligieron todos, que de consentimiento y sabiduria de los dos se avia trazado aquel caso, de lo que quedó Camacho y sus valedores tan corridos, que remitieron su venganza á las manos, y desenvainando muchas espadas arremetieron á Basilio, en cuyo favor en un instante se desenvainaron casi otras tantas, y tomando la delantera á cavallo Don Quixote con la

lanza sobre el brazo, y bien cubierto de su escudo, se hacía dar lugar de todos. Sancho á quien jamas pluguieron, ni solazaron semejantes fechorias, se acogió á las tinajas, donde avia sacado su agradable espuma, pareciendole aquel lugar como sagrado, que avia de ser
5 tenido en respeto. Don Quixote á grandes voces decia : Teneos, señores, teneos, que no es razon tomeis venganza de los agravios que el amor nos hace : y advertid, que el amor y la guerra son una misma cosa, y así como en la guerra es cosa licita, y acostumbra
10 da usar de ardides y estratagemas, para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen, para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonor de la cosa amada. Quiteria era de Basilio, y Basilio de Quiteria por justa y favorable
15 disposicion de los cielos. Camacho es rico, y podrá comprar su gusto, quando, donde, y como quisiere : Basilio no tiene mas desta oveja, y no se la ha de quitar alguno, por poderoso que sea, que á los dos que Dios junta, no podrá separar el hombre, y él que lo intentare, primero ha de pasar por la punta desta lanza : y en esto la blandió tan fuerte, y tan diestramente, que puso pavor en to-
20 dos los que no le conocian, y tan intensamente se fixó en la imaginacion de Camacho el desden de Quiteria, que se la borró de la memoria en un instante, y así tuvieron lugar con él las persuasiones del Cura, que era varon prudente, y bien intencionado, con las quales quedó Camacho, y los de su parcialidad pacificos,
25 y sossegados; en señal de lo qual bolvieron las espadas á sus lugares, culpando mas á la facilidad de Quiteria, que á la industria de Basilio. Haciendo discurso Camacho, que si Quiteria queria bien á Basilio doncella, tambien le quisiera casada, y que devia de dar gracias al cielo, mas por averfela quitado, que por averfela dado. Consolado pues y pacifico Camacho, y los de su mesnada, todos los
de

de la de Basilio se sofegaron; y el rico Camacho, por mostrar que no sentía la burla, ni la estimava en nada, quiso que las fiestas pasasen adelante, como si realmente se desposara: pero no quisieron asistir á ellas Basilio, ni su esposa, ni sequaces, y así se fueron á la aldea de Basilio: que tambien los pobres virtuosos y discretos tienen quien los siga, honre y ampare, como los ricos tienen quien los liñongee, y acompañe. Llevaronse consigo á Don Quixote, estimandole por hombre de valor, y de pelo en pecho. A solo Sancho se le escureció el alma, por verse imposibilitado de aguardar la esplendida comida y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche, y así afenderado, y triste siguió á su Señor, que con la cuadrilla de Basilio iba, y así se dexo atras las ollas de Egypto, aunque las llevaba en el alma, cuya ya casi consumida y acabada espuma que en el caldero llevaba, le representavala gloria y la abundancia del bien que perdía; y así congoxado, y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del Rucio, siguió las huellas del Rozinante.



Cap. XXII. Donde se cuenta la grande Aventura de la Cueva de Montesinos, que está en el corazon de la Mancha, á quien dió felice cima el valeroso Don Quixote de la Mancha.

Grandes fueron, y muchos los regalos que los desposados hicieron á Don Quixote, obligados de las muestras que avia dado, defendiendo su causa, y al par de la valentia le graduaron la discrecion, teniendole por un Cid en las armas, y por un Ciceron en la eloquencia. El buen Sancho se refociló tres dias á costa de los novios, de los quales se supo, que no fue traza comunicada con

con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando della el mismo suceso que se avia visto, bien es verdad, que confesó, que avia dado parte de su pensamiento á algunos de sus amigos, para que al tiempo necesario favoreciesen su
5 intencion, y abonasen su engaño. No se pueden, ni deven llamar engaños, dixo Don Quixote, los que ponen la mira en virtuosos fines, y que el de catarse los enamorados, era el fin de mas excelencia; advirtiéndole, que el mayor contrario que el amor tiene, es la hambre, y la continua necesidad, porque el amor es todo alegría,
10 regocijo y contento, y mas quando el amante está en posesion de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos y declarados la necesidad y la pobreza: y que todo esto decia con intencion de que se dexase el Señor Basilio de exercitar las habilidades que sabe, que aunque le davan fama, no le davan dineros, y que atendiese á
15 grangear hacienda por medios licitos é industriosos, que nunca faltan á los prudentes y aplicados: el pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener muger hermosa, que quando se la quitan, le quitan la honra, y se la matan. La muger hermosa, y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser co-
20 ronada con laureles, y palmas de vencimiento, y triunfo, la hermosura por sí sola atrae las voluntades de quantos la miran y conocen, y como á señuelo gustoso se le abaten las aguilas Reales, y los paxaros altaneros: pero si á la tal hermosura se le junta la necesidad, y estrechez, tambien la envisten los cuervos, los mila-
25 nos, y las otras aves de rapina, y la que está á tantos encuentros firme, bien merece llamarse corona de su marido. Mirad, discreto Basilio, añadió Don Quixote: Opinion fue de no sé que sabio, que no avia en todo el mundo sino una sola muger buena, y dava por consejo, que cada uno pensase, y creyese, que aquella sola buena era la suya, y así viviría contento. Yo no soy casado, ni hasta a-
hora

hora me ha venido en pensamiento serlo, y con todo esto me atrevería á dar consejo al que me lo pidiese, del modo que avia de buscar la muger, con quien se quiesse casar. Lo primero le aconsejaría que mirase mas á la fama, que á la hacienda, porque la buena muger no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo, que mucho mas dañan á las honras de las mugeres las desembolturas, y libertades publicas, que las maldades secretas. Si traes buena muger á tu casa, facil cosa sería conservarla, y aun mejorarla en aquella bondad: pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla, que no es muy hacedero pasar de un extremo á otro, yo no digo, que sea imposible: pero tengolo por dificultoso. Oya todo esto Sancho, y dixo entre sí, este mi Amo, quando yo hablo cosas de meollo, y de sustancia, suele decir, que podría yo tomar un pulpito en las manos, y firme por ese mundo adelante predicando lindezas, y yo digo dél, que quando comienza á enhi-
lar sentencias y á dar consejos, no solo puede tomar pulpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas, á que quieres boca: valate el diablo por Cavallero Andante, que tantas cosas sabes; yo pensava en mi anima, que solo podia saber aquello que tocava á sus Cavallerías: pero no ay cosa donde no pique y dexe de meter su cucharada. Murmurava esto algo Sancho, y entreoyó le su señor, y preguntóle: Que murmuras Sancho? No digo nada, ni murmuro de nada, respondió Sancho: solo estava diciendo entre mí, que quisiera aver oido lo que vuestra merced aquí ha dicho, antes que me casara, que quiza dixera yo agora, el buey
suelto bien se lame. Tan mala es tu Teresa, Sancho? dixo Don Quixote. No es muy mala, respondió Sancho: pero no es muy buena, al menos no es tan buena como yo quisiera. Mal haces Sancho, dixo Don Quixote, en decir mal de tu muger, que en efecto es madre de tus hijos. No nos devemos nada, respondió Sancho,

Sancho, que tambien ella dice mal de mí, quando se le antoja, especialmente quando está zelosa, que entonces sufrala el mismo Satanás. Finalmente tres dias estuvieron con los novios, donde fueron regalados, y servidos como cuerpos de Rey,

- 5 Pidió Don Quixote al diestro Licenciado le diese una guia, que le encaminase á la Cueva de Montesinos, porque tenía gran deseo de entrar en ella, y ver á ojos vistas, si eran verdaderas las maravillas que de ella se decian por todos aquellos contornos. El Licenciado le dixo, que le daría á un Primo suyo, famoso estudiante,
10 y muy aficionado á leer Libros de Cavallerias, el qual con mucha voluntad le pondría á la boca de la misma cueva, y le enseñaría las Lagunas de Ruidera famosas ansimismo en toda la Mancha, y aun en toda España; y dixole que llevaría con él gustoso entretenimiento, á causa que era mozo que sabia hacer libros para imprimir, y para dirigir los á Principes. Finalmente el Primo vino
15 con una pollina preñada, cuya albarda cubría un gayado tapete, ó arpillera. Enfillo Sancho á Rozinante, y aderezó al Rucio, proveyó sus alforjas, á las quales acompañaron las del Primo, así mismo bien proveidas, y encomendandose á Dios, y despidiendose
20 de todos, se pusieron en camino, tomando la derrota de la famosa Cueva de Montesinos. En el camino preguntó Don Quixote al Primo, de que genero y calidad eran sus exercicios, su profesion, y estudios. A lo que él respondió, que su profesion era ser humanista, sus exercicios, y estudios componer libros
25 para dar a la estampa, todos de gran provecho, y no menos entretenimiento para la Republica, que el uno se intitulava el de las libreas, donde pinta setecientas y tres libreas, con sus colores, motes, y cifras, de donde podían sacar y tomar las que quiesesen en tiempo de fiestas y regocijos los Cavalleros Cortesanos, sin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando (como dicen) el cerebro, por sacarlas conformes á sus deseos, é intenciones, porque doy
al

al zeloso, al desdenado, al olvidado, y al ausente, las que les convienen, que les vendran mas justas que pecadoras. Otro libro tengo también á quien he de llamar Metamorfoseos, ó Ovidio Español, de invencion nueva, y rara: porque en el imitando á Ovidio, á lo burlesco pinto quien fue la Giralda de Sevilla, y el Angel de la Madalena, quien el caño de Vecinguerra de Cordova, quienes los Toros de Guisando, la Sierra Morena, las fuentes de Leganitos, y Lavapiés en Madrid, no olvidandome de la del Piojo, de la del Caño Dorado, y de la Priora, y esto con sus alegbrias, metáforas, y traslaciones de modo que alegran, suspendan, y enseñan á un mismo punto. Otro libro tengo que le llamo Suplemento á Virgilio Polidoro, que trata de la invencion de las cosas que es de grande erudicion, y estudio, á causa que las cosas, que se dexó de decir Polidoro de gran sustancia, las averiguo yo, y las declaro por gentil estilo: olvidósele á Virgilio de declararnos quien fue el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomó las unciones para curarse del morbo Galico, y yo lo declaro al pie de la letra, y lo autorizo con mas de veinte y cinco autores, porque vea vuestra merced si he trabajado bien, y si ha de ser util el tal libro á todo el mundo.

Sancho, que avia estado muy atento á la narracion del Primo, le dixo: Digame, Señor, así Dios le dé buena manderecha en la impresion de sus libros, fabriame decir, que si sabrá, pues todo lo sabe, quien fue el primero que se rascó en la cabeza, que yo para mi tengo que devió de ser nuestro padre Adan? Si sería, respondió el Primo, porque Adan, no ay duda sino que tuvo cabeza y cabellos, y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaría. Así lo creo yo, respondió Sancho: pero digame ahora, quien fue el primer volteador del mundo? En verdad, hermano, respondió el Primo que no me sabe determinar por ahora,

hasta que lo estudie, yo lo estudiare en bolviendo adonde tengo mis libros, y yo os fatisfaré, quando otra vez nos veamos, que no ha de ser esta la postrera. Pues mire, señor, replicó Sancho, no tome trabajo en esto, que aora he caido en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa que el primer volteador del mundo, fue Lucifer, quando le echaron, ó atrojaron del cielo, que vino volteando hasta los abismos. Tienes razon, amigo, dixo el Primo; y dixo Don Quixote: Esa pregunta, y respuesta, no es tuya Sancho, á alguno las has oido decir. Calle señor, replicó Sancho, que á buena fe, que si me doy á preguntar, y á responder, que no acabe de aquí á mañana. Si que para preguntar necedades, y responder disparates, no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos. Mas has dicho, Sancho, de lo que sabes, dixo Don Quixote, que ay algunos, que se cansan en saber y averiguar cosas, que despues de sabidas, y averiguadas no importan un ardite al entendimiento, ni á la memoria. En estas y otras gustosas platicas se les pasó aquel dia, y á la noche se albergaron en una pequeña aldea, adonde el Primo dixo á Don Quixote, que desde alli á la Cueva de Montefinos no avia mas de dos leguas, y que si llevaba determinado de entrar en ella, era menester, proveerse de fogas para atarse, y descolgarfe en su profundidad. Don Quixote dixo, que aunque llegase al abismo, avia de ver donde parava, y así compraron casi cien brazas de foga, y otro dia á las dos de la tarde llegaron á la Cueva, cuya boca es espaciosa, y ancha: pero llena de cambro-
neras, y cabrahigos, de zarzas, y malezas tan espesas y intrincadas, que de todo en todo la ciegan y encubren: en viendola se apearon el Primo, Sancho, y Don Quixote, al qual los dos le ataron luego fortísimamente con las fogas, y en tanto que le faxavan y ceñian, le dixo Sancho: Mire vuestra merced, Señor mio, lo que hace, no se quiera sepultar en vida, ni se ponga adonde parezca frasco, que le

le ponen á enfriar en algun pozo, si que á vuestra merced no le toca, ni atañe ser el escudriñador desta, que deve de ser peor que mazmorra. Ata, y calla, respondió Don Quixote, que tal empresa como aquesta, Sancho amigo, para mí estava guardada. Y entonces dixo la guia : Suplico á vuestra merced, Señor Don Quixote, 5 que mire bien, y especule con cien ojos lo que ay allá dentro, quiza avra cosas, que las ponga yo en el libro de mis Transformaciones. En manos está el panderero, que le sabrá bien tañer, respondió Sancho Panza. Dicho esto, y acabada la ligadura de Don Quixote (que no fue sobre el arnes, sino sobre el jubon de armar.) Dixo Don 10 Quixote, inadvertidos hemos andado, en no avernos proveido de algun esquilon pequeño, que fuera atado junto á mí en esta misma foga, con cuyo sonido se entendera que toda via baxava, y estava vivo : pero pues ya no es posible, á la mano de Dios, que me guie ; y luego se hincó de rodillas, y hizo una oracion en voz baxa 15 al cielo, pidiendo á Dios le ayudase, y le diese buen suceso en aquella, al parecer, peligrosa, y nueva aventura, y en voz alta dixo luego : O señora de mis acciones, y movimientos, clarísima, y sin par Dulcinea del Toboso, si es posible, que lleguen á tus oidos las plegarias y rogaciones deste tu venturoso amante, por tu inaudita 20 belleza te ruego las escuches, que no son otras que rogarte, no me niegues tu favor, y amparo, aora que tanto le he menester. Yo voy á despenarme, á empozarme, y á hundirme en el abismo, que aquí se me representa, solo porque conozca el mundo, que si tu me favoreces no avra imposible á quien yo no acometa, y acabe, y 25 en diciendo esto se acercó á la sima, vió no ser posible descolgarse, ni hacer lugar á la entrada, sino era á fuerza de brazos, ó á cuchilladas, y así poniendo mano á la espada comenzó á derribar y á cortar de aquellas malezas, que á la boca de la Cueva estavan, por cuyo ruido y estruendo salieron por ella una infinidad de grandifi-

mos cuervos, y grajos, tan espesos, y con tanta prisa, que dieron con Don Quixote en el suelo, y si él fuera tan agorero, como Católico Christiano, lo tuviera á mala señal, y escusara de encerrarse en lugar semejante. Finalmente se levantó, y viendo que no
5 salían mas cuervos, ni otras aves noturnas, como fueron murciélagos, que así mismo entre los cuervos salieron, dándole foga el Primo y Sancho le dexaron calar al fondo de la caverna espantosa, y al entrar, echándole Sancho su bendición, y haciendo sobre él mil cruces, dixo: Dios te guie y la Peña de Francia, junto
10 con la Trinidad de Gaeta, flor, nata, y espuma de los Cavalleros Andantes. Allá vas, valenton del mundo, corazon de acero, brazos de bronce, Dios te guie otra vez, y te vuelva libre, sano, y sin cautela á la luz desta vida, que dexas, por enterrarte en esta escuridad que buscas. Casi las mismas plegarias y deprecaciones
15 hizo el Primo. Iva Don Quixote dando voces que le diesen foga, y mas foga, y ellos se la davan poco á poco, y quando las voces, que acanaladas por la cueva salían, dexaron de oírse, ya ellos tenían descolgadas las cien brazas de foga, y fueron de parecer de bolver á subir á Don Quixote, pues no le podían dar mas cuerda: con
20 todo eso se detuvieron como media hora, al cabo del qual espacio bolvieron á recoger la foga con mucha facilidad, y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar que Don Quixote se quedava dentro, y creyendolo así Sancho, llorava amargamente, y tirava con mucha prisa por defengañarse: pero llegando á su parecer á poco mas
25 de las ochenta brazas sintieron peso, de que en extremo se alegraron. Finalmente á las diez vieron distintamente á Don Quixote, á quien dió voces Sancho, diciendole: Sea vuestra merced muy bien buelto, Señor mio, que ya pensavamos que se quedava allá para casta: pero no respondia palabra Don Quixote, y sa candole del todo, vieron que traya cerrados los ojos, con muestras de estar
dormido

dormido. Tendieronle en el suelo, y desliaronle, y con todo esto no despertava. Pero tanto le bolvieron, y rebolvieron, sacudieron, y menearon, que al cabo de un buen espacio bolvió en sí, desperezandose bien como si de algun grave y profundo sueño despertara, y mirando á una y otra parte, como espantado, dixo: 5
Dios os lo perdone, amigos, que me aveis quitado de la mas sabrosa y agradable vida y vista, que ningun humano ha visto ni pasado. En efecto aora acabo de conocer que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño, ó se marchitan como la flor del campo: 10
ó desdichado Montésinos, ó mal ferido Durandarte, ó sin ventura Belerma, ó lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha hijas de Ruidera, que mostrais en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos. Con grande atencion escuchavan el Primo, y Sancho las palabras de Don Quixote, que las decia, como si con dolor inmenso las sacára de las entrañas. Suplicaronle les diese á entender 15
lo que decia, y les dixese, lo que en aquel infierno avia visto. Infierno le llamais, dixo Don Quixote, pues no le llameis así; porque no lo merece, como luego vereis: pidió, que le diesen algo de comer, que traya grandisima hambre, tendieron la harpillera del Primo sobre la verde yerva, acudieron á la despena de sus 20
alforjas, y sentados todos tres en buen amor, y compañía, merendaron, y cenaron todo junto. Levantada la harpillera, dixo Don Quixote de la Mancha, no se levante nadie, y estadme, hijos, todos atentos.



Cap. XXIII. De las admirables cosas que el estremado Don Quixote contó, que avia visto en la profunda Cueva de Montesinos, cuya imposibilidad, y grandexa hace, que se tenga esta aventura por apócrifa.

- 5 **L**AS quatro de la tarde serían, quando el sol entre nubes cubierto con luz escasa, y templados rayos, dió lugar á Don Quixote, para que sin calor, y pesadumbre contase á sus dos clarísimos oyentes, lo que en la Cueva de Montesinos avia visto, y comenzó en el modo siguiente :
- 10 A obra de doce ó catorce estados de la profundidad desta mazmorra á la derecha mano se hace una concavidad, y espacio capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas, entrale una pequeña luz por unos resquicios, ó agujeros, que lexos le responden abiertas en la superficie de la tierra ; esta concavidad, y espacio
- 15 ví yo á tiempo, quando ya iva, cansado, y mohino de verme pendiente, y colgado de la foga, caminar por aquella escura region abaxo, sin llevar cierto, ni determinado camino ; y así determiné, entrarme en ella, y descansar un poco: di voces, pidiendoos que no descolgasedes mas foga, hasta que yo os lo dixese, pero no
- 20 devistes de oirme: fuy recogiendo la foga, que embiavades, y haciendo della una rosca, ó rimero, me senté sobre el, pensativo ademas, considerando lo que hacer devia, para calar al fondo, no teniendo quien me sustentase, y estando en este pensamiento, y confusion, de repente, y sin procurarlo, me saltó un sueño profundísimo, y quando menos lo pensava, sin saber como, ni como
- 25 no, desperté del, y me hallé en la mitad del mas bello, ameno, y delei-

deleitoso prado, que puede criar la naturaleza, ni imaginar la mas discreta imaginacion humana. Despavilé los ojos, limpiemelos, y ví, que no dormía, sino que realmente estaba despierto, con todo esto me tenté la cabeza, y los pechos, por certificarme, si era yo mismo el que alli estava, ó alguna fantasma vana, y contrahecha ; 5 pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados, que entre mí hacía, me certificaron, que yo era alli entonces él que soy aquí aora. Ofrecióseme luego á la vista un Real y suntuoso palacio, ó alcazar, cuyos muros, y paredes parecian de transparente y claro cristal fabricados, del qual abriendose dos grandes puertas, vi, que 10 por ellas salia, y hacía mí se venia un venerable Anciano, vestido con un capuz de bayeta-morada, que por el suelo le arrastrava : ceñiale los ombros, y los pechos una beca de Colegial de raso verde, cubriale la cabeza una gorra Milanesa negra, y la barba canisima le pasava de la cintura, no traya arma ninguna, sino un Rosario de 15 cuentas en la mano, mayores que medianas nuezes, y los dieces así mismo como huevos medianos de avestruz : el continente, el paso, la gravedad, y la anchisima presençia, cada cosa de po sí, y todas juntas me suspendieron, y admiraron. Llegóse á mí, y lo primero que hizo, fue abrazarme estrechamente, y luego decirme : 20 Luengos tiempos ha, valeroso Cavallero Don Quixote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados, esperamos verte, para que des noticia al mundo, de lo que encierra, y cubre la profunda cueva, por donde has entrado, llamada la Cueva de Montefinos : hazaña solo guardada para ser acometida de tu inven- 25 cible corazon, y de tu animo estupendo. Ven conmigo, Señor clarísimo, que te quiero mostrar las maravillas, que este transparente alcazar solapa de quien yo soy Alcayde, y guarda mayor perpetua, porque soy el mismo Montefinos, de quien la Cueva toma nombre. A penas me dixo, que era Montefinos, quando le pregunté,

gunté, si fue verdad, lo que en el mundo de acarriba se contava, que él avia sacado de la mitad del pecho con una pequeña daga el corazon de su grande amigo Durandarte, y llevadole á la Señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte. Respondi-
5 óme, que en todo decian verdad, fino en la daga; porque no fue daga, ni pequeña, fino un puñal buido, mas agudo que una lezna. Devia de ser, dixo á este punto Sancho, el tal puñal de Ramon de Hoces el Sevillano. No sé, prosiguió Don Quixote, pero no sería dese puñalero; porque Ramon de Hoces fue ayer, y lo de
10 Roncesvalles, donde aconteció esta desgracia, ha muchos años, y esta averiguacion no es de importancia, ni turba, ni altera la verdad, y contesto de la historia. Así es, respondió el Primo, prosiga vuestra merced, Señor Don Quixote, que le escucho con el mayor gusto del mundo. No con menor lo cuento yo, respondió
15 Don Quixote, y así digo, que el venerable Montefinos me metió en el chrystalino palacio, donde en una sala baxa fresquísima sobre modo, y toda de alabastro, estava un sepulcro de marmol con gran maestria fabricado, sobre el qual ví á un Cavallero tendido de largo á largo, no de bronce, ni de marmol, ni de jaspe, hecho como
20 los fuele aver en otros sepulcros fino de pura carne, y de puros huesos: tenía la mano derecha (que á mi parecer es algo peluda, y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño) puesta sobre el lado del corazon y antes que preguntase nada á Montefinos, viendome suspenso, mirando al del sepulcro, me dixo: Este es mi a-
25 migo Durandarte, flor, y espejo de los Cavalleros enamorados, y valientes de su tiempo, tiencle aquí encantado, como me tiene á mí, y á otros muchos, y muchas, Merlin, aquel Frances encantador, que dicen, que fue hijo del diablo, y lo que yo creo es, que no fue hijo del diablo, fino que supo, como dicen, un punto mas que el diablo. El como, ó para que nos encantó, nadie lo sabe: y ello
dirá

dira andando los tiempos, que no estan muy lexos, segun imagino :
lo que á mí me admira es, que sé tan cierto, como aora es de dia,
que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos, y que despues
de muerto le saqué el corazon con mis propias manos, y en verdad
que devia de pesar dos libras ; porque segun los naturales él que ti- 5
ene mayor corazon es dotado de mayor valentia del, que le tiene
pequeño : pues siendo esto así, y que realmente murió este Caval-
lero, como aora se queixa, y suspira de quando en quando, como si
estuviese vivo ? Esto dicho el misero Durandarte dando una gran
voz dixo : O mi primo Montefinos, lo postrero que os rogava, 10
que quando yo fuere muerto, y mi anima arrancada, que llevais mi
corazon, adonde Belerma estava, facandomele del pecho, ya con
puñal, ya con daga : oyendo lo qual el venerable Montefinos se
puso de rodillas ante el lastimado Cavallero, y con lagrimas en los
ojos le dixo. Ya, Señor Durandarte, carisimo primo mio, ya hice 15
lo que me mandastes en el aciágo dia de nuestra perdida, yo os sa-
qué el corazon, lo mejor que pude, sin que os dexase una minima
parte en el pecho, yo le limpie con un pañizuelo de puntas, yo
paltí con el de carrera para Francia, aviendoos primero puesto en
el seno de la tierra con tantas lagrimas, que fueron bastantes á la- 20
varme las manos, y limpiarme con ellas la sangre, que tenían, de
averos andado en las entrañas : y por mas señas, primo de mi
alma, en el primero lugar que topé, saliendo de Roncesvalles, eché
un poco de sal en vuestro corazon ; porque no oliese mal, y fuese
fino fresco, alomenos amojamado á la presencia de la Señora Beler- 25
ma, la qual con vos, y conmigo, y con Guadiana vuestro escudero,
y con la Dueña Ruydera, y sus siete hijas, y dos sobrinas, y con
otros muchos de vuestros conocidos, y amigos nos tiene aquí en-
cantados el Sabio Merlin, ha muchos anos, y aunque pasan de qui-
nientos, no se ha muerto ninguno de nosotros, solamente faltan

r

Ruydera,

Roydera, y sus hijas, y sobrinas, las quales llorando (por compasión que devió de tener Merlin dellas) las convirtió en otras tantas lagunas, que aora en el mundo de los vivos, y en la provincia de la Mancha las llaman las Lagunas de Roydera, las siete
5 son de los Reyes de España, y las dos sobrinas de los Cavalleros de una Orden fantísima, que llaman de San Juan. Guadiana vuestro escudero planiendo así mismo vuestra desgracia, fue convertido en un rio llamado de su mismo nombre, el qual quando llegó a la superficie de la tierra, y vió el sol del otro cielo, fue tanto el pesar
10 que sintió de ver, que os dexava, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero como no es posible, dexar de acudir á su natural corriente, de quando en quando sale, y se muestra, donde el sol, y las gentes le vean: vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las quales, y con otras muchas, que se llegan, entra
15 pomposo y grande en Portugal. Pero con todo esto por donde quiera que va muestra su tristeza, y melancolia, y no se precia de oriar en sus aguas peces regalados, y de estima, sino burdos, y defabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado: y esto que agora os digo, ó primo mio, os lo he dicho muchas veces, y como no me
20 respondeis, imagino que no me dais credito, ó no me ois, de lo que yo recibo tanta pena, qual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar aora, las quales ya que no sirvan de alivio á vuestro dolor, no os le aumentaran en ninguna manera. Sabed, que teneis aquí en vuestra presencia, y abrid los ojos, y vereislo, aquel gran Ca-
25 vallero de quien tantas cosas tiene profetizadas el Sabio Merlin, aquel Don Quixote de la Mancha digo, que de nuevo, y con mayores ventajas que en los pasados siglos ha resucitado en los presentes la ya olvidada Andante Cavalleria, por cuyo medio y favor podría ser que nosotros fuesemos desencantados, que las grandes hazañas para los grandes hombres estan guardadas. Y quando así no
sea,

fea, respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baxa, quando así no sea, ó primo, digo paciencia y barajar, y bolviéndose de lado, tornó á su acostumbrado silencio, sin hablar mas palabra. Oyeronse en esto grandes alaridos, y llantos, acompañados de profundos gemidos, y angustiados sollozos, helví la cabeza, y vi por las paredes de cristal, que por otra sala pasava una procesion de dos hileras de hermosísimas doncellas todas vestidas de luto con turbantes blancos sobre las cabezas, al modo Turquesco, al cabo y fin de las hileras venia una señora, que en la gravedad lo parecia, así mismo vestida de negro con tocas blancas tan tendidas y largas, que besavan la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de alguna de las otras, era cexijunta, y la nariz algo chata, la boca grande, pero colorados los labios: los dientes, que tal vez los descubria, mostravan ser malos, y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras, traya en las manos un lienzo delgado, y entre el, á lo que pude divisar, un corazon de carne momia, segun venia seco, y amojamado; dixome Montefinos, como toda aquella gente de la procesion eran sirvientes de Durandarte, y de Belerma, que alli con sus dos señores estaban encantados, y que la ultima que traya el corazon entre el lienzo y en las manos era la señora Belerma, la qual con sus doncellas, quatro dias en la semana, hacian aquella procesion, y cantavan, ó por mejor decir, lloravan endechas sobre el cuerpo, y sobre el lastimado corazon de su primo, y que si me avia parecido fea ó no tan hermosa, como tenía la fama, era la causa las malas noches, y peores dias que en aquel encantamento pasava, como lo podia ver en sus grandes ojeras, y en su color quebradiza, y no toma ocasion su amarillez, y sus ojeras, de estar con el mal menfil, ordinario en las mugeres: porque ha muchos meses, y aun años, que no le tiene, ni aloma por sus puertas, sino del dolor que siente

su corazon por él que de contino tiene en las manós, que le renueva y trae á la memoria la desgracia de su mal logrado amante, que si esto no fuera, á penas la igualara en hermosura, donaire, y brio, la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos, y aun en todo el mundo. Cepos quedos, dixo yo entonces, Señor Don Montefinos, cuente vuestra merced su historia como deve, que ya sabe, que toda comparacion es odiosa, y así no ay para que comparar á nadie con nadie: la fin par Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora Doña Belerma es quien es, y quien ha sido, y quese aquí. A lo que él me respondió, Señor Don Quixote, perdoneme vuestra merced, que yo confieso que anduve mal, y no dixe bien en decir, que á penas igualara la señora Dulcinea á la señora Belerma, pues me bastava á mí aver entendido, por no sé que barruntos, que vuestra merced es su Cavallero, para que me mordiera la lengua antes de compararla, fino con el mismo cielo. Con esta satisfacion que me dió el gran Montefinos, se quietó mi corazon del sobrefalto que recibí en oir que á mi señora la comparavan con Belerma. Y aun me maravillo yo, dixo Sancho, de como vuestra merced no se subió sobre el vejote, y le molió á coces todos los huesos, y le peló las barbas, sin dexarle pelo en ellas. No, Sancho amigo, respondió Don Quixote, no me estava á mí bien hacer eso, porque estamos todos obligados, á tener respeto á los ancianos; aunque no sean Cavalleros, y principalmente á los que lo son, y estan encantados: yo sé bien, que no nos quedamos á dever nada en otras muchas demandas, y respuestas, que entre los dos pasamos. A esta sazón, dixo el Primo, yo no sé, Señor Don Quixote, como vuestra merced en tan poco espacio de tiempo, como ha, que está allá baxo, aya visto tantas cosas, y hablado, y respondido tanto. Quanto ha que baxe? preguntó Don Quixote. Poco mas de una hora, respondió Sancho. Eso no puede fer,

fer, replicó Don Quixote, porque allá me anocheció, y amaneció : y tornó á anohecer, y amanecer tres veces, de modo que á mi cuenta tres dias he estado en aquellas partes remotas y escondidas á la vista nuestra. Verdad deve de decir mi Señor, dixo Sancho, que como todas las cosas que le han sucedido, son por encanta- 5 mento, quiza lo que á nosotros nos parece una hora, deve de parecer allá tres dias con sus noches. Así será, respondió Don Quixote. Y ha comido vuestra merced en todo este tiempo, Señor mió, preguntó el Primo? No me he desayunado de bocado, respondió Don Quixote, ni aun he tenido hambre, ni por pensamiento. Y 10 los encantados comen, dixo el Primo? No comen, respondió Don Quixote, ni tienen escrementos mayores, aunque es opinion, que les crecen las uñas, las barbas, y los cabellos. Y duermen por ventura los encantados, Señor? preguntó Sancho. No por cierto, respondió Don Quixote, alomenos en estos tres dias, que yo he 15 estado con ellos, ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco. Aquí encaxa bien el refran, dixo Sancho, de dime con quien andas, decirte he quien eres : andase vuestra merced con encantados, ayunos, y vigilantes, mirad, si es mucho que ni coma, ni duerma mientras con ellos anduviere, pero perdoneme vuestra merced, Señor 20 mio, si le digo, que de todo quanto aquí ha dicho, lleveme Dios, que iva á decir el diablo, si le creo cosa alguna. Como no, dixo el Primo, pues avia de mentir el Señor Don Quixote, que aunque quisiera, no ha tenido lugar para componer, é imaginar tanto millon de mentiras? Yo no creo, que mi señor miente, respondió 25 Sancho. Sino que crees? le preguntó Don Quixote. Creo, respondió Sancho, que aquel Merlin ó aquellos encantadores, que encantaron á toda la chusma, que vuestra merced dice, que ha visto, y comunicado allá baxo, le encaxaron en el magin, ó la memoria toda esa maquina, que nos ha contado, y todo aquello que por con-
tar

tar le queda. Todo eso pudiera ser, Sancho, replicó Don Quixote, pero no es así, po que lo que he contado, lo vi por mis propios ojos, y lo toqué con mis mismas manos: pero que diras quando te diga yo aora como entre otras infinitas cosas y maravillas
5 que me mostró Montefinos las quales de espacio, y á sus tiempos te las iré contando en el discurso de nuestro viage, por no ser todas deste lugar, me mostró tres labradoras, que por aquellos amenifimos campos ivan saltando y brincando, como cabras, y á penas las hueve visto, quando conocí, ser la una la fin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas Labradoras que venian con
10 ella, que hablamos á la Salida del Toboso. Pregunté á Montefinos, si las conocia? respondió me, que no: pero que él imaginava, que devian de ser algunas Señoras principales encantadas, que pocos dias avia, que en aquellos prados avian parecido, y
15 que no me maravillase desto, porque alli estavan otras muchas señoras de los pasados, y presentes siglos encantadas en diferentes y estrañas figuras, entre las quales conocia él á la Reyna Ginebra y su Dueña Quintañona, escanciando el vino á Lanzarote quando de Bretaña vinó. Quando Sancho Panza oyó decir esto á su Amo,
20 pensó perder el juicio, ó morirle de risa que como él sabia la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él avia sido el encantador, y el levantador de tal testimonio, acabó de conocer indubitavelmente, que su Señor estava fuera de juicio, y loco de todo punto: y así le dixo: En mala coyuntura, y en peor sazon,
25 y en aciago dia baxó vuestra merced, caro patron mio, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montefinos, que tal nos le ha buuelto. Bien se estava vuestra merced acarriba con su entero juicio, tal qual Dios se le avia dado, hablando sentencias, y dando consejos á cada paso, y no agora contando los mayores disparates que pueden imaginarse. Cómo te conozco, Sancho, respondió Don
Quix-

Quixote, no hago caso de tus palabras. Ni yo tampoco de las de vuestra merced, replicó Sancho, si quiera me hiera, si quiera me mate, por las que le he dicho, ó por las que le pienso decir, si en las fuyas no se corrige, y enmienda. Pero dígame vuestra merced aora que estamos en paz, como, ó en que conoció á la señora nuestra ama, y si la habló, que dixo, y que le respondió? Conocíla, respondió Don Quixote, en que trae los mismos vestidos, que traya, quando tú me la mostrase; hablela, pero no me respondió palabra, antes me bolvió las espaldas, y se fue huyendo con tanta priesa, que no la alcanzara una xara: quise seguirla, y lo hiciera, si no me aconsejára Montefinos, que no me cansase en ello, porque sería en balde, y mas porque se llegava la hora, donde me convenia bolver á salir de la sima. Dixome así mismo, que andando el tiempo se me daría aviso: como avian de ser desencantados él, y Belerma, y Durandarte, con todos los que alli estaban: pero lo que mas pena me dió de las que alli vi, y noté, fue, que estandome diciendo Montefinos estas razones, se llegó á mí por un lado, sin que yo la viese venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lagrimas con turbada, y baxa voz me dixo, mi señora Dulcinea del Toboso besa á vuestra merced las manos, y suplica á vuestra merced se la haga de hacerla saber, como está, y que por estar en una gran necesidad, así mismo suplica á vuestra merced, quan encarecidamente puede, sea servido, de prestarle sobre este faldellin, que aquí traigo, de cotonia nuevo media docena de Reales, ó los que vuestra merced tuviere, que ella da su palabra, de bolverelos con mucha brevedad. Suspendióme, y admiróme el tal recado, y bolviendome al señor Montefinos, le pregunté, es posible, Señor Montefinos, que los encantados principales padecen necesidad? A lo que él me respondió: Creame vuestra merced, Señor Don Quixote de la Mancha, que esta que
lla-

llaman necesidad, adonde quiera se usa, y por todo se estiende, y á todos alcanza, y aún hasta los encantados no perdona, y pues la Señora Dulcinea del Toboso embia á pedir esos seis Reales, y la prenda es buena, segun parece, no ay sino dárselos, que sin duda
5 deve de estar puesta en algun grande aprieto. Prenda no la tomaré yo, le respondí, ni menos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos quatro reales, los quales le dí, que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro dia, para dar limosna á los pobres que topase por los caminos, y le dixé: Decid, amiga mia, á vuestra Se-
10 ñora, que á mí me pesa en el alma de sus trabajos y que quisiera ser un Fucar, para remediarlos, y que le hago saber, que yo no puedo, ni devo tener salud, careciendo de su agradable vista, y discreta conversacion, y que le suplico, quan encarecidamente pueda, sea servida su merced de dexarse ver, y tratar deste su cautivo
15 servidor, y asendereado Cavallero. Direisle tambien, que quando menos se lo piense, oira decir como yo he hecho un juramento, y voto, á modo de aquel que hizo el Marques de Mantua, de vengar á su sobrino Baldovinos, quando le halló para espirar en mitad de la Montaña, que fue, de no comer pan á manteles, con las otras
20 zarandajas, que alli añadió, hasta vengarle: y así le haré yo, de no fosegar, y de andar las siete partidas del mundo, con mas puntualidad que las anduvo el Infante Don Pedro de Portugal, hasta desencantarla. Todo eso, y mas deve vuestra merced á mi señora, me respondió la doncella, y tomando los quatro reales en lugar de
25 hacer me una reverencia, hizo una cabriola, que se levantó dos varas de medir en el aire. O santo Dios, dixo á este tiempo dando una gran voz Sancho, es posible, que tal ay en el mundo, y que tengan en el tanta fuerza los encantadores y encantamentos, que ayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura. O Señor, Señor, por quien Dios es, que vuestra merced
mire

mire por sí, y buelva por su honra, y no dé credito á esas vaciedades que le tienen menguado, y descabalado el sentido. Como me quieres bien, Sancho, hablas desta manera, dixo Don Quixote, y como no estas experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles: pero 5
 andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abaxo he visto, que te haran creer las que aquí he contado, cuya verdad ni admite replica ni disputa.

Cap. XXIV. Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande Historia. 10

DICE él que traduxo esta grande Historia del original de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capitulo de la aventura de la Cueva de Montesinos, en el margen del estaban escritas de mano del mismo Hamete estas mismas razones. 15

No me puedo dar á entender, ni me puedo persuadir, que al valeroso Don Quixote le pasase puntualmente todo lo que en el antecedente capitulo queda escrito: la razon es, que todas las aventuras hasta aquí sucedidas han sido contingibles, y verisimiles: pero esta desta cueva no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera, por ir tan fuera de los terminos razonables: pues pensar yo que Don Quixote mintiese, siendo el mas verdadero Hidalgo, y el mas noble Cavallero de sus tiempos, no es posible, que no dixera él una mentira si le afaetearan. Por otra parte considero, que él la contó, y la dixo con todas las circunstancias dichas, y 25
 que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran maquina de dis-

parates, y si esta aventura parece apocrifa, yo no tengo la culpa, y así sin afirmarla por falsa, ó verdadera la escribo. Tu, lector, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no devo, ni puedo más, puesto que se tiene por cierto, que al tiempo de su fin y muerte, dicen, que se retrató della, y dixo, que él la avia inventado por parecerle que convenia, y quadrava bien con las aventuras que avia leído en sus historias, y luego prosigue diciendo.

Espantóse el Primo, así del atrevimiento de Sancho Panza, como de la paciencia de su Amo, y juzgó que del contento que tenía de aver visto á su Señora Dulcinea del Toboso, (aunque encantada) le nacia aquella condicion blanda, que entonces mostrava, porque si así no fuera, palabras y razones le dixo Sancho, que merecian molerle á palos : porque realmente le pareció, que avia andado atrevidillo con su Señor, á quien le dixo : Yo, Señor Don Quixote de la Mancha, doy por bien empleadísima la jornada que con vuestra merced he hecho, porque en ella he grangeado quatro cosas. La primera, aver conocido á vuestra merced, que lo tengo á gran felicidad : La segunda, aver sabido lo que se encierra en esta Cueva de Montefinos, con las mutaciones de Guadiana, y de las lagunas de Ruydera que me serviran para el Ovidio Español, que traigo entre manos : La tercera, entender la antigüedad de los naipes, que por lo menos ya se usavan en tiempo del Emperador Carlo Magno, segun puede colegirse de las palabras que vuestra merced dice, que dixo Durandarte, quando, al cabo del aquel grande espacio que estuvo hablando con él Montefinos, el despertó, diciendo : Paciencia, y barajar, y esta razon y modo de hablar no la pudo aprender encantado, sino quando no lo estava en Francia, y en tiempo del referido Emperador Carlo Magno, y esta averiguacion me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es Suplemento de Virgilio Polidoro, en la invencion de las antigüedades,

guedades, y creo que en el fuyo no se acordó de poner la de los naipes, como la pondre yo aora, que será de mucha importancia, y mas alegando autor tan grave y tan verdadero, como es el Señor Durandarte. La quarta, es aver sabido con certidumbre el nacimiento del rio Guadiana, hasta aora ignorado de las gentes. Vuestra merced tiene razon, dixo Don Quixote : pero querria yo saber, ya que Dios le haga merced, de que se le dé licencia para imprimir esos sus libros (que lo dudo) á quien piensa dirigirlos ? Señores y Grandes ay en España, á quien puedan dirigirse, dixo el Primo. No muchos, respondió Don Quixote, y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos, por no obligarse á la satisfacion, que parece se deve al trabajo y cortesia de sus autores. Un principe conozco yo, que puede suplir la falta de los demas, con tantas ventajas, que si me atreviere á decirlas, quiza despertara la invidia en mas de quatro generosos pechos: pero quedese esto aquí para otro tiempo mas comodo, y vamos á buscar adonde recogernos esta noche. No lexos de aquí, respondió el Primo, está una hermita, donde hace su habitacion un hermitaño, que dicen ha sido soldado, y está en opinion de ser un buen Christiano, y muy discreto, y caritativo á demas. Junto con la hermita tiene una pequeña casa, que él ha labrado á su costa: pero con todo, aunque chica, es capaz de recibir huéspedes. Tiene por ventura gallinas el tal hermitaño ? pregunto Sancho. Pocos hermitaños estan sin ellas, respondió Don Quixote, porque no son los, que agora se usan, como aquellos de los desiertos de Egypto, que se vestian de hojas de palma, y comian raices de la tierra, y no se entienda que por decir bien de aquellos, no lo digo de aquestos, sino que quiero decir, que al rigor y estrechez de entonces no llegan las penitencias de los de agora : pero no por esto dexan de ser todos buenos, alomenos yo por buenos los juzgo, y quando todo corria turbio menos mal hace el hipocrita que se finge

bueno, que el publico pecador. Estando en esto, vieron que há-
cia donde ellos estaban venia un hombre á pie, caminando á priesa,
y dando varazos á un macho que venia cargado de lanzas y de ala-
bardas; quando llegó á ellos los saludó, y pasó de largo; Don
5 Quixote le dixo: Buen hombre, deteneos, que parece que vays
con mas diligencia que ese macho ha menester. No me puedo de-
tener, Señor, respondió el hombre, porque las armas que veys
que aquí llevo han de servir mañana, y así me es forzoso el no
detenerme, y á Dios: pero si quisieredes saber para que las llevo,
10 en la venta que está mas arriba de la hermita pienso alojar esta no-
che, y si es que haceis este mismo camino, alli me hallareis, donde
os contaré maravillas, y á Dios otra vez; y de tal manera aguijó el
macho, que no tuvo lugar Don Quixote de preguntarle que mara-
villas eran las que pensava decirles, y como él era algo curioso,
15 y siempre le fatigavan deseos de saber cosas nuevas, ordenó, que
al momento se partiesen, y fuesen á pasar la noche en la venta, sin
tocar en la hermita, donde quisiera el Primo que se quedaran. Hi-
zose así, subieron á cavallo, y siguieron todos tres el derecho ca-
mino de la venta, á la qual llegaron un poco antes de anochecer:
20 dixo el Primo á Don Quixote, que llegasen á ella á beber un trago.
A penas oyó esto Sancho Panza, quando encaminó el Rucio á la
hermita, y lo mismo hicieron Don Quixote y el Primo: pero la
mala suerte de Sancho parece que ordenó, que el hermitaño no
estuviese en casa, que así se lo dixo una fota hermitaño, que en la
25 hermita hallaron, pidieronle de lo caro, respondió, que fu Señor
no lo tenía: pero que si querian agua barata, que se la daria de
muy buena gana. Si yo la tuviera de agua, respondió Sancho, po-
zos ay en el camino, donde la huviera satisfecho. A Bodas de Ca-
macho, y abundancia de la casa de Don Diego, y quantas veces os
tengo de echar menos! Con esto dexaron la hermita, y picaron
hácia

hácia la venta, y á poco trecho toparon un mancebito, que delante dellos iba caminando no con mucha priesa, y así le alcanzaron: llevaba la espada sobre el ombro, y en ella puesto un bulto, ó emboltorio, al parecer de sus vestidos, que al parecer devian de ser los calzones, ó greguescos, y herreruelo, y alguna camisa, porque 5 traya puesta una ropilla de terciopelo con algunas vislumbres de raso, y la camisa de fuera, las medias eran de seda, y los zapatos cuadrados á uso de Corte, la edad llegaría á diez y ocho, ó diez y nueve años, alegre de rostro, y al parecer agil de su persona, iba cantando seguidillas para entretener el trabajo del camino; quando 10 llegaron á él, acabava de cantar una, que el Primo tomó de memoria, que dicen, que decia.

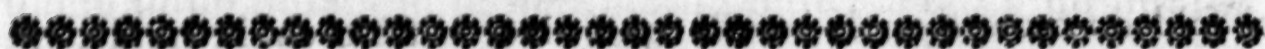
*A la guerra me lleva mi necesidad,
Si tuviera dineros no fuera en verdad.*

El primero que le habló fue Don Quixote, diciendole, muy a la 15 ligera camina vuesa merced, señor galan, y adonde bueno, sepamos, si es que gusta decirlo? A lo que el mozo respondió, el caminar tan á la ligera, lo causa el calor, y la pobreza, y el adonde voy es á la guerra. Como la pobreza? preguntó Don Quixote, que por el calor bien puede ser. Señor, replicó el mancebo, yo llevo 20 en este emboltorio unos greguescos de terciopelo compañeros desta ropilla, si los gasto en el camino, no me podre honrar con ellos en la ciudad, y no tengo con que comprar otros, y así por esto, como por orearme voy desta manera hasta alcanzar unas compañías de Infanteria, que no estan doce leguas de aquí, donde asentare mi plaza, y no faltarán bagajes en que caminar de alli adelante, hasta 25 el embarcadero, que dicen ha de ser en Cartagena, y mas quiero tener por amo, y por señor al Rey, y servirle en la guerra, que no á un pelon en la Corte: y lleva vuesa merced alguna ventaja por

por ventura, preguntó el Primo? Si yo huviera servido á algun Grande de España, ó algun principal personage, respondió el mozo, á buen seguro, que yo la llevara, que eso tiene el servir á los buenos, que del tinelo suelen salir á ser Alferes, ó Capitanes, ó con
5 algun buen entretenimiento: pero yo desventurado serví siempre á cata riberas, y á gente advenediza de racion y quitacion, tan misera, y atenuada, que en pagar el almidonar un cuello se consumia la mitad della, y sería tenido á milagro que un page aventurero alcanzase alguna fiquiera razonable ventura. Y digame por
10 su vida, amigo, preguntó Don Quixote, es posible que en los años que sirvió no ha podido alcanzar alguna librea? Dos me han dado, respondió el page: pero así como él que se sale de alguna religion antes de profesar le quitan él habito, y le buelven sus vestidos: así me bolvian á mí los míos mis amos, que acabados los negocios á
15 que venian á la Corte se bolvian á sus casas, y recogian las libreas que por sola ostentacion avian dado. Notable espilorcheria, como dice el Italiano, dixo Don Quixote: pero con todo eso tenga á felice ventura el aver salido de la Corte con tan buena intencion como lleva, porque no ay otra cosa en la tierra mas honrada,
20 ni de mas provecho, que servir á Dios primeramente, y luego á su Rey, y señor natural, especialmente en el exercicio de las armas, por las quales se alcanzan, sino mas riquezas, alomenos mas honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces, que puesto que han fundado mas mayorazgos las letras que las
25 armas, toda via llevan un no sé que los de las armas á los de las letras con un, si sé que dé esplendor, que se halla en ellos, que los aventaja á todos. Y esto que aora le quiero decir, llevelo en la memoria, que le fera de mucho provecho, y alivio en sus trabajos, y es que aparte la imaginacion de los sucesos adversos, que le podrán venir, que el peor de todos es la muerte, y como esta sea buena

ena el mejor de todos es el morir. Preguntaronle á Julio Cesar aquel valeroso Emperador Romano, qual era la mejor muerte, respondió que la impensada, la de repente, y no prevista, y aunque respondió como Gentil, y ageno del conocimiento del verdadero Dios, con todo eso dixo bien para ahorrarse del sentimiento humano, 5 que puesto caso que os maten en la primera faccion y refriega, ó ya de un tiro de artilleria, ó volado de un mina, que importa, todo es morir, y acabase la obra, y segun Terencio mas bien parece el soldado muerto en la batalla que vivo, y salvo en la huida, y tanto alcanza de fama el buen soldado, quanto tiene de obediencia 10 á sus Capitanes, y à los que mandar le pueden, y advirtid, hijo, que al soldado mejor le está el oler á polvora, que algalia, y que si la vejez os coge en este honroso exercicio, aunque sea lleno de heridas, y estropeado, ó coxo, alomenos no os podra coger sin honra, y tal que no os la podra menoscabar la pobreza, quanto mas que 15 ya se va dando orden como se entretengan y remedien los soldados viejos, y estropeados, porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran y dan libertad á sus negros, quando ya son viejos, y no pueden servir, y echandoles de casa con titulo de libres los hacen esclavos de la hambre, de quien no piensan ahorrarse sino con la muerte, y por aora no os quiero decir mas, sino 20 que subais á las ancas deste mi cavallo hasta la venta, y alli cenareis conmigo, y por la mañana seguireis el camino, que os le dé Dios tan bueno como vuestros deseos merecen. El page no aceptó el combite de las ancas, aunque sí el de cenar con él en la venta, y 25 á esta fazon dicen, que dixo Sancho entre sí: Valate Dios por Señor, y es posible, que hombre que sabe decir tales, tantas, y tan buenas cosas como aquí ha dicho, diga que ha visto los disparates imposibles, que cuenta de la Cueva de Montesinos? Aora bien ello dirá, y en esto llegaron á la venta á tiempo que anoche-
cia,

cia, y no sin gusto de Sancho, por ver que su Señor la juzgó por verdadera venta, y no por castillo, como solia. No huvieron bien entrado, quando Don Quixote preguntó al Ventero por el hombre de las lanzas y alabardas, el qual le respondió, que en la cavalleriza estava acomodando el macho, lo mismo hicieron de sus jumentos el Sobrino, y Sancho, dando á Rozinante el mejor pesebre, y el mejor lugar de la cavalleriza.



Cap. XXV. Donde se apunta la aventura del Rebuzno, y la graciosa del Titerero con las memorables adivinanzas del Mono adivino.

10 **N**O se le cocia el pan á Don Quixote (como suele decirse) hasta oir y saber las maravillas prometidas del hombre conductor de las armas, fuele á buscar donde el Ventero le avia dicho que estava, y hallóle, y dixole, que en todo caso le dixese luego lo que le avia de decir despues, acerca de lo que le avia preguntado
15 en el camino. El hombre le respondió mas despacio, y no en pie, se ha de tomar el cuento de mis maravillas, dexeme vuestra merced, Señor bueno, acabar de dar recado á mi bestia, que yo le dire cosas que le admiren. No quede por eso, respondió Don Quixote, que yo os ayudaré á todo, y así lo hizo, aechandole la cevada, y lim-
20 piando el pesebre, humildad, que obligó al hombre á contarle con buena voluntad lo que le pedia, y sentandose en un poyo, y Don Quixote junto á él, teniendo por senado y auditorio al Primo, al Page, á Sancho Panza, y al Ventero, comenzó á decir desta manera: Sabran vuestras mercedes, que en un lugar, que está quatro
25 leguas y media desta venta, sucedió, que á un Regidor del, por industria, y engaño de una muchacha criada suya, y esto es largo de contar,

contar, le faltó un asno, y aunque el tal Regidor hizo las diligencias posibles, por hallarle, no fue posible. Quince dias serían pasados, segun es publica voz y fama, que el asno faltava, quando estando en la plaza el Regidor perdidoſo, otro Regidor del mismo pueblo le dixo: Dadme albricias, compadre, que vuestro jumento ha pa- 5 recido. Yo os las mando, y buenas, compadre, respondió el otro, pero sepamos donde ha parecido? En el monte, respondió el hal- lador, le vi esta mañana sin albarda, y sin aparejo alguno, y tan flaco, que era una compaſion miralle, quisele antecoger delante de mí, y traerolle, pero eſtá ya tan montaraz, y tan uraño, que 10 quando llegué á él, ſe fue huyendo, y ſe entró en lo mas escondido del monte, ſi quereis, que bolvamos los dos á buscarle, dexadme poner eſta borrica en mi caſa, que luego buelvo. Mucho placer me hareis, dixo él del jumento, é yo procuraré pagaros lo en la misma moneda. Con eſtas circunſtancias todas, y de la misma 15 manera, que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos, que eſtan enterados en la verdad deſte caſo: en reſolucion los dos Re- gidores á pie, y mano á mano ſe fueron al monte, y llegando al lugar, y ſitio; donde penſaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque mas le buscaron: 20 viendo pues, que no parecia, dixo el Regidor, que le avia viſto el otro. Mirad, compadre, una traza me ha venido al penſamiento, con la qual ſin duda alguna podremos deſcubrir eſte animal, aunque eſté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte: y es, que yo ſé rebuznar maravilloſamente, y ſi vos ſabeis algun tanto, 25 dad el hecho por concluido. Algun tanto decís, compadre, dixo el otro, por Dios que no dé la ventaja á nadie, ni aun á los mismos afnos. Ahora lo veremos, respondió el Regidor ſegundo, porque tengo determinado, que os vais vos por una parte del monte, y yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo, y de trecho

en trecho rebuznareis vos, y rebuznare yo, y no podra ser menos, fino que el asno nos oya y nos responda, si es que está en el monte. A lo que respondió el dueño del jumento: digo, compadre, que la traza es excelente, y digna de vuestro gran ingenio, y dividiéndose los dos segun el acuerdo, sucedió, que casi á un mismo tiempo rebuznaron, y cada uno engañado del rebuzno del otro acudieron á buscarse, pensando, que ya el jumento avia parecido, y en viéndose dixo el perdidoso: Es posible, compadre, que no fue mi asno él que rebuznó. No fue fino yo, respondió el otro. Ahora digo, dixo el dueño, que de vos á un asno, compadre, no ay alguna diferencia, en quanto toca al rebuznar: porque en mi vida he visto, ni oido cosa mas propia. Esas alabanzas y encarecimiento, respondió el de la traza, mejor os atañen, y tocan á vos, que á mí, compadre, que por el Dios que me crió, que podeis dar dos rebuznos de ventaja al mayor, y mas perito rebuznador del mundo; porque el sonido que teneis es alto, lo sostenido de la voz á su tiempo, y compas, los dexos muchos, y apresurados, y en resolucion yo me doy por vencido, y os rindo la palma, y doy la vanderá desta rara habilidad. Ahora digo, respondió el dueño, que me tendré, y estimaré en mas de aquí adelante, y pensaré, que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia, que puesto, que pensara, que rebuznava bien, nunca entendí, que llegava al estremo que decis. Tambien diaté yo ahora, respondió el segundo, que ay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse dellas. Las muestras, respondió el dueño, si no es en casos semejantes como el que traemos entre manos, nonos pueden servir en otros, y aun en este plega á Dios, que nos sean de provecho. Esto dicho se tornaron á dividir, y á bolver á sus rebuznos, y á cada paso se engañavan, y bolvian á juntarse, hasta que se dieron por contraseño, que para entender, que eran ellos,

ellos, y no el asno, rebuznafen dos veces, una tras otra: con esto doblando á cada paso los rebuznos, rodearon todo el monte fin que el perdido jumento respondiese, ni aun por señas; mas como avia de responder el pobre, y mal logrado, si le hallaron en lo mas escondido del bosque comido de lobos? y en viendole, dixo 5 su dueño: Ya me maravillava yo, de que él no respondia, pues á no estar muerto, él rebuznára, si nos oyera, ó no fuera asno, pero á trueco de averos oido rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo, que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto. En buena mano está, compadre, respondió 10 el otro, pues si bien canta el abad, no le va enzaga el monacillo. Con esto desconsolados, y roncos se volvieron á su aldea, adonde contaron á sus amigos, vecinos, y conocidos, quanto les avia acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar, todo lo qual se supo, y se estendió por los lugares 15 circunvecinos: y el diablo que no duerme, como es amigo de sembrar, y derramar rencillas y discordia por do quiera, levantando caramillos en el viento, y grandes quimeras de no nada, ordenó, é hizo, que las gentes de los otros pueblos, en viendo á alguno de nuestra aldea, rebuznase, como dandoles en rostro con el rebuzno 20 de nuestros Regidores. Dieron en ello los muchachos, que fue dar en manos, y en bocas de todos los demonios del infierno, y fue cundiendo el rebuzno de en uno en otro pueblo, de manera que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno, como son conocidos, y diferenciados los negros de los blancos, y ha llegado á 25 tanto la desgracia desta burla, que muchas veces con mano armada, y formado esquadron han salido contra los burladores los burlados, á darse la batalla, sin poderlo remediar Rey, ni Roque, ni temor, ni verguenza: yo creo, que mañana, ó esotro dia han de salir en campaña los de mi pueblo, que son los del rebuzno con-

tra otro lugar, que está á dos leguas del nuestro, que es uno de los que mas nos persiguen, y por salir bien apercebidos llevo compradas estas lanzas, y alabardas, que aveis visto. Y estas son las maravillas que dixe, que os avia de contar, y fino os lo han parecido no sé otras: y con esto dió fin á su platica el buen hombre, y en esto entró por la puerta de la venta un hombre todo vestido de camuza, medias, greguescos, y jubon, y con voz levantada dixo, Señor huesped, ay posada? que viene aquí el mono adivino, y el retablo de la libertad de Melisendra. Cuerpo de tal, dixo el Ventero, que aquí está el señor Maese Pedro, buena noche se nos apareja, olvidavafeme de decir, como el tal maese Pedro traya cubierto el ojo izquierdo, y casi medio carrillo con un parche de tafetan verde, señal que todo aquel lado devia de estar enfermo, y el Ventero profiguió, diciendo. Sea bien venido vuestra merced, señor Maese Pedro, adonde está el mono, y el retablo, que no los veo? Ya llegan cerca, respondió el todo camuza, fino que yo me he adelantado, á saber, si ay posada. Al mismo Duque de Alva se la quitára, para darsela al señor Maese Pedro, respondió el Ventero, llegue el mono, y el retablo, que gente ay esta noche en la venta, que pagará el verle, y las habilidades del mono. Sea en buenora, respondió él del parche, que yo moderaré el precio, y con sola la costa me daré por bien pagado, y yo buelvo á hacer, que camine la carreta, donde viene el mono, y el retablo, y luego se bolvió á salir de la venta. Preguntó luego Don Quixote al Ventero, que Maese Pedro era aquel, y que retablo, y que mono traya. A lo que respondió el Ventero, este es un famoso titerero, que ha muchos dias que anda por esta Mancha de Aragon, enseñando un retablo de Melisendra dada por el famoso don Gayferos, que es una de las mejores, y mas bien representadas historias, que de muchos años á esta parte en este Reino se han visto: trae así mismo consigo

un mono de la mas rara habilidad que se vió entre monos, ni se imaginó entre hombres, porque si le preguntan algo está atento á lo que le preguntan, y luego salta sobre lós ombros de su amo, y llegandosele al oido le dice la respuesta de lo que le preguntan, y Maese Pedro la declara luego, y de las cosas pasadas dice mucho mas 5 que de las que estan por venir, y aunque no todas veces acierta en todas, en las mas no yerra, de modo que nós hace creer, que tiene el diablo en el cuerpo, dos reales lleva por cada pregunta, si es que el mono responde, quiero decir, si responde el amo por él, despues de averle hablado al oido, y así se cree que el tal Maese Pedro 10 está riquísimo, y es hombre galante (como dicen en Italia) y bon compañero, y dase la mejor vida del mundo, habla mas que seis, y bebe mas que doce, todo á costa de su lengua, y de su mono, y de su retablo. En esto bolvió Maese Pedro, y en una carreta venia el retablo, y el mono, grande, y sin cola, con las posaderas de fieltro : pero no de mala cara, y á penas le vió Don Quixote, quando le preguntó: Digame vuestra merced, señor adivino, que pexe pillamo, que ha de ser de nosotros, y ves aquí mis dos reales, y mandó á Sancho que se los diese á Maese Pedro, el qual respondió por el mono, y dixo: Señor, este animal no responde, ni da noticia 20 de las cosas que estan por venir, de las pasadas sabe algo, y de las presentes algun tanto. Voto arrus, dixo Sancho, no dé yo un ardite, porque me digan lo que por mí ha pasado, porque quien lo puede saber mejor que yo mismo, y pagar yo, porque me digan lo que sé, sería una gran necedad: pero pues sabe las cosas presentes, é aquí mis dos reales, y digame el señor monísimo, que hace aora mi muger Teresa Panza, y en que se entretiene; no quiso tomar Maese Pedro el dinero, diciendo: no quiero recebir adelantados los premios, sin que ayan precedido los servicios, y dando con la mano derecha dos golpes sobre el ombro izquierdo, en un brinco se le puso

puso el mono en el, y llegando la boca al oído dava diente con diente muy á priesa, y aviendo hecho este ademan por espacio de un Credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto con grandísima priesa se fue Maese Pedro á poner de rodillas ante Don Quixote, y abrazandole las piernas, dixo: Estas piernas abrazo, bien así como si abrazara las dos columnas de Hercules. O resucitador insigne de la ya puesta en olvido Andante Cavalleria, O no jamas como se deve alabado Cavallero Don Quixote de la Mancha, animo de los desmayados, arrimo de los que van á caer, brazo de
10 los caidos, baculo y consuelo de todos los desdichados. Quedó pasmado Don Quixote, absorto Sancho, suspenso el Primo, atonito el page, abobado él del rebuzno, confuso el Ventero, y finalmente espantados todos los que oyeron las razones del titerero; el qual prosiguió, diciendo: Y tu, ó buen Sancho Panza, el mejor
15 escudero, y del mejor Cavallero del mundo, alegrate, que tu buena muger Teresa está buena, y esta es la hora en que ella está rastrilando una libra de lino, y por mas señas tiene á su lado izquierdo un jarro desbocado, que cabe un buen porque de vino, con que se entretiene en su trabajo. Eso creo yo muy bien, respondió Sancho,
20 porque es ella una bienaventurada, y á no ser zelosa no la trocara yo por la Giganta Andandona, que segun mi señor fue una muger muy cabal, y muy de pro, y es mi Teresa de aquellas que no se dexan mal pasar, aunque sea á costa de sus herederos. Ahora digo, dixo á esta fazon Don Quixote, que él que lee mucho, y anda mu-
25 cho, vee mucho, y sabe mucho. Digo esto, porque, que persuasion fuera bastante para persuadirme, que ay monos en el mundo que adivinen, como lo he visto aora por mis propios ojos, porque yo soy el mismo Don Quixote de la Mancha, que este buen animal ha dicho, puesto que se ha estendido algun tanto en mis alabanzas: pero como quiera que yo me sea, doy gracias al cielo, que me dotó de
de

de un animo blando y compasivo, inclinado siempre á hacer bien á todos, y mal á ninguno. Si yo tuviera dineros, dixo el page, preguntara al señor mono que me ha de suceder en la peregrinacion que llevo. A lo que respondió Maese Pedro (que ya se avia levantado de los pies de Don Quixote) ya he dicho que esta bestezuela no responde á lo por venir, que si respondiera, no importara no aver dineros, que por servicio del Señor Don Quixote, que está presente, dexara yo todos los intereses del mundo, y agora porque se lo devo, y por darle gusto quiero armar mi retablo, y dar placer á quantos estan en la venta sin paga alguna. Oyendo lo qual el Ventero, alegre sobre manera, señaló el lugar donde se podia poner el retablo, que en un punto fue hecho. Don Quixote no estava muy contento con las adivinanzas del mono, por parecerle no ser á proposito, que un mono adivinase, ni las de por venir, ni las pasadas cosas, y así en tanto que Maese Pedro acomodava el retablo, se retiró Don Quixote con Sancho á un rincon de la cavalleriza, donde sin ser oidos de nadie, le dixo. Mira Sancho, yo he considerado bien la estraña habilidad deste mono, y hallo por mi cuenta, que sin duda este Maese Pedro su amo deve de tener hecho pacto tacito, ó espreso con el demonio. Si el patio es espeso, y del demonio, dixo Sancho, sin duda deve de ser muy sucio patio: pero de qué provecho le es al tal maese Pedro tener esos patios? No me entiendes, Sancho, no quiero decir sino que deve de tener hecho algun concierto con el demonio de que infunda esa habilidad en el mono, con que gane de comer, y despues que esté rico le dará su alma, que es lo que este universal enemigo pretende, y ha- ceme creer esto el ver que el mono no responde, sino á las cosas pasadas, ó presentes, y la sabiduria del diablo no se puede estender á mas, que los por venir no las sabe, sino es por conjeturas, y no todas veces, que á solo Dios esta reservado conocer los tiempos, y los

y los momentos, y para él no ay pasado ni por venir, que todo es Presente, y siendo esto así, como lo es, está claro que este mono habla con el estilo del diablo : y estoy maravillado como no le han acusado al santo Oficio, y examinadole, y sacado le de quajo, en
5 virtud de quien adivina, porque cierto está que este mono no es Astrologo, ni su amo, ni el alzan, ni saben alzar estas figuras que llaman judiciarias, que tanto aora se usan en España, que no ay mugercilla, ni page, ni zapatero de viejo que no presuma de alzar una figura, como si fuera una fota de naipes del suelo, echando á perder con sus mentiras é ignorancias la verdad maravillosa de la ciencia : de una señora sé yo, que preguntó á uno destos
10 figureros, que si una perrilla de falda pequeña, que tenía, si se empreñaría, y pariría, y quantos, y de que color serían los perros que pariese. A lo que el señor judicialio (despues de aver alzado
15 la figura) respondió, que la perrica se empreñaría, y pariría tres perricos, el uno verde, el otro encarnado, y el otro de mezcla, con tal condicion, que la tal perra se cubriese entre las once y doce del dia, ó de la noche, y que fuese en Lunes, ó en Sabado, y lo que sucedió fue, que de alli á dos dias se murió la perra de ahita, y el
20 señor levantador quedó acreditado en el lugar por acertadísimo judicialio, como lo quedan todos, ó los mas levantadores. Con todo eso querria, dixo Sancho, que vuestra merced dixese á Maese Pedro preguntase á su mono, si es verdad lo que á vuestra merced le pasó en la Cueva de Montesinos, que yo para mí tengo con perdon de vuestra merced que todo fue embeleco, y mentira, ó por lo
25 menos cosas soñadas. Todo podría ser, respondió Don Quixote : pero yo haré lo que me aconsejas, puesto que me ha de quedar un no sé que de escrupulo. Estando en esto llegó Maese Pedro á buscar á Don Quixote, y decir le que ya estava en orden el retablo ; que su merced viniese á verle, porque lo merecia. Don Quixote le comunicó

comunicó su pensamiento, y le rogó preguntase luego á su mono le dixese, si ciertas cosas que avia pasado en la Cueva de Montefinos avian sido soñadas, ó verdaderas, porque á él le parecia que tenían de todo. A lo que Maese Pedro sin responder palabra, bolvió á traer el mono, y puesto delante de Don Quixote, y de Sancho, 5 dixo: Mirad, señor Mono, que este Cavallero quiere saber si ciertas cosas que le pasaron en una cueva llamada de Montefinos, si fueron falsas, ó verdaderas. Y haciéndole la acostumbrada señal, el mono se le subió en el ombro izquierdo, y hablandole al parecer en el oido, dixo luego Maese Pedro: El mono dice, que 10 parte de las cosas que vuestra merced vió, ó pasó en la dicha cueva, son falsas, y parte verisimiles, y que esto es lo que sabe, y no otra cosa, en quanto á esta pregunta: y que si vuestra merced quisiere saber mas, que el Viernes venidero responderá á todo lo que se le preguntare, que por aora se le ha acabado la virtud, que no le ven- 15 drá hasta el Viernes, como dicho tiene. No lo decia yo, dixo Sancho, que no se me podia asentir, que todo lo que vuestra merced, Señor mio, ha dicho de los acontecimientos de la cueva era verdad, ni aun la mitad. Los sucesos lo diran, Sancho, respondió Don Quixote, que el tiempo descubridor de todas las cosas, no se dexa 20 ninguna que no las saque á la luz del Sol, aunque esté escondida en los senos de la tierra, y por aora baste esto, y vamonos á ver el retablo del buen Maese Pedro, que para mí tengo, que deve de tener alguna novedad. Como alguna? respondió Maese Pedro; se- 25 fenta mil encierra en sí este mi retablo, digole á vuestra merced, mi Señor Don Quixote, que es una de las cosas mas de ver que oy tiene el mundo, y operibus credite, & non verbis, y manos á labor, que se hace tarde, y tenemos mucho que hacer, y que decir, y que mostrar. Obedecieronle Don Quixote y Sancho, y vinieron donde ya estava el retablo puesto y descubierto, lleno por todas partes de

candelillas de cera encendidas, que le hacían vistoso y resplandeciente. En llegando se metió Maese Pedro dentro del, que era él que avia de manejar las figuras del artificio, y fuera se puso un muchacho, criado del Maese Pedro, para servir de interprete, y de-
5 clarador de los misterios del tal retablo, tenía una varilla en la mano con que señalava las figuras que salían. Puestos pues todos quantos avia en la venta, y algunos en pie frontero del retablo, y acomodados Don Quixote, Sancho, el Page, y el Primo en los mejores lugares, el truxaman comenzó á decir lo que oirá, y verá
10 el que le oyere, ó viere el capitulo siguiente.

Cap. XXVI. Donde se prosigue la graciosa aventura del Titerero, con otras cosas en verdad barto buenas.

CAllaron todos Tirios, y Troyanos, quiero decir, pendientes
estaban todos los que el retablo miravan de la boca del de-
15 clarador de sus maravillas, quando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales, y trompetas, y dispararse mucha artilleria, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho, y dixo: Esta verdadera historia, que aquí á vuestras mercedes se representa, es sacada al pie de la letra de las Coronicas Fran-
20 cesas, y de los Romances Españoles, que andan en boca de las gentes, y de los muchachos por esas calles, trata de la libertad que dió el Señor Don Gayferos á su esposa Melifendra, que estava cautiva en España en poder de Moros en la ciudad de Sansueña, que así se llamava entonces la que oy se llama Zaragoza, y vean vue-
25 sas mercedes alli como está jugando á las tablas Don Gayferos, segun aquello que se canta: Jugando está á las tablas Don Gayferos,
que

que ya de Melisendra está olvidado, y aquel personage que allí asoma con corona en la cabeza, y ceptro en las manos, es el Emperador Carlo Magno, padre putativo de la tal Melisendra, el qual mohino de ver el ocio y descuido de su yerno le sale á reñir, y advertan con la vehemencia y ahinco que le riñe, que no parece, sino
5 que le quiere dar con el ceptro media docena de coscorrones, y aun ay autores, que dicen que se los dió, y muy bien dados, y despues de averle dicho muchas cosas acerca del peligro que corria su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dixo, hartos os he dicho, miradlo: miren vuestras mercedes tambien como el Emperador buelva las espaldas, y dexa despachado á Don
10 Gayferos, el qual ya ven como arroja impaciente de la colera lexos de sí el tablero y las tablas, y pide á priesa las armas, y á Don Roldan su primo pide prestada su espada Durindana, y como Don Roldan no se la quiere prestar, ofreciendole su compañía en la difícil empresa en que se pone: pero el valeroso enojado no lo quiere
15 aceptar, antes dice, que él solo es bastante para facar á su esposa, si bien estuviese metida en el mas hondo centro de la tierra, y con esto se entra á armar para ponerse luego en camino. Buelvan vuestras mercedes los ojos á aquella torre que allí parece, que se presupone que es una de las torres del alcazar de Zaragoza, que aora
20 llaman la Aljaferia, y aquella dama que en aquel balcon parece vestida a lo Moro, es la fin par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponía á mirar el camino de Francia, y puesta la imaginacion en Paris, y en su esposo se consolava en su cautiverio. Miren
25 tambien un nuevo caso que aora sucede, quiza no visto jamas no veen aquel Moro que callandico, y pasito á paso puesto el dedo en la boca se llega por las espaldas de Melisendra, pues miren como la da un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se da á escupir, y á limpiarselos con la blanca manga de su camisa, y como

se lamenta, y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio. Miren tambien como aquel grave Moro que está en aquellos corredores es el Rey Marsilio de Sansueña, el qual por aver visto la insolencia del Moro, puesto que
5 era un pariente y gran privado suyo, le mandó luego prender, y que le den docientos azotes, llevandole por las calles acostumbra-
bradas de la ciudad, con chilladores delante, y envaramiento de-
tras, y veis aquí donde salen á executar la sentencia, aun bien á
penas no aviendo sido puesta en execucion la culpa, porque entre
10 Moros no ay traslado á la parte, ni á prueba, y este, como entre
nosotros. Niño, niño, dixo con voz alta á esta fazon Don Quix-
ote: Seguid vuestra historia linea recta, y no os metais en las cur-
vas, ó transversales, que para sacar una verdad en limpio, menes-
ter son muchas pruebas, y repruevas. Tambien dixo maese Pe-
15 dro desde dentro: Muchacho, no te metas en dibuxos, sino haz
lo que ese señor te manda, que sera lo mas acertado: figue tu canto
llano, y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de
futiles. Yo lo haré así, respondió el muchacho, y prosiguió, di-
ciendo: Esta figura que aquí parece á cavallo cubierta con una capa
20 Gascona, es la misma de Don Gayferos, á quien su esposa ya ven-
gada del atrevimiento del enamorado Moro, con mejor, y mas so-
segado semblante se ha puesto á los miradores de la torre, y habla
con su esposo, creyendo, que es algun pasajero, con quien pasó
todas aquellas razones, y coloquios de aquel Romance que dicen:
25 Cavallero si á Francia ides, por Gayferos preguntad. Las quales
no digo yo aora, porque de la prolixidad se suele engendrar el fas-
tidio, basta ver como Don Gayferos se descubre, y que por los
ademanes alegres que Melisendra hace, se nos da á entender, que
ella le ha conocido, y mas aora que vemos se descuelga del bal-
con para ponerse en las ancas del cavallo de su buen esposo: mas
ay

ay fin ventura! que se le ha asido una punta del faldellin de uno de los hierros del balcon, y está pendiente en el aire, sin poder llegar al suelo: pero veis como el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega Don Gayferos, y sin mirar si se rasgará, ó no el rico faldellin, ase della, y mal su grado la hace baxar al suelo, y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su cavallo, ahorcajadas como hombre, y la manda, que se tenga fuertemente, y le eche los brazos por las espaldas, de modo que los cruce en el pecho, porque no se caiga, á causa que no estava la señora Melisendra acostumbrada á semejantes Cavallerias. Veis tambien como los relinchos del cavallo dan señales, que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor, y en su señora. Veis como buelven las espaldas, y salen de la ciudad, y alegres y regocijados toman de Paris la via: vais en paz, ó par sin par de verdaderos amantes, llegueis á salvamento á vuestra deseada patria, sin que la fortuna ponga estorvo en vuestro felice viage: los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los dias (que los de Nestor sean) que os quedan de la vida. Aquí alzó otra vez la voz Maese Pedro, y dixo: Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectacion es mala: No respondió nada el interprete, antes prosiguió diciendo: No faltaron algunos ociosos ojos, que lo fuelen ver todo, que no viesen la baxada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al Rey Marsilio, el qual mandó luego tocar al arma: y miren con que priesa, que ya la ciudad se hunde con el son de las campanas, que en todas las torres de las mezquitas fueran. Eso no, dixo á esta fazon Don Quixote, en esto de las campanas anda muy impropio Maese Pedro, porque entre Moros no se usan campanas, sino atabales, y un genero de dulzainas que parecen nuestras chirimias, y esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda que es un gran disparate. Lo qual oido por Maese Pedro, cesó el tocar,

car, y dixo: No mire vuestra merced en niñerías, señor Don Quixote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. No se representan por ay casi de ordinario mil comedias, llenas de mil impropiedades, y disparates, y con todo eso corren felicísimamente su carrera, y se escuchan, no sólo con aplauso, sino con admiración y todo! Profigue muchacho, y dexa decir, que como yo llene mi talego, si quiere represente mas impropiedades que tiene átomos el Sol. Así es la verdad, replicó Don Quixote, y el muchacho dixo: Miren quanta, y quan lucida Cavallería sale de la ciudad en seguimiento de los dos Católicos amantes, quantas trompetas que suenan, quantas dulzaynas que tocan, y quantos atabales y átambores que retumban, temome que los han de alcanzar, y los han de bolver atados á la cola de su mismo cavallo, que sería un horrendo espectáculo. Viendo, y oyendo pues tanta Morisma, y tanto estruendo, Don Quixote, parecióle ser bien dar ayuda á los que huyan, y levantandose en pie en voz alta, dixo, No consentire yo que en mis dias, y en mi presencia se le haga superchería á tan famoso Cavallero, y á tan atrevido enamorado como Don Gayferos: detencos, mal nacida canalla, no le seguais, ni perseguais, sino conmigo sois en la batalla, y diciendo, y haciendo, desenvainó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada, y nunca vista furia, comenzó á llover cuchilladas sobre la titerera Morisma, derribando á unos, descabezando á otros, estropeando á este, destrozando á aquel, y entre otros muchos tiró un altibaxo, tal que si maese Pedro no se abaxa, se encoge, y agazapa, le cercenara la cabeza, con mas facilidad que si fuera hecha de masa de mazapan; dava voces Maese Pedro, diciendo: Detengase vuestra merced, Señor Don Quixote, y advierta, que estos que derriba, destroza, y mata, no son verdaderos Moros, sino unas figurillas de pasta: mire, pecador de mi, que me destruye, y echa á perder toda

toda mi hacienda. Mas no por esto dexava de menudear Don Quixote cuchilladas, mandobles, tajos, y revefes, como flovidos. Finalmente en menos de dos Credos dió con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todas sus jarcias, y figuras, el Rey Marsilio mal herido, y el Emperador Carlo Magno partida la corona, y la cabeza en dos partes. Alborotóse el Senado de los oyentes, huyóse el mono por los tejados de la ventana: temió el Primo, acobardóse el page, y hasta el mismo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo, porque como él juró despues de pasada la borrasca jamas avia visto á su señor con tan desatinada colera. Hecho 10 pues el general destrozo del retablo, sosegóse un poco Don Quixote, y dixo: Quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen, ni quieren creer, de quanto provecho sean en el mundo los Cavalleros Andantes, miren fino me hallará yo aquí presente, que fuera del buen don Gayferos, y de la hermosa Meli- 15 fendra, á buen seguro, que esta fuera ya la hora que los huvieron alcanzado estos canes, y les huvieran hecho algun desaguisado. En resolucion, viva la Andante Canalleria sobre quantas cosas oy viven en la tierra. Viva en hora buena, dixo á esta fazon con voz enfermiza Maese Pedro, y muera yo, pues soy tan desdichado, que 20 puedo decir con el Rey don Rodrigo, ayer fuy señor de España, y oy no tengo una almena, que pueda decir que es mia: no ha media hora, ni aun un mediano momento que me vi señor de Reyes, y de Emperadores, llenas mis cavallerizas, y mis cofres, y sacos, de infinitos cavallos, y de innumerables galas, y agora me 25 veo desolado y abatido, pobre, y mendigo, y sobre todo sin mi mono, que á fe que primero que le buelva á mi poder me han de sudar los dientes, y todo por la furia mal considerada deste señor Cavallero, de quien se dice que ampara pupilos, y endereza tuer- tos, y hace otras obras caritativas, y en mí lo lo ha venido á faltar

su

su intencion generosa, que sean benditos y alabados los cielos, áall -
donde tienen mas levantados sus asientos. En fin el Cavallero de
la triste figura avia de ser aquel, que avia de desfigurar las mias.
Enterneciósse Sancho Panza con las razones de Maese Pedro, y dix-
5 ole. No llores, Maese Pedro, ni te lamentes, que me quiebras el
corazon, porque te hago saber, que es mi Señor Don Quixote tan
Catolico, y escrupuloso Christiano, que si él cae en la cuenta de
que te ha hecho algun agravio te lo sabrá, y te lo querra pagar, y
satisfacer con muchas ventajas. Con que me pagase el señor Don
10 Quixote alguna parte de las hechuras, que me ha deshecho, que-
daria contento, y su merced aseguraria su conciencia, por que no
se puede salvar, quien tiene lo ageno contra la voluntad de su du-
eño, y no lo restituye. Así es, dixo Don Quixote: pero hasta a-
ora yó no sé que tenga nada vuestro, Maese Pedro. Como no, res-
15 pondió Maese Pedro, y estas reliquias que estan por este duro y es-
teril suelo quien las esparció, y aniquiló, sino la fuerza invencible
dese poderoso brazo? y cuyos eran sus cuerpos sino míos? y con
quien me sustentava yo, sino con ellos? Aora acabo de creer, dixo
á este punto Don Quixote, lo que otras muchas veces he creído,
20 que estos encantadores, que me persiguen, no hacen sino ponerme
las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mu-
dan, y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente
os digo, señores, que me oís, que á mí me pareció todo lo que a-
quí ha pasado, que pasava al pie de la letra, que Melisendra era
25 Melisendra, Don Gayferos Don Gayferos, Marfilio Marfilio, y
Carlo Magno Carlo Magno: por eso se me alteró la colera, y por
cumplir con mi profesion de Cavallero Andante, quise dar ayuda y
favor á los que huyan, y con este buen proposito hice lo que aveys
visto, si me ha salido al reves, no es culpa mia, sino de los malos
que me persiguen, y con todo esto deste mi yerro, aunque no ha
procedido

procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas; vea Maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco á pagárselo luego, en buena y corriente moneda Castellana. Inclínósele Maese Pedro, diciéndole: No esperaba yo menos de la inaudita Christiandad del valeroso Don Quixote de la Mancha, 5 verdadero socorredor, y amparo de todos los necesitados, y menesterosos vagamundos, y aquí el señor Ventero, y el gran Sancho serán medianeros, y apreciadores entre vuestra merced y mí, de lo que valen, ó podían valer las ya deshechas figuras: el Ventero y Sancho dixeron, que así lo harían, y luego Maese Pedro alzó del suelo con 10 la cabeza menos al Rey Marfilio de Zaragoza, y dixo: ya se ve, quan imposible es bolver á este Rey á su ser primero, y así me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, fin, y acabamiento, quatro reales y medio. Adelante, dixo Don Quixote: Pues por esta abertura de arriba á baxo, profiguió Maese Pedro, tomando 15 en las manos al partido Emperador Carlo Magno, no sería mucho que pidiese yo cinco reales y un quartillo. No es poco, dixo Sancho. Ni mucho, replicó el Ventero, mediese la partida, y señálen-se le cinco reales. Dénsele todos cinco y quartillo, dixo Don Quixote, que no está en un quartillo mas á menos la monta desta 20 notable desgracia, y acabe presto, Maese Pedro, que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre. Por esta figura, dixo Maese Pedro, que está sin narices, y un ojo menos, que es de la hermosa Melisendra, quiero y me pongo en lo justo dos reales y doce maravedis. Aun ay sería el diablo, dixo Don Quixote, si ya 25 no estuviese Melisendra con su esposo, por lo menos en la raya de Francia, porque el cavallo en que ivan á mí me pareció, que antes volava que corria, y así no ay para que venderme á mí el gato por liebre, presentandome aquí á Melisendra desnarigada, estando la otra si viene á mano aora holgándose en Francia con su esposo á

pierna tendida: ayude Dios con lo fuyo á cada uno, señor Maese Pedro, y caminemos todos con pie llano y con intencion sana, y profiga. Maese Pedro, que vió que Don Quixote izquirdeava, y que bolvia á su primer tema, no quiso que se le escapase, y así
5 le dixo: Esta no deve de ser Melifendra, sino alguna de las doncellas, que la servian, y así con sesenta maravedis que me den por ella quedaré contento, y bien pagado. Desta manera fue poniendo precio á otras muchas destrozadas figuras, que despues los moderaron los dos jueces arbitros con satisfacion de las partes, que
10 llegaron á quarenta reales y tres quartillos, y ademas desto, que luego lo desembolsó Sancho, pidió Maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono: dáselos, Sancho, dixo Don Quixote, no para tomar el mono, sino la mona, y docientos diera yo aora en albricias, á quien me dixera con certidumbre que la señora
15 Doña Melifendra, y el señor Don Gayferos estaban ya en Francia, y entre los suyos. Ninguno nos lo podrá decir mejor que mi mono, dixo Maese Pedro: pero no avra diablo que aora le tome, aunque imagino que el cariño y la hambre le han de forzar á que me busque esta noche, y amanecera Dios,
20 y veremonos. En resolucion la borrasca del retablo se acabó, y todos cenaron en paz, y en buena compañía, á costa de Don Quixote, que era liberal en todo estremo. Antes que amaneciese se fue él que llevaba las lanzas y las alabardas, y ya despues de amanecido se vinieron á despedir de Don Quixote el Primo, y el page, el
25 uno para bolverse á su tierra, y el otro á proseguir su camino, para ayuda del qual le dió Don Quixote una docena de reales. Maese Pedro no quiso bolver á entrar en mas dimes, ni diretes con Don Quixote, á quien el conocia muy bien, y así madrugó antes que el Sol, y cogiendo las reliquias de su retablo, y á su mono, se fue tambien á buscar sus aventuras. El Ventero, que no conocia a Don Quixote, tan admirado le tenian sus locuras, como su liberalidad.
Finalmente

Finalmente Sancho le pagó muy bien, por orden de su Señor, y despiendose dél casi á las ocho del dia dexaron la venta, y se pusieron en camino, donde los dexaremos ir, que así conviene, para dar lugar á contar otras cosas pertenecientes á la declaracion desta famosa Historia.

5

Cap. XXVII. Donde se da cuenta, quienes eran Maese Pedro y su mono, con el mal suceso que Don Quixote tuvo en la Aventura del Rebuzno, que no la acabó como él quisiera, y como lo tenía pensado.

ENtra Cide Hamete Coronista desta grande Historia, con estas palabras en este capitulo. Juro como Catolico Christiano: 10
á lo que su traductor dice, que el jurar Cide Hamete como Catolico Christiano, siendo él Moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa, sino que así como el Catolico Christiano quando jura, jura, ó deve jurar verdad, y decirla en lo que dixere, así él la decia, como si jurara como Christiano Catolico, en lo que queria 15
escribir de Don Quixote, especialmente en decir quien era Maese Pedro, y quien el mono adivino, que traya admirados todos aquellos pueblos con sus adivananzas. Dice pues, que bien se acordará él que huviere leído la primera parte desta Historia, de aquel Gines de Passamonte, á quien entre otros Galeotes dió libertad 20
Don Quixote en Sierra Morena, beneficio que despues le fue mal agradecido, y peor pagado de aquella gente maligna y mal acostumbrada. Este Gines de Passamonte, á quien Don Quixote llamava Ginesillo de Parapilla, fue él que hurtó á Sancho Panza el Rucio, que por no averse puesto el como, ni el quando en la pri- 25
mera parte por culpa de los Impresores, ha dado en que entender á

muchos, que atribuyan á poca memoria del autor la falta de la Em-
prenta. Pero en resolución Gines le hurtó, estando sobre el dur-
miendo Sancho Panza, usando de la traza y modo que usó Bru-
nelo, quando estando Sacripante sobre Albraca le sacó el cavallo
5 de entre las piernas, y después le cobró Sancho, como se ha con-
tado. Este Gines pues temeroso, de no ser hallado de la justicia que
le buscava, para castigarle de sus infinitas vellaqueras y delitos,
que fueron tantos, y tales, que él mismo compuso un gran volu-
men contandolos, determinó pasarse al Reino de Aragon, y cu-
10 brirse el ojo izquierdo, acomodandose al oficio de titerero, que
esto, y el jugar de manos lo sabia hacer por estremo: sucedió pues
que de unos Christianos ya libres que venian de Berberia compró
aquel mono, á quien enseñó, que en haciendole cierta señal, se le
subiese en el ombro, y le murmurase, ó lo pareciese, al oido. He-
15 cho esto, antes que entrase en el lugar donde entrava con su reta-
blo y mono, se informava en el lugar mas cercano ó de quien el
mejor podia, que cosas particulares huviesen sucedido en el tal lugar,
y á que personas, y llevando las bien en la memoria, lo primero
que hacia, era mostrar su retablo, el qual unas veces era de una his-
20 toria, y otras de otra: pero todas alegres, y regozijadas, y cono-
cidas. Acabada la muestra, proponia las habilidades de su mono,
diciendo al pueblo, que adivinava todo lo pasado, y lo pre-
sente: pero que en lo de por venir, no se dava maña: por la res-
puesta de cada pregunta pedia dos reales, y de algunas hacia ba-
25 rato, segun tomava el pulso á los preguntantes, y como tal vez lle-
gava á las casas de quien él sabia los sucesos de los que en ella mo-
ravan, aunque no le preguntasen nada, por no pagarle, él hacia la
seña al mono, y luego decia, que le avia dicho tal y tal cosa, que
venia de molde con lo sucedido: con esto cobrava credito inefable,
y andavanse todos tras él: otras veces, como era tan discreto, res-
pondia

pondia de manera que las respuestas venian bien con las preguntas, y como nadie le apurava, ni apretava, á que dixese como adivinava su mono, á todos hacia monas, y llenava sus esqueros. Así como entró en la venta conoció á Don Quixote, y á Sancho, por cuyo conocimiento le fue facil poner en admiracion á Don Quixote, y á Sancho Panza, y á todos los que en ella estaban: pero huvierale de costar caro, si Don Quixote baxara un poco mas la mano, quando cortó la cabeza al Rey Marfilio, y destruyó toda su Cavalleria, como queda dicho en el antecedente capitulo. Esto es lo que ay que decir de Maese Pedro y de su mono. Y bolviendo á Don Quixote de la Mancha, digo, que despues de aver salido de la venta, determinó de ver primero las riberas del rio Ebro, y todos aquellos contornos, antes de entrar en la ciudad de Zaragoza, pues le dava tiempo para todo el mucho que faltava desde alli á las Justas: con esta intencion siguió su camino, por el qual anduvo dos dias sin acontecerle cosa digna de ponerse en escritura; hasta que al tercero, al subir de una loma oyó un gran rumor de atambores, de trompetas, y arcabuces: al principio pensó que algun tercio de soldados pasava por aquella parte, y por verlos picó á Rozinante, y subió la loma arriba, y quando estuvo en la cumbre, vió al pie della á su parecer mas de docientos hombres armados de diferentes fuertes de armas, como si dixesemos lanzones, ballestas, partesanas, alabardas, y picas, y algunos arcabuces, y muchas rodela. Baxó del recuesto y acercóse al esquadron, tanto que distintamente vió las vanderas, juzgó de las colores, y notó las empresas que en ellas trayan, especialmente una que en un estandarte, ó giron de raso blanco venia, en el qual estava pintado muy al vivo un asno, como un pequeño Sardesco, la cabeza levantada, la boca abierta, y la lengua de fuera, en acto y postura como si estuviera rebuznando, al rededor del estava escritos de letras grandes estos dos versos.

No rebuznaron en valde

El uno y el otro Alcalde.

Por esta insignia sacó Don Quixote que aquella gente devia de ser del pueblo del rebuzno, y así se lo dixo á Sancho, declarándole lo
5 que en el estandarte venia escrito: dixole tambien que él que les avia dado noticia de aquel caso se avia errado en decir que dos Regidores avian sido los que rebuznaron: pero que segun los versos del estandarte, no avian sido sino Alcaldes. A lo que respondió Sancho Panza: Señor, en eso no ay que reparar, que bien puede
10 ser, que los Regidores que entonces rebuznaron viniesen con el tiempo á ser Alcaldes de su pueblo, y así se pueden llamar con entrambos titulos, quanto mas que no hace al caso á la verdad de la historia ser los rebuznadores Alcaldes, ó Regidores, cómo ellos una por una ayan rebuznado: porque tan á pique está de rebuznar
15 un Alcalde como un Regidor. Finalmente conocieron, y supieron como el pueblo corrido salia á pelear con otro que le corria mas de lo justo, y de lo que se devia á la buena vecindad. Fuese llegando á ellos Don Quixote, no con poca pesadumbre de Sancho, que nunca fue amigo de hallarse en semejantes jornadas. Los del
20 esquadron le recogieron en medio, creyendo, que era alguno de los de su parcialidad. Don Quixote alzando la visera con gentil brio, y continente, llegó hasta el estandarte del asno, y alli se le pusieron al rededor todos los mas principales del exercito por verle, admirados con la admiracion acostumbrada, en que cayan todos
25 aquellos que la vez primera le miravan. Don Quixote que los vió tan atentos á mirarle, sin que ninguno le hablase, ni le preguntase nada, quiso aprovecharse de aquel silencio, y rompiendo el suyo alzó la voz, y dixo.

Buenos señores, quan encarecidamente puedo, os suplico, que no interrumpais un razonamiento que quiero haceros, hasta que
veais,

veais, que os disgusta, y enfada, que si esto sucede con la mas minima señal que me hagais pondre un sello en mi boca, y echaré una mordaza á mi lengua. Todos le dixeron que dixese lo que quisiere, que de buena gana le escucharian. Don Quixote con esta licencia profiguió, diciendo: Yo, señores mios, soy Cavallero Andante, 5 cuyo exercicio es el de las armas, y cuya profesion la de favorecer á los necesitados de favor, y acudir á los menesterosos. Dias ha que he sabido vuestra desgracia, y la causa que os mueve á tomar las armas á cada paso, para vengaros de vuestros enemigos. Y aviendo discurrido una y muchas veces en mi entendimiento sobre 10 vuestro negocio, hallo segun las leyes del duelo, que estays engañados en teneros por afrentados, porque ningun particular puede afrentar á un pueblo entero, fino es retandole de traidor por junto, porque no sabe en particular quien cometió la traicion, porque le reta. Exemplo desto tenemos en Don Diego Ordoñez de Lara, que 15 retó á todo el pueblo Zamorano, porque ignorava, que solo Velido Dolfos avia cometido la traicion de matar á su Rey, y así retó á todos, y á todos tocava la venganza, y la respuesta: aunque bien es verdad que el señor Don Diego anduvo algo demasado, y aun pasó muy adelante de los limites del reto, porque no tenía para que 20 retar á los muertos, á las aguas, ni á los panes, ni á los que estavan por nacer, ni á las otras menudencias que alli se declaran: pero vaya, pues quando la colera sale de madre, no tiene la lengua padre, ayo, ni freno que la corrija: siendo pues esto así, que uno solo no puede afrentar á Reyno, Provincia, Ciudad, Republica, ni 25 Pueblo entero, queda en limpio, que no ay para que salir á la venganza del reto de la tal afrenta, pues no lo es: porque bueno sería que se matasen á cada paso los del pueblo de la Reloxa con quien se lo llama: ni los cazoleros, verengeneros, vallenatos, xavoneros, ni los de otros nombres y apellidos, que andan por ahi en boca de los

los muchachos, y de gente de poco mas á menos, bueno sería por cierto que todos estos insignes pueblos se corriesen, y vengasen, y anduviesen contino hechas las espadas sacabuches á qualquier pendencia por pequeña que fuese. No, no, ni Dios lo permita, ó
5 quiera: los varones prudentes, las Republicas bien concertadas por quatro cosas han de tomar las armas, y desenvaynar las espadas, y poner a riesgo sus personas, vidas, y haciendas. La primera por defender la Fé Catolica, La segunda por defender su vida, que es de ley natural, y divina. La tercera en defensa de su
10 honra, de su familia, y hacienda. La quarta en servicio de su Rey en la guerra justa, y si le quisiéremos añadir la quinta (que se puede contar por segunda) es en defensa de su patria. A estas cinco causas, como capitales, se pueden agregar algunas otras que sean justas y razonables, y que obliguen á tomar las armas:
15 pero tomarlas por niñerías, y por cosas que antes son de risa, y pasatiempo, que de afrenta, parece, que quien las toma carece de todo razonable discurso, quanto mas que el tomar venganza injusta (que justa no puede aver alguna que lo sea) va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la qual se nos manda, que
20 hagamos bien á nuestros enemigos, y que amemos á los que nos aborrecen, mandamiento, que aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es, sino para aquellos que tienen menos de Dios que del mundo, y mas de carne que de espiritu, porque Jesu Christo Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo, ni puede
25 mentir, siendo legislador nuestro, dixo, que su yugo era suave y su carga liviana, y así no nos avia de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla. Así que, mis señores, vuestras mercedes estan obligados por leyes divinas y humanas á fosegarfe. El diablo me lleve, dixo á esta fazon Sancho entre sí, si este mi Amo no es Tologo, y fino lo es, que lo parece como un huevo á otro: Tomó un
poco

poco de aliento Don Quixote, y viendo que toda via le prestavan silencio, quiso pasar adelante en su platica, como pasara, sino se pufiere en medio la agudeza de Sancho, el qual viendo que su Amo se detenia, tomó la mano por él, diciendo: Mi Señor Don Quixote de la Mancha, que un tiempo se llamó el Cavallero de la Triste 5 Figura, y aora se llama el Cavallero de los Leones, es un Hidalgo muy atentado, que sabe Latin, y Romance como un Bachiller, y en todo quanto trata, y aconseja procede como muy buen soldado, y tiene todas las leyes y ordenanzas de lo que llaman el duelo en la uña, y así no ay mas que hacer, sino dexarse llevar por lo que 10 él dixere, y sobre mí si lo erraren: quanto mas que ello se está dicho, que es necedad correrse por solo oir un rebuzno, que yo me acuerdo, quando muchacho que rebuznava, cada y quando que se me antojava sin que nadie me fuese á la mano, y con tanta gracia y propiedad que en rebuznando yo, rebuznavan todos los asnos del 15 pueblo, y no por eso dexava de ser hijo de mis padres, que eran honradísimos, y aunque por esta habilidad era envidiado de mas de quatro de los estirados de mi pueblo, no se me dava dos ardites, y porque se vea que digo verdad, esperen, y escuchen, que esta ciencia es como la del nadar, que una vez aprendida nunca se olvida, 20 y luego puesta la mano en las narices, comenzó á rebuznar tan reciamente, que todos los cercanos valles retumbaron. Pero uno de los que estaban junto á él, creyendo que hacía burla dellos, alzó un varapalo que en la mano tenía, y dióle tal golpe con el, que sin ser poderoso á otra cosa, dió con Sancho Panza en el suelo. Don 25 Quixote que vió tan mal parado á Sancho, arremetió al que le avia dado con la lanza sobre mano: pero fueron tantos los que se pusieron en medio, que no fue posible vengarle: antes viendo que llovía sobre él un nublado de piedras, y que le amenazavan mil encaradas ballestas, y no menos cantidad de arcabuces, bolvió las rien-

das á Rozinante, y á todo lo que su galope pudo, se salió de entre ellos, encomendándose de todo corazón á Dios, que de aquel peligro le librase, temiendo á cada paso no le entrase alguna bala por las espaldas, y le saliese al pecho, y á cada punto recogía el
 5 aliento, por ver si le faltava. Pero los del esquadron se contentaron con verle huir sin tirarle. A Sancho le pusieron sobre su jumento, á penas buuelto en sí, y le dexaron ir tras su Amo, no porque el tuviese sentido para regirle: pero el Rucio siguió las huellas de Rozinante, sin el qual no se hallava un punto. Alongado pues Don
 10 Quixote buen trecho, bolvió la cabeza, y vió que Sancho venia, y atendiole, viendo que ninguno le seguia. Los del esquadron se estuvieron alli hasta la noche, y por no aver salido á la batalla sus contrarios se bolvieron á su pueblo, regocijados y alegres: y si ellos supieran la costumbre antigua de los Griegos, levantarán en aquel
 15 lugar y sitio un Trofeo.



Cap. XXVIII. De cosas que dice Benengeli que las sabrá quien le leyere, si las lee con atencion.

Quando el valiente huye, la superchería está descubierta, y es de varones prudentes guardarse para mejor ocasion. Esta
 20 verdad se verificó en Don Quixote, el qual dando lugar á la furia del pueblo, y á las malas intenciones de aquel indignado esquadron, puso pies en polvorosa, y sin acordarse de Sancho, ni del peligro en que le dexava, se apartó tanto quanto le pareció, que bastava para estar seguro. Seguiale Sancho atravesado en su Ju-
 25 mento, como queda referido. Llegó en fin, ya buuelto en su acuerdo, y al llegar, se dexó caer del Rucio á los pies de Rozi-
 nante

nante todo ansioso, todo molido, y todo apaleado. Apeóse Don Quixote para catarle las heridas: pero como le hallasse sano de los pies á la cabeza, con asaz cohera le dixo: Tan en hora mala supistes vos rebuznar, Sancho, y donde hallastes vos ser bueno el nombrar la foga en casa del ahorcado? á musica de rebuznos que contrapunto se avia de llevar, sino de varapalos? Y dad gracias á Dios, Sancho, que ya que os santiguaron con un palo, no os hicieron el perfignum Crucis con un alfange. No estoy para responder, respondió Sancho, porque me parece, que hablo por las espaldas, subamos y apartemonos de aquí, que yo pondré silencio en mis rebuznos: pero no en dexar de decir, que los Cavalleros Andantes huyen, y dexan á sus buenos escuderos molidos como alheña, ó como cibera en poder de sus enemigos. No huye él que se retira, respondió Don Quixote, porque has de saber, Sancho, que la valentia que no se funda sobre la bafa de la prudencia, se llama temeridad, y las hazañas del temerario mas se atribuyen á la buena fortuna que á su animo. Y así yo confieso que me he retirado: pero no huido, y en esto he imitado á muchos valientes, que se han guardado para tiempos mejores, y desto estan las historias llenas, las quales por no ferte á tí de provecho, ni á mí de gusto, no te las refiero aora. En esto ya estava á cavallo Sancho ayudado de Don Quixote, el qual así mismo subió en Rozinante, y poco á poco se fueron á emboscar en una alameda, que hasta un quarto de legua de alli se parecia. De quando en quando dava Sancho unos ayes profundisimos, y unos gemidos dolorosos. Y preguntandole Don Quixote la causa de tan amargo sentimiento, respondió, que desde la punta del espinazo hasta la nuca del cerebro le dolia, de manera que le sacava de sentido. La causa dese dolor deve de ser sin duda, dixo Don Quixote, que como era el palo con que te dieron largo y tendido, te cogió todas las espaldas, donde entran todas

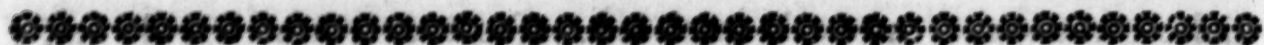
esas partes que te duelen, y si mas te cogiera, mas te doliera. Por Dios, dixo Sancho, que vuestra merced me ha sacado de una gran duda, y que me la ha declarado por lindos terminos. Cuerpo de mí, tan encubierta estava la causa de mi dolor, que ha sido
5 menester decirme que me duele todo aquello que alcanzó el palo? si me dolieran los tovillos, aun pudiera ser, que se anduviera adivinando el porque me dolian, pero dolerme lo que me molieron, no es mucho adivinar. A la fe, Señor nuestro Amo, el mal ageno de pelo cuelga, y cada dia voy descubriendo tierra de lo poco que
10 puedo esperar de la compañía que con vuestra merced tengo, porque si esta vez me ha dexado apalear, otra y otras ciento bolveremos á los manteamientos de marras, y á otras muchacherias, que si aora me han salido á las espaldas, despues me faldran á los ojos. Harto mejor haría yo, sino que soy un barbaro, y no haré nada
15 que bueno sea en toda mi vida, harto mejor haría yo, buélvo á decir, en bolverme á mi casa, y á mi muger, y a mis hijos, y sustentarla, y criarlos con lo que Dios fue servido de darme, y no andarme tras vuestra merced por caminos sin camino, y por fendas y carreras, que no las tienen, beviendo mal, y comiendo peor:
20 pues tomadme el dormir, contad, hermano escudero, siete pies de tierra, y si quisieredes mas, tomad otros tantos que en vuestra mano está escudillar, y tendeos á todo vuestro buen talante, que quemado vea yo y hecho polvos al primero que dió puntada en la Andante Cavalleria, ó alomenos al primero que quiso ser escudero
25 de tales tontos, como devieron ser todos los Cavalleros Andantes pasados; de los presentes no digo nada, que por ser vuestra merced uno dellos los tengo respeto, y porque sé, que sabe vuestra merced un punto mas que el diablo, en quanto habla, y en quanto piensa. Haría yo una buena apuesta con vos, Sancho, dixo Don Quixote, que aora que vais hablando, sin que nadie os vaya á la
mano,

mano, que no os duele nada en todo vuestro cuerpo. Hablad, hijo mio, todo aquello que os viniere al pensamiento, y á la boca, que á trueco de que á vos no os duela nada, tendre yo por gusto el enfado que me dan vuestras impertinencias, y si tanto deseays bolveros á vuestra casa con vuestra muger, y hijos, no permita Dios 5 que yo os lo impida, dineros teneis mios, mirad quanto ha, que esta tercera vez salimos de nuestro pueblo, y mirad lo que podeis y deveis ganar cada mes, y pagaos de vuestra mano. Quando yo servia, respondió Sancho, á Tomé Carrasco el padre del Bachiller Sanson Carrasco, que vuestra merced bien conoce, dos ducados ganava cada mes, amen de la comida: con vuestra merced no sé lo 10 que puedo ganar, puesto que sé, que tiene mas trabajo el escudero del Cavallero Andante, que él que sirve á un labrador, que en resolution los que servimos á labradores, por mucho que trabajemos de dia, por mal que fuceda, á la noche cenamos olla, y dormimos en cama, en la qual no he dormido despues que ha que sirvo á 15 vuestra merced, fino ha sido el tiempo breve que estuvimos en casa de Don Diego de Miranda, y la gira que tuve con la espuma que saqué de las ollas de Camacho, y lo que comí, y beví, y dormí en casa de Basilio: todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra al cielo abierto, fugeto á lo que dicen inclemencias del cielo, sustentandome con rajadas de queso, y mendrugos de pan, y beviendo aguas, ya de arroyos, ya de fuentes, de las que encontramos por esos andurriales donde andamos. Confieso, dixo Don Quixote, que todo lo que dices, Sancho, sea verdad: quanto 25 parece que os devo dar mas de lo que os dava Tomé Carrasco? A mi parecer, dixo Sancho, con dos reales mas que vuestra merced añadiese cada mes me tendría por bien pagado, esto es quanto al salario de mi trabajo: pero en quanto á satisfacerme á la palabra y promesa que vuestra merced me tiene hecha, de darme el gobierno de una insula, sería justo, que se me añadiesen

añadiesen otros seys reales, que por todos serían treinta. Está muy bien, replicó Don Quixote, y conforme al salario que vos os aveis señalado, veinte y cinco dias ha que salimos de nuestro pueblo; contad, Sancho, rata por cantidad, y mirad lo que os devo, y pagaos, como os
5 tengo dicho de vuestra mano. O cuerpo de mí, dixo Sancho, que va vuestra merced muy errado en esta cuenta, porque en lo de la promesa de la insula se ha de contar desde el dia que vuestra merced me la prometió, hasta la presente hora en que estamos. Pues que tanto ha, Sancho, que os la prometí, dixo Don Quixote? Si yo
10 mal no me acuerdo, respondió Sancho, deve de aver mas de veinte años tres dias mas á menos. Dióse Don Quixote una gran palmada en la frente, y comenzó á reir muy de gana, y dixo: Pues no anduve yo en Sierra Morena, ni en todo el discurso de nuestras salidas, sino dos meses á penas, y dices, Sancho, que ha veinte años
15 que te prometí la insula? Ahora digo, que quieres que se confusman en tus salarios el dinero que tienes mio, y si esto es así, y tú gustas dello, desde aquí te lo doy, y buen provecho te haga, que á trueco de verme sin tan mal escudero holgareme de quedarme pobre y sin blanca. Pero dime, prevaricador de las ordenanzas escu-
20 deriles de la Andante Cavalleria, donde has visto tú, ó leído, que ningun escudero de Cavallero Andante se aya puesto con su señor, en quanto mas tan, mas tanto me aveis de dar cada mes porque os firva? Entrate, entrate, malandrin, follon, y vestiglo, que todo lo pareces, entrate, digo, por el mare magnum de sus historias, y si hal-
25 lares que algun escudero aya dicho, ni pensado lo que aquí has dicho, quiero que me le claves en la frente, y por añadidura me hagas quatro mamonas felladas en mi rostro. Buelve las riendas, ó el cabestro al Rucio, y buelveté á tu casa, porque un solo paso desde aquí no has de pafar mas adelante conmigo. O pan mal conocido! ó promesas mal colocadas! ó hombre, que tiene mas de
bestia

bestia que de persona, aora, quando yo pensava ponerte en estado, y tal, que á pesar de tu muger te llamaran Señoria, te despides? Aora te vas? quando yo venia con intencion firme y valedera de hacerte señor de la mejor insula del mundo? En fin como tu has dicho otras veces, no es la miel &c. asno eres y asno has de ser, y en asno has de parar, quando se te acabe el curso de la vida, que para mí tengo que antes llegará ella á su ultimo termino que tú caigas, y des en la cuenta de que eres bestia. Mirava Sancho á Don Quixote de hito en hito, en tanto que los tales vituperios le decia: y conpungióse de manera que le vinieron las lagrimas á los ojos, y con voz dolorida y enferma le dixo: Señor mio, yo confieso, que para ser del todo asno, no me falta mas de la cola, si vuestra merced quiere ponerme la, yo la daré por bien puesta, y le servire como jumento todos los dias que me quedan de mi vida. Vuestra merced me perdone, y se duela de mi mocedad, y advierta que sé poco, y que si hablo mucho, mas procede de enfermedad que de malicia, mas quien yerra, y se enmienda, á Dios se encomienda. Maravillárame yo, Sancho, fino mezclaras algun refrancico en tu coloquio. Aora bien, yo te perdono con que te enmiendes, y con que no te muestres de aquí adelante tan amigo de tu interes, fino que procures enfanchar el corazon, y te alientes y animes á esperar el cumplimiento de mis promesas, que aunque se tarda, no se imposibilita. Sancho respondió, que si haría, aunque fuese fuerzas de flaqueza. Con esto se metieron en la alameda, y Don Quixote se acomodó al pie de un olmo, y Sancho al de una haya, que estos tales arboles, y otros sus semejantes siempre tienen pies y no manos. Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacía mas sentir con el sereno. Don Quixote la pasó en sus continuas memorias: pero con todo eso dieron los ojos al sueño,

eño, y al salir del alva figuieron su camino, buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capítulo venidero.



Cap. XXIX. De la famosa Aventura del Barco encantado.

5 **P**OR sus pasos contados, y por contar, dos dias despues que fallieron de la alameda, llegaron Don Quixote, y Sancho al rio Ebro, y el verle fue de gran gusto á Don Quixote, porque contempló y miró en el la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso, y la abundancia de sus liquidos
10 cristales, cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos, especialmente fue, y vino en lo que avia visto en la Cueva de Montesinos, que puesto que el mono de Maese Pedro le avia dicho que parte de aquellas cosas eran verdad, y parte mentira, él se atenia mas á las verdaderas, que á las mentirosas, bien
15 al reves de Sancho, que todas las tenia por la misma mentira. Yendo pues desta manera, se le ofreció á la vista un pequeño Barco sin remos, ni otras jarcias algunas, que estava atado en la orilla á un tronco de un arbol que en la ribera estava. Miró Don Quixote á todas partes, y no vió persona alguna, y luego sin mas ni
20 mas se apeó de Rozinante, y mandó á Sancho que lo mismo hiciese del Rucio, y que á entrambas bestias las atase muy bien juntas al tronco de un alamo, ó fauce que alli estava. Preguntóle Sancho la causa de aquel subito apeamiento, y de aquel ligamiento. Respondió Don Quixote: has de saber Sancho, que este Barco que
25 aquí está derechamente, y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando y combidando, á que entre en el, y vaya en el á dar socorro

socorro á algun Cavallero, ó á otra necesitada y principal persona, que deve de estar puesta en alguna grande cuita, porque este es estilo de los libros de las historias Cavallerescas, y de los encantadores que en ellas se entremeten, y platican quando, algun Cavallero está puesto en algun trabajo, que no puede ser librado del, sino por la mano de otro Cavallero, puesto que esten distantes el uno del otro, dos, ó tres mil leguas, y aun mas, ó le arrebatan en una nube, ó le deparan un barco, donde se entre, y en menos de un abrir y cerrar de ojos le llevan, ó por los aires, ó por la mar donde quieren, y adonde es menester su ayuda, así que, ó Sancho, este barco está puesto aquí para el mismo efecto, y esto es tan verdad como es aora de dia, y antes que este se pase, ata juntos al Rucio, y á Rozinante, y á la mano de Dios que nos guie, que no dexaré de embarcarme, si me lo pidiesen frailes descalzos. Pues así es, respondió Sancho, y vuestra merced quiere dar á cada paso en estos que no sé si los llame disparates, no ay sino obedecer y baxar la cabeza, atendiendo al refran: Haz lo que tu amo te manda, y fientate con él á la mesa: pero con todo esto por lo que toca al descargo de mi conciencia, quiero advertir á vuestra merced que á mí me parece, que este tal barco no es de los encantados, sino de algunos pescadores deste rio, porque en el se pescan las mejores sabogas del mundo. Esto decia mientras atava las bestias Sancho, dexandolas á la protecion y amparo de los encantadores con harto dolor de su anima. Don Quixote le dixo que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales, que él que los llevaría á ellos por tan longinquos caminos, y regiones tendria cuenta de sustentarlos. No entiendo eso de logicuos, dixo Sancho, ni he oido tal vocablo en todos los dias de mi vida. Longinquos, respondió Don Quixote, quiere decir apartados, y no es maravilla que no lo entiendas, que no estás tú obligado á saber Latin, como algunos que presu-

men que lo saben, y lo ignoran. Ya están atados, replicó Sancho, que hemos de hacer ahora? Que? respondió Don Quixote, santiguarnos, y llevar ferro, quiero decir, embarcarnos y cortar la amarra con que este barco está atado, y dando un salto en el, siguiendole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fue apartando poco á poco de la ribera, y quando Sancho se vió obra de dos varas dentro del rio, comenzó á temblar, temiendo su perdicion: pero ninguna cosa le dió mas pena que el oír roznar al Rucio, y el ver, que Rozinante pugnava por desatarse, y dixole á su señor: el Rucio rebuzna condolido de nuestra ausencia, y Rozinante procura ponerse en libertad, para arrojarle tras nosotros. O carísimos amigos, quedaos en paz, y la locura, que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño nos vuelva á vuestra presencia; y en esto comenzó á llorar tan amargamente, que Don Quixote mohino, y colérico le dixo: De que temes, covarde criatura? de que lloras, corazón de mantequillas? quien te persigue, ó quien te acosa, ánimo de ratón casero, ó que te falta, menesteroso, en la mitad de las entrañas de la abundancia? por dicha vas caminando á pie, y descalzo por las montañas Rifeas? sino sentado en una tabla como un Archiduque, por el sesgo curso deste agradable rio, de donde en breve espacio saldremos al mar dilatado? pero ya avemos de aver salido, y caminado por lo menos setecientas, ó ochocientas leguas, y si yo tuviera aquí un astrolabio con que tomar la altura del Polo, yo te dixera las que hemos caminado, aunque, ó yo sé poco, ó ya hemos pasado, ó pasaremos presto por la línea Equinocial, que divide y corta los dos contrapuestos Polos en igual distancia. Y quando lleguemos á esa leña que vuestra merced dice, preguntó Sancho, quanto avremos caminado? Mucho, replicó Don Quixote, porque de trecientos y sesenta grados que contiene el globo del agua, y de la tierra, segun el computo de Ptolomeo, que

que fue el mayor cosmografo que se sabe, la mitad avremos caminado, llegando á la linea que he dicho. Por Dios, dixo Sancho, que vuestra merced me trae por testigo de lo que dice á una gentil persona, puto, y gafo con la añadidura de meon, ó meo, ó no sé como. Rióse Don Quixote de la interpretacion que Sancho avia dado, al nombre y al computo, y cuenta del cosmografo Ptolomeo, y dixole : Sabrás, Sancho, que los Españoles, y los que se embarcan en Cadiz para ir á las Indias Orientales, una de las señales que tienen para entender que han pasado la linea Equinocial, que te he dicho, es, que á todos los que van en el navio se les mueren los piojos, sin que les quede ninguno, ni en todo el vagel le hallaran, si le pesan á oro, y así puedes Sancho pasear una mano por un muslo, y si topares cosa viva, saldremos desta duda, y sino, pasado avemos. Yo no creo nada deso, respondió Sancho : pero con todo haré lo que vuestra merced me manda, aunque no sé para que ay necesidad de hacer esas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos, que no nos avemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde estan las alemañas dos varas, porque alli estan Rozinante, y el Rucio en el propio lugar que los dexamos, y tomada la mira, como yo la tomo aora, voto á tal, que no nos movemós, ni andamos al paso de una hormiga. Haz Sancho la averiguacion que te he dicho, y no te cures de otra, que tú no sabes que cosa sean coluros, lineas, paralelos, zodiacos, cliticcas, polos, solsticios, equinocios, planetas, signos, puntos, medidas, de que se compone la esfera celeste, y terrestre, que si todas estas cosas supieras, ó parte dellas, vieras claramente, que de paralelos hemos cortado, que de signos visto, y que de imagines hemos dexado atras, y vamos dexando aora. Y tornote á decir, que te tientes, y pesques, que yo para mí tengo, que estas mas limpio que un pliego de papel, liso y blanco. Tentóse Sancho, y llegando con la mano bonitamente, y con tiento, hácia la corba iz-

quierda, alzó la cabeza, y miró á su Amo y dixo: O la experiencia es falsa, ó no hemos llegado á donde vuestra merced dice, ni con muchas leguas. Pues que, preguntó Don Quixote: has topado algo? Y aun algos, respondió Sancho, y sacudiendose los dedos, 5 se lavó toda la mano en el rio, por el qual sossegadamente se deslizava el barco por mitad de la corriente, sin que le moviese alguna inteligencia secreta, ni algun encantador escondido, sino el mismo curso del agua, blando entonces, y suave. En esto descubrieron unas grandes hazeñas, que en la mitad del rio estaban, y apenas 10 las hubo visto Don Quixote, quando con voz alta dixo á Sancho: Vees alli, ó amigo, se descubre la ciudad, castillo, ó fortaleza, donde deve de estar algun Cavallero oprimido, ó alguna Reyna, Infanta, ó Princesa malparada, para cuyo socorro soy aquí traído. Que diablos de ciudad, fortaleza, ó castillo, dice vuestra merced, Señor, dixo Sancho, no echa de ver, que aquellas son hazeñas que 15 estan en el rio donde se muele el trigo? Calla, Sancho, dixo Don Quixote, que aunque parecen hazeñas no lo son, y ya te he dicho que todas las cosas trastruecan, y mudan de su ser natural los encantos, no quiero decir que las mudan de uno en otro ser realmente, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la 20 transformacion de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas. En esto el barco entrado en la mitad de la corriente del rio comenzó á caminar no tan lentamente como hasta alli. Los Molineros de las hazeñas que vieron venir aquel barco por el rio, y que se iba á 25 embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos dellos con varas largas á detenerle, y como salian enharinados, y cubiertos los rostros, y los vestidos del polvo de la harina, representavan una mala vista, davan voces grandes, diciendo, demonios de hombres, donde vais? venis desesperados, que quereis ahogaros, y haceros pedazos en estas ruedas? No te dixe yo, Sancho,

cho, dixo á esta fazon Don Quixote, que aviamos llegado donde he de mostrar, á do llega el valor de mi brazo? mira que de malandrines y follones me salen al encuentro: mira quantos vestiglos se me oponen: mira quantas feas cataduras nos hacen cocos: pues aora lo vereis, vellacos, y puesto en pie en el 5 barco con grandes voces coménzó á amenazar á los Molineros, diciendoles: Canalla malvada, y peor aconsejada, dexad en su libertad y libre alvedrio á la persona que en esa vuestra fortaleza, ó prision teneis oprimida, alta, ó baxa, de qualquiera fuerte, ó calidad que sea, que yo soy Don Quixote de la Mancha, llamado el 10 Cavallero de los Leones por otro nombre, á quien está reservada por orden de los altos cielos el dar fin felice á esta aventura: y diciendo esto echó mano á su espada, y comenzó á esgrimirla en el aire contra los Molineros, los quales oyendo, y no entendiendo aquellas fandeces, se pusieron con sus varas á detener el barco que ya 15 iba entrando en el raudal, y canal de las ruedas, púsose Sancho de rodillas, pidiendo devotamente al cielo le librase de tan manifesto peligro, como lo hizo por la industria y presteza de los Molineros, que oponiendose con sus palos al barco le detuvieron: pero no de manera que dexasen de trastornar el barco, y dar con Don Quixote, y 20 con Sancho al traves en el agua: pero vinóle bien á Don Quixote que sabia nadar como un ganso, aunque el peso de las armas le llevó al fondo dos veces, y fino fuera por los Molineros que se arrojaron al agua, y los sacaron como en peso á entrambos, alli avia sido Troya para los dos. Puestos pues en tierra, mas mojados que muertos de sed, Sancho puesto de rodillas, las manos juntas, y los 25 ojos clavados al cielo, pidió á Dios con una larga y devota plegaria, le librase de alli adelante de los atrevidos deseos y acometimientos de su Señor. Llegaron en esto los pescadores dueños del barco, á quien avian hecho pedazos las ruedas de las hazeñas, y viendole

viendolo roto, acometieron á desnudar á Sancho, y á pedir á Don Quixote se lo pagase, el qual con gran sosiego, como si no huviera pasado nada por él, dixo á los Molineros, y pescadores que él pagaría el barco de bonísima gana, con condición que le diesen libre
5 y sin cautela á la persona, ó personas que en aquel su castillo estavan oprimidas. Que personas, ó que castillo dice, respondió uno de los Molineros, hombre sin juicio, quieres te llevar por ventura las que vienen á moler trigo á estas hazeñas? Basta, dixo entre sí Don Quixote, aquí será predicar en desierto, querer reducir á esta
10 canalla, á que por ruegos haga virtud alguna. Y en esta aventura se deven de aver encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorva lo que el otro intenta, el uno me deparó el barco, y el otro dió conmigo al traves, Dios lo remedie, que todo este mundo es maquinas y trazas contrarias unas de otras. Yo no puedo mas, y
15 alzando la voz prosiguió diciendo, y mirando á las hazeñas: Amigos, qualesquiera que seais, que en esta prision quedais encerrados, perdonadme, que por mi desgracia, y por la vuestra yo no os puedo sacar de vuestra cuita: para otro Cavallero deve de estar guardada, y reservada esta aventura. En diciendo esto se concertó
20 con los pescadores, y pagó por el barco cinquenta reales que los dió Sancho de muy mala gana, diciendo, á dos barcadas como estas, daremos con todo el caudal al fondo. Los pescadores y molineros estavan admirados, mirando aquellas dos figuras tan fuera del uso al parecer de los otros hombres, y no acabavan de entender
25 á do se encaminavan las razones y preguntas que Don Quixote les decia, y teniendolos por locos les dexaron, y se recogieron á sus hazeñas, y los pescadores á sus ranchos. Bolvieron á sus bestias y á ser bestias, Don Quixote, y Sancho: y este fin tuvo la Aventura del Encantado Barco.

*Cap. XXX. De lo que le avino á Don Quixote con una bella
Cazadora.*

AS A Z melancolicos, y de mal talante llegaron á sus animales Cavallero, y escudero, especialmente Sancho, á quien llegava al alma llegar al caudal del dinero, pareciendole que todo lo que del se quitava, era quitarselo á él de las niñas de sus ojos. Finalmente sin hablarse palabra se pusieron á cavallo, y se apartaron del famoso rio. Don Quixote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entonces le parecia que estava bien lexos de tenerle, porque aunque era tonto, bien se le alcanzava, que las acciones de su Amo todas, ó las mas eran disparates, y buscava ocasion de que sin entrar en cuentas, ni en despedimientos con su Señor, un dia se desgarrase, y se fuese á su casa: pero la fortuna ordenó las cosas muy al reves de lo que el temía.

Sucedió pues, que otro dia al poner del sol, y al salir de una selva tendió Don Quixote la vista por un verde prado, y en lo ultimo del vió gente, y llegandose cerca conoció que eran cazadores de Altanería; llegóse mas, y entre ellos vió una gallarda Señora sobre un palafren, ó hacanea blanquísima, adornada de guarniciones verdes, y con un fillon de plata. Venia la Señora así mismo vestida de verde, tan bizarra y ricamente, que la misma bazarria venia transformada en ella. En la mano izquierda traya un Azor, señal que dió á entender á Don Quixote ser aquella alguna gran Señora, que devia ser lo de todos aquellos cazadores, como era la verdad, y así dixo á Sancho: corre, hijo Sancho, y

dí

dí á aquella Señora del palafren, y del Azor, que yo, el Cavallero de los Leones besa las manos á su gran fermosura, y que si su grandeza me da licencia se las iré á besar, y á servirla en quanto mis fuerzas pudieren, y su Alteza me mandare : y mira, Sancho, como hablas, y ten cuenta de no encaxar algun refran de los tuyos en tu embaxada. Hallado os le aveis el encaxador, respondió Sancho. A mí con eso, si que no es esta la vez primera que he llevado embaxadas á altas y crecidas señoras en esta vida. Sino fue la que llevaste á la Señora Dulcinea, replicó Don Quixote, yo no sé que ayas llevado otra, alomenos en mi poder. Así es verdad, respondió Sancho : pero al buen pagador no le duelen prendas, y en casa llena presto se guisa la cena, quiero decir, que á mí no ay que decirme, ni advertirme de nada, que para todo tengo, y de todo se me alcanza un poco. Yo lo creo, Sancho, dixo don Quixote, ve en buena hora, y Dios te guie.

Partió Sancho de carrera sacando de su paso al Rucio, y llegó donde la bella Cazadora estava, y apeandose, puesto ante ella de hinojos le dixo : Hermosa Señora, aquel Cavallero que alli se parece, llamado el Cavallero de los Leones es mi Amo, y yo soy un escudero fuyo, á quien llaman en su casa Sancho Panza : este tal Cavallero de los Leones, que no ha mucho que se llamava el de la Triste Figura, embia por mí á decir á vuestra grandeza, sea servida de darle licencia, para que con su proposito y beneplacito, y consentimiento él venga á poner en obra su deseo, que no es otro, segun él dice, y yo pienso, que de servir á vuestra encumbrada altanería, y fermosura, que en darsela vuestra señoria hará cosa que redunde en su pro, y él recibirá señaladísima merced y contento. Por cierto, buen escudero, respondió la Señora, vos aveis dado la embaxada vuestra con todas aquellas circunstancias que las tales embaxadas piden : levantaos del suelo, que escudero de

de tan gran Cavallero como es él de la Triste Figura (de quien ya tenemos acá mucha noticia) no es justo que esté de binojos, levantaos, amigo, y decid á vuestro Señor, que venga mucho en hora buena, á servirse de mí, y del Duque mi marido en una casa de placer que aquí tenemos. Levantóse Sancho, admirado, así de la hermosura de la buena señora, como de su mucha crianza, y cortesía, y mas de lo que le avia dicho, que tenia noticia de su Señor el Cavallero de la Triste Figura, y que fino le avia llamado él de los Leones, devia de ser por aversele puesto tan nuevamente. Preguntóle la Duquesa (cuyo titulo aun no se sabe) decidme, hermano escudero, este vuestro Señor, no es uno de quien anda impresa una Historia, que se llama del Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha, que tiene por señora de su alma á una tal Dulcinea del Toboso? El mismo es, Señera, respondió Sancho, y aquel escudero fuyo, que anda, ó deve de andar en la tal Historia, á quien llaman Sancho Panza, soy yo, fino es que me trocaron en la cuna, quiero decir, que me trocaron en la estampa. De todo eso me huelgo yo mucho, dixo la Duquesa, id, hermano Panza, y decid á vuestro Señor, que él sea el bien llegado, y el bien venido á mis Estados, y que ninguna cosa me pudiera venir, que mas contento me diera. Sancho con esta tan agradable respuesta, con grandísimo gusto bolvió á su Amo, á quien contó todo lo que la gran señora le avia dicho, levantando con sus rusticos terminos á los cielos su mucha fermosura, su gran donaire, y cortesía. Don Quixote le gallardeó en la filla: puso se bien en los estrivos, acomodóse la visera, arremetió á Rozinante, y con gentil denuedo fue á besar las manos á la Duquesa, la qual haciendo llamar al Duque su marido, le contó, en tanto que Don Quixote llegava, toda la embaxada fuya, y los dos por aver leído la primera parte desta Historia, y aver entendido por ella el disparatado humor de Don

F f

Quixote,

Quixote, con grandísimo gusto, y con deseo de conocerle, le atendían con propósito de seguirle el humor, y conceder con él en quanto les dixese, tratándole como á Cavallero Andante los días que con ellos se detuviese, con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de Cavallerías, que ellos avían leído, y aun
5 les eran muy aficionados.

En esto llegó Don Quixote alzada la visera, y dando muestras de apearse, acudió Sancho á tenerle el estribo: pero fue tan desgraciado, que al apearse del Rucio, se le asió un pie en una soga
10 del albarda de tal modo, que no fue posible desenredarle, antes quedó colgado del, con la boca y los pechos en el suelo. Don Quixote que no tenía en costumbre apearse, sin que le tuviesen el estribo, pensando que ya Sancho avía llegado á tenersele, descargó de golpe el cuerpo y llevóse tras sí la filla de Rozinante, que devia
15 de estar mal cinchado, y la filla y él vinieron al suelo, no sin vergüenza suya, y de muchas maldiciones que entre dientes echó al desdichado de Sancho, que aun toda vía tenía el pie en la corma. El Duque mandó á sus cazadores que acudiesen al Cavallero, y al escudero, los quales levantaron á Don Quixote mal trecho de la
20 caída, y renqueando, y como pudo, fue á hincar las rodillas ante los dos señores: pero el Duque no lo consintió en ninguna manera, antes apeándose de su cavallo fue á abrazar á Don Quixote, diciéndole: A mí me pesa, Señor Cavallero de la Triste Figura, que la primera que vuestra merced ha hecho en mi tierra aya sido tan mala
25 como se ha visto: pero descuidos de escuderos suelen ser causa de otros peores sucesos. El que yo he tenido en veros, Valeroso Principe, respondió Don Quixote, es imposible ser malo, aunque mi caída no parara hasta el profundo de los abismos: pues de allí me levantara, y me sacara la gloria de averos visto. Mi escudero, que Dios maldiga, mejor desata la lengua para decir malicias que ata,
y cincha

y cincha una silla para que esté firme: pero como quiera que yo me halle, caído, ó levantado, á pie, ó á cavallo, siempre estaré al servicio vuestro, y al de mi Señora la Duquesa, digna consorte vuestra, y digna Señora de la hermosura y universal Princesa de la cortesia. Pafito, mi señor Don Quixote de la Mancha, dixo el Duque, que adonde está mi Señora Doña Dulcinea del Toboso, no es razon que se alaben otras fermosuras. 5

Ya estava á esta sazon libre Sancho Panza del lazo, y hallandose alli cerca, antes que su Amo respondiese, dixo: No se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi Señora Dulcinea del Toboso: pero donde menos se piensa se levanta la liebre, que yo he oído decir, que esto que llaman naturaleza, es como un alcaller que hace vasos de barro, y él que hace un vaso hermoso, tambien puede hacer dos y tres, y ciento, digolo, porque mi señora la Duquesa á fee que no va enzaga á mi Ama la señora Dulcinea del Toboso. Bolvióse Don Quixote á la Duquesa, y dixo: Vuestra grandeza imagine, que no tuvo Cavallero Andante en el mundo escudero mas hablador, ni mas gracioso dél que yo tengo, y él me sacará verdadero, si algunos dias quisiere vuestra gran celsitud servirse de mi. A lo que respondió la Duquesa, de que Sancho el bueno sea gracioso, lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto, que las gracias, y los donaires, Señor Don Quixote, como vuestra merced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes, y pues el buen Sancho es gracioso, y donairoso, desde aquí le confirmo por discreto. Y hablador, anadió Don Quixote. Tanto que mejor, dixo el Duque, porque muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras, y porque no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran Cavallero de la Triste Figura. De los Leones ha de decir vuestra Alteza, dixo Sancho, que ya no ay triste figura. El figuro sea él de los Leones. Profiguió el Duque, digo, que venga el 15 20 25

Señor Cavallero de los Leones á un castillo mio, que está aquí cerca, donde se le hará el acogimiento que á tan alta persona se deve justamente, y el que yo, y la Duquesa solemos hacer á todos los Cavalleros Andantes que á el llegan. Ya en esto Sancho avia aderezado, y cinchado bien la silla á Rozinante, y subiendo en él Don Quixote, y el Duque en un hermoso cavallo, pusieron á la Duquesa en medio, y encaminaron al castillo. Mandó la Duquesa á Sancho que fuese junto á ella, porque gustava infinito de oir sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho, y entretexióse entre los tres, y hizo quarto en la conversacion, con gran gusto de la Duquesa, y del Duque, que tuvieron á gran ventura acoger en su castillo tal Cavallero Andante, y tal escudero andado.

Cap. XXXI. Que trata de muchas y grandes cosas.

SUMA era la alegría que llevaba consigo Sancho, viendose á su parecer en privanza con la Duquesa, porque se le figurava, que avia de hallar en su castillo lo que en la casa de Don Diego, y en la de Basilio, siempre aficionado á la buena vida, y así tomava la ocasion por la melena en esto del regalarle, cada, y quando que se le ofrecia. Cuenta pues la Historia, que antes que á la plaza de placer, ó castillo llegasen, se adelantó el Duque, y dió orden á todos sus criados, del modo que avian de tratar á Don Quixote, el qual como llegó con la Duquesa á las puertas del castillo, al instante salieron del dos lacayos, ó palafreneros, vestidos hasta en pies de unas ropas que llaman de levantar, de finísimo raso carmesí, y cogiendo á Don Quixote en brazos, sin ser oído ni visto le dixerón, vaya la vuestra grandeza á

appear

aprear á mi Señora la Duquesa. Don Quixote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso: pero en efecto venció la porfía de la Duquesa, y no quiso decender, ó baxar del palafren, sino en los brazos del Duque, diciendo: que no se hallava digna de dar á tan gran Cavallero tan inutil carga. En fin salió el Duque á apearla, y al entrar en un gran patio llegaron dos hermosas doncellas, y echaron sobre los ombros á Don Quixote un gran manto de finísima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados, y criadas de aquellos señores, diciendo á grandes voces: Bien sea venido la flor y la nata de los Cavalleros Andantes, y todos ó los mas derramavan pomos de aguas olorosas sobre Don Quixote, y sobre los Duques, de todo lo qual se admirava Don Quixote, y aquel fue el primer dia que de todo en todo conoció, y creyó ser Cavallero Andante verdadero, y no fantástico, viendose tratar del mismo modo que él avia leído se trataban los tales Cavalleros en los pasados siglos. Sancho desamparando al Rucio se cosió con la Duquesa, y se entró en el castillo, y remordiendole la conciencia de que dexava al jumento solo, se llegó á una reverenda dueña, que con otras á recebir á la Duquesa avia salido, y con voz baxa le dixo: Señora Gonzalez, ó como es su gracia de vuestra merced. Doña Rodriguez de Grijalva me llamo, respondió la Dueña, que es lo que mandays, hermano? A lo que respondió Sancho: Queria que vuestra merced me la hiciese de salir á la puerta del castillo, donde hallará un asno rucio mío, vuestra merced sea servida de mandarle poner, ó ponerle en la cavalleriza, porque el pobrecito es un poco medroso, y no se hallará á estar solo en ninguna de las maneras. Si tan discreto es el amo como el mozo, respondió la dueña, medradas estamos. Andad, hermano, mucho de en hora mala para vos, y para quien acá os truxo, y tened cuenta con vuestro jumento, que las dueñas desta casa

caja no estamos acostumbradas á semejantes haciendas. Pues en verdad, respondió Sancho, que he oído yo decir á mi Señor que es zahori de las historias, contando aquella de Lanzarote, quando de Bretaña vino, que damas curavan dél, y dueñas del su rozino, y
5 que en el particular de mi Asno, que no le trocara yo con el rozin del Señor Lanzarote. Hermano, si soys juglar, replicó la Dueña, guardad vuestras gracias para donde lo parezcan, y se os paguen, que de mí no podreis llevar sino una higa. Aun bien, respondió Sancho, que será bien madura, pues no perderá vuestra merced la quinola de sus años por punto menos. Hijo de puta, dixo la Dueña, toda ya encendida en colera, si soy vieja, ó no, á Dios daré la cuenta, que no á vos, vellaco, hartos de ajos, y esto dixo en voz tan alta que lo oyó la Duquesa, y bolviendo, y viendo á la Dueña, tan alborotada, y tan encarnizados los ojos, le preguntó,
15 con quien las avia. Aquí las he, respondió la Dueña, con este buen hombre, que me ha pedido encarecidamente que vaya á poner en la cavalleriza á un asno suyo, que está á la puerta del castillo, trayendome por exemplo, que así lo hicieron no sé donde, que unas damas curaron á un tal Lanzarote, y unas dueñas á su rozino, y sobre todo por buen termino me ha llamado vieja. Eso
20 tuviera yo por afrenta, respondió la Duquesa, mas que quantas pudieran decirme, y hablando con Sancho le dixo: Advertid, Sancho amigo, que Doña Rodriguez es muy moza, y que aquellas tocas mas las trae por autoridad, y por la usanza, que por los
25 años. Malos sean los que me quedan por vivir, respondió Sancho, si lo dixes por tanto, solo lo dixes, porque es tan grande el cariño que tengo á mi jumento, que me pareció, que no podia encomendarle á persona mas caritativa que á la señora Doña Rodriguez. Don Quixote que todo lo oya, le dixo: Platicas son estas, Sancho, para este lugar? Señor, respondió Sancho, cada uno ha de hablar de
de

de su menester donde quiera que estuviere. Aquí se me acordó del Rucio, y aquí hablé dél, y si en la cavalleriza se me acordara, allí hablara. A lo que dixo el Duque, Sancho está muy en lo cierto, y no ay que culparle en nada: al Rucio se le dara recado, á pedir de boca, y descuide Sancho, que se le tratará como á su misma persona. 5

Con estos razonamientos gustosos á todos, fino á Don Quixote, llegaron á lo alto, y entraron á Don Quixote en una sala adornada de telas riquísimas de oro, y de brocado, seis doncellas le desarmaron, y sirvieron de pages, todas industriadas y advertidas del Duque, 10 y de la Duquesa de lo que avian de hacer, y de como avian de tratar á Don Quixote, para que imaginase, y viese que le tratavan como Cavallero Andante. Quedó Don Quixote despues de desarmado en sus estrechos greguescos, y en su jubon de camuza, seco, alto, tendido, con las quixadas que por de dentro se besava la una 15 con la otra, figura que á no tener cuenta las doncellas que le servian, con disimular la risa (que fue una de las precisas ordenes que sus señores les avian dado) rebentaron riendo. Pidieronle, que se dexase desnudar, para una camisa: pero nunca lo consintió, diciendo: que la honestidad parecia tan bien en los Cavalleros An- 20 dantes como la valentia. Con todo dixo, que diesen la camisa á Sancho, y encerrandose con él en una quadra, donde estava un rico lecho se desnudó, y vistió la camisa, y viendose solo con Sancho le dixo: Dime, truhan moderno, y majadero antiguo, parecete bien deshonrar y afrentar á una dueña tan veneranda, y tan 25 digna de respeto como aquella? Tiempos eran aquellos para acordarte del Rucio? ó Señores son estos para dexar mal pasar á las bestias, tratando tan elegantemente á sus dueños? Por quien Dios es, Sancho, que te reportes, y que no descubras la hilaza de manera que caigan en la cuenta de que eres de villana y grosera tela teñido.

teñido. Mira, pecador de tí, que en tanto mas es tenido el Señor quanto tiene mas honrados, y bien nacidos criados, y que una de las ventajas mayores que llevan los Principes á los demás hombres, es, que se sirven de criados tan buenos como ellos. No
5 adviertes, angustiado de tí, y mal aventurado de mí, que si veen, que tú eres un grosero villanó, ó un mentecato gracioso, pensarán, que yo soy algun echacuervos, ó algun Cavallero de mohatra. No, no, Sanchó amigo, huye, huye destos inconvenientes, que quien tropieza en hablador, y en gracioso, al primer puntapié cae,
10 y da en truhan desgraciado; enfrena la lengua, considera, y rumia las palabras, antes que te salgan de la boca, y advierte, que hemos llegado á parte donde con el favor de Dios, y valor de mi brazo, hemos de salir mejorados en tercio y quinto en fama y en hacienda. Sancho le prometió con muchas veras de coserse la bo-
15 ca, ó morderse la lengua antes de hablar palabra, que no fuese muy á propósito y bien considerada, como él se lo mandava, y que descuidase acerca de lo tal, que nunca por él se descubriría quien ellos eran. Vistióse Don Quixote, puso su tahali con su espada, echóse el manton de escarlata acuestas, puso una montera de raso
20 verde, que las doncellas le dieron, y con este adorno salió á la gran sala, adonde halló á las doncellas puestas en ala tantas, á una parte como á otra, y todas con aderezo de darle aguamanos, la qual le dieron con muchas reverencias, y ceremonias. Luego llegaron doce pages con el maestresala para llevarle á comer, que
25 ya los señores le aguardavan. Cogieronle en medio, y lleno de pompa y magestad, le llevaron á otra sala donde estava puesta una rica mesa, con solos quatro servicios; la Duquesa, y el Duque salieron á la puerta de la sala á recebirle, y con ellos un grave Ecclesiastico, destos que gobiernan las casas de los Principes, destos que como no nacen Principes, no aciertan á enseñar como lo han
de

de ser los que lo son: destos que quieren que la grandeza de los Grandes se mida con la estrechez de sus animos: destos que queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados, les hacen ser miserables: destos tales, digo que devía de ser el grave Religioso, que con los Duques salió á recibir á Don Quixote: hicieron mil cortesés comedimientos, y finalmente cogiendo á Don Quixote en medio se fueron á sentar á la mesa. Combidó el Duque á Don Quixote con la cabecera de la mesa, y aunque él lo rehusó, las importunaciones del Duque fueron tantas, que la hubo de tomar. El Eclesiástico se sentó frontero, y el Duque y la Duquesa á los dos lados. A todo estava presente Sancho, embobado y atonito de ver la honra que á su Señor aquellos Principes le hacían, y viendo las muchas ceremonias, y ruegos que pasaron entre el Duque, y Don Quixote para hacerle sentar á la cabecera de la mesa, dixo: si sus mercedes me dan licencia les contaré un cuento que pasó en mi pueblo, acerca desto de los asientos; á penas hubo dicho esto Sancho, quando Don Quixote tembló, creyendo sin duda alguna, que avia de decir alguna necedad. Miróle Sancho y entendióle, y dixo: no tema vuestra merced, Señor mio, que yo me desmande, ni que diga cosa que no venga muy á pelo, que no se me han olvidado los consejos que poco ha vuestra merced me dió sobre el hablar mucho ó poco, ó bien, ó mal. Yo no me acuerdo de nada, Sancho, respondió Don Quixote, dí lo que quisieres, como lo digas presto. Pues lo que quiero decir, dixo Sancho, es tan verdad, que mi Señor Don Quixote que está presente no me dexará mentir. Por mí, replicó Don Quixote, miente tú, Sancho, quanto quisieres, que yo no te iré á la mano: pero mira lo que vas á decir. Tan mirado, y remirado lo tengo, que á buen salvo está él que repica, como se verá por la obra. Bien será, dixo Don Quixote, que vuestras grandezas manden echar de aquí á

este tonto, que dirá mil patochadas. Por vida del Duque, dixo la Duquesa, que no se ha de apartar de mí Sancho un punto: quierole yo mucho, porque sé que es muy discreto. Discretos dias, dixo Sancho, viva vuestra Santidad por el buen credito que de
5 mí tiene, aunque en mí no lo aya, y el cuento que quiero decir es este. Combidó un Hidalgo de mi pueblo muy rico y principal, porque venia de los Alamos de Medina del Campo, que casó con Doña Mencia de Quiñones, que fue hija de Don Alonso de Marañon, Cavallero del habito de Santiago, que se ahogó en la
10 Herradura, por quien hubo aquella pendencia años ha en nuestro lugar, que á lo que entiendo, mi Señor Don Quixote se halló en ella, de donde salió herido Tomafillo el travieso, el hijo de Balvastro el herrero. No es verdad todo esto, Señor nuestro Amo? digalo por su vida, porque estos señores no me tengan por algun
15 hablador mentiroso. Hasta aora, dixo el Eclesiastico, mas os tengo por hablador que por mentiroso: pero de aquí adelante no sé por lo que os tendré: tú das tantos testigos, Sancho, y tantas señas, que no puedo dexar de decir, que debes de decir verdad: pasa adelante, y acorta el cuento porque llevas camino de no a-
20 cabar en dos dias. No ha de acortar tal, dixo la Duquesa, por hacerme á mí placer, antes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis dias, que si tantos fuesen, serían para mí los mejores que huviese llevado en mi vida. Digo pues, Señores mios, profiguió Sancho, que este tal Hidalgo, que yo co-
25 nozco como á mis manos (porque no ay de mi casa á la suya un tiro de ballesta) combidó un labrador pobre, pero honrado: adelante, hermano, dixo á esta fazon el Religioso, que camino llevais de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo. A menos de la mitad pararé, si Dios fuere servido, respondió Sancho, y así digo, que llegando el tal labrador á casa del dicho Hidalgo combida-
dor,

dor, que buen pofo aya fu anima, que ya es muerto, y por mas señas dicen, que hizo una muerte de un Angel, que yo no me hallé presente, que avia ido por aquel tiempo á segar á Tembleque. Por vida vuestra, hijo, que bolvais presto de Tembleque, y que fin enterrar al Hidalgo (fino quereis hacer mas exequias) acabeis vuestro cuento. Es pues el caso, replicó Sancho, que estando los dos para asentarse á la mesa, que parece que aora los veo mas que nunca. Gran gusto recebían los Duques del disgusto que mostrava tomar el buen Religioso de la dilacion y pausas con que Sancho contava su cuento, y Don Quixote se estava consumiendo en colera y en 10 rabia. Digo así, dixo Sancho, que estando, como he dicho, los dos para sentarse á la mesa, el labrador porfiava con el Hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el Hidalgo porfiava tambien que el labrador la tomase, porque en su casa se avia de hacer lo que el mandase, pero el labrador, que presumia de cortés y bien criado, jamas quiso, hasta que el Hidalgo mohino, poniendole ambas manos sobre los ombros le hizo sentar por fuerza, diciendole: Sentaos, maja granzas, que adonde quiera que yo me siente, será vuestra cabecera, y este es el cuento, y en verdad, que creo que no ha sido aquí traído fuera de proposito. Pusose Don Quixote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeavan, y se le parecian: los Señores disimularon la risa, porque Don Quixote no acabase de correrse, aviendo entendido la malicia de Sancho, y por mudar de platica, y hacer que Sancho no prosiguiese con otros disparates, preguntó la Duquesa á Don Quixote, que que nuevas tenía de la Señora 25 Dulcinea, y que si le avia embiado aquellos dias algunos presentes de gigantes, ó malandrines, pues no podia dexar de aver vencido muchos. A lo que Don Quixote respondió: Señora mia, mis desgracias, aunque tuvieron principio, nunca tendran fin, gigantes he vencido, y follones, y malandrines le he embiado: pero a-

donde la avian de hallar, si está encantada, y buelta en la mas fea labradora que imaginarse puede? No sé, dixo Sancho Panza, á mí me parece la mas hermosa criatura del mundo, alomenos en la ligereza, y en el brincar bien sé yo, que no dará ella la ventaja á un volteador: á buena fé, Señora Duquesa, así salta desde el suelo sobre una borrica, como si fuera un gato. Aveilla visto vos encantada, Sancho, preguntó el Duque? Y como si la he visto, respondió Sancho, pues quien diablos sino yo fue el primero que cayó en el achaque del encantorio? tan encantada está como mi padre. El Eclesiastico, que oyó decir de gigantes, de follones, y de encantos, cayó en la cuenta de que aquel devia de ser Don Quixote de la Mancha, cuya historia leya el Duque de ordinario, y él se lo avia reprehendido muchas veces, diciendole, que era disparate, leer tales disparates: y enterandose ser verdad lo que sospechava, con mucha colera hablando con el Duque le dixo: Vuestra Excelencia, Señor mio, tiene que dar cuenta á nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este Don Quixote, ó Don tonto, ó como se llama, imagino yo, que no deve de ser tan mentecato como vuestra Excelencia quiere que sea, dandole ocasiones á la mano, para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades. Y bolviendo la platica á Don Quixote le dixo: y á vos, alma de cantaro, quien os ha encaxado en el cerebro que sois Cavallero Andante, y que venceis gigantes, y prendéis malandrines? andad en hora buena, y en tal se os diga, bolveos á vuestra casa, y criad vuestros hijos, si los teneis, y curad de vuestra hacienda, y dexad de andar vagando por el mundo, papando viento, y dando que reir á quantos os conocen, y no conocen. En donde nora tal aveis vos hallado que hubo, ni ay aora Cavalleros Andantes? donde ay gigantes en España, ó malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan. Atento estuvo Don Quixote a las razones de aquel venerable

nerable varon, y viendo que ya callava, fin guardar respeto á los Duques con semblante airado, y alborotado rostro se puso en pie, y dixo: Pero esta respuesta capitulo por sí merece.

Cap. XXXII. De la respuesta que dió Don Quixote á su Reprehensor con otros graves y graciosos sucesos.

5

LEvantado pues en pie Don Quixote temblando de los pies á la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua dixo: El lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuestra merced profesa, tienen, y atan las manos de mi justo enojo: y así por lo que he dicho, como por saber, que saben todos, que las armas de los togados son las mismas que las de la muger, que son la lengua, entraré con la mia en igual batalla con vuestra merced, de quien se devia esperar antes buenos consejos, que infames vituperios; las reprehensiones santas y bien intencionadas otras circunstancias requieren, y otros puntos piden. Alomenos el averme reprendido en publico, y tan asperamente, ha pasado todos los limites de la buena reprehension, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza, y no es bien, que sin tener conocimiento del pecado que se reprehende, llamar al pecador sin mas ni mas mentecato y tonto. Sino dígame vuestra merced por qual de las mentecaterias que en mí ha visto me condena, y vitupera, y me manda que me vaya á mi casa á tener cuenta en el gobierno della, y de mi muger, y de mis hijos, sin saber si la tengo, ó los tengo: no ay mas sino á troche moche entrarse por las casas ajenas, á gobernar sus dueños, y aviendose criado algunos en la estrechez de al-

gun

gun pupilage, sin aver visto mas mundo, que el que puede contenerse en veinte, ó treinta leguas de distrito, meterse de rondon á dar leyes á la Cavalleria, y á juzgar de los Cavalleros Andantes? por ventura es asumpto vano, ó es tiempo mal gastado el que se
5 gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos del, sino las asperezas, por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad? si me tuvieran por tonto los Cavalleros, los magnificos, los generosos, los altamente nacidos, tuvieralo por afrenta irreparable: pero de que me tengan por sandio los estudiantes, que nunca
10 entraron, ni pisaron las sendas de la Cavalleria, no se me da un ardite; Cavallero soy, y Cavallero he de morir si place al Altísimo: unos van por el ancho campo de la ambicion sobervia, otros por el de la hipocresia engañosa, y algunos por el de la verdadera religion: pero yo inclinado de mi estrella voy por la angosta senda de la
15 Cavalleria Andante, por cuyo exercicio desprecio la hacienda, pero no la honra; yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, veneido gigantes, y atropellado vestiglos; yo soy enamorado, no mas de porque es forzoso, que los Cavalleros Andantes lo sean, y siendolo, no soy de los enamorados viciosos,
20 sino de los Platonicos continentes. Mis intenciones siempre las enderezo á buenos fines, que son de hacer bien á todos, y mal á ninguno: si él que esto entiende, si él que esto obra, si él que desto trata merece ser llamado bobo, diganlo vuestras grandezas, Duque y Duquesa excelentes. Bien por Dios, dixo Sancho, no
25 diga mas vuestra merced, Señor y Amo mio, en su abono, porque no ay mas que decir, ni mas que pensar, ni mas que perseverar en el mundo: y mas que negando este señor, como ha negado, que no ha auido en el mundo, ni los ay Cavalleros Andantes, que mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho? Por ventura, dixo el Eclesiastico, sois vos, hermano, aquel Sancho Panza, que dicen,

cen, á quien vuestro amo tiene prometida una ínsula? Si soy, respondió Sancho, y soy, quien la merece, tambien como otro qualquiera, soy quien juntate á los buenos, y serás uno dellos, y soy yo de aquellos no con quien naces, fino con quien paces, y de los quien á buen arbol se arrima buena sombra le cobija; yo me he 5
arrimado á buen señor, y ha muchos meses que ando en su compañía, y he de ser otro como él, Dios queriendo, y viva él, y viva yo, que ni á él le faltarán Imperios que mandar, ni á mí Insulas que gobernar. No por cierto, Sancho amigo, dixo á esta fazon el Duque, que yo en nombre del Señor Don Quixote os mando el 10
Gobierno de una que tengo de nones de no pequeña calidad. Hincate de rodillas, Sancho, dixo Don Quixote, y besa los pies á su Excelencia, por la merced que te ha hecho. Hizolo así Sancho. Lo qual visto por el Eclesiastico se levantó de la me á mohino ademas, diciendo, por el habito que tengo, que estoy por decir, 15
que es tan sandio vuestra Excelencia, como estos pecadores, mirad fino han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras, quedese vuestra Excelencia con ellos, que en tanto que estuvieren en casa, me estará yo en la mia, y me escusaré de reprehender lo que no puedo remediar, y sin decir mas, ni comer mas, se fue, 20
sin que fuesen parte á detenerle los ruegos de los Duques, aunque el Duque no le dixo mucho, impedido de la risa, que su impertinente colera le avia causado. Acabó de reir, y dixo á Don Quixote, vuestra merced, Señor Cavallero de los Leones, ha respondido por sí tan altamente, que no le queda cosa por satisfacer deste, que 25
aunque parece agravio, no lo es en ninguna manera, porque así como no agravian las mugeres, no agravian los Eclesiasticos, como vuestra merced mejor sabe. Así es, respondió Don Quixote, y la causa es, que él que no puede ser agraviado, no puede agraviar á nadie. Las mugeres, los niños, y los Eclesiasticos como

no pueden defenderse, aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados, porque entre el agravio y la afrenta ay esta diferencia, como mejor vuestra Excelencia sabe. La afrenta viene de parte de quien la puede hacer, y la hace, y la sustenta, el agravio puede
5 venir de qualquier parte, sin que afrente. Sea exemplo: está uno en la calle descuidado, llegan diez con mano armada, y dandole de palos, pone mano á la espada, y hace su dever: pero la muchedumbre de los contrarios se le opone, y no le dexa salir con su intencion, que es de vengarse: este tal queda agraviado: pero
10 no afrentado, y lo mismo confirmará otro exemplo. Está uno buelto de espaldas, llega otro, y dale de palos, y en dandofelos, huye, y no espera, y el otro le sigue, y no alcanza: este que recibió los palos, recibió agravio mas no afrenta, porque la afrenta ha de ser sustentada. Si él que le dió los palos, aunque se los dió á hurta
15 cordel, pusiera mano á su espada, y se estuviera quedo haciendo rostro á su enemigo, quedara el apaleado agraviado, y afrentado juntamente: agraviado, porque le dieron á traicion: afrentado, porque él que le dió sustentó lo que avia hecho, sin bolver las espaldas, y á pie quedo, y así segun las leyes del maldito duelo, yo
20 puedo estar agraviado, mas no afrentado, porque los niños no fierten, ni las mugeres, ni pueden huir, ni tienen para que esperar, y lo mismo los constituidos en la sacra Religion, porque estos tres generos de gente carecen de armas ofensivas y defensivas, y así aunque naturalmente estén obligados á defenderse, no lo estan
25 para ofender á nadie, y aunque poco ha dixé, que yo podia estar agraviado, agora digo, que no en ninguna manera, porque quien no puede recibir afrenta, menos la puede dar: por las quales razones yo no devo sentir, ni siento las que aquel buen hombre me ha dicho: solo quisiera, que esperara algun poco para darle á entender en el error en que está, en pensar y decir, que no ha avido,

ni

ni los ay Cavalleros Andantes en el mundo, que si lo tal oyera Amadis, ó uno de los infinitos de su linage, yo fé, que no le fuera bien á su merced. Eso juro yo bien, dixo Sancho, cuchillada le huvieran dado, que le abrieran de arriba abaxo como una grana-
da, ó como á un melon muy maduro, bonitos eran ellos para su- 5
frir semejantes cosquillas, para mi santiguada que tengo por cierto, que si Reynaldos de Montalvan huviera oido estas razones al hombrequito, tapaboca le huviera dado, que no hablara mas en tres años, no sino tomarase con ellos, y viera como escapava de sus manos. Perecía de risa la Duquesa en oyendo hablar á Sancho, y 10
en su opinion le tenía por mas gracioso, y por mas loco que á su amo, y muchos hubo en aquel tiempo que fueron deste mismo parecer. Finalmente Don Quixote se sosegó, y la comida se acabó, y en levantando los manteles, llegaron quatro doncellas, la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil, así mismo de 15
plata, y la otra con dos blanquissimas y riquissimas toallas al ombro, y la quarta descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda pella de javon Napolitano. Llegó la de la fuente, y con gentil donaire, y de-semboltura encaxó la fuente debaxo de la barba de Don Quixote, 20
el qual sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyendo, que devia ser usanza de aquella tierra, en lugar de las manos lavar las barbas, y así tendió la suya todo quanto pudo, y al mismo punto comenzó á llover el aguamanil, y la doncella del javon le manoseó las barbas con mucha priesa, levantando copos de 25
nieve, que no eran menos blancas las javonaduras, no solo por las barbas, mas por todo el rostro, y por los ojos del obediente Cavallero, tanto que se los hicieron cerrar por fuerza. El Duque y la Duquesa, que de nada desto eran sabidores, estaban esperando, en que avia de parar tan extraordinario lavatorio. La Doncella Barbera, quando le tuvo con un palmo de javonadura, fingió que

se le avia acabado el agua, y mandó á la del aguamanil fuese por ella, que el señor Don Quixote esperaba. Hizolo así, y quedó Don Quixote con la mas estraña figura, y mas para hacer reir, que se pudiera imaginar. Miravanle todos los que presentes estavan, que eran muchos, y como le veyan con media vara de
5 cuello, mas que medianamente moreno, los ojos cerrados, y las barbas llenas de javon, fue gran maravilla, y mucha discrecion poder difimular la risa, las doncellas de la burla tenían los ojos baxos, sin osar mirar á sus señores: á ellos les retozava la colera
10 y la risa en el cuerpo, y no sabian á que acudir: ó á castigar el atrevimiento de las muchachas, ó darles premio por el gusto que recibian de ver á Don Quixote de aquella fuerte. Finalmente la doncella del aguamanil vinó, y acabaron de lavar á Don Quixote, y luego la que traya las toallas le limpió, y le enjugó muy
15 reposadamente, y haciendole todas quatro á la par una grande y profunda inclinacion y reverencia, se querian ir: pero el Duque, porque Don Quixote no cayese en la burla, llamó á la Doncella de la fuente, diciendole, venid y lavadme á mí, y mirad que no se os acabe el agua: la muchacha aguda y diligente llegó, y puso
20 la fuente al Duque como á Don Quixote, y dandose priesa le lavaron y javonaron muy bien, y dexandole enjuto y limpio, haciendo reverencias se fueron: despues se supo que avia jurado el Duque, que si á él no le lavaron como á Don Quixote, avia de castigar su desemboltura, lo qual avian enmendado discretamente,
25 con averle á él javonado.

Estava atento Sancho á las ceremonias de aquel lavatorio, y dixo entre sí: Valame Dios, si será tambien usanza en esta tierra lavar las barbas a los escuderos como á los Cavalleros? Porque en Dios y en mi anima que lo he bien menester, y aunque si me las rapasen á navaja lo tendría á mas beneficio. Que decis entre vos Sancho? preguntó la Duquesa. Digo, Señora, respondió él, que
en

en las Cortes de los otros Principes siempre he oido decir, que en levantando los manteles dan agua á las manos: pero no lexia á las barbas, y que por eso es bueno vivir mucho, por ver mucho, aunque tambien dicen, que él que larga vida vive mucho mal ha de pasar, puesto que pasar por un lavatorio de estos, antes es gusto 5 que trabajo. No tengais pena, amigo Sancho, dixo la Duquesa, que yo haré que mis doncellas os laven, y aun os metan en colada, si fuere menester. Con las barbas me contento, respondió Sancho, por aora alomenos, que andando el tiempo Dios dixo lo que será. Mirad, Maestresala, dixo la Duquesa, lo que el buen San- 10 cho pide, y cumplidle su voluntad al pie de la letra. El maestresala respondió, que en todo sería servido el señor Sancho, y con esto se fue á comer, y llevó consigo á Sancho, quedandose á la mesa los Duques, y Don Quixote hablando en muchas y diversas cosas: pero todas tocantes al exercicio de las armas, y de la An- 15 dante Cavalleria.

La Duquesa rogó á Don Quixote, que le delinease y describiese, pues parecía tener felice memoria, la hermosura, y facciones de la Señora Dulcinea del Toboso, que segun lo que la fama pregonava de su belleza, tenía por entendido, que devia de ser la 20 mas bella criatura del orbe, y aun de toda la Mancha. Sospiró Don Quixote oyendo lo que la Duquesa le mandava, y dixo: Si yo pudiera facar mi corazon, y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza, aquí sobre esta mesa, y en un plato, quitara el trabajo á mí lengua de decirlo, que á penas se puede pensar, porque vuestra 25 Excelencia la viera en el toda retratada: pero para que es ponerme yo aora á delinear y describir punto por punto, y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros ombros que de los mios? Empresa, en quien se devian ocupar los pinceles de Parrasio, de Timantes, y de Apeles, y los buriles de Lisipo, para pintarla y gravarla en tablas, en marmoles, y en
H b 2
bronces,

bronces, y la Retorica Ciceroniana, y Demostina, para alabarla. Que quiere decir Demostina, Señor Don Quixote, preguntó la Duquesa, que es vocablo que no le he oido en todos los dias de mi vida? Retorica Demostina, respondió Don Quixote, es lo mismo que decir Retorica de Demostenes, como Ciceroniana de Ciceron, que fueron los dos mayores retoricos del mundo. Así es, dixo el Duque, y aveis andado deslumbrada en la tal pregunta: pero con todo eso nos daría gran gusto el Señor Don Quixote, si nos la pintase, que á buen seguro que aunque sea en rasguño, y bosquejo, que ella salga tal que la tengan invidia las mas hermosas. Si hiciera por cierto, respondió Don Quixote, fino me la huviera borrado de la idea la desgracia, que poco ha que le sucedió, que es tal, que mas estoy para llorarla, que para describirla, porque avran de saber vuestras grandezas, que yendo los dias pasados á besarle las manos, y á recebir su bendicion, beneplacito, y licencia para esta tercera salida, hallé otra de la que buscava, hallela encantada, y convertida de Princesa en labradora, de hermosa en fea, de Angel en diablo, de olorosa en pestífera, de bien hablada en rustica, de reposada en brincadora, de luz en tinieblas, y finalmente de Dulcinea del Toboso en una villana de Sayago. Valame Dios! dando una gran voz, dixo á este instante el Duque: Quien ha sido él que tanto mal ha hecho al mundo? Quien ha quitado del la belleza que le alegrava? el donaire que le entretenia? y la honestidad que le acreditava? Quien? respondió Don Quixote, quien puede ser, fino algun maligno encantador de los muchos invidiosos que me persiguen. Esta raza maldita, nacida en el mundo para escurecer, y aniquilar las hazañas de los buenos, y para dar luz, y levantar los fechos de los malos. Perseguido me han encantadores: encantadores me persiguen, y encantadores me persiguirán, hasta dar conmigo, y con mis altas Cavallerias en el profundo abismo del olvido, y en

y en aquella parte me dañan, y hieren, donde veen que mas lo fi-
ento, porque quitarle á un Cavallero Andante su dama, es qui-
tarle los ojos con que mira, y el sol con que se alumbra, y el sus-
tento con que se mantiene. Otras muchas veces lo he dicho, y
aora lo buelvo á decir, que el Cavallero Andante sin dama, es 5
como el arbol sin hojas, el edificio sin cimiento, y la sombra sin
cuerpo de quien se cause. No ay mas que decir, dixo la Duquesa :
pero si con todo eso hemos de dar credito á la Historia que del Señor
Don Quixote de pocos dias á esta parte ha salido á la luz del mun-
do, con general aplauso de las gentes della, se colige, si mal no 10
me acuerdo, que nunca vuestra merced ha visto á la Señora Dulci-
nea, y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama
fantástica, que vuestra merced la engendró, y parió en su entendi-
miento, y la pintó con todas aquellas gracias, y perfecciones que
quiso. En eso ay mucho que decir, respondió Don Quixote, Dios 15
sabe, si ay Dulcinea, ó no en el mundo, ó si es fantástica, ó no es
fantástica: y estas no son de las cosas cuya averiguacion se ha de
llevar hasta el cabo. Ni yo engendré, ni parí á mi Señora; puesto
que la contemplo como conviene, que sea una dama que contenga
en sí las partes, que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, 20
como son hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con ho-
nestidad, agradecida por cortes, cortes por bien criada, y final-
mente alta por linage, á causa que sobre la buena sangre resplan-
dece, y campea la hermosura con mas grados de perfeccion que en
las hermosas humildemente nacidas. Así es, dixo el Duque: pero 25
ha me de dar licencia el Señor Don Quixote, para que diga, lo
que me fuerza á decir la Historia, que de sus hazañas he leído, de
donde se infiere, que puesto que se conceda que ay Dulcinea en el
Toboso, ó fuera del, y que sea hermosa en el sumo grado, que
vuestra merced nos la pinta; en lo de la alteza del linage no corre
parejas con las Orianas, con las Alastrajareas, con las Madasimas,
ni

ni con otras deste jaez, de quien estan llenas las historias, que vuestra merced bien sabe. A eso puedo decir, respondió Don Quixote, que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en mas se ha de estimar y tener un humilde virtuoso, que un vicioso levantado: quanto mas que Dulcinea tiene un giron que la puede llevar á ser Reina de corona, y ceptro, que el merecimiento de una muger hermosa, y virtuosa á hacer mayores milagros se estiende, y aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas. Digo, Señor Don Quixote, dixo la Duquesa, que en todo quanto vuestra merced dice va con pie de plomo, y como suele decirse con la sonda en la mano, y que yo desde aquí adelante creere, y haré creer á todos los de mi casa, y aun al Duque mi Señor, si fuere menester, que ay Dulcinea en el Toboso, y que vive oy dia, y es hermosa y principalmente nacida y merecedora, que un tal Cavallero como es el Señor Don Quixote la sirva, que es lo mas que puedo, ni sé encarecer. Pero no puedo dexar de formar un escrúpulo, y tener algun no sé que de ojeriza contra Sancho Panza: el escrúpulo es, que dice la Historia, referida, que el tal Sancho Panza halló á la tal Señora Dulcinea, quando de parte de vuestra merced le llevó una epistola, ahechando un costal de trigo, y por mas señas dice que era rubion, cosa que me hace dudar en la alteza de su linage. A lo que respondió Don Quixote: Señora mia, sabrá la vuestra grandeza, que todas, ó las mas cosas que á mí me suceden van fuera de los terminos ordinarios de las que á los otros Cavalleros Andantes acontecen, ó ya sean encaminadas por el querer inescrutable de los hados, ó ya vengan encaminadas por la malicia de algun encantador invidioso; y como es cosa ya averiguada, que todos, ó los mas Cavalleros Andantes, y famosos, uno tenga gracia de no poder ser encantado, otro de ser de tan impenetrables carnes, que no pueda ser herido, como lo fue el famoso Roldan, uno de los

Doce

Doce Pares de Francia, de quien se cuenta, que no podía ser ferido, sino por la planta del pie izquierdo, y que esto avia de ser con la punta de un alfiler gordo, y no con otra fuerte de arma alguna; y así quando Bernardo del Carpio le mató en Roncesvalles, viendo que no le podía llagar con fierro, le levantó del suelo entre los brazos, y le ahogo, acordandose entonces de la muerte que dió Hercules á Anteón, aquel feroz gigante, que decian ser hijo de la tierra. Quiero inferir de lo dicho, que podría ser que yo tuviese alguna gracia destas; no del no poder ser ferido, porque muchas veces la experiencia me ha mostrado que soy de carnes blandas, y no nada impenetrables, ni la de no poder ser encantado, que ya me he visto metido en una jaula donde todo el mundo no fuera poderoso á encerrame, sino fuera a fuerzas de encantamentos: pero pues de aquel me libré, quiero creer que no ha de aver otro alguno que me emezca, y así viendo estos encantadores que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, venganse en las cosas que mas quiero, y quieron quitarme la vida, maltratando la de Dulcinea, por quien yo vivo, y así creo, que quando mi escudero le llevó mi embaxada se la convirtieron en villana, y ocupada en tan baxo exercicio como es el de ahechar trigo: pero ya tengo yo dicho, que aquel trigo, ni era rubion, ni trigo, sino granos de perlas Orientales, y para prueba desta verdad, quiero decir á vuestras magnitudes, como viniendo poco ha por el Toboso, jamas pude hallar los palacios de Dulcinea, y que otro dia aviendola visto Sancho mi escudero en su misma figura, que es la mas bella del orbe, á mí me pareció una labradora tosca, y fea, y no nada bien razonada, siendo la discrecion del mundo, y pues yo no estoy encantado, ni lo puedo estar, segun buen discurso, ella es la encantada, la ofendida, y la mudada, trocada, y trastrocada, y en ella se han vengado de mí mis enemigos, y por ella vivire yo en perpetuas lagrimas, hasta verla en su pristino estado. Todo esto he dicho,

dicho, para que nadie repare en lo que Sancho dixo del cernido, ni del ahecho de Dulcinea, que pues á mí me la mudaron, no es maravilla, que á él se la cambiasen. Dulcinea es principal, y bien nacida, y de los Hidalgos linages que ay en el Toboso, que
5 son muchos, antiguos, y muy buenos: á buen seguro que no le cabe poca parte á la fin par Dulcinea, por quien su lugar será famoso, y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Elena, y España por la Caba, aunque con mejor titulo y fama: por otra parte quiero que entiendan vuestras señorías, que
10 Sancho Panza es uno de los mas graciosos escuderos que jamas sirvió á Cavallero Andante: tiene á veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar, si es simple, ó agudo causa no pequeño contento: tiene malicias, que le condenan por vellaco, y descuidos que le confirman por bobo: duda de todo, y creelo todo: quando
15 pienso que se va á despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo. Finalmente yo no le trocaría con otro escudero, aunque me diesen de añadidura una ciudad, y así estoy en duda, si será bien embiarle al gobierno de quien vuestra grandeza le ha hecho merced, aunque veo en él una cierta aptitud
20 para esto de gobernar, que, atufandole tantico el entendimiento, se saldría con qualquiera gobierno, como el Rey con sus alcabalas, y mas que ya por muchas experiencias sabemos, que no es menester ni mucha habilidad, ni muchas letras para ser uno Gobernador, pues ay por ay ciento que á penas saben leer, y gobiernan como
25 unos girifaltes: el toque está en que tengan buena intencion, y deseen acertar en todo, que nunca les faltará quien les aconseje y encamíne en lo que han de hacer, como los Gobernadores Cavalleros, y no letrados, que sentencian con Asefor. Aconsejariale yo que ni tome cohecho, ni pierda derecho, y otras cosillas, que me quedan en el estomago, que saldrán á su tiempo para utilidad de Sancho, y provecho de la Insula que governare. A este punto
llegavan

llegavan de su coloquio el Duque, la Duquesa, y Don Quixote, quando oyeron muchas voces, y gran rumor de gente en el palacio, y á deshora entró Sancho en la sala todo asustado, con un cernadero por bavador, y tras él muchos mozos, ó por mejor decir picaros de cocina, y otra gente menuda, y uno venia con un artefonceillo de agua, que en la color, y poca limpieza mostrava ser de fregar, seguiale, y perseguiale él de la artesa, y procurava con toda sollicitud ponerfela y encaxarsela debaxo de las barbas, y otro picaro mostrava quererle las lavar. Que es esto, hermanos? preguntó la Duquesa, que es esto? que quereis á ese buen hombre? como, y no considerais que está electo Governador? A lo que respondió el picaro barbero, no quiere este señor dexarse lavar como es ufanza, y como se la lavó el Duque mi señor, y el señor su amo. Si quiero, respondió Sancho, con mucha colera: pero querria, que fuese con toallas mas limpias, con lexia mas clara, y con manos no tan fucias, que no ay tanta diferencia de mí á mi Amo, que á él le laven con agua de Angeles, y á mí con lexia de diablos: las ufanzas de las tierras, y de los palacios de los Principes tanto son buenas quanto no dan pesadumbre: pero la costumbre del lavatorio que aquí se usa peor es que de diciplinantes, yo estoy limpio de barbas, y no tengo necesidad de semejantes refrigerios, y él que se llegare á lavarme, ni á tocarme á un pelo de la cabeza (digo de mi barba) hablando con el devido acatamiento, le daré tal puñada que le dexe el puño engastado en los cascos, que estas tales ceremonias, y javonaduras mas parecen burlas que gafajos de huespedes. Perecida de risa estava la Duquesa, viendo la colera, y oyendo las razones de Sancho: pero no dió mucho gusto á Don Quixote verle tan mal adeliñado con la jaspeada toalla, y tan rodeado de tantos entretenidos de cocina, y así haciendo una profunda reverencia á los Duques, como que les pedia licencia para hablar, con voz reposada dixo á la canalla: Ola, Señores Cavalle-

ros, vuestras mercedes dexen al mancebo, y buelvanse por donde vinieron, ó por otra parte, si se les antojare, que mi escudero es limpio tanto como otro, y esas artefillas son para él estrechas, y penantes bucaros; tomen mi consejo, y dexenle, porque ni él ni yo
5 sabemos de achaque de burlas. Cogióle la razon de la boca Sancho, y prosiguió diciendo: No fino lleguense á hacer burla del mostrenco, que así lo sufrire, como aora es de noche, traigan aquí un peine, ó lo que quisiere, y almoazenme estas barbas, y si faceren dellas cosa que ofenda á la limpieza, que me trasquilen á
10 cruces. A esta fazon, sin dexar la rifa, dixo la Duquesa, Sancho Panza tiene razon en todo quanto ha dicho, y la tendrá en todo quanto dixere, él es limpio, y como él dice, no tiene necesidad de lavarse, y si nuestra usanza no le contenta, su alma en su palma, quanto mas que vosotros ministros de la limpieza aveis andado
15 demasadamente de remisos, y descuidados, y no sé si diga atrevidos, á traer á tal personage, y á tales barbas en lugar de fuentes y aguamaniles de oro puro, y de Alemanas toallas, artefillas, y dornajos de palo, y rodillas de aparadores: pero en fin sois malos y mal nacidos, y no podeis dexar como malandrines que
20 fois de mostrar la ogeriza que teneis con los escuderos de los Andantes Cavalleros. Creyeron los apicarados ministros, y aun el Maestresala que venia con ellos, que la Duquesa hablava de veras, y así quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos, y casi corridos se fueron, y le dexaron; el qual viendose fuera de
25 aquel, á su parecer, sumo peligro se fue á hincar de rodillas ante la Duquesa, y dixo: de grandes señoras grandes mercedes se esperan, esta que la vuestra merced oy me ha fecho, no puede pagarse con menos, sino es con desear verme armado Cavallero Andante, para ocuparme todos los dias de mi vida en servir á tan alta señora. Labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy, hijos tengo, y de escudero sirvo, si con alguna destas cosas puedo
servir

servir á vuestra grandeza,, menos tardaré yo en obedecer, que vuestra señoría en mandar. Bien parece, Sancho, respondió la Duquesa, que aveis aprendido á ser cortés en la escuela de la misma cortesía: bien parece quiero decir, que os aveis criado á los pechos del Señor Don Quixote, que deve de ser la nata de los comedimientos, y la flor de las ceremonias, ó cirimonias como vos decis: bien aya tal señor, y tal criado, el uno por norte de la Andante Cavalleria, y el otro por estrella de la escuderil fidelidad, levantaos, Sancho amigo, que yo satisfare vuestras cortesías, con hacer que el Duque mi señor lo mas presto que pudiere os cumpla la merced prometida del Gobierno. Con esto cesó la platica, y Don Quixote se fue á repolar la fiesta, y la Duquesa pidió á Sancho, que si no tenía mucha gana de dormir viniese á pasar la tarde con ella, y con sus doncellas en una muy fresca sala. Sancho respondió, que aunque era verdad que tenía por costumbre dormir quatro, ó cinco horas las fiestas del verano, que por servir á su bondad él procuraría con todas sus fuerzas no dormir aquel dia ninguna, y vendría obediente á su mandado, y fuese: el Duque dió nuevas ordenes, como se tratase á Don Quixote como á Cavallero Andante, sin salir un punto del estilo, como cuentan que se tratavan los antiguos Cavalleros.



Cap. XXXIII. De la sabrosa platica que la Duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea, y de que se note.

Cuenta pues la Historia, que Sancho no durmió aquella fiesta, sino que por cumplir su palabra vino en comiendo á ver á la Duquesa, la qual con el gusto que tenía de oírle le hizo sentar junto á sí en una silla baxa, aunque Sancho de puro bien criado no queria sentarse: pero la Duquesa le dixo, que se sentase como Governador, y hablase como escudero, puesto que por entrambas cosas merecia el mismo escaño del Cid Ruy Diaz Campeador. En-

cogió Sancho los ombros, obedeció, y sentóse, y todas las doncellas, y dueñas de la Duquesa la rodearon, atentas con grandísimo silencio á escuchar lo que diría: pero la Duquesa fue la que habló primero, diciendo: aora que estamos solos, y que aquí no nos oye
5 nadie, querría yo que el Señor Governador me asolviese ciertas dudas que tengo, nacidas de la Historia que del gran Don Quixote anda ya impresa, una de las quales dudas es, que pues el buen Sancho nunca vió á Dulcinea, digo á la Señora Dulcinea del Toboso, ni le llevó la carta del Señor Don Quixote, porque se quedó
10 en el libro de memoria en Sierra Morena, como se atrevió á fingir la respuesta, y aquello de que la halló aechando trigo, siendo todo burla y mentira, y tan en daño de la buena opinion de la fin par Dulcinea, y todas que no vienen bien con la calidad, y fidelidad de los buenos escuderos. A estas razones, sin responder con
15 alguna, se levantó Sancho de la silla, y con pasos quedos, el cuerpo agoviado, y el dedo puesto sobre los labios anduvo por toda la sala levantando los doseles, y luego esto hecho se bolvió asentarse, y dixo: Aora, Señora mia, que he visto que no nos escucha nadie de solapa, fuera de los circunstantes sin temor ni sobrefalto responderé á lo que se me ha preguntado, y á todo aquello que se me
20 preguntare: y lo primero que digo es, que yo tengo á mi Señor Don Quixote por loco rematado, puesto que algunas veces dice cosas, que á mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan son tan discretas, y por tan buen carril encaminadas, que el mismo
25 Satanas no las podría decir mejores: pero con todo esto verdaderamente, y sin escrupulo, á mí se me ha asentado que es un mentecato, pues como yo tengo esto en el magin, me atrevo á hacerle creer lo que no lleva pies ni cabeza, como fue aquello de la respuesta de la carta, y lo de avra seis, ó ocho dias, que aun no está en historia, conviene á saber lo del encanto de mi señora Doña Dulcinea, que le he dado á entender que esta encantada, no siendo
mas

mas verdad que por los cerros de Ubeda. Rogóle la Duquesa que le contase aquel encantamento, ó burla, y Sancho se lo contó todo del mismo modo que avia pasado, de que no poco gusto recibieron los oyentes, y profiguiendo en su platica, dixo la Duquesa : de lo que el buen Sancho me ha contado me anda brincando un escrupulo en el alma, y un cierto susurro llega á mis oidos, que me dice, pues Don Quixote de la Mancha es loco menguado y mentecato, y Sancho Panza su escudero lo conoce, y con todo eso le sirve y le sigue, y va atendido á las vanas promesas fuyas, sin duda alguna deve de ser él mas loco, y tonto que su amo, y siendo esto así, como lo es, mal contado te sera, Señora Duquesa, si al tal Sancho Panza le das insula que gobierne, porque él que no sabe gobernarle á sí, como sabrá gobernar á otros ? Par Dios, Señora dixo Sancho, que ese escrupulo viene con parto derecho : pero digale vuestra merced, que hable claro, ó como quisiere, que yo conozco que dice verdad ; que si yo fuera discreto, dias ha que avia de aver dexado á mi Amo : pero esta fue mi suerte, y esta mi mal andanza, no puedo mas, seguirle tengo, somos de un mismo lugar, he comido su pan, quierole bien, es agradecido, dióme sus pollinos, y sobre todo yo soy fiel, y así es imposible, que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadon : y si vuestra altanería no quisiere que se me dé el prometido Gobierno, de menos me hizo Dios, y podría ser, que el no darme le redundase en pro de mi conciencia, que maguer á tonto se me entiende aquel refran, de por su mal le nacieron alas á la hormiga, y aun podría ser, que se fuese mas aína Sancho escudero al cielo que no Sancho Gobernador. Tan buen pan hacen aquí como en Francia, y de noche todos los gatos son pardos : y afaz de desdichada es la persona que á las dos de la tarde no se ha desayunado, y no ay estomago que sea un palmo mayor que otro, el qual se puede llenar, como suele decirse, de paja y de heno, y las avechitas del campo tienen á Dios por su proveedor,

veedor, y despenféro, y mas calientan quatro varas de paño de Cuenca, que otras quatro de limiste de Segovia, y al dexar este mundo, y meternos la tierra adentro, por tan estrecha senda va el Principe como el jornalero, y no ocupa mas pies de tierra el cuerpo del Papa, que el del Sacristan, aunque sea mas alto el uno
5 que el otro, que al entrar en el hoyo todos nos ajustamos y encogemos, ó nos hacen ajustar, y encoger mal que nos pese, y á buenas noches : y torno á decir que si vuestra señoria no me quisiere dar la insula por tonto, yo sabré no darme nada por discreto : y
10 yo he oido decir, que detras de la Cruz está el diablo, y que no es oro todo lo que reluce, y que de entre los bueyes, arados, y coyundas sacaron al labrador Bamba para ser Rey de España, y de entre los brocados, pasatiempos, y riquezas sacaron á Rodrigo para ser comido de culebras (si es que las trobas de los Romances antiguos no mienten.) Y como que no mienten, dixo á esta sazón Doña Rodriguez la Dueña, que era una de las escuchantes, que un romance ay que dice, que metieron al Rey Rodrigo vivo vivo en una tumba llena de sapos, culebras, y lagartos, y que de alli á dos dias dixo el Rey desde dentro de la tumba con voz doliente y
20 baxa, ya me comen, ya me comen por do mas pecado avia, y segun esto mucha razon tiene este señor, en decir que quiere mas ser labrador que Rey, si le han de comer sabandijas. No pudo la Duquesa tener la risa, oyendo la simplicidad de su Dueña, ni dexó de admirarse en oir las razones y refranes de Sancho, á quien
25 dixo : Ya sabe el buen Sancho, que lo que una vez promete un Cavallero, procura cumplir lo, aunque le cueste la vida. El Duque mi señor, y marido, aunque no es de los Andantes, no por eso dexa de ser Cavallero, y así cumplirá la palabra de la prometida Insula, á pesar de la invidia, y de la malicia del mundo. Esté, Sancho, de buen animo, que quando menos lo piense se verá sentado en la filla de su Insula, y en la de su estado, y empuñará su Gobierno, que
con

con otro de brocado de tres altos lo deseché. Lo que yo le encargo es, que mire como gobierna sus vasallos, advirtiéndole, que todos son leales y bien nacidos. Eso de gobernarlos bien, respondió Sancho, no ay para que encargarmelo, porque yo soy caritativo de mio, y tengo compasión de los pobres, y á quien cuece y amasa no le hurtas hogaza: y para mi fantiguada que no me han de echar dado falso: soy perro viejo, y entiendo todo tus tus, y sé despavilarme á sus tiempos, y no consiento, que me anden musarañas ante los ojos, porque sé, donde me aprieta el zapato, dígolo, porque los buenos tendrán conmigo mano y concavidad, y los malos ni pie ni entrada. Y parecíame á mí que en esto de los Gobernadores todo es comenzar, y podría ser que á quince días de Gobernador me comiese las manos tras el oficio, y supiese mas del que de la labor del campo en que me he criado. Vos teneis razon, Sancho, dixo la Duquesa, que nadie nace enseñado, y de los hombres se hacen los Obispos, que no de las piedras: pero bolviendo á la plática que poco ha tratavamos del encanto de la Señora Dulcinea, tengo por cosa cierta, y mas que averiguada, que aquella imaginacion que Sancho tuvo de burlar á su Señor, y darle á entender, que la labradora era Dulcinea, y que si su Señor no la conocia devia de ser por estar encantada, toda fue invencion de alguno de los encantadores, que al señor Don Quixote persiguen, porque real y verdaderamente, yo sé de buena parte, que la villana que dió el brinco sobre la pollina era, y es Dulcinea del Toboso, y que el buen Sancho pensando ser el engañador, es el engañado, y no ay poner mas duda en esta verdad, que en las cosas que nunca vimos, y sepa el Señor Sancho Panza, que tambien tenemos acá encañtadores, que nos quieren bien, y nos dicen lo que pasa por el mundo pura y sencillamente sin enredos ni maquinas, y creame Sancho, que la villana brincadora era, y es Dulcinea del Toboso, que está encantada como la madre que la parió, y quando menos nos pensemos, la

la avemos de ver en su propia figura, y entonces saldrá Sancho del engaño en que vive. Bien puede ser todo eso, dixo Sancho Panza, y agora quiero creer lo que mi Amo cuenta de lo que vió en la Cueva de Montefinos, donde dice que vió á la Señora Dulcinea del Toboso en el mismo trage y habito que yo dixe, que la avia visto, quando la encanté por solo mi gusto, y todo devió de ser al revés, como vuestra merced, Señora mia, dice, porque de mi ruin ingenio no se puede ni deve presumir, que fabricase en un instante tan agudo embuste, ni creo yo, que mi Amo es tan loco, que con tan flaca y magra persuasion como la mia creyese una cosa tan fuera de todo termino: pero, Señora, no por esto será bien que vuestra bondad me tenga por malevolo, pues no está obligado un porro como yo á taladrar los pensamientos, y malicias de los pesimos encantadores: yo fingí aquello por escaparme de las riñas de mi Señor Don Quixote, y no con intencion de ofenderle, y si ha salida al revés, Dios está en el cielo, que juzga los corazones. Así es la verdad, dixo la Duquesa: pero digame agora, Sancho, que es esto que dice de la Cueva de Montefinos, que gustaría saberlo? Entonces Sancho Panza le contó punto por punto lo que queda dicho acerca de la tal aventura. Oyendo lo qual la Duquesa, dixo, deste suceso se puede inferir que pues el gran Don Quixote dice, que vió alli á la misma labradora que Sancho vió á la salida del Toboso, sin duda es Dulcinea, y que andan por aquí los encantadores muy listos y demasiadamente curiosos. Eso digo yo, dixo Sancho Panza, que si mi Señora Dulcinea del Toboso está encantada, su daño, que yo no me tengo de tomar con los enemigos de mi Amo, que deven de ser muchos, y malos: verdad sea, que la que yo vi fue una labradora, y por labradora la tuve, y por tal labradora la juzgué, y si aquella era Dulcinea, no ha de estar á mi cuenta, ni ha de correr por mí, ó sobre ello morena. No sino andense á cada triquete conmigo, á dime y direte, Sancho lo dixo, Sancho lo hizo, Sancho tornó,

tornó, y Sancho bolvió, como si Sancho fuese algun quien quierá, y no fuese el mismo Sancho Panza, él que anda ya en libros por ese mundo adelante, segun me dixo Sanfon Carrasco, que por lo menos es persona Bachillerada por Salamanca, y los tales no pueden mentir, sino es quando se les antoja, ó les viene muy á cuento, 5 así que no ay para que nadie se tome conmigo, y pues que tengo buena fama, y segun oy decir á mi Señor, que mas vale el buen nombre que las muchas riquezas, encaxenme ese gobierno, y verán maravillas, que quien ha sido buen escudero, será buen Governador. Todo quanto aquí ha dicho el buen Sancho, dixo la Du- 10 quesa, son sentencias Catonianas, ó por lo menos sacadas de las mismas entrañas del mismo Micael Verino, florentibus occidit annis. En fin, en fin, hablando á su modo, debaxo de mala capa suele aver buen bevedor. En verdad, Señora, respondió Sancho, que en mi vida he bebido de malicia, con sed bien podría ser, por- 15 que no tengo nada de hipocrita, bevo quando tengo gana, y quando no la tengo, y quando me lo dan por no parecer ó melindroso, ó mal criado, que á un brindis de un amigo, que corazon ha de aver tan de marmol que no haga la razon? pero aunque las calzo, no las enfucio, quanto mas que los escuderos de los Cavalleros An- 20 dantes casi de ordinario beven agua, porque siempre andan por florestas, selvas, y prados, montañas, y riscos, sin hallar una misericordia de vino, si dan por ella un ojo. Yo lo creo así, respondió la Duquesa, y por aora vayase Sancho á reposar, que después hablaremos mas largo, y daremos orden como vaya presto á 25 encaxarse, como él dice, aquel gobierno. De nuevo le besó las manos Sancho á la Duquesa, y se suplicó le hiciese merced de que se tuviese buena cuenta con su Rucio, porque era la lumbré de sus ojos. Que rucio es este? preguntó la Duquesa. Mi asno, respondió Sancho, que por no nombrarle con este nombre le suelo llamar

el Rucio : y á esta señora Dueña le rogué, quando entré en este castillo, tuviese cuenta con él, y azoróse de manera como si la huviera dicho que era fea, ó vieja, deviendo ser mas propio y natural de las dueñas pensar jumentos, que autorizar las salas. O
5 valame Dios, y quan mal estava con estas señoras un Hidalgo de mi lugar ! Sería algun villano, dixo Doña Rodriguez la Dueña, que si él fuera Hidalgo, y bien nacido, él las pusiera sobre el cuerno de la Luna. Agora bien, dixo la Duquesa, no aya mas, calle Doña Rodriguez, y sosieguese el señor Panza, y quedese á mi
10 cargo el regalo del Rucio, que por ser alhaja de Sancho le pondre yo sobre las niñas de mis ojos. En la cavalleriza basta que esté, respondió Sancho, que sobre las niñas de los ojos de vuestra grandeza, ni él ni yo somos dignos de estar solo un momento, y así lo consentiría yo, como darme de puñaladas, que aunque dice mi
15 Señor, que en las cortesias antes se ha de perder por carta de mas que de menos : en las jumentiles, y así niñas se ha de ir con el compas en la mano, y con medido termino. Llevele, dixo la Duquesa, Sancho al Gobierno, y allá le podrá regalar como quisiere, y aun jubilarle del trabajo. No piense vuestra merced, Señora Du-
20 quesa que ha dicho mucho, dixo Sancho, que yo he visto ir mas de dos asnos á los Gobiernos, y que llevase yo el mio, no sería cosa nueva. Las razones de Sancho renovaron en la Duquesa la risa, y el contento ; y embiandole á reposar, ella fue á dar cuenta al Duque de lo que con él avia pasado, y entre los dos dieron traza y
25 orden de hacer una burla á Don Quixote, que fuese famosa, y viniese bien con el estilo Cavalleresco, en el qual le hicieron muchas tan propias y discretas, que son las mejores aventuras que en esta grande Historia se contienen.

